
UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

ALBUM POÉTICO.



QUEVEDO. CERVANTES.

QUINTANA. MELENDEZ. L. DE VEGA. RUBI. VILLEGAS. PLACIDO.

ALBUM POETICO.

COLECCION
DE LAS POESIAS
MAS SELECTAS
intercaladas
DE ALGUNAS OTRAS ANDALUZAS.



Sevilla:
Imprenta de D. C. Santigosa.
1848.

BALMES. IGLESIAS.

ALBUM POETICO

DE

VARIOS AUTORES.

LETRILLA.

Poderoso caballero
Es Don dinero,
Madre, yo al oro me humillo

El es mi amante y mi amado;
Pues de puro enamorado
De continuo anda amarillo:
Que pues doblon ó sencillo,
Hace todo cuanto quiero;
Poderoso caballero
Es Don dinero.

—

Nace en las indias honrado
Donde el mundo le acompaña,
Viene à morir en España,
Y es en Génova enterrado:
Y, pues quien le trae al lado
Es hermoso aunque sea fiero,
Poderoso caballero
Es Don dinero.

—

Es galan y es como un oro,
Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro:
Pues que dá y quita el decoro
Y quebranta cualquier fuero;
Poderoso caballero
Es Don dinero.

—

Son sus padres principales,
Y es de nobles descendiente,
Porque en las venas de oriente,
Todas las sangres son reales:
Y pues es quien hace iguales
Al Duque y al ganadero;
Poderoso caballero
Es Don dinero.

—

¿Mas à quien no maravilla,
Ver en su gloria sin tasa
Que es lo ménos de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Pero pues da al bajo silla
Y al cobarde hace guerrero,
Poderoso caballero
Es Don dinero.

—

Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales
No hay escudos de armas dobles:
Y pues à los mismos robles
Da codicia su minero,
Poderoso caballero
Ès Don dinero.

—

Por importar en los tratos,

Y dar tan buenos consejos
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos;
Y pues él rompe recatos
Y ablanda al juez màs severo.:
Poderoso caballero
Es Don dinero.

—

Y es tanta su magestad,
Aunque son sus duelos hartos,
Que con haberle hecho cuartos
No pierde su autoridad;
Pero pues da calidad
Al noble y al pordiosero,
Poderoso caballero
Es Don dinero.

—

Mas valen en cualquier tierra,
Mirad si es harto sagaz,
Sus escudos en la paz,
Que rodelas en la guerra:
Y pues al pobre le entierra,
Y hace propio al forastero,
Poderoso caballero
Es Don dinero.

De D. Francisco de Quevedo.

UN AJUSTICIADO.

Cercado de antiquisima muralla,
Se levanta un castillo tenebroso.

Erizado de espesa y fuerte valla,
Ceñido de profundo y ancho foso

Centinelas vigilan las entradas,
Centinelas vigilan la avenida:
Triples puertas robustas y ferradas,
Triple reja calada y constreñida.

Al tràves de mugrientos corredores
Do fulguran desnudos los aceros,
Do el crujido de grillos sonadores
Alterna con suspiros lastimeros,

De una lámpara al rayo moribundo,
Que el calabozo alumbra á duras penas,
Postrado se divisa y gemebundo
Agoviado de grillos y cadenas:

¡Infelice! se acerca fatal hora...
Un profundo suspiro tal vez lanza,
Ora gime, tal vez piedad implora...
¡Todo horror, sin un rayo de esperanza!

Solo un santo ministro está á su lado,
Un ministro que en làgrimas deshecho
Abraza al infeliz acongojado,
Y le estrecha amoroso contra el pecho,

—¡Padre mio! ¿se borran mis maldades?
—¡Hijo mio! la sangre del Cordero
Se derramó por tí; ¿de sus bondades
Prenda cierta no ves en el Madero?

Cuando espira ya exànime y sangriento.
Aun promete corona de la gloria
Al culpable que en bàrbaro tormento
«Señor, dijo, tened de mi memoria».

—¿Y la muerte que dí yo al inocente,
Que *la vida* clamaba con temblor?
—Hora él ruega por tí; y à Dios clemente
Tu perdon le demanda con amor.

Ya el murmullo resuena, crece el ruido,
—¡Padre es la hora!... Ya se oye el atabal:
Y el cerrojo dá horrísono crugido
¡Santo Dios! ¡que congoja tan mortal!

Levàntate, le dicen; y al moverse
Van grillos y cadenas resonando:
En pie ya está, ,,, no puede sostenerse,
Danle el brazo, va trémulo marchando.

Cubierto con capuz amoratado.
Al lado del ministro dolorido,
Dentro un cerco de lanzas erizado
Se presenta al gentio estremecido:

Alza turbios los ojos un momento,
Y abatido à la tierra los inclina
¡Piedad! clama con lúgubre lamento,
¡Jesus mio! y lentísimo camina.

Y atabal destemplado
Retiembla mas allà,
Que al soldado
Su paso mesurado
Lento marcando và.

Y agolpada la turba con premura
Las angustias contempla de aquel hombre,
Gran congoja le causa y amargura,
Sin cesar repitiendo aciago nombre,

Y atabal destemplado
Retiembla mas allá.

Que al soldado
Su paso mesurado
Lento marcando và.

El cadalso descubre levantado,
Sudor frio le baña como hielo:
Se para, retrocede horrorizado,
Anublando sus ojos denso velo.

Y atabal destemplado
Retiembla mas allà,
Que al soldado
Su paso mesurado
Lento marcando và.

En vano sus ojos giran:
En valla espesa de aceros
Ha ya entrado,... brutos fieros
Se agitan en derredor;
Los cabalgan adalides
De postura y faz sañuda,
Vibrando con mano ruda
El hierro amenazador.

Se adelanta... que en la tierra
Ya no le queda esperanza:
Tiembla, desmaya, se abanza
Muy lento; llegó por fin.
El perdon... aun... cual lejana
Luz que el abismo no alumbra,
Que al ahogarse columbra,
El marino en el confin.

¿Quien es aquel ser terrible,
Que estiende sobre él la mano,
Y que frio é inhumano
Le contempla sin horror?

La boca entreabierta,
Sus ojos de sangre y llama,
Su tez de negruzca escama,
Su voz de espanto y temblor.

Le mira el Reo azorado,
Se encuentran las dos miradas
Por un instante fijadas.
Se vuelven à separar:
Y el Reo la faz esconde
Del sacerdote en el manto
Quien le baña con su llanto,
Y le torna á consolar

Abrasados tiernamente
Hablan de dulce esperanza...
Mas el verdugo se abanza
Y los viene à distraer,
Como atroz remordimiento,
Como fantasma de muerte,
Recordandole su suerte
Con horrible padecer.

Ya se separan por fin,
Ya el sacerdote le suelta:
Anda la turba revuelta
Entre confuso rumor.
Otra vez el Crucifijo
Besa trémulo y finado,
Y con rostro amoratado
Se adelanta con temblor.

Pasan algunos instantes...,
El gentío esta apiñado,
Con el rostro levantado,
Y en silencio sepulcral....
¡Mil alaridos siniestros!

Ayes de mortal espanto
Se confunden con el llanto,
¡Ya se dió el golpe fatal!

Ronco el atabal retiembla,
Y el gentio condolido,
Se retira estremecido
De escena de tanto horror.
Solo por un largo espacio
En su lugar permanece
El sacerdote, que ofrece
Las plegarias al Señor.

El mundo otra vez se entrega
A su vano desvario,
Y el cadaver feo y frio
Queda alla en postura cruel,
Todos evitan su vista;
Cual sombra viene à la mente,
Mas se esfuerzan prontamente
Por no pensar¡mas en él.

¡Infelice de ignominia
Y cruda afrenta cubierto,
Horrible, morado y yerto,
Tendido yaces aquí:
Y el transeunte se aparta,
Haciendo largo rodeo,
Por no ver de cerca al Reo
Cuyo bulto mira allí.

¡Hijo de negro infortunio!
Expiado está tu crimen;
¡Cuantos pesares me oprimen!
¡Cuanta idea de dolor!
Al mirar tu boca abierta
Y esa velada pupila

Inmovil, que ya no oscila
De la luz al resplandor.

¡Tu madre!... ¡Quien la dijera
Al darte su dulce pecho,
Cuando con abrazo estrecho
Besos te daba sin fin,
Que en patíbulo afrentoso
Espiraría aquel niño,
Que ella en raptos de cariño
Llamàra su serafin!

¡Que aquella cabeza hermosa
Cubierta con hilos de oro,
Que ella llamó su tesoro,
Y su perla y su rubí,
Por el suelo desgreñada
Yacería polvorienta,
Atestiguando la afrenta
Que el crimen marcára en tí!

En tan acerbo conflicto,
En pena tan cruel y dura,
En tan horrible amargura,
Al ver trance tan fatal,
Entre pensares sombríos
Al hombre que le contempla,
Solo un pensamiento templa
La amargura de su mal.

Ese infeliz ya no existe,
Nada siente de su pena;
Satisfecha la condena
Al cielo el alma voló:
Y aun en medio de su angustía,
Y de su agonía larga,
Su pena menos amarga

La esperanza le valió

Hombres que en el polvo hundidos
Alzais la réproba frente,
Y de un Dios omnipotente
Hasta disputais el ser,
¿Teneis acaso en vosotros
Una gota de consuelo,
Que en trance de tanto duelo
Amortigüe el padecer?

Cuando el Reo os dirigiera
Aquella vista azorada,
¿Le presentárais la nada
Como un recuerdo cruel?
Entre sus ansias de muerte,
Alborde de inmenso abismo,
¿Le hablàrais del fatalismo
Con sus sabores de hiel?

¿Y que marche con audacia,
Le direis al varon fuerte,
Arrostrando afrenta y muerte
Con horrible estupidez?
¿Y que afée su negrura,
Dirigiendose al suplicio.
Con negra marca de vicio
Y crimen sobre su tez?

¿No serà menos amargo
El pensar que su tormento
Con hondo arrepentimiento
Finarà con el morir?
¿Que no luchar de continuo
Con vuestra duda que pasma,
Sentada como fantasma
Al umbral del porvenir?

Son terribles del cielo los destinos,
Sangre el campo y patíbulos inunda:
Altos cedros al ímpetu tronchados
Miramos de furiosos torbellinos;
De altas cumbres en hoya muy profunda
En un punto los vimos sepultados...
De frenesí cegados
Del mundo no borremos el consuelo.
¿Y quien al hombre misero asegura,
Que en angustioso anhelo,
Que en aciaga congoja y amargura....
¡Ah! del tiempo ¿quien alza el denso velo?

JAIME BALMES, *Presbitero.*

SONETO.

Levántome à las mil, como quien soy.
Me lavo, Que me vengan à afeitar.
Traigan el chocolate, y à peinar.
Un libro... Ya lei. Basta por hoy.
—Si me buscan, que digan que no estoy.
Polvos... venga el vestido verdemar...
¿Si estarà ya la misa en el altar? ..
Han puesto la berlina? Pues me voy.
—Hice ya tres visitas. A comer...
Traigan barajas. Ya jugué. Perdí...
Pongan el tiro. Al campo; y á correr...
—Ya doña Eulalia esperará por mí...
Dió la una, á cenar, y á recojer...
¿Y es este un racional?–Dicen que si.

EL ESCLAVO.

(Conseja oriental)

Vosotros los que sabeis
qué es amar sin esperanza
venid en torno de mi,
y escuchad mi triste cántiga..
Góngora.

I

Brilla en el zénit la luna,
do al reposo se entrega:
solo de la augusta Alhambra
en las soberbias almenas
se oye el «¡alalí!» monótono
del nocturno centinela;
tal vez el soplo del aura
flébil sonido le lleva,
el último de la cítara
de algun trobador que vela,
y entona doliente càntiga
de su bien junto à las rejas.
Tal vez repita un suspiro,
significacion siniestra
de una venganza feroz,
de una ejecucion secreta,
crimen que encubre la noche
bajo un manto de tinieblas:
tal es la sin par Granada,
ciudad de zambras y fiestas,
de venganzas y traiciones;
una «antítesis» de piedra;
Granada, vergel de flores,
que pasman por su belleza,

flores, cuyo fresco càliz
tósigo de muerte lleva,
en cuyos ricos torneos
combaten tribus, y juegan,
y bajo aspecto de cañas
acerado hierro asestan;
Granada, ciudad preciosa,
por quien dos gentes pelean,
que guarda la musulmana
que llora la nazarena.

II.

Junto à las doradas rejas
del serrallo de Boabdil,
bajo los verdes naranjos
de su encantado jardin,
un esclavo nazareno
de talle apuesto y gentil,
de un laud acompañado
con dulce voz cantó asi:

—

Sultana, la de Georgia,
de ardientes y negros ojos,
escúchame sin enojos,
no te burles de mi amor.
Sultana; Reina y esclava,
no me desdeñes esquiva,
tu tambien eres cautiva
como el pobre trobador.

—

A tí los celos te encierran
bajo techumbre de oro;
tus caricias compra el moro,
guardan eunúcos tu fé.
A mí, guerrero cristiano,
de un pueblo entero custodio,
esclavo me hiciera el ódio

de mi pátria y de mi ley.

—

Garza real que aprisionan,
desecha todo recelo,
tiende soberbia tu vuelo,
que es tuya la inmensidad.
Vén sultana de las flores,
los tiranos burlaremos,
y contentos cobraremos
la vida y la libertad.

—

Tu belleza y tus soldados
se unieron para mi daño,
su esclavo soy hace un año,
y el tuyo des que te ví.
Georgiana de tez rosada,
depon el desden altivo,
dos veces triste cautivo,
dobles hierros llevo aquí.

—

Sultana; reina y esclava,
en este pensil ameno,
llora por ti el nazareno,
prisionero como tú.
Sultana. . . . . .
. . . .
. . . .

Un gemido de agonía,
gemido débil, ahogado,
siguió al canto melancólico
del pobre siervo cristiano.
Rápido un negro recoge
el cadáver del cuitado,
y todo quedó en silencio
en el jardin solitario.

III.

Hay un bosque en la Alhambra de Granada

delicioso, y pequeño laberinto,
donde suelen vagar cual blancas sombras,
en el calor terrible del Estío,
las esclavas que pueblan los harenes
de el tirano que llaman «el rey Chico.»
Junto à un pino gigante, recostada
sobre una muelle alfombra del Egipto
llora Zaida, la perla de Georgia,
favorita del rey... ¿por qué motivo?
¡Ay! una noche, por su mal despierta,
una voz celestial llegó à su oido;
cantó la libertad á la cautiva,
cantó el amor à quien sufrió desvios.
Tambien oyó, doliente y funerario,
simbolo de la muerte aquel gemido;
y desde entonces llora la sultana,
siente su pecho torcedor martirio
por un amor que conocer no pudo,
por un amante que jamàs ha visto;
mas ¡ay! amor y amante sucumbieron
al golpe del puñal de un asesino.
Llora, Zayda infeliz, si tu supieras....
mas no ... siempre ignorarlo es tu destino.
Yace á tus pies sepulto aquel esclavo
que cantó tu amargura y tus hechizos;
no adorna su sepulcro ni una losa,
ni aun de su ley consolador el signo;
solo un recuerdo suyo hay en tu alma;
guardan víctima y crímen el sigilo.
Solo la brisa en la callada noche
con inquieto susurro en aquel sitio
viene à libar el cáliz de las flores
que rodean la tumba del cautivo.

José Velazquez y Sanchez.

LA CIGARRERA.

(CANCION.)

Con mi mantiya terciaà,
y con mi mano en er taye,
mas hombres mato en la caye
que er colera, puñalà!
Soy Paca la sigarrera,
y la sal se me esparrama,
no entra po el patio é la fama
una mosa mas juncá,
Chachipé!
qne me jago una saranda;
en este cuerpo no manda
mas que un hombre, mi gaché.

—

Soy purera, à mucha jonra,
lo que gano es pà mi Paco,
y manque güelo à tabaco
güelo á Dios pà mi chorré.
Si se mamosca el querío
pongo yo la cara endina,
que mirando à un hombre asina
pairesito ná! pà qué!
Que si quieres!
en too er mundo hay un chabó,
que resista á las mujeres....
cuando disen ¡que calo!

Oigaste, señà Getrues,
habloslé mas aseao,
ó vasté po ese tejào,
cabeza abajo, á pará.
Pruencia, seña Getrues
que no arme yo un safarrancho
y la maestra, y el rancho
las enseñe yo á volà.
Cabalito!
Si osté jabla ná! pa qué!
bailo seis coplas del vito
en sus costillas de ósté.

—

Miste, señó melitá
ya pusté tomá soleta,
que ninguna moza neta
le jabla à Napoleon.
Seño chandarme al avio!
ya salio osté despachao,
que tienosté ladeao
er chapeo, y er corazon.
Maire mia!
soy una moza juncà
y mas que à la policia
me tiemblan toos puñalà!!

José Velazquez y Sanchez.

EL GRANUJA.

Aquilon terrible ruja,
nada respete su saña,
entre el demonio en España,
nada le inquieta al granuja.

Sin azares, sin rencillas
pasa feliz su ecsistencia.
y le dán la subsistencia
los robos y las colillas.
Todos acatan sus fueros,
nada en su estado recela.
Caballeros!
quién enciende! la candela!

—

Bien servil, bien progresista,,
todos tienen su opinion,
hay un caso de escepcion,
siempre el granuja es pancista.
El dinero, esa es su ley,
le es igual gritar ufano
«viva el pueblo soberano!»
que «viva absoluto el rey!»
Triunfe Roldan ú Oliveros;
nada en su estado recela.
Caballeros!
quién enciende! la candela!

—

En motines y alzamiento,
siempre se encuentra el bribon
pues tambien halla turron
en todo pronunciamiento.
No sueldos, ni destinito,
porque solamente espera
coger con maña hechicera
el reloj de un señorito.
No teme sayones fieros.
nada en su estado recela.
Caballeros!
quién enciende! la candela!

—

Si es su suerte baladí
nada le inquieta ni apura,

aunque de cabalgadura
sirva al maldito *buchi*.
Nada le inmuta ni humilla,
y feliz puede llamarse
si por fin llega à escaparse
con diez años en Melilla.
Son muy sagrados sus fueros
nada en su estado recela.
Caballeros!
quién enciende! la candela!

Josè Velazquez y Sanchez.

LA MADRE DEL TROVADOR.

Y el infeliz Trovador
En esta tierra de yelo,
No ha de hallar otro consuelo
Que sarcasmo á su dolor.

MATA.

¡Una madre...! una mujer
Que del punto en que nací
Sobre mi frente sentí
Su tierna mano correr;

«Crece, joya de mi amor,
«Tú seràs felíz» decia...
¡Mi madre no conocia
La suerte de un Trovador!

Cuidadosa, esperanzada,
Veia rodar los años

De mi existencia rozada
Sobre este mundo de engaños.
Y cuando en mi pobre lecho
Mas tranquilo descansaba,
Su blanda mano aplicaba
A la izquierda de mi pecho.

«¿Que sueño...? ¡sueño infantil!
«No en oro sueña ni en plata;
«No que sueña en su fusil,
«Su espada de hoja de lata.»

Ya en esto mi madre vió
Preludios de un desvarío;
«Toma una lira hijo mio,
Me dijo, una espada no.»

«No te vea en el combate
«Dar crédito à tu valor;
«Si tu pecho jóven late,
«Sea el latido de amor.»

«Siempre càndido, inocente,
«No á la humanidad infiel,
«Ensangrentado laurel
«Ensoberbezca tu frente.»

Crecí... y oyeron las bellas
Las caricias y querellas
Que prodigaba el arpa del amor:
Y á mi madre envanecia
Mi dulce voz, y decia:
«¡Que dicha! es hijo mio el trovador.»

—Trovador y sin fortuna.
Tan pobre como la cuna
Donde ha nacido el hijo de Maria;
Madre, no quiero cantar,

Porque nunca podré hallar
En el mundo una sola simpatía.

«Canta, replicó mi Madre,
«De mis entrañas pedazo;
«Canta junto á mi regazo...,
«Te escucha mi corazon:
«Canta, que tu voz me llena
«De un inefable recreo.
«No es mas grato para el reo
«Sobre el cadalso el perdon.

—

¡Ay! y canté, y el eco mas sentido
Que ha brotado jamàs de mi laud,
No lo escuchó mi madre, no.. tendido
Ví junto à mí su lugubre ataud.

A. Ribot y Fontseré.

LA SERRANA

Con un contoneo vas
que me haces perder la calma,
y se me derrite el alma
à cada paso que das.
Siempre bella
viva como una centella,
mas nunca como esta tarde.
Dios te guarde, serranilla,
con tu traje y tu mantilla:
serranilla, Dios te guarde.

Si á esa cinta no se atara
para detener su vuelo,
tu hermosa trenza de pelo
hasta tus plantas llegara:
trenza hermosa!
estàs con ella preciosa!
me entusiasmas esta tarde;
Dios te guarde, serranilla,
con tu trage y tu mantilla:
serranilla, Dios te guarde.

Tienes unos labios rojos
que à gritos piden un beso,
y unos ojos de embeleso...
¡benditos sean tus ojos!
No me incites,
serrana, que me derrites
con tu mirar esta tarde.
Dios te guarde, serranilla,
con tu trage y tu mantilla:
serranilla, Dios te guarde.

¡Qué linda está la criatura!
¡Bendito ese cuerpo sea!
y el jamon que te rodea
bajo la angosta cintura,
Tu cadera
vale mas que Francia entera!
asi admiras esta tarde.
Dios te guarde, serranilla,
con tu traje y tu mantilla:
serranilla, Dios te guarde.

De toditas las gargantas
es la tuya la primera;
y esa abultada pechera
puede muy bien echar plantas!

Me mareo,
serrana, cuando la veo:
à qué saliste esta tarde!
Dios te guarde, serranilla,
con tu trage y tu mantilla:
serranilla, Dios te guarde.

Tiene mi serrana un pié
que me tiene en ansia eterna:
y despues tiene una pierna...
ay Jesus! cállese usté!...
y aun tiene...
el respeto me detiene,
y à Dios porque ya es muy tarde
Dios te guarde, serranilla,
con tu trage y tu mantilla:
serranilla, Dios te guarde.

FELIX DE UZURIAGA.

EPÍGRAMA.

Un carnicero sin tienda
y un remendon de portal,
de asunto matrimonial
armaron grave contienda
—No hay quien á mi Juana entienda:
en carnes dias enteros
trabaja, y no trae dineros.
Y el remendon respondia:
—Pues aun peor es la mia:
no gana, y trabaja en cueros.

EMILIO ADAN.

LA SORPRESA.



Ya sé porque ayer al verme
Bajaste, Clara, los ojos,
Y á mi presencia nacieron
Dos claveles en tu rostro:
Ya lo sé... porque desnuda,
A la màrjen de un arroyo,
Te sorprendí; ví tus formas,
Y fuí un instante dichoso.
Mas no te avergüenzes, Clara,
Que mientras en tu sonrojo
Cruzaste los blancos brazos
Para encubrir los preciosos
Pechos que tantos pretenden,
Y que han de gozar tan pocos;
Mientras corriendo, guarida
Te ofreció el robusto tronco
Del álamo mas vecino;
Te ví... pero te ví à modo
De una imàjen que los sueños
Nos presentan ilusorios.
Porque los astros errantes
Veloces hienden y prontos
La esfera; hieren la vista,
Y húndense en opuesto polo.
Yo te ví, pero no pude
Fijar tranquilo los ojos
Para contemplar tus miembros
Con sus nativos adornos...

Me vés, te avergüenzas, huyes,
Y te ocultas como copo
De nieve que el euro raudo
Lleva al torrente entre abrojos.
¿Qué debo hacer? de tus plantas
La impresion me dejas solo,
La comtemplo enardecido
Y tus pisadas adoro.
Y entre las guijas díviso
Tus vestidos, y los toco,
Y entre los dedos los paso,
Y me electrizo, y me arrobo.
Y palpitando mi pecho
De amor y vergüenza lloro,
Y con làgrima de fuego
Tus humildes huellas borro.

Cervera, año 1829.

A JULIA,

EN SU CUMPLEAÑOS.

El cielo te corone
De flores y de aromas,
¡Oh, Serafin, que asomas
Al valle del dolor!
Yo, fatigado y triste
Y errante peregrino,

Arrojo en tu camino
Un beso y una flor.
Tus fugitivos dias
¡Oh niña encantadora!
Pasen como una aurora
De tibia claridad;
Como en la casta cuna
Del inocente niño
Envuelta en blanco armiño
Una vision de paz.
¡Purísima azucena
Radiante de hermosura!
Cuando la noche oscura
Se tienda para tí,
Yo evocaré los sueños
De tu tranquila infancia,
La luz y la fragancia
Del cielo que perdí.
¡Hermosa de mis ojos!
Tus horas y tus dias
De suaves alegrías
Embalsamó el Señor.
Yo, fatigado y triste
Y errante peregrino,
Arrojo en tu camino
Un beso y una flor.
Tu porvenir sereno
De juventud y amores
Te brinda luz y flores
Y un paraiso azul.
Y tu virgíneo seno
Tranquilo y sosegado
No late desgarrado
Bajo el flotante tul.
¡Oh Julia!... si, mañana...
Los àngeles del cielo
Interpondràn un velo

Entre la vida y tú,
Como à la blanca luna
Circundan de celajes
Lijeros como encajes
De nácar y tisú.
Entanto, vida mia,
¡Dichosa tú que ríes
Bella cual las huríes
De célica mansion!
Dénte los cielos, ángel,
Flores y amor y aromas,
Y aniden las palomas
Al pié de tu balcon.
¡Oh Julia hechizadora!
Bendita tu inocencia,
La paz de tu existencia,
Tu casto corazon!
Solo se viven, niña,
Los dias de la infancia!
¡Bendita tu ignorancia!
¡Bendita tu ilusion!!!
El àngel del amparo
Te arrullé en este dia
Con mágica armonía,
Con cànticos de amor.
Yo, fatigado y triste
Y errante peregrino,
Arrojo en tu camino
Un beso y una flor.

Vicente Sainz Pardo.

EPÍGRAMAS

de D. José Iglesias.

Riendo Inés con Anton,
De hito en hito le miraba,
Sin que supiese el simplon
Lo que esta risa indicaba;
   Mas lo que de risas tales
Se le vino à orijinar,
No lo puede Anton negar,
Que aun se le ven las señales.

—

Un día en cierta pendencia
Me echó un Alguacil la traba
Y afianzado me llevaba
Por mas que alegué inocencia.
   Que no me podia librar
De él ni el Papa pensé yo;
Más llegó Inés, por mi habló;
Desatóme, y eché à andar.

—

Con palabras de gragea,
Y otros mil confites mas,
Me dijo Gregoria: ¡ay Blas!
¡Cuànto el amor te desea!
   Mas al punto hice memoria
De cierta (aun no sana) herida,
En tan dulzura cogida,
Y la dije: agur, Gregoria.

—

Sin crédito en su ejercicio
Se llegó un Médico à ver,
Y él por ganar de comer
Ya se ocupa en nuevo oficio.

Mas tampoco se desvía
De la aficion del primero,
Que hoy hace Sepulturero
El que àntes Médico hacía.

—

Buscó, á fin de no pagarme,
Un tramposo de por vida,
En un letrado salida
Para la deuda negarme:
Al fin consiguió su intento
Mi deudor, y de contado
Pagó mas al Abogado;
¡Qué justo agradecimiento!

—

Preguntó á su esposo Irene:
Blas mio, cuando te ausentas,
Sin que tú me dejes rentas,
¿Que dirás que me mantiene?
No lo sé, respondió Blas;
Y ella le dijo: inocente,
Mira un espejo de frente,
Quizà en él lo advertiràs.

—

Jamàs hallé en Diccionario,
Ni otros libros que he leido,
Quien me declare el sentido
De la fé de un secretario.
Esta fé unos, lo primero,
Dicen verdad significa;
Otros que mentira indica;
Y yo digo que dinero,

—

Luisa adrede me mojó,
Y yo comenzé à enojarme;
Mas ella por aplacarme,
Cual quise me acarició:
No la debió de pesar
Del despique, à lo que entiendo

Pues siempre me anda diciendo;
Pepe ¿te vuelvo à mojar?

—

Un casado se acostó,
Y con paternal cariño
A su lado puso el niño;
Pero sucio amaneció:
Entonces torciendo el gesto,
Miróse uno y otro lado,
Y esclamó desconsolado:
¡Ay amor, cómo me has puesto!

—

Blas vió andar à los umbrales
De su puerta á Dorotea;
Y con làbios de gragea
Dijo: mi bien; ¿donde sales?
Y ella, con boca de mieles,
Le dijo: ¿á qué vienes, Blas?
Y no se dijeron mas
Este par de mirabeles.

—

Empinando una botella,
Luisa à placer me miraba:
Si yo los tragos doblaba
Doblaba las risas ella;
Mas de tanto risotear,
Con el taburete Luisa
Dió en el suelo; y yo de risa
Tambien me tiré à rodar.

—

De toda la vida mia,
Los agüeros mas siniestros,
Fueron el tener maestros
De quien el buen gusto huía,
Y si bien de ellos me rio,
Si yo llego à tener fama,
Vereis como alguno exclama:
¿Ese? discípulo mio.

—

Luis pretendió acariciar
A Juana, despues de siesta;
Y por su fuego probar,
Juana dijo en jarras puesta:
¿Tiene usted gana de holgar?
  Dijo él: quien á esto se atreve,
Quizas à mas se atreviera;
Y ella le respondió breve:
Voy por mi garrapiñera,
Pues tengo cerca la nieve.

—

A solas en su aposento
Preguntó Blas à Gregoria,
¿Qué cosa à tu pensamiento
Le causa mayor centento,
Y mas gusto à tu memoria?
  Ella toda se reía,
Sin dejarle de mirar,
Y alagüeña respondía:
Bobon, yo te lo diría;
Pero voyme à merendar.

—

Mostróme su guardapies
Inés, y echa una jalea,
Me dijo: Juan, de aqui à un mes
Me casan: díjela, Inés,
En hora feliz te sea;
  Mas ella se deshacía,
Y con gran sigilo á hablar
Comenzó, y cauta decía:
Mira, Juanito, aquel dia,
Oh! y lo que hemos de baylar!

—

¡Qué frío tengo! decia
Luisa, y à mi se arrimaba,
No estando en casa su tia:
Pero yo la replicaba.

Pues no está esta sala fría.
De que yo no la entendiera
Ella se empezó à aburrir;
Y es que la Luisa quisiera
Que yo mismo la dijera,
Lo que ella pensó decir.

--

Ayer un Mendigo, viendo
Junto à un Templo à un Coronel,
A pedirle fué corriendo,
Y le importunó diciendo
Rogaría á Dios por él.
Dióle un real que tuvo allí
El jefe, y le dijo así:
Con linda flema te vienes;
Ten, y ruega á Dios por tí,
Que mas necesidad tienes.

--

Por ver lo que respondía,
A una Dama de Teatro,
Que el papel de Reina hacía,
Dije: dame, Reina mia,
Esos brazos que idolatro.
Y ella que ama su provecho,
Dijo: al instante, majito;
Pero pagadme el derecho,
Que sin tributo á mi pecho
A ningun vasallo admito.

--

Viéndose puesta en olvido,
Beatriz à Blas dióle quejas,
Diciéndole: fementido,
¿Si en invierno me has querido,
Por que en verano me dejas?
Mas el por darla mas pena
Dijo: paciencia, Beatriz,
Pues eres como el tapiz,

Solo para invierno buena.

—

Conmigo Inés se jugaba,
Y viendo yo que indecisa
En decir su amor estaba,
Decíala, Inés, acaba;
¿Qué temes, que estàs remisa?
No Pepe, dijo, que eso es
Dar poco indicio de casta;
Y yo dije: basta, basta,
Ya estàs entendida, Inés.

—

Juana me dió una pisada,
Y yo juzgué que era acaso;
Dióme otra, no tan paso,
Tampoco la dije nada:
Ibame à dar la tercera;
Yo la dije: tente, Juana,
Que si yo tuviera gana,
Bastaba con la primera.

—

¡Qué malo que eres, Ramon!
Ramona me dijo à mí:
¡Baya chico! no creí
Que eras ya tan picaron.
Ay, chico, ya en picardía
Bien puedes echar el resto:::
Asi me dijo; y en esto
La empezó á llamar su tia.

—

Contándome ayer Lucía
El cuento de los compadres,
Que oyó à Blas, cuando sus padres
Fueron á una romería:
Muchas veces lo empezó,
Rió y volvió à proseguir,
Y en comenzarlo y reir,
La tarde se nos pasó.

Hablando de cierta Historia,
A un necio se preguntó:
¿Te acuerdas tú? y respondió:
Esperen que haga memoria.
Mi Ines viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento:
Haz tambien entendimiento,
Que te costará lo mismo.

—

Por Enero Inés se halló
De su faldon en lo interno
Una pulga, y esclamó:
¡Qué aun hay pulgas en el invierno!
Blas asiéndola la mano:
No estrañes, niña, el encuentro,
La dijo: porque ahí adentro,
Yo apostaré à que es verano.

—

Mostróme Beatriz su lecho
Con colcha azul, fleco y randa,
Y yo viéndola tan blanda
Dije para mi: esto es hecho,
Luego aparte me llamó,
Y dijo junto à un baul:
¿Ves, Pepe esta colcha azul?
Pues seis duros me costó.

—

De cierto amigo en la casa
Me puse à leer la Gaceta,
Y por ser demas de inquieta
Me perturbaba Colosa.
Dijela: repórtate,
Y ten por un rato seso:
Y esclamó ella, ¿bueno es eso¡
Otra vez yo no querré.

—

Viéndole, dije à Malena
No sé qué de su hermosura:

Niña, deja de ser dura,
Y dale alivio á mi pena
Respondióme: Sí::: Al momento:::
En eso pensaba yo:::
Mas la niña no mintió,
Que no gasta fingimiento.

—

Un hijo de frágil madre,
Del bajo linaje hablaba
De Gil, y le preguntaba:
¿Dinos, pues, quién fué tu padre?
A lo que Gil respondió:
¿Si á tí aqueso te pregunto,
Qué dirás, cuando ese punto
Tu madre no lo aclaró?

—

Fingí quitarle à Leonor
Un anillito de un dedo,
Y gritóme: estate quedo...
¡Qué hombre tan enredador!
Saqué yo otro singular,
Y à su dedo se lo aplico;
Y entónces dijo: así, ¡ay chico!
Yo te dejaré enrredar.

—

El chiste mas excelente
Que en mi vida pensé oir
Me contó Inés, y escribir
Se lo mandé à mi escribiente.
Fué el caso... mas él notó
Que iba el principio mal puesto;
Pensé enmendarlo, y con esto
El chiste se me olvidó.

—

Díjela á Inés: tus mejillas
Dulces, tus dulces ojuelos,
Y làbios de caramelos,
Me sacan de mis casillas.

Ella echàndose à reir
Dió cierto en un disparate,
Que fué... pero tate, tate,
No todo se ha de decir.

—

Díjome Inés: esta tarde
Se va á Toro mi marido;
Yo la dije comedido,
Dios de ladrones le guarde:
Ella se empezó à reir,
Como que no la entendia:
Ahora bien, ¿qué me querria
La taimada Inés decir?

—

Entrando en los Cayetanos
Una dama à un Charro vió,
Y le dijo: ¿se acabó
La Misa de los Villanos?
Viendo él trazas tan livianas,
Respondió: se acabó ya;
Pero entrad, que ahora saldrà
Otra de las Cortesanas.

—

Con Inés salí à pasear,
Y ella poquito á poco iba,
Cuando con voz compasiva
Asi me empezó à rogar:
Blas, si no te dá molestia,
Pues esta liga me aflige,
Aflójamela; y la dije:
Me cautiva esa modestia.



La Cruz del desierto

¡Allí! en la desierta arena
Una losa funeraria
Y una cruz...
ROMEA

Cruz miserable, catafalco triste,
Del catafalco del Señor diseño,
Los recuerdos que brotan de este leño
Vienen dentro mi pecho á florecer.
Alguna espiga pàlida, muriente,
Besada raras veces del ganado,
Algunas yerbas frias à tu lado,
Sin vida casi, sin poder crecer.

¿No eres tú el lema del Señor del mundo
Que te llevó en sus hombros al calvario,
Cuando cubrió su tez con un sudario
Para dar vida al sucesor de Adan?
¿Las luchas no recuerdas del creyente?
¿No recuerdas la sangre con que el hombre
Escribió un dia de Jesus el nombre
Y las letras borró del Alcoran?

¿No eres tú la bandera vitoreada
A cuya sombra intrépidos los fieles
Sus frentes coronadas de laureles
Guarecieron tras siglos de opresion?
Mira à Pelayo levantar un trono
Sobre hollados turbantes: por tí un día

Un mundo que en la férula jemía
De libertad enarboló el pendon.

Y ni inscripcion, ni pedestal... tres piedras
Desiguales, musgosas en tu base;
Ni un peregrino místico que pase
Y te dirija un rezo de piedad.
¿Quién yace aquí? ¿qué indica ese madero?
Temiendo del incrédulo el sarcasmo,
Tal vez aquí le puso el entusiasmo
De un corazon sin mancha de maldad.

—

Con sombrío semblante, del color de la muerte,
Con paso mesurado, paso tranquilo, inerte,
Luego llegó
Un hombre peregrino, con una vestidura
Que donde no un andrajo mostraba una costura;
Se postró.

Y la cruz besó tres veces,
Y traspasado de pena
Con una caña en la arena
Esta inscripcion bosquejó.
,,Aquí, bajo esta cruz, yace
,.Un proletario infeliz;
,,La miseria de la vida
,,La muerte la copia aquí.“

—

Y es así, que en la morada
Sepulcral del proletario.
No se vé brillar el oro
Que en vida no ha disfrutado.
¡Fué virtuoso, y ni un emblema
Sobre un pedazo de mármol!
¡La virtud sin la riqueza
Ni deja un recuerdo grato!
Hay dos muertes bien distintas,

Una que tiene aparatos
De ostentacion y de orgullo,
Mil libreas, mil lacayos,
Y otra muy seca,
Llena de harapos.

—

Y cegàndome la rabia
Tropezé con seis caballos
Que, de sus venas abiertas
Sangre perenne manando,
Cabizbajos precedian
A enlutado cenotafio.
Y leí con letras blancas
Sobre un paño funerario:
El virtuoso y noble Duque
Pasó á el eterno descanso...
Y era... ¿quién era...? el infame
Asesino de su hermano.

A. Ribot y Fontseré.

EL BEDUINO.

Entre dos datileras, embozado
El cuerpo con un mísero alquicel,
Un beduino de color de bronce
Siente del pecho rebosar la hiel.

Sus caninos de fósforo rechinan
Cual los colmillos del hambriento can,
Cuando buscan la médula de un hueso:

Bajo la lana oculta un yatagan (1).

Este es el primer hijo de Mahoma,
El mas creyente, el rencoroso Alí,
Que se complace en observar cortada
Lo caliente cabeza de un Rumí (2).

De cuando en cuando sus miradas fija
En las torres de Arjel... tiembla de horror
Cuando vé en estas torres levantada
Del francés la bandera tricolor.

Y cada vez que observa el desdichado
Esta enseña ominosa alzarse allí,
Con su terrible yatagan sacude
Un golpe en la cabeza del Rumí.

Del pecho la amargor pasa à los làbios;
Los ojos fija en el celeste azul,
Y vertiendo dos lágrimas invoca
Al profeta que rije en Stambul (3).

,,Temblad, hijos de Cristo: vuestra sangre
Mi quebrantado pecho soldarà,
Y el hórrido estertor de la agonía,
Que tan cerca teneis, me arrullarà.‘‘

‘‘¿Veis nuestros marabuts (4)? alli bebiendo
La sangre con el crâneo de un francés,
Mostrarà al inspirado de Mahoma
Vuestro infame pendon vuelto al reves.‘‘

‘‘El besth abrasador de nuestras playas

(1) YATAGAN. Arma de que usan los Africanos.
(2) RUMI. Europeo.
(3) STAMBUL. Constantinopla.
(4) MARABUTS. Asi llaman á sus mezquitas las tribus errantes del Africa.

Vuestros cuerpos de yelos encenderà,
Y el besth (1) abrasador, vueltos ceniza,
A la tierra de Cristo os tornarà.»

Acaba apenas el odioso Moro
De vomitar su horrible imprecacion,
Cuando el grito de amor de una Africana
Abre brecha en su ardiente corazon.

Y allá, con un francés, mira à su esposa
Un amoroso beso recibir...
Venganza aullá... en su terrible diestra
El fiero yatagan se vé lucir.

Ya se cumplió de Alí la profecía...
Muerte al Rumi respira. . . . .
. . . .

. . . . un sol despues
Bebia el inspirado de Mahoma
La sangre con el cràneo de un francés.

A. Ribot y Fontseré,

EL ANGEL BUENO Y EL MALO.



A.....

—Huye, maligno espíritu,
Del lecho virginal
En que reposa el Angel

(1) Besth ò semoun. Viento ardiente y destructor que reina en Africa.

Que à mi custodia esta.
 --Conmigo, àngel Custodio,
Tus fuerzas medirás,
Conmigo, cuyo aliento
Es el raudo huracan
Cuyos ojos abrasan
Con su ardiente mirar
Y en mujer à la niña
Pronto convertiràn.
 --Oh! mírala! es tan pura!
¿Compasion no te da?
Huye, maligno espíritu!
Su frente virjinal
Deja subir sin mancha
Ante el alto Jehovà.
 --Si no muere en la cuna,
En vano velarás,
El soplo del deleite
Su seno manchará
Y al àngel del Amparo
Venceràs Satanàs.
 --Huye, ángel de tinieblas,
Y déjala soñar
De mis nevadas alas
A la sombra de paz.
 --¡Guay, ànjel de la Guarda!
Mañana al despertar
Su loca fantasía
Dura guerra te harà,
Con ella y con mis fuerzas
En lucha desigual
Al ànjel que proteje
Vencerà Satanàs.
 --Huye, sombrío espíritu,
Huye... no la hagas mal.
 --Su corazon Custodio,
Su corazon será

El mayor enemigo
Que combatir tendrás,
Su corazon henchido
De loca vanidad.
De vanidad que al crímen
Las puertas abrirà.
—Yo cubriré sus ojos
Con el blanco cendal
Del pudor de las vírjenes.
—Y una pasion audáz
Que soplaré en su seno
El cendal rasgarà.
—Y yo de noche y dia
Con mi aliento fugaz
Borraré los ensueños
Que tú la inspiraràs.
—En vano Angel Custodio
Es en vano velar,
Con su corazon frágil
En lucha desigual
Al ánjel del amparo
Vencerá Satánás.
En su mente de niña
La pasion triunfarà,
Y cuando el primer ósculo
Su frente anjelical
Acaricie ardorosa
Como brisa al pasar,
Tremenda carcajada
Mis làbios brotaràn.
Y luego... cada dia
Con sonrisa infernal
Veré crecer la llama
Que en su seno arderá;
Y luego... de los celos
En la hoguera voràz
Haré que arda encendido

Su seno vírginal,
Y luego... de su amante
El lúbrico mirar,
Y mas tarde las súplicas.
Irresistible iman,
Y las ardientes lágrimas,
La palidez mortal...
En vano, ánjel Custodio
Por ella velaràs.
—Espíritu maligno
En cuya frente audaz
La marca de los réprobos
Cual sello ardiente està.
En vano de esa niña
Los làbios de coral
Con tu abrasado aliento
Tal vez empeñaràs!
¡Hay un Dios que perdona!
Si cede al huracan
De una pasion mundana,
Mi llanto apagarà
Cayendo dia y noche
Ese impuro volcan,
El arrepentimiento
Sus culpas lavará,
Y el ánjel del Amparo
Vencerà à Satanàs.





UNA LAGRIMA,

ó

EL CONSUELO.

Solitario llanto mio,
Ay, ya no empapas el seno
De un amigo de amor lleno.
Sino un suelo duro, impío!
Cual la lluvia baña un rudo
Peñasco, que nunca herido
Fuera del sol, ni encendido
El viento sacarlo pudo.
¿Mas qué les vá ni les viene
A esos hombres mis hermanos,
Egoistas inhumanos,
Si el pecho partido tiene
Un infelice, que implora

Para aliviar su dolor,
Su vano, altivo favor,
Y que despreciado llora?
¡Mis pesares crecen tanto,
Si no les dan lenitivos,
Y con ojos compasivos
No miran, no, mi quebranto!
Por la ajena desventura
Jamàs ven opaco el cielo;
Y no les causa recelo
Su incierta suerte futura.
Mas cuando toda su dicha
Marchite adversa fortuna,
¿Correrá làgrima alguna
Al sonarse su desdicha?
¿Esta turba, que de mí
Cruel se burla al pasar,
Nunca tendrà que escuchar:
«Me compadezco de tí?»
No busquemos, alma mia,
La piedad de los humanos:
Mi frente cubran mis manos,
Y mi dulce compañía
Sea el dolor sin consuelo,
Sea el dolor mi comida,
Sea el llanto mi bebida,
Y la tristeza mi velo.
Cuando el alma, ya viuda
De su esperanza postrera,
Ya nada del mundo espera
Y de su amor se desnuda;
Cuando el amigo adorado
La espalda ingrato le vuelve,
Y en dos mil trizas resuelve
El lazo que à ella le ha atado;
Cuando temiendo el mortal,
Que nuestra dicha le alcance,

Nos deja en el duro trance
Frente à frente con el mal;
  Cuando el ciego porvenir
No presenta ya alegría,
Que anhelando el nuevo dia
Le diga: «Vuelva el venir;»
  Cuando en el pan congojoso
No se encuentre mas sabor
Que el del ingrato amargor
Del llanto nuestro copioso;
  Entonces es, oh Dios mio,
Cuando al escuchar tu acento,
Rebosa el alma en contento:
Entonces el peso frío
  De mi dolor inhumano
Siento que se disminuye,
Y al fin vencido se huye,
Pues lo arrebata tu mano.
  Pero mezclarse no sabe
Con otras veces tu son;
Ni consuela al corazon,
Do humano consuelo cabe.
  Éstréchasme con tus lazos
A tu seno cual amigo,
Que libra de su enemigo
A su amiga entre sus brazos.
  «¿De dónde, dice, le viene,
El mundo que vé mi gozo,
Tan celestial alborozo,
Que loco de amor le tiene?
  En un éstasi de amor
Remonta el alma su vuelo:
Rápida toca en el cielo
En alas de su fervor;
  Y se estanca por sí mismo
En los ojos nuestro llanto,
Viendo del tres veces Santo

De gloria el inmenso abismo,
Cual seca rayo encendido
En àrbol, rocas ó flores,
De las nubes los humores,
Que á la sombra han resistido.

A. Lamartine.

EL OTOÑO.

Salud, selvas, que un resto de ventura
Corona al espirar, mustio follaje;
Salud, últimos dias del buen tiempo.
La palidez y luto de natura
Convienen al dolor. Hallo en su duelo
Un no sé qué de plàcido consuelo.
Con paso grave solitaría huella
Sigo abismado en meditar profundo:
Por la postrera vez aun verte quiero,
Palideciente sol, cuya centella
La espesura del bosque apenas hiere,
Y en esta oscuridad à mis pies muere.
En estos dias en que otoño espira,
Y en que se apaga de natura el brillo,
Me hechiza mas tu lànguida mirada,
Que pensamientos fúnebres inspira:
Es para mí el adios de un tierno amigo,

De cuya muerte soy flébil testigo.
  Asi ántes de partir á vida eterna
Y llorando por ver desvanecerse
Mi esperanza falaz de largos dias,
Aun me detengo, y con mirada tierna
De estéril ansiedad el bien contemplo,
De cuyo goze no se vió en mí ejemplo.
  Óh sol! oh tierra! oh valles! oh natura
Hermosa y dulce! Al borde del sepulcro
Làgrimas os daré por despedida.
Nunca he visto la luz brillar tan pura.
Qué perfume el del aire! ¡Al moribundo
Cuán hermoso se muestra el sol del mundo!
  Ahora las heces apurar quisiera
De este càliz de hiel y de dulzura,
¿En el fondo tal vez de esta vil copa,
Que su licor aborrecer me hiciera,
Y en que la vida con pesar bebia,
Una gota de miel quedar podria?
  Tal vez la edad futura me guardara
Una felicidad, que ya no espero.
¡Entre la multitud un alma acaso,
Cuya existencia ignoro, se encontrara,
Que al alma mia hubiera comprendido,
Y à mi auhelo su auhelo respondido!
  Cae la flor embalsamando el viento;
Y los aromas, que al morir despide,
A la vida y al sol son sus adioses
Espiro yo, y exhàlase al momento
Mi alma, cual son que suspiró canoro
De Jeremías triste el plectro de oro.

A Lamartine.

PLACIDO EL MULATO.

PLEGARIA.

Ser de inmensa bondad! Dios poderoso!
A vos acudo en mi dolor vehemente,
Estended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso,
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

—

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos.
Vos solo sois mi defensor, Dios mio.
Todo lo puede quien al mar sombrio.
Olas y peces dió, luz à los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos
Vida à las plantas, movimiento al rio.

—

Todo lo podeis vos, Señor, todo fenece
O se reanima à vuestra voz sagrada.
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece:
Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

—

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia.
Y pues vuestra eternal sabiduria.
Vé al través de mi cuerpo el alma mia,
Cual del aire à la clara trasparencia
Estorbad que humillando la inocencia
Bata sus olas la calumnia impía.

—

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío

Y que los hombres mi cadáver frio
Ultragen con maligna complacencia,
Suene tu voz y acabe mi existencia.
Cúmplese en mi tu voluntad, Dios mio.

AL ANIVERSARIO

DE LA

MUERTE DE NAPOLEON.

Soneto.

El Aguila caudal dejando el Sena
Bate sus alas al rayar el dia.
Y de los aires la region vacía
Mide veloz con magestad serena:

Baja y tiende la garra en Santa Elena
Con que la Europa un tiempo estremecía,
Pugnando por alzar la losa fria
Que yerto cubre al vencedor de Gena.

Suspende al fin el mármol atrevida
Mirando absorta con turbada frente
¡Tanta grandeza en polvo convertida!!!

Y aunque el estrago de sus triunfos siente
De Bonaparte el nombre al Sol levanta,
Su muerte llora, y sus victorias canta.

A LOS OJOS DE MI AMADA.



OCTAVAS.

Como en mitad de noche pavorosa
Que no alcanza la vista estrella alguna,
por entre torvas nubes magestuosa
Serena asoma la brillante luna,
Y aclarando su luz la selva hojosa
Ofrece al hombre célica fortuna;
Tal lucen en mi alma acongojada,
Los negros ojos de mi prenda amada.

Como la aurora de frescor vestida
Perlas regando en el pensil de Flora
Con alba frente de jazmin ceñida
Los verdes campos apacibles dora,
Y las aves con música lucida
Saludan á su càndida señora;
A si mi voz celebra entusiasmada
Los negros ojos de mi prenda amada.

Como á principios del diciembre helado
Luce en el prado solitaria rosa,
Siendo envidia del bosque deshojado
Empírea gala de la amante Diosa,
Y en su càliz Favonio enamorado
Plàcido besa y encantado posa;
Asi tienen mi boca electrizada
Los ojos negros de mi prenda amada.

Cual descubre en sus àlas negra pluma

La blanca garza al suspender el vuelo,
Y finje alzada con belleza suma
Sutil lunar en la mitad del cielo;
O de un arroyo en la nevada espuma
Pinta una mancha si se abate al suelo:
Tal brillan en su frente delicada
Los negros ojos de mi prenda amada.

Como espira balsàmico tesoro
De flor en flor la mariposa linda,
Que sobre rasgos de zafir y oro,
Púrpura y plata à los claveles brinda,
Y entre azucenas para mas decoro
No halla color que su hermosura rinda:
Asi admiran las bellas, y me agrada,
Los negros ojos de mi prenda amada.

Ellos son mı placer, ellos mi gloria.
Mi único bien, mi Dios, mi luz, mi guia:
Si risueños me miran ¡qué victoria!
Si me ven con desden ¡desgracia impía!
Ellos so'os ocupan mi memoria;
Pues lucen para gérmen de alegria
Como azabache en concha nacarada
Los negros ojos de mi prenda amada.

LA SOMBRA DE MINA

DELANTE DE BILBAO.

soneto.

MIENTRAS la fiera horda de canallas,
Con algarada Súbita fulmina

A la invencible gente bilbaina
Lluvia horrenda de bombas y metrallas,

Partió de sus numànticas murallas.
Ca heróica sombra del invicto Mina,
Pura cual rayo de la luz divina,
Tremenda como el Dios de las batallas.

«Añada en mi sepulcro el bate Ibero
«Un triunfo mas à mi brillante historia»
Dijo la sombra del audaz guerrero:

Y fijando el laurel de la victoria
En las sienes del ínclito Espartero,
Voló serena al Templo de la Gloria.

GICOTENCAL.

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma,
De sus dioses lamentando
El poco favor y ayuda.
Mientras ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palanquin de oro
Que finas perlas dibujan,
Tan brillantes que la vista,
Heridas del sol, deslumbran,
Entra glorioso en Tlascala
El jóven que de ellas triunfa.
Himnos le dan de victoria,
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean,

Y el pueblo que le circunda,
A que contestan alegres
Trescientas vírgenes puras
«Baldon y afrenta al vencido,
«Loor y gloria al que triunfa.»
Hasta la espaciosa plaza
Llega, donde le saludan
Los ancianos senadores,
Y gracias mil le tributan.
Mas ¿porqué veloz el héroe
Atropellando la turba,
Del palanquin salta y vuela
Cual rayo que el éter surca?
Es, que ya del caracol
Que por los valles retumba,
A los prisioneros muerte
En eco sonante anuncia.
Suspende à lo lejos hórrida
La hoguera su llama fúlgida,
De humanas víctimas ávida
Que bajan sus frentes mústias.
Llega: los suyos al verle
Cambian en placer la fúria,
Y de las inhiestas picas
Vuelven al suelo las puntas.
«¡Perdon» esclama, y arroja
Su collar: los brazos cruzan
Aquellos míseros seres
Que vida por el disfrutan
«Tornad à Mejico. esclavos;
Nadie vuestra marcha turba,
Y decid à vuestro amo,
Vencido ya veces muchas,
Que el jóven Gicotencal
Crueldades como él no usa,
Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda.

Que Celacique de Tlascala
Ni batir ni quemar gurta
Tropas dispersas é inermes,
Sino con armas y juntas.
Que arme flecheros mas bravos.
Y me encontrarà en la lucha,
Con sola una pica mia
Por cada trescientas suyas:
Que tema el funesto dia
Que mi enojo al punto suba:
Entonces, ni sobre el trono
Su vida estará segura:
Y que si los puentes corta
Porque no baya en su busca,
Con cràneos de sus guerreros
Calzada haré en la laguna.
Dijo, y marchóse al banquete
Do està la nobleza junta,
Y en néctar de las palmeras
Entre víctores se apura.
Siempre vencedor despues
Vivió lleno de fortuna;
Mas como sobre la tierra
No hay dicha estable y segura,
Vinieron atràs los tiempos
Que eclipsaron su ventura,
Y fué tan triste su muerte
Que aun hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava,
Barreada de áureas puntas,
Huyeron despavoridas
Las tropas de Moctezuma.



COMPAÑA PELIGROSA.

ROMANCE.

Iban en compañia
Una tarde de invierno,
Corriendo gran borrasca,
Un jóven habanero
De zapatito bajo
Sin medias; un isleño
De levita y cachucha,
Y un andaluz de aquellos
De ¡sonci!.... ¡va... la otra!
¡Pó...,.geche osté lo mesmo!,.
A una taberna entraron,
Pita larga pidieron,
Y como tres distintos
Sin medio verdadero,
Sobre cual pagaría
Se armó el contrapunteo.
Llegáronse à las manos
Y á botellazos luego,
Con que salió el mas sano
Con media cara menos,
Y alcanzaron las chispas
A los que estaban viendo.

En viendo estas compañas
Huye, Fábio, muy léjos,
Que de tal gente junta
No sale nada bueno.

PLACIDO.

ALLA VAMOS TODAS.

—¿Te parece, sarrastrona
cara de pescao podrío,
que yo aguante tus tapujos?
(dijo á Ignacia su marido.)
¿Parece bien que yo juegue
al esconder con el niño,
que te sigue á toitas partes
sin asomà los josicos?...
¿No aprendes de la maàma
de enfrente?—¿Cuando ha salío
à la caye sin su esposo,
si es que dà el brazo à un amigo?...
—¡Ay Pablo, (contesta Ignacia,
haciendo un gracioso guiño;)
si la señora de enfrente,
tiene previlegio antiguo
de pasear con su majo,
mientra su mesmo marío
yeva, detras, la sombriya,
el perro y el abanico;
¿qué encuentras Pablo de estraño
que hagamos rumbo distinto,
si unas tenemos la solfa
de los agravios que isimos,
y otras, con la luz del dia,
puéen lucir su San-Benito?...

Cada cual, Pablo, à su moa
mata pulgas y mosquitos
pero en picando de veras
ayá vamos todas, hijo.

Manuel M. de Santa Ana

EPIGRAMAS.

I.

Haz un verso à los ojos tiernos,
A Andres le dijo Simon,
Y él gritó con precision—
"Tu muger te pone cuernos."
—En verdad, no es verso Andres,
Dijo:—y el repuso:—Ya...
Ello... verso... no serà;
Pero verdad sí que es.

II.

¡Con que ta vas à casar...
Juan del diablo, en este enero
Sin crédito, sin dinero,
Y sin saber trabajar!...
—Calla, Pedro, no te espantes;
Pues ya convenido hemos,
Que en casàndonos tendremos:
Yo cuernos, y ella marchantes.

III.

¿De dónde, Anton sacará
Para el gasto que publica?
¿Tendrá alguna vieja rica
O le lloverà el manà?
—¡Qué curiosa eres, Celina!
Anton no tiene otra cosa,
Que una muger buena moza
Y el mercader de la esquina.

IV.

En el feliz siglo de oro,
Júpiter, para poder
Conquistar á una muger,
Tuvo que volverse toro.
Cambiádose han las estrellas,
Porque entonces los que amaban
Por sus ninfas se encornaban:
Ahora los encuernan ellas.

V.

Sin duda tenido habia,
Alguna chanza pesada
Con Livia la recatada
Fabio, y tal le dijo un dia:
¿Ves aquella verde moya?...
No te acuerdas cuando allí?...
Y ella le contestó:—'Sí...
''Ya...me acuerdo...allí fué Troya.''

VI.

Envidia tengo y no poca
Al córse que lleva Andrea,
No por lo que la hermosea
Sino por lo que la toca.

VII.

Un doctor no pudo hacer
Sanar la cojera á Juana,
Y ella de misa al volver,
Halló à un toro, echó á correr,
Y subióse à una ventana.

Bajó, pasado el terror.
Libre del físico mal
Y del insano dolor;
De suerte, que el animal
Fué mas hàbil que el doctor,

VIII.

El presumido Tristan
Preguntó à Merced hermosa
—¿Señorita, habrà una cosa
Mas grande que su fustan?
Hay cuatro, dijo Merced
Con pensamiento profundo,
Que son, Dios, el cielo, el mundo,
Y su necedad de usted.

IX.

Queriendo Juana pescado
Su esposo por él salió,
Y à las dos horas volvió
Sin dinero y estropeado:
—"Marido de los infiernos, '
(Díjole Juana al entrar)
"¿Con que te has dejado dar?...
"¿De qué te sirven los cuernos?"

Placido.

PRUEBAS DE AMOR.

--«Es mentira, no te quiere
(dijo la Juana à la Pepa,)

hombre tan esaborío,
que no te endiña una ferpa
á lo menos cáa dos dias,
ni te quiere, ni en consensia
naide dirà que merese,
que una real mosa lo quiera.
Y aquí Pepíya hago punto
y me las toco é soleta,
que el arratrundi é mi Paco
tiene mal genio y maspera.»

No echó Pepa en saco roto
de su amiga la advertencia.
«Quíero me atisen, decía,
(mientras daba á sus caderas
aquel suave movimiento,
que en las mozas de mi tierra
equivale un terremoto)
«quiero que me atisen, sepa
«sepa mi cuerpesiyo à qué sabe
«una combià de leña.»

Con tan ridículo antojo
Pepa llegó à su vivienda,
adonde ya la aguardaba
su gachon Diego Paciencia.

—Daonde güeno?: la pregunta.

—De la caye.
—La respuesta concluye
mas no convense.

—Y diga usté só postema?
tengo yo jecha escritura
de chimuyarle, canela!...
dàsia qué lao corre el viento

cuando mi popa navega?...
Menos borla y mas limosna:
menos selo y mas querensia,
que el dulse é pico à toas horas
empalaga y no alimenta.
—Pues ¿qué te falta endinota?..
hay en toítica la tierra,
una jembra mas quería?...

—Gran puñao son tres almendras!

—Y ¿nó te he comprao una saya
con alamares é sea,
que la duquesa de Osuna
se pirràra por tenezla?

—Bien y qué?...

—Y unos zapatos
no tienes con vigoteras?

—Bien, y qué?
—¿Y al fin no eres,
y asi Dios lo tome en cuenta,
la que manda en mi saranda
y la que en mis reinos reina?. .

—Bien; y qué?

—Sabes, Pepilla,
que el *bien* y el *qué* ya me apestan,
y, si el pescao se me ajuma,
te vas à tragar diez muelas?...

—Y ¿sabe usté, cara é mona,
que nengun alma de...

—Pepa!...

—me pone à mí los langustios
—en la mità de la jeta?...

—Cuànto apuestas à que si?

—Cuànto và á que no?

—Pues ea,
dice Diego, y una vara,
de à dos cuartos por mas señas,
rompe en las pobres costillas
de la antojadiza Pepa;
quién todavía sostiene,
¡lo que son antojos de hembras!
que amor se prueba à trancazos,
y el que mas quiere mas pega.

Manuel M. de Santa Ana.

LA VENGANZA DE UN BANDIDO.

(Leyenda.)

—«Mal haya el hombre que fia
de las jembras en la fé!
¡Mal haya la suerte mia!
Pepa!.... Pepa!....
¿Porqué tu làbio juraba
quererme mas que à un divé,(1)
si tu làbio me engañaba»?...
«¿Porque adorarme desias
si otro amor era tu encanto?...
Si al fin burlarme querias,

(1)Dios.

mala jembra!
¿por qué me desias cariños,
capaz de tentar à un santo!
con tu palique y tus guiños»?

—

«De mi te has burlao! corriente.
Me has dejao sin esperanza!
algo mi pecho lo siente...;
Mas traidora,
de tu corazon, veleta,
pronto tomarà venganza
mi gustaso y mi escopeta.

—

Aquí, en la montaña triste,
soy el rey; si tengo empeño
nada à mi furia resíste...
Asesino,
sin razon nó me has yamao?
Seré asesino, y tu dueño
en caminos y en poblao.

—

Y ese tu esposo querío,
ese que por rico hayó
lo que por probe he perdio;
si es cristiano,
que se encomiende al Eterno;
porque en trincandolo yo
pase le doy pá el infierno:

D. Manuel Maria de Santa Ana.



EL PESCADOR DE SAN JUAN.

ROMANCE CUARTO.

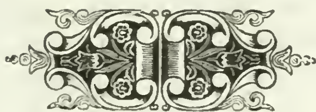
LA FRAGATA Y LA BARQUILLA:

Infladas las anchas velas
Al soplo de fresca brisa.
Una alígera fragata
Del puerto ufana salía:
Desde la dorada popa
Burlando de mi barquilla,
El capitan y el piloto
"¡Ah de la real!" me decian,
Y con silvos y risadas
Insultabau mi desdicha.
Yo los miré con paciencia
Desenrredando mis pitas.
Y ellos se alejan veloces
Casi à perderse de vista.
Era cerca de la noche,
Mi rostro al norte se fija,
Y su verdi-negras nubes
Prócsima tormenta indican.
Corto la potala, y corto
Mis cordeles, remo aprisa,
La palanca clavo en tierra.
Y llego salvo á la orilla.
Cúbrese de luto el cielo,
Ráudo el relàmpago brilla.
restalla horrísono el rayo,
Ruge el mar, el Bóreas silva.
Y su ímpetu horrible arranca
Las palmas de las colinas.

Allà lejos, de las ondas
Y los vientos conbatida,
Rotos los cables y velas
Y sin timon, se divisa
La desventurada nave,
Dó quier volando las drisas,
Ya bomboleando en los aires,
Ya en los abismos hundida,
Aquí un cañon suelto, rueda
Dejando à muchos sin vída;
A otros allí por librarse
Les coge el mar en la huida.
Asi bajando y subiendo
A la tierra se avecina,
Hasta dar con una roca
La no bien compuesta quilla.
Cuàl asegura una tabla,
Cuál à una flotante pipa
Pasa la noche aferrando
Esperando el nuevo dia:
Calma el viento, el mar serena,
Y los que ayer burla hacian,
Hoy su salvacion debieron
A mi bondad compasiva.
Que desmayados á tierra
Los conduje en mi Barquilla.

Así, conozca los llantos
Que vienen tras de la risa,
El que se burla del pobre
Por ser de alta gerarquia.

Placido.



A LA MUERTE

De mi amigo G. de. C.

Decimas.

Genio de la amistad pura
Que en el alto Empíreó estás,
Cuyo sacro fuego, mas
Que el oro y la vida dura:
La copa de la amargura
Con tu proteccion y abrigo
Veré sí apurar consigo,
Para verter con ardor
Llanto de pena y dolor
En la tumba de un amigo,

¡Oh! si fuera tal mi suerte
Que con lugnbres gemidos
Ablandara los oidos
De la inecsorable muerte:
Pero en vano el polvo inerte
Quiere el llanto resarcir,
No retornarà à vivir,
Pues sé con harto pesar,
Que no vuelve á respirar
Lo que deja de ecsistir.

Vi un niño por diversion
Formar un glovillo astuto,
Introduciendo un canuto
En misto de agua y jabon:
Del Iris la variacion
En sus colores denota,

Y cuando de su derrota
Tocaba el mayor aumento,
Sutil ràfaga de viento
Le convertió en leve gota.

Este glovillo lucido
Tan bello cual desgraciado,
Como fué de agua formado,
Quedó en ella convertido:
Asi el hombre divertido
Sigue la senda dorada
De bien ó de mal sembrada
Que le prepara la suerte
Y en nada al fin se convierte,
Porque nació de la nada.

¿Véis cuando la primavera
Engalanando el abril,
De ámbares y flores mil
Enriquece la pradera,
Y hórrida borrasca fiera
Viene de opuestos confines,
Destrozando los jazmines
Y rosas, que en horizontes
Fueron pompa de los montes,
Y adorno de los jardines?

Asi su frente amistosa
Mostró Gerino, cabal,
Integro, franco y social,
Cual la primavera hermosa:
Cuando la parca alevosa,
Como horrenda tempestad,
Sepultó en la eternidad
Al que fué por su virtud
Jazmin de la juventud,
Y rosa de la amistad.

No ya las ninfas decoran
Sus rostros con azucenas,
Porque sumidas en penas
Tu ocaso infelice lloran;
De pesares se devoran,
Quéjanse á la adversa suerte,
Y la tristeza mas fuerte
Las tiene en fiera agonía,
Desde aquel tremendo dia
Que te arrebató la muerte.

Ni ya las flores porfian
Vertiendo àmbares suaves,
Ni el alba cantan las aves
Parleras como solian.
Los cielos que antes reian
Esparciendo perlas bellas,
Vierten nubladas querellas
Con que al claro Sol engañan,
Y densas nubes empañan
El brillo de las estrellas.

Los arroyuelos y fuentes
Como sintiendo mis males,
Llevan mudos los raudales
de sus límpidas corrientes:
Y por cauces diferentes
De los antiguos girando,
Van corriendo y murmurando,
Porque en amargos despojos,
Ven como rios mis ojos
Eternamente llorando.

¿Y por qué el hombre se afana?
Solo contemplando estoy
¿Sabe aun cuando duerma hoy

Si despertarà mañana?
Fantasma engañosa y vana,
Rayo veloz pasagero,
Metéoro de luz ligero,
Informe copo de espuma,
Y polvo y nada es en suma
Cuanto encierra el mundo entero.

Solo la pura amistad
Elevando sus acentos,
Hace llegar sus lamentos
Hasta la posteridad:
Ella, de inmortalidad
Es acreedora en la historia,
Por lo que con fé notoria
Yo tu nombre à inscribir llego,
Con caractéres de fuego
En el templo de Memoria.

Quizà de mi muerte el dia
Habrá una alma generosa
Que riegue llanto en mi loza
Como yo en tu tumba fria:
En tanto que el alma mia
Con toda sinceridad,
A impulsos de la amistad
Que nos uniera à los dos,
Te envía el postrer adios
Por toda la eternidad.

PLACIDO.



LETRILLA.

La luz del alba
A cuyos brillos
Lean trinando
Los pajarillos;
No es tan hermosa,
Ni tau serena,
Como los ojos
De mi morena.

La aurora pura
Que en el oriente
Flores y perlas
Muestra en tu frente,
Esparce rosas;
Mas no enagena
Como los ojos
De mi morena.

No luce Apolo
En su brillante
Fúlgido carro
De oro y diamante:
Ni con sus rayos
El mundo llena
Como los ojos
De mi morena.

A ella no igüalan
Alba ni aurora,
Ni Apolo mira
Cuanto atesora:
Y si hay quien vierta

Luz tan amena,
Como los ojos
De mi morena.

PLACIDO.

POESIAS

DE

MARTINEZ DE LA ROSA.

EL HUERFANO.

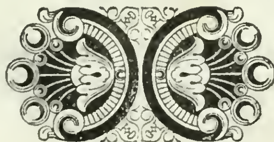
Mientras el crudo diciembre
Arroja nieve y granizo,
Y del palacio las puertas
Conmueve el ábrego impío,
A su amparo en noche oscura
Se acoge un misero niño,
Que abandonaron sus padres
Y no halla en el mundo asilo:
Ambas manos junta al pecho,
Tiembla de susto y de frio;
Y hasta el aliento le falta
Para demandar ausilio....
Jamas tuvo el inocente
Quien oyera sus suspiros,
Quien enjugase su llanto,
Quien le llamara su hijo!
En el hueco de una roca

Le hallaron recien nacido,
Sin mas pretector que el cielo,
Ni mas padre que Dios mismo,
Solo Dios, que abre su mano
Para el tierno pajarillo,
Y hasta el aura derrama
Las semillas y el rocío.
   Huérfano desventurado.
No llores tan afligido;
Y llama à la misma puerta
Que ahora te sirve de arrimo;
Llama otra vez, que su dueño
En blando lecho adormido,
En sueños vé los tesoros
Que conducen sus navíos;
Y no ha de ser tan cruel,
Que al escuchar tus gemidos
Te niegue un mísero sustento,
Te niegue un mísero abrigo.
   «Amparad piadosos
   A un niño infeliz;
   Y Dios os lo premie
   Mil veces y mil'
   Solo y desvalido
   ¡Ay triste! nací;
   Que mi propia madre
   Me alejó de sí....
   Si madre tuvísteis,
   A Dios bendecid;
   Y en memoria suya
   Doléos de mí!
   Nunca una palabra
   Cariñosa oí;
   Llanto de mis ojos
   Por leche bebí....
   Por Dios y su madre,
   Piadosos abrid;

Sí no, á vuestra puerta
Me vereis morir!...»
Apenas estas palabras
Sollozaba el huerfanito,
Cuando dentro del palacio
Sonó de un can el ladrido:
Cien esclavos acudieron
Y amenazaron al niño,
Si en mal hora el dueño adusto
Despertaba à sus gemidos.

EL AMOR EN VENTA.

Acudid, zagalas....
¡Qué lindo amor vendo!
Miradle en mi mano,
Por las alas preso.—
¿*Es dócil*?—Y niño.—
¿*Donoso?*—Hechicero.—
¿*Calladito*?—Mudo.—
¿*Complaciente*?—Ciego.—
¿*Alegre*?—Cual mayo.—
¿*Veloz*?—Como el viento.—
¿*Y fiel*?—Cual vosotras.—
Ya no le queremos.



LAS BURLAS DE AMOR.

Pues los hombres todos
A tu ley se humillan,
Ámor, no con burlas
De sus mares rias.
Presos de un cabello
Algunos suspiran,
Cual náufrago triste
Que el moro cautiva;
Quién un lunar breve
Cual su estrella mira;
Quién de unas pestañas
Vé prender su vida....
Solo yo, Dios, ciego
Resistí á tus iras;
Pues solo alcanzaron
Rendirme à Dorila
Los leves hoyuelos
De su mano linda,
De su hermoso brazo,
De su blanda risa.

EL CEMENTERIO DE MOMO.

EPITAFIOS.

Yace aqui un mal matrimonio,
Dos cuñadas, suegra y yerno,..
No falta sino el demonio
Para estar junto el infierno.

—

¡En sepulcro de escribano
Una estátua de la Fe!...
No la pusieron en vano;
Que afirma lo que no vé.

—

¿Ya hay pleito sobre el sepulcro,
Y aun no està el hombre enterrado
Este si que era letrado!

—

Yace aqui Blas... y se alegra
Por no vivir con su suegra.

—

Agua destíla la piedra,
Agua està brotando el suelo...
¿Yace aqui algun aguador?–
No señor: un tabernero.

—

Un delator aqui yace...
Chito! que el muerto se hace....

—

Aqui yace una doncella...
Y han borrado de *labor*...
Siempre es bueno hacer favor.

—

Yace en esta estrecha caja
El sastre mas afamado;
Y dicen que no ha robado...
Al menos en su mortaja.

—

¡Cuñados en paz y juntos!...
No hay duda que están difuntos.

—

Aqui yace una beata
Que no habló mal de ninguna...
Perdió la lengua en la cuna.

—

Aqui un médico reposa,
Y al lado han puesto á la Muerte....
Iban siempre de esta suerte.

—

Al pie del sepulcro un cuerno!...
¿No admite dos el infierno?

—

Aqui un hablador se halla...
Y por vez primera calla.

—

Aqui yace una viuda
Que murió de pena aguda,
Apenas hubo perdido
A su séptimo marido.

—

Aqui se enterró un suizo...
Por el dinero lo hizo.

—

Aqui yace una soltera,
Rica, hermosa, forastera,
Que sorda muda nació...
¡Si la hubíera hallado yo!

—

Sub hoc tumulo... adelante,
Que este serà algun pedante.

—

Aqui yace un andaluz...
Por eso han puesto esta cruz.

—

Don Juan de Az...pei...ti...gu...rrea...
Para el diablo que te lea.

—

Ya que no pide doblones,
Pide esta vieja oraciones.

—

Canónigo... de repente,..
Y morir en Noche Buena!...

Se le indigestó la cena.

—

Eche una limosna. hermano;
Y que no suene el dinero,
No reviva este usurero.

—

Aqui enterraron de valde,
Por no hallarle una peseta...
No sigas: era poeta.

—

Una palma han colocado
En la tumba de Lucia...
Es qué dátiles vendia.

—

Aqui yace un cortesano,
Que se quebró la cintura
Un dia de besamano.

—

Aqui jaz ó mui illustre
Senhor João Mozinnho Souza,
Carvalho Silva da Andrada...
Sobra nombre ó falta loza.

—

Aqui yace un juez de vagos,
Que en Madrid ocioso anduvo...
¿Y en qué diablos se entretuvo?

—

Aqui reposa un francés...
Al fin parado le vés.

—

Aqui yace entre laureles
Un gran autor de comedias,
Que murió helado en el patio
Sín que un cristiano lo viera.

—

Aquí yace Sor Belen,
Que hizo almívares muy bien,

Y pasó la vida entera
Vistiendo niños de cera.

—

Aqui yacen cuatro sócios,
Que juntaron gran caudal:
Un médico, un boticario,
Un cura y un sacristan.

—

Aqui yace el Rey Ramiro.
Que libró á España del *feudo*...
Al moro que hoy lo cobràre,
La ganancia no lo arriendo.

—

Aqui yace un oidor sordo...
Un relator tartamudo...
Un vista con cataratas...
¡Pues anda bonito el mundo!

—

Aqui yace un contador
Que jamás erró una cuenta...
A no ser à su favor.

—

Un borrego han esculpido
En esta tumba modesta...
?Tuvo el difunto el toison?...
Fué escribano de la Mesta.

—

Aqui á una bruja enterraron,
Chamuscada á fuego lento...
Nunca es malo un escarmiento.

—

Aqui yace un cobrador
Del voto del Rey Ramiro...
¿No era mejor dar mugeres,
Y quedarnos con el trigo?

—

Aqui yace un mayorazgo

Junto á su hermano mellízo:
Este se murió de hambre;
Y aquel se murió de ahito.

—

Aqui Susana reposa...
Por supuesto no la *casta*...
Con que vd. lo diga, basta.

—

Aqui yace un proyectista,
Que quiso dar por asiento
Agua, tierra, fuego y viento.

—

Aqui yace un egoista
Que no hizo mal ni hizo bien...
Requiescat in pace, Amen.

—

Aqui yace Don Matías,
Acusado de tacaño:
Y daba *gratis* al año...
Pésames, pascuas y dias.

—

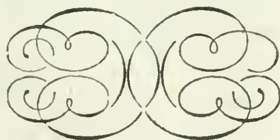
El general que aqui yace,
Hizo lo mismo que el Cid...
Entraba muerto en la lid.

—

Aqui yace un alquimista,
Que en oro trocaba el cobre...
Y murió de puro pobre.

—

Aqui yacen dos maestrantes...
Ocupados como antes.



LA TORMENTA.

¿Hubo un dia jamàs; un solo dia.
Cuando el amor mil dichas me brindaba,
En que la cruda mano del destino
La copa del placer no emponzoñára?
Tú lo sabes, mi bien: el mismo cielo
Para amarnos formó nuestras dos almas;
Mas con doble crueldad, las unió apénas,
Las quiso dividir, y las desgarra.
¡Cuàntas veces sequé con estos làbios
Tus megillas en lágrimas bañadas,
Tus ojos enjugué y hasta en tu boca
Bebí ansioso tus làgrimas amargas!
Con suspiros tristísimos salian
Mezcladas, confundidas tus palabras;
Y al repeler mi mano con latidos.
Tu corazon desdichas presagiaba...
Todas, à un tiempo, todas se cumplieron:
Y si tal vez un rayo de esperanza
Brilló cual un relàmpago, el abismo
Nos mostró abierto á nuestras mismas plantas.
¿Lo recuerdas, mi bien? Morir unidos
Demandamos al cielo en noche aciaga,
Cuando natura toda parecia
En nuestro daño y ruina conjurada:
La tierra nos negaba hasta un asilo;
La lluvia nuestros pasos atajaba;
Bramaba el huracan; el cielo ardia,
Las centellas en torno serpeaban...
¡Ay! ojalà la muerte en aquel punto

Sobre entrambos el golpe descargara,
Cuando sin voz, sin fuerzas, sin aliento.
Te sostuve en mis hombros reclinada.
«Que temes? Vuelve en ti; soy yo, bien mio
Es tu amante, tu dueño quien te llama;
Ni el mismo cielo separarnos puede:
O destruye à los dos ó á los dos salva.»
Inmóvil, muda, yerta, parecias
De duro màrmol insensible estátua;
Mas cada vez que retumbaba el trueno,
Trémula contra el seno me estrechabas;
En tanto que por hondos precipicios,
Casi ya sumergido entre las aguas,
Apesar de los cielos y la tierra
Conduje á salvo la adorada carga....
Hora ¡ay de mi! por siempre separados,
Sin amor, sin hogar, sín dulce patria,
El peligro mas leve me amedrenta;
La imàgen de la muerte me acobarda:
Ni habrà un amigo que mis ojos cierre;
Veré desierta mi fatal estancia:
Y solo por piedad mano estrangera,
Arrojarà mi cuerpo en tierra estraña.

LA MADRE DESVENTURADA.

Junto al tronco que hirió el rayo,
Está la infeliz Dorila,
Y en el aciago torrente
Clavada tiene la vista.
Al hijo de sus entrañas
Perdió la triste en mal dia,

Recuerdo de un caro esposo,
Su único bien y delicia:
Y de entonces la cuitada
Ni sosiega ni respira,
Secos de llorar sus ojos;
Su débil razon perdida.
Ya errante vaga en los bosques,
Como cierva fujitiva;
Ya inmóvil yace en la yerba,
Sin dar señales de vida:
Alzase luego azorada:
Huye, vuelve, corre, grita;
Acusa al cielo y la tierra;
Desgarra pecho y mejillas...
Mas tal vez ilusion breve
Da tregua á una amarga cuita,
Teje una cuna de mimbres,
Y vivo al hijo imajina;
Sobre la grama le mece.
Con frescas flores le brinda,
Y cariñosa le arrulla
Con esta cancion sentida:
«Duerme tierno niño‘
Duerme dulce amor,
Mientras con las ramas
Te guardo del sol:
La rosa de mayo
Te envidia el color;
Los rubios panales
Tan rubios no son...
Duerme, tierno niño,
Duerme, dulce amor,
Alivio y consuelo
De mi corazon:
Por ti, hijo del alma,
Por ti vivo yo;
Asi desde el cielo.

Te bendiga Dios.... «
Un quejido dió la triste
Que el pecho se le partía:
Y cuajáronse en sus ojos
Las làgrimas suspendidas:
Otra vez corre al torrente,
Causador de su desdicha;
Y con la cuna en los brazos
Al fondo se precipita.

EL ARBOL DE LA ESPERANZA.



Al pie nace de una cuna
El àrbol de la esperanza;
Y al son del viento se mece,
Fràgil cual trémula caña
Solo un instante por dicha
Manso el céfiro le alhaga,
Que el cierzo helado lo seca,
Y el austro ardiente lo abrasa.
Crece, da vistosas flores,
Y el fruto rara vez cuaja:
Cual tierna flor del almendro.
Muere por nacer temprana.
Cuanto mas alto se encumbra,
Mas peligros le amenazan;
Como el cedro que descuella,
Los rayos del cielo llama.
Reposa el águila altiva
En su copa soberana;
Mientras insectos traidores
Estàn royendo su planta:
Hondas hecha las raices;
Lejos estiende sus ramas;
Y apenas de escasa sombra,
La Muerte su tronco tala.

VENUS Y LOS AMORES.

EL NACIMIENTO DE VENUS.



En el seno de una concha
Como en Oriente la perla,
Nació la diosa que anima
El cielo. el mar y la tierra:
Rizando en torno la espuma,
Mil Cupidillos la cercan,
Y al leve carro de nàcar
Uncen dos tórtolas bellas;
El íris de cien colores
Sobre sus sienes despliegan,
Y al mismo tiempo en los astros
Lució su brillante estrella.
En coro à la Diosa aclaman
Los Tritones y Nereidas,
De coral la cien ceñida,
Libres al viento las trenzas:
En tanto que los Amores
sobre los delfines juegan,
Y por donaire à las Ninfas
Salpican pecho y cabeza.
Unos á nado las siguen;
Otros en torno revuelvan;
Y alguno mas atrevido
Càlase al fondo tras ellas...
Mas por descuido ó malicia
La antorcha en la mano lleva,
Que en vez de apagar su llama,
Dentro del mar centelléa:
Arden las inquietas olas;
Arde la profunda arena,
Y de vivientes sin fin
La inmensa region se puebla.

LA NIÑA DESCOLORIDA.



Pàlida está de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

Nunca de amapolas
O adelfas ceñida
Mostró Citerea
Su frente divina:
Téjenle guirnaldas
De jazmin sus ninfas;
Y tiernas violas
Cupido le brinda.

Pálida està de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

El sol en su ocaso
Presagia desdichas,
Con rojos celages
La faz encendida:
El alba en oriente
Mas plàcida brilla;
De càndido nàcar
Los cielos matiza.

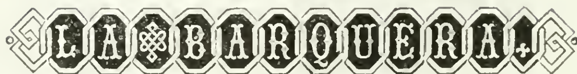
Pálida està de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

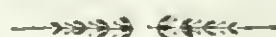
¡Qué linda se muestra,
Si á dulces caricias
Afable responde
Con blanda sonrisa!
Pero muy mas bella
Al amor convida,
Si de amor se duele,
Si de amor suspira.

Pàlida està de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

Sus lánguidos ojos
El brillo amortiguan;
Retiemblan sus brazos;
Su seno palpita:
Ni escucha, ni habla,
Ni vé, ní respira,
Y busca en mis làbios
El alma y la vida....

Pàlida está de amores
Mi dulce Niña:
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!





Niña de las redes,
Eres segun creo
De la mar nacida
Y hermana de Vénus:

Al nacer, corteses
Las olas les dieron
Color à tus ojos,
Mudanza à tu pecho;
La càndida espuma,
Que rizan los vientos.
Dió sal à tu boca,
Blancura à tu cuello;
Y el mar en la orilla,
Buscando y huyendo,
De tratar amores
Le dió el mal ejemplo.

ODAS FILOSOFICAS.

ODA I.

A Don Felipe Ruiz de la Torre y Mota.

¿Cuàndo serà que pueda
Libre de esta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
Que huye mas del suelo,
Contemplar la verdad pura sin velo?
Allí á mi vida junto
En luz resplandeciente convertido,
Veré todo en un punto
Lo que es, y lo que ha sido,
Y su principio propio y escondido.
Entonces veré como
La soberana mano echó el cimiento
Tan à nivel y plomo,
Do estable y firme asiento

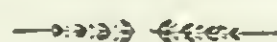
Posée el pesadísimo elemento.
  Veré las inmortales
Columnas dó la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que à la mar airada
La Providencia tiene aprisionada.
  Porque tiembla la tierra,
Porque las hondas mares sé embravecen,
Do sale à mover guerra
El cierzo, y porque crecen
Las aguas del Océano y descrecen.
  De do manan las fuentes;
Quien ceba, y quien bastece de los rios
Las perpétuas corrientes;
De los helados frios
Veré las causas, y de los estíos.
Las soberanas aguas
Del aire en la región quien las sostiene;
De los rayos las fraguas;
Do los tesoros tiene
De nieve Dios; y el trueno donde viene.
  ¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano?
El dia se ennegrece,
Sopla el Gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano.
  Y entre las nubes mueve
Su carro Dios, ligero y reluciente,
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente.
  La lluvia baña el techo
Envian largos rios los collados,
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores espantados.
  Yo de alli levantado

Veré los movimentos celestiales,
Asi el arrebatado
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales,
Quien rige las estrellas
Veré, y quien las enciende con hermosas
Y eficaces centellas,
Porque estàn las dos osas,
De bañarse en la mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno
Fuente de vida y luz do se mantiene;
Y porque en el invierno
Tan presuroso viene,
Porque en las noches largas se detiene.
Veré sin movimiento
En la mas alta esfera las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

D. F. Luis de Leon.

ODA II.

NOCHE SERENA.



Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hàcia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado:
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho una ànsia ardiente:
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente;

La lengua dice al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
Mi alma que à tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta càrcel baja oscura?
¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja asi al sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido
Sigue la vana sombra, el bien fingido?
El hombre està entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando
Las horas del vivir le va hurtando.
¡Ay! despertad, mortales,
Mirad con atencion en vuestro daño:
¿Las almas inmortales
Hecha à bien tamaño
Podràn vivir de sombra y solo engaño?
¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlareis los antojos
de aquesa lisongera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
?Es mas que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado.
A aqueste gran trasunto.
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquesos resplandores eternales,
Su movimiento cierto.
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales.
La luna como mueve

La planteada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella:
  Y como otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y Júpiter benino
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado.
  Rodéase én la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro,
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro:
  ¿Quien es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira.
Por romper lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?
  Aqui vive el contento,
Aqui reina la paz, aqui asentado
En rico y alto asiento.
Està el amor sagado
De honra y de deleytes rodeado.
  Inmensa hermosura
Aqui se muestra toda; y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamas anochece;
Eterna primavera aqui florece.
  ¡O campos verdaderos!
¡O prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquisimos minero!
¡O deleytosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

Del mismo.

ODA III.

A LA VERDAD.

Ven, mueve el làbio mio,
Angélica verdad, prole dichosa
Del alto cielo, y con tu luz gloriosa
Mi espíritu ilumina:
Huya el error impío,
Huya à tu voz divina,
Cual se despeña la tiniebla obscura
Del albo dia ante la llama pura.
No desdeñes mi ruego
Que hasta aqui siempre cariños oiste.
Tú, que mi númen soberano fuiste.
Y encanto delicioso:
Que deslumbrado y ciego
Se lanza presuroso
Del pestilente vicio en la ancha via
El mortal triste, à quien tu luz no guia.
Mas aquel que clemente
Miras con blanda faz, en tu belleza
Absorto alzarse à tu inefable alteza
Ansia con feliz vuelo:
Y hollando osadamente
Cuanto el mísero suelo
Mentido bien solícito atesora,
Su ilusion rie, y tu deidad adora.
Tu deidad que tremenda
La mente turba del feroz tirano,
Y hace que el grito que su orgullo insano
Arranca al oprimido,
Despavorida atienda
Su oreja entre el lucido
Estrépito en que el aula le adormece.

Y un vil incienso por do quier le ofrece.
Mientras con amorosa
Plàcida diestra de los tristes ojos
Limpias el llanto, y calmas los anojos
Del infelìz opreso,
Aliviando oficiosa
El rudo indigno peso
Que oprimir puede la inocente planta:
Que á Dios su ánimo libre se levanta.
Ven pues, ó deidad bella;
Fácil deciende del escelso cielo.
Do te acogistes abandonando el suelo
Con vicios mil manchando:
Y cual radiante estrella
Conduce al engañado
Mortal; tu luz su espíritu ilumine;
Y el orbe entero á tu fulgor se inclina.
Yo en tu gloria embebido
Siempre te aclamaré con frente osada;
Y à tu culto la lengua consagrada.
Èn mi constante seno
Un templo te he erigido,
Do de tu númen lleno
Te adoro, alma verdad, libre si obscuro,
Mas de vil miedo, y de ambicion seguro.
Por tí cuanto en su instable
Inmensidad el universo ostenta,
O el Altísimo en gloria se presenta
Como posible ecsiste:
Que en su mente inefable
Tú el prototipo fuiste,
A cuya norma celestial redujo
Cuanto despues su infinidad produjo.
Y eterna precediendo
Del tiempo el vuelo ràpido, inconstante,
Mientras se pierde el orbe en incesante
Deleznable ruina,

Por tí propia ecsistiendo,
Ante tu luz divina
Al sistema falàz el velo alzado
Y el error ves cual niebla disipado.
Y centro irresistible
Del humanal deseo, cuanto hallára
Sagaz en la ancha tierra, y en la clara
Region del alto cielo
Su tezon invencible,
Todo al ferviente anhelo
Lo debe, ó pura luz, con que la mente
Te busca inquieta, y tus encantos siente.
En ellos embebido
A Siracusa el griego á saco entrada
No vé; y herido de la atroz espada
Da su vida gloriosa:
Y el gran Newton subido
A la mansion lumbrosa
Cual genio alado tras los astros vuela;
Y al mundo absorto la atraccion revela.
¡O augusta, firme amiga
De la escelsa virtud! Tú al sabio obscuro.
Que adora de tu faz el lampo puro,
Cariñosa sostienes
En la ilustre fatiga;
Sus veneradas sienes
De inmortal lauro ciñes; y su gloria
Durar haces del tiempo en la memoria.
O si el triste nublado
De la persecucion horrido truena,
Tu le confortas, y su faz serena
Escucha el alarido
Del vulgo fascinado.
Contra sí embravecido;
O à la infame venganza que maquina
En las tinieblas su fatal ruina.
Asi en plàcida frente

Pudo el divino Sócrates mostrarse
Al frenético pueblo, y eutregarse
A sus perseguidores,
Que la copa inclemente
Le ornaste tú de flores,
Y en su inocente diestra la pusiste
Y en néctar la cicúta convertiste.
Màrtir él generoso
De tu escelsa deidad asi decia,
El tósigo mirando: vendrà un dia
Que útil al mundo sea
Mi suplicio afrentoso;
Y la verdad se vea
Con el gran Dios de todos acatada,
La vil superstición por tierra hollada.
Del punto que propuse
Impàvido anunciarla, el error fiero
Alzar contra mi pecho su impío acero
Ví con diestra ominosa:
A morir me dispuse
En la empresa gloriosa:
Dócil, mas firme abrazo las cadenas
Con que hoy me oprime la engañada Atenas.
Si Anito me persigue,
Le perdono, y al crédulo Areopago;
Y muriendo, à la patria satisfago
El feudo que la debo.
Hoy mi virtud consigue
Su prez; el cáliz bebo
Con que me brinda el fanatismo impío;
Y ¡oh Ser eterno! en tu bondad confio.
Asi dijera el sàbio;
Y el tósigo letal tranquilo apura.
Inmóvil le contempla en su amargura
Fedon: Cebes y Crito
Con desmayado làbio
Gimen: al vil Melito

Critóbulo maldice ciego de ira,
Y él en los brazos de Platon espira:
Cual la encendida frente
Hunde escondido en nubes nacaradas
En las sonantes ondas, recamadas
De sus rubios ardores,
El sol resplandeciente:
En pàlidos fulgores
Fallece el dia, y su enlutado velo
La noche tiende por el ancho cielo.

De D. Juan Melendez Valdes.

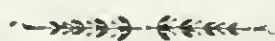
DESAFIO DEL CID.



Non es de sesudos homes
Ni de infanzones de pro
Facer denuesto á un fidalgo,
que es tenudo mas que vos.
Non los fuertes barraganes
Del vueso ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor.
No son buenas fechorías
Que los homes de Leon
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho à un infanzon.
Cuidaras que era mi padre
Del Lain calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason
?Mas como vos atrevisteis
A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede

Facer aquesto, otro non?
La su noble faz nublasteis
con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre despercude
Mancha, que finca en la honor,
Y ha de ser si bien me lembro,
Con sangre del malechor.
La vuestra, conde tirano,
Lo serà, pues su furor
Os movió á desaguisado
Prívàndovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el rey con furor,
cuidà que lo denodàsteis,
y que soy su fijo yo.
Mal fecho ficísteís conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catad si vos atiendo,
Si me causarás pavor.
Diego Laínez me fizo
Bien cendrado en su crisol;
Yo probaré en vos mis fuerzas,
Y en vuesa mala intencion
No vos valdrà el ardimiento
De mañero lidiador;
Pues para me combatir
Traigo mi espada y troton.
Aquesto al conde Lozano
Dijo el buen Cid campeador,
Que despues por sus fazañas
Este nombre mereció
Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó.

CONTESTACION ENTRE EL CID, Y EL ABAD BERMUDO.



Fablando estaba en el claustro
De San Pedro de Cerdeña
El buen rey Alfonso al Cid
Despues de misa una fiesta:
Trataban de las conquistas
De las mal perdidas tierras
Por pecados de Rodrigo,
Que amor disculpa y condena
Propuso el buen rey al Cid
El ir à ganar à Cuenca;
Y Rodrigo mesurado
Le dice de esta manera:
Nuevo sois, El rey Alfonso,
Nuevo sois rey en la tierra:
Antes que à guerras vayades
Sosegad las vuesas tierras.
Muchos daños han venido
Por los reyes que se ausentan,
Y apenas han calentado
La corona en la cabeza.
Y vos no estais muy seguro
De la calumnia propuesta
De la muerte de Don Sancho
Sobre Zamora la vieja;
Que aun hay sangre de Bellido,
Maguer qne en fidalgas venas,
Y el que fizo aquel venablo,
Si le pagan, harà treinta
Bermudo en lugar del rey,
Dice al Cid, si voz aquejan

El cansancio de las lides,
O el deseo de Jimena,
Id vos à Vivar, Rodrigo,
Y dejadle al rey la empresa.
Que hombres tiene tan fidalgos
Que no volverán sin ella.
¿Quién vos mete, dijo el Cid,
En el consejo de guerra,
Fraile honrado à vos agora
La vuesa cogulla puesta?
Subid vos à la tribuna,
Y rogad á Dios que venzan,
Que non venciera Josué
Si Moisés no lo ficiera.
Llevad voz la capa al coro,
Yo el pendon à las fronteras,
Y el rey sosiegue su casa
Antes que busca la agena;
Que no me faràn cobarde,
El mi amor y la mi queja,
Que mas traigo siempre al lado
A Tizona que à Jimena.
Home soy, dijo Bermudo,
Que antes que entrara en la regla
Si no vencí reyes moros,
Engendré quién los venciera;
Y agora en vez de cogulla
Cuando la ocasion se ofrezca
Me calaré la celada
Y pondré al caballo espuelas.
Para fugir, dijo el Cid,
Podrà ser, padre, que sea,
Que mas de aceite que sangre
Manchado el hàbito muestra.
Calledes, le dijo el rey,
En mal hora que no en buena.
Acordársevos debia

De la jura y la ballesta.
Cosas tenedes el Cid
Que faràn fablar las piedras,
Pues por cualquier niñería
Faceis campaña la Iglesia.
Pasaba el conde de Oñate
Que llevaba la su dueña,
Y el rey por facer mesura
Acompañóla á la puerta.

RESPUESTA DEL CID

A LA RECONVENCION DE ALFONSO VI.



Téngovos de replicar
Y de contrallarvos tengo,
Que no han pavor los valientes,
Ni los non culpados miedo.
Sin finca muerta la honra
A manos de los denuestos;
Menos mal serà enforcarme
Que el mal que me habedes fecho,
Yo seré en tierra humildoso
A guisa de vueso ciervo,
Que teniendo los mis brazos
Cuido alazarme sin los vuesos.
Cúbranse, y non vos acaten
Los ociosos falangueños,
Que maguer yo no lo soy,
Me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo Cortes,
Desde antaño por invierno,
Diz que por la pro comun,

O por los vuesos provechos.
Vos en Leon las ficisteis,
Pero yo en los campos yermos,
Faciendo las mias, desfice
Del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalà vedes
Non lo que fué primero,
Y es mal juzgador quien juzga,
Sin notar todo el proceso.
Folgá que el Moro de allende
Respete mis fechos buenos,
Que si non me los respeto.
Non vos guardaràn respeto.
Asaz me semejais blando,
Porque de tiempo tan luengo,
De apretarvos en la jura
Vos duele el escocimiento.
Mentirá el que me achacare
Del traidor Dolfos el tuerto
Que sabedes lo que fué,
Y lo que no fué en el reto:
Ademàs, que sin espuelas
Cabalgué entonces por yerro.
Vencen pesadas falsías
Al noble y sencillo pecho:
Y pues gasté mis haberes
En prez del servicio vueso,
Y de lo que hube ganado
Vos fice señor y dueño
Non me lo confiscarédes
Vos ni vuesos compañeros,
Que mal podrédes tollerme
La facienda que no tengo.
De hoy mas seré facendoso
Pues hoy de vos me destierro;
Y de hoy para mí me gano
Pues hoy para vos me pierdo.

Estas palabras decia
El noble Cid, respondiendo
A las querellas injustas
Del Rey Don Alfonso el sexto.

ROMANCES JOCOSOS.

I.

Llegó à una venta Cupido
A la mitad del invierno,
Las alas todas mojadas,
Roto el arco y muerto el fuego.
Viéndole tan destrozado
Dijo el bueno del ventero:
Hermanito, no hay posada.
Pique, que cerca está el pueblo.
Bien quisiera su venganza
Ponella luego en efecto;
Mas como se vió sin armas,
Probó palabras y ruegos.
Díjole como era hijo
De la bella diosa Vénus,
A cuyo cetro y corona
Todo el mundo esta sujeto.
Mas como la cortesía
Jamàs cupo en bajo pecho,
Haciendo burla del niño
Responde con menosprecio:
Para ser hijo de reina
El trae muy bellaco pelo.

Y aqui no hacemos nada
Por amor y sin dinero.
Sepa si tuvo poder,
Que ya se pasó aquel tiempo,
Cuando cantaban sus triunfos
Con discantes à lo viejo:
Cuando por ver à su dama
Iba el otro majadero
Hecho pez á media noche
Nadando de Abido á Sesto;
Aunque mejor que tanta agua
Fuera una azumbre de añejo,
Y echarse en su cama à nado,
Y saliera salvo á puerto.
Aunque en medio de las ondas
Halló de su alma el remedio,
Pues bebió tal parte de ellas
Que apagó de amor el fuego.
Y tambien el otro bobo
Del babilónico suelo,
Que porque halló roto el manto
Rompió con su espada el pecho.
Y luego la necia Tisbe
Añadiendo yerro á yerro,
Se mató, queriendo echar
La soga tras del caldero.
Y si no vé aquestas cosas,
Sepa que es porque está ciego:
Desatàpese los ojos,
Verà la razon que tengo.
Cupido entre aquestas burlas
Fué las veras conociendo,
Y de aqui adelante puso
Nueva ley, y otro uso nuevo:
Y es tan discreto que tiene
Menos costa y mas provecho:
Y tambien manda à las damas

Que en su amor hagan concierto;
  Y que tengan sus medidas
Conformes á cada precio;
Y que al amante que diere
No le envien descontento.
  Y al que no diere le digan
Lo que le dijo el ventero:
Hermanito no hay posada,
Pique, que cerca està el pueblo.

II.

  Topáronse en una venta
La muerte y amor un día,
Ya despues de puesto el sol
Al tiempo que anochecía,
A Madrid iba la muerte
Y el ciego amor à Sevilla,
A pié llevando en los hombros
Sus caras mercaderias.
Yo pensé que iban huyendo
Acaso de la justicia;
Porque ganan á dar muerte
Entrambos á dos la vida
Y estando los dos sentados,
Amor à la muerte mira;
Y como la vió tan fea,
No pudo tener la risa,
Y al fin la dijo riendo:
  Señora, no sé que os diga,
Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida.
Corrida la muerte de esto,
Puso en el arco una vira,
Y otra en el suyo Cupido,
Y hàcia fuera se retiran.
Con un lanzon el ventero

De por medio se metia,
Y haciendo las amistades
Cenaron en compañia.
Fueles forzoso quedarse
A dormir en la cocina,
Que en la venta no habia cama
Ni el ventero la tenia.
Los arcos, flechas y aljabas
Dan à guardar á Marina,
Una moza que en venta
A los huéspedes servia.
Aun no bien amanecido,
Cuando amor se despedia:
Sus armas al huesped pide
Pagando lo que debia.
El huesped le dà por ellas
Las que la muerte traia,
Amor se las echó al hombro,
Y sin mas mirar camina.
Despertó despues la muerte
Triste, flaca, desabrida;
Tomó las armas de amor,
Y tambien hizo su guia,
Y desde entonces acà
Mata el amor con su vira
Mozos, que ninguno pasa
De los veinticinco arriba.
A los ancianos à quien
Matar la muerte solia,
Ahora los enamora
Con las saetas que tira.
Mirad cual està ya el mundo
Vuelto lo de abajo arriba,
Amor por dar vida, mata,
Muerte por matar, dà vida.

Anónimo.

ROMANCE.



Por una negra señora
Un negro galan deliente
Negras lágrimas derrama
De un negro pecho que tiene.
Hablóle una negra noche,
Y tan negra que parece
Que de su negra pasion
El negro luto le viene:
Lleva una negra guitarra,
Negras las cuerdas y verdes,
Negras tambien las clavijas
Por ser negro el que las tuerce
—Negras pascuas me dé Dios
Si mas negro no me tienen
Los negros amores tuyos
Que el negro color de allende.
Un negro favor te pido,
Si negros favores vendes,
Y si con favores negros
Un negro pagarse debe.—
La negra señora entonces,
Enfadada del negrete,
Con estas negras razones
Al galan negro entristece:
—Vaya muy enhoranegra
El negro que tal pretende,
Pues para galanes negros
Se hicieron negros desdenes.—
El negro señor entonces,
No queriendo ennegrecerse
Mas de lo negro, quitóse
El negro sombrero y fuése.

Anónimo.

DE LAS NAVIDADES.

A Jovino.

Pues vienen navidades
Cuidados abandona,
Y toma por un rato
La cítara sonora.
Cantarémos, Jovino,
Mientras que el Euro sopla
Con voces acordadas
De Anacreon las odas.
Ó à par del dulce fuego
Las fugitivas horas
Engañaremos juntos
En plàticas sabrosas.
Ellas van, y no vuelven
De las nocturnas sombras:
¿Por que pues con desvelos
Hacerlas aun mas cortas?
Yo ví en mi primera
Mi barba vergonzosa,
Cual el dorado vello
Que el albérchigo brota,
Y en mis cándidas sienes
El oro en hebras rojas,
Que ya los años tristes
Obscuras me las tornan.
Yo ví al Abril florido
Que el valle alegre borda,
Y al abrasado Julio
Ví marchitar su alfombra.
Vino el opímo Octubre,

Las uvas se sazonan;
Mas el Diciembre helado
Le arrebató su pompa.
Los dias y los meses
Escapan como sombra,
Y á los meses los años
Suceden por la posta.
Asi à la triste vida
Quitemos las zozobras
Con el dorado vino,
Que bulle ya en la copa.
¿Quién los cuidados tristes
Con él no desaloja,
Y al padre Baco canta
Y à Vénus Cipriota?
Ciñàmonos las síenes
De mirtos y de rosa,
Brindemos, y aunque el Euro
Combata con el Boreas.
¿Que á nosotros su silbo,
Si el pecho alegre goza
De Baco y sus ardores,
De Vénus y sus glorias?
Acuérdome una tarde,
Cuando el Sol entre sombras
Bajaba despeñado
Al reino de la Aurora,
Que yo al hogar cantaba
De mi inocente choza,
Mientras bailaban juntos
Zagales y pastoras,
De nuestro amor sencillo
La suerte venturosa:
Riquísimo tesoro,
Que en tí mi pecho goza.
Y haciendo por tu vida,
Que tanto á España importa,

Mil súplicas al cielo
Con voces fervorosas,
Cogí en la diestra mano,
Cogí la brindadora
Taza, y con sed amiga
Por ti la apuré toda,.
Quedàron admirados
Zagales que blasonan
De bàchícos furores,
Al ver mi audacia loca.
Mas yo tornando al punto,
Con sed aun mas beöda
Segunda vez libréla
Del néctar que la colma,
Cantando enardecido
Con lira sonorosa
Tu nombre, y las amables
Virtudes que le adornan.

MELENDEZ

EL AMOR FUGITIVO.

Por morar en mi pecho
El traidor Cupidillo;
Del seno de su madre
Se ha escapado de Gnido.
Sus hermanos le lloran,
Y tres besos divinos
Dar promete Dione
Si le entregan el hijo.
Mil amantes le buscan;
Pero nadie ha podido
Saber, Dorila, en donde

Se esconde el fugitivo.
¿Daréle yo à Citeres?
¿Le dejaré en su asilo?
¿O iré á gozar el premio
De besos ofrecidos?
¡Ay! tu, à quien por su madre
Tendrà el alado niño,
Dame, dame uno solo,
Y tómale, bien mio.

Del mismo

LA MARIPOSA.



¿De donde alegre vienes
Tan suelta y tan festiva,
De rosa en en rosa dando,
Veloz mariposilla?
¿Por que en sus frescas hojas
No paras, y tranquila
De su púrpura gozas,
Sus aromas espiras?
Mírote yo, ¡mi pecho
Sabe con cuanta envidia!
De flor en flor vagando
Mas presta que la vista.
Mírote que en mil vuelos
Las miras y acaricias
Llegas, las tocas, pasas,
Huyes, vuelves, las libas.
De tus alas entonces
La delicada y rica
Librea se despliega,
Y al sol opuesta brilla

Tus plumas se dilatan,
Tu cuello ufano se hincha,
Tus cuernos y penacho
Se tiende y se rizan.
¡Qué visos y colores!
¡Qué púrpura tan fina!
¡Qué nàcar, azul y oro
Te adornan y matizan!
El Sol, cuyos cambiantes
Te esmaltan y te animan,
Contigo se complace,
Y alegre en tí se mira.
Los céfiros te halagan,
Las rosas à porfia
Sus tiernas copas abren,
Y amantes te convidan.
Tú empero bulliciosa
Tan libre como esquiva
Sus àmbares desdeñas,
Su seno desestimas.
Con todas te complaces,
Y suelta y atrevida
Feliz de todas gozas,
Ninguna te cautiva.
Ya un lirio hermoso besas.
Ya inquieta solicitas
La rosa, y de ella sales
Tras un jazmin perdida
El fresco alelí meces,
A la azucena quitas
El oro puro, y corres
Tras una clavellina.
Vas luego al arroyuelo,
Y en sus plácidas linfas
Posada sobre un ramo
Te complaces y admiras:
Mas el viento te burla

Y el ramillo retira,
Ó salpica tus alas
Sí hàcia el agua le inclina.
Asi huyendo medrosa
Te tiendes divertida
Lo largo de los valles,
Que Abril de flores pinta.
Ahora el vuelo abates,
Ahora en torno giras,
Ahora entre las hojas
Te pierdes fugitiva.
¡Felice mariposa!
Tú bebes de la risa
Del alba, y cada instante
Placeres mil varías.
Tú adornas el verano,
Tú traes á la florida
Vega con tu inconstancia
El gozo y las delicias.
Mas ¡ay! mayores fueron
Mil veces aun mis dichas
Si fuese á ti en mudarse
Mi lisis parecida.

MELENDEZ

ROMANCE.

ROSANA EN LOS FUEGOS.

Del sol llevaba la lumbre,
Y la alegria del alba
En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana,
Una noche que á los fuegos
Salió la fiesta de pascua,
Para abrasar todo el valle

En mil amorosas ànsias.
Por dó quiera que camina
Lleva tras sí la mañana,
Y donde se vuelve rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia,
Y mansamente la halaga,
Los cupidos la rodean,
Y las gracias le acompañan.
Y ella asi como en el valle
Descuella la altiva palma,
Cuando sus verdes pimpollos
Hasta las nubes levanta;
Ó cual víd de fruto llena,
Que con el olmo se abrasa,
Y sus vástagos estiende
Al arbitrio de las ramas;
Asi entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Sobresaliendo entre todas,
Cual fresca rosa entre zarzas.
Todos los ojos se lleva
Tras si, todo lo avasalla
De amor mata à los pastores,
Y de envidia á las zagalas.
Ni las musicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas,
Que todos corren por verla
Y al verla todos se abrasan.
¡Que de suspiros se escuchan!
¡Que de vivas, y de salvas!
No hay zagal que no la admire,
Y no se esmere en loarla.
Cual absorto la contempla,
Y à la aurora la compara,
Cuando mas alegre sale,
Y el cielo de su albor baña.

Cual al fresco y verde aliso,
Que crece al màrgen del agua,
Cuando mas pomposo en hojas
En su cristal se retrata.
Cual á la Luna, si muestra
Llena su esfera de plata,
Y asoma por los collados
De luceros coronada.
Otros pasmados la miran
Y mudamente la alaban,
Y mientras mas la contemplan
Muy mas hermosa la hallan.
Que es como el cielo su rostro,
Cuando en la noche callada
Brilla con todas sus luces,
Y los ojos embaraza.
¡Ay que de envidias se encienden!
¡Ay que de celos que causa
En las semanas del Tormes
Su perfeccion sobrehumana!
Las mas hermosas la temen,
Mas sin osar murmurarla,
Que como el oro mas puro
No sufre una leve mancha,
Bien haya tu gentileza,
Una y mil veces bien haya,
Y abrase la envidia al pueblo,
Hermosísima Aldeana.
Toda, toda eres perfecta,
Toda eres donaire y gracia,
El amor vive en tus ojos,
Y la gloria està en tu cara.
La libertad me has robado,
Yo la doy por bien robada:
Mas recibe el don benigna,
Que mi humildad te consagra.
Esto un zagal le decia

Con razones mal formadas,
Que salió libre à los fuegos,
Y volvió cautivo á casa.
Y desde entonces perdido
El dia à sus puertas le halla:
Ayer le cantó esta letra,
Echàndole la Alborada.

Linda zahaleja
De cuerpo gentil,
Muérome de amores
Desde que te vi

Tu talle, tu aseo,
Tu gala y donaire
No tienen, Serrana,
Igual en el valle,
Del cielo son ellos,
Y tú un serafin.

Muérome de amores
Desde que te ví.

De amores me muero,
Sin que nada baste
A darme la vida,
Que allà me llevaste,
Si yà no te dueles
Benigna de mi.

Que muero de amores
Desde que te ví.

DEL MISMO.

UN JALEO POBRE.



Las siete y cuarto serían
de una noche del otoño,
cuando el tío Crispin Becerro
daba vueltas como un trompo,
de la cocina á la sa'a,
de la sala al dormitorio.

Tratàbase de un jaleo
pobre, pero con decoro,
como puede y suele armarlos
un zapatero rumboso:

Era la funcíon en Cádiz
y, para mas alborozo,
en el barrio de la Viña,
de buenas mozas tesoro.

Ay Càdiz! Càdiz! ¿quién puede
pisar tus muros hermosos,
y perderte y recordarte
sin lágrimas en los ojos?—

A las ocho menos cuarto,
(la funcion era à las ocho,)
abrió Becerro la sala,
satisfecho de su adorno.

Sobre dos mesas de pino,
pintadas de verde al olio,
ardían cuatro belones,

todos limpios como el oro,
pero en edad y tamaño
dístintos entre si todos.
Anticuadas cornucopias,
sillas forradas de coco
ó de damasco, segun
las diera Dios ú el demonio,
demostraban la riqueza
y el gusto de este jolgorio
que ha sido célebre en Càdiz
y cien leguas en redondo.

En breve los convidados
unos llegaron tras otros.
Con Candelaria Melendez
entró su gachon Victorio,
y con Manuela Valero
su tocayito Manolo.

A Concha, la malagueña.
la acompañaba un buen mozo.
que si no es pariente de *ella*
algo se acerca à su esposo.

Ya estaba la sala llena
de cuerpos saracandosos.
y el *tocaor* no llegaba
con murmuracion de todos.

—Tio Crispin, no empieza el baíle?...

—En cuanto venga, Manolo,
el *tocao*....
—Quién es?—

—Curro
Sanguijuelas;

—Ese tonto!
—Qué dises?
—No es el barbero
de la plaza é San Antonio?...

—El mesmo.

—Pues que lo guarde
el santo si yo lo cojo,
jonjabando à mi gachona
con salidiyas de tono!—

—Pero se baila ó tomamos
la puerta yo y mi Victorio?...

Esto dijo Candelaria
Menendez, y, uno tras otro
todos la misma pregunta
hicieron de varios modos.

—Si Manolo hisiera el gusto
de tocar...

—Déme usté pronto
tio Becerro la viguela:
por mi causa no se ha roto
nunca una groma... de punta
los güesos, niñas, que entono.

«Te quiero mas que á un divé,
mas que á mi pare y mi mare,
y sinó fuera pecao,
mas que á Virgen del Carmen.

—Bien por la grasia!

—Candela,
dale fuerte al envoltorio
de los pecaos!

—Bendita
sea tu sal cuerpo garboso.

—Churrú!

—Salero?...

—Que vivan
las rondeñas y que un lobo
le coma las pantorriyas
al que no baile el sorongo!

. . . . . . , ...
. . . .

—Gracias à Dios que viniste!
dijo el tio Crispin à un mozo
patilludo y mal carado.
que entró y buscó su acomodo
junto à Manuela.—Curriyo,
deja en paz los matrimonios
y toma la vigüela.—

—Justo
es tío Crispin uno y otro.

Y tomando la guitarra
de las manos del celoso,
Currillo cantó rondeñas,
que acompañaron los mozos
con botes de pantorrillas,
y castañuelas por coro.

Por mas que tu mare riña
y aunque se oponga el infierno,
tengo de ser tu querido
y tu mi prenda salero.

Allí eran de ver las sayas
movidas de un lado á otro,
con tantísima modestia,
como prisa, broma y gozo.

Allí eran de ver las ligas
verdes con flecos de oro,
y los azules refajos,
mas que las enaguas cortos

Allí justo es que viniesen
á sentenciar por si propios,
los que censuran los bailes
de candil, guitarra, y mosto.—

Càdiz ¿que valen tus plazas
ni tus muros poderosos,
ni tus casas, ni tus muelles,
si à compararlos me pongo
con tus sandungueros bailes,
donde al son de un mueble roto,
echan al aire las piernas
con las muchachas los mozos?—

. . . .
. . . .

No era Manolo quien menos
gozaba en estos jolgorios:
pero apenas acabó
su cancion el Limpia-rostros,
le encajó una bofetada

que dejó al barbero tonto,

—Manolo!
—Curro!...

—Señores!
qué es esto?
—Esto es bien poco:
que ese raspa-jetas quiere
quemar la sangre à Manolo,
y à mi naide se me acerca
que echo fuego por los ojos.

—Pues si tiene usté las manos
tan largas...

—Toma piojoso,
toavía quieres que te diñe?...

Y antes que el noble auditorio
pudiese evitar la accion,
un segundo sopla-mocos
tiró ál *cantaor* por tierra;
de su derrota furioso
el barbero sacudió
con la guitarra, y Manolo,
que se vió en la frente herido,
atropellando por todo,
belones mesas y espejos
tiró à su enemigo al rostro.

No tuvo tan feliz suerte
que pudiese escapar horro
de la lluvia, el malagueño,
y antes bien, molido y cojo,
empezó á largar puñadas
sin miedo à Dios ni al demonio.

Las mugeres, que hasta entonces
permanecieron en ocio,
con uñas picos y dientes
se acosaban como lobos.

—Que me matan!

—La justicia!

—Donde te escondes?

—Socorro.

—Asesino

—Ay!

—Silencio!

Y entre aullidos espantosos,
maldiciones y tinieblas,
quejidos y gritos roncos,
cada cual tomó la puerta
haciendo solemne voto
de no volver á otro vaile
donde estuviese un celoso.

. . . .
. . . .

Resumen de esta refriega:
cuatro botellas sin fondo,
tres sillas desvencijadas,
dos brazos derechos rotos,
cuatro frentes magulladas,
una herida sobre un hombro,
catorce arrobas de pelo,
y llenos dos calabozos.

MANUEL M. DE SANTA ANA

ROMANCE.

LA MAÑANA.

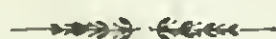
Dejad el nido, avecillas,
Y con mil cantos alegres
Saludad al nuevo dia,
Que asoma por el oriente.
¡O que arreboles tan bellos!
¡O cuan galan amanece!
De càndída luz dorando
De los montes la alta frente.
A la Aurora el manto rico
Los céfiros desenvuelven,
Mezclando en el horizonte
La púrpura con la nieve;
Y luego inquietos vagando
Entre las flores se pierden,
El rocio les sacuden,
Y sus frescas hojas mecen.
Ellas fragantes perfumes
Por oblacion reverente
Tributan al Sol, que à darles
La vida con su luz vuelve.
¡Ó qué bàlsamo! ¡qué olores!
¡Ó qué gozo el alma siente!
Al respirarlos del pecho
Salirse absorta parece.
La vista vaga perdida:
Aqui una flor la entretiene,
Que mil visos de luz hace

Con sus perlas transparentes.
Allí el plácido arroyuelo,
Cuyas claras linfas mueve
El viento sin alterarlas,
Apénas correr se advierte.
Mas allá el undoso rio
Por la llanura se tiende
Con magestad sosegada,
Y cual cristal resplandece.
El bosque umbroso á lo lejos
La vista inquieta detiene,
Y entre nieblas delicadas
Cual humo se desvanece.
El verde esmalte del campo.
Este cielo que se estiende
Sereno y puro, estos rayos
De luz, el tranquilo ambiente.
Este tumulto, este gozo
Universal, con que quieren
Entonar el himno al dia
La turba de los vivientes:
¡O como me encantan! ¡ó como
Mi pecho late y se enciende!
Y en la comun alegria
Regocijado enloquece.
La mensagera del Alva,
La alondra mil parabienes
Le rinde, y tan alto vuela,
Que ya los ojos la pierden.
Tras sus nevados corderos
El pastor cantando viene
Sus amores por el valle,
Y al rayo del sol se vuelve.
El labrador cuidadoso
Unce en el yugo sus bueyes,
Con blanda oficiosa mano
Limpiándoles lo ancha frente.

El humo en las caserias
En inquietas ondas crece,
Y à par que en el ayre sube,
Se deshace en sombras leves.
¡Cuán hermosa es, dulce Silvia,
La mañana! ¡cuanto tiene
Que admirar! ¡en sus primores
Como el alma se conmueve!
Deja el lecho y sal al campo,
Que humilde à tu seno ofrece
Sus nuevas flores, y juntos
Gocemos tantos placeres.

MELENDEZ

CANCIONES JOCOSAS
de Quevedo.



Dijo á la rana el mosquito
Desde una tinaja:
Mejor es morir en el vino
Que vivir en el agua.
Agua no me satisface
Sea clara, limpia y pura,
Pues aun cuando murmura
Menos mal dice que hace:
Nadie quiero que me caze,
Morir quiero en mi garlito,
dijo á la rana el mosquito
En el agua solo hay peces,
Y para que mas te corras,
En vino hay Lobos y Zorras

Y aves (como yo) à las veces:
En cueros hay pez y peces,
Todo cabe en mi distrito,
Dijo á la rana, el mosquito.
No te he de perdonar cosa,
Pues que mi muerte disfamas,
Y si borracho me *llamas*,
Yo te llamaré aguanosa:
Tú en los charcos enfadosa,
Yo en las bodegas habito,
Dijo á la rana, el mosquito.
¿Qué tienes tú que tratar,
Grito de cienos y lodos?
Pues tragándome á mí todos
Nadie te puede tragar
¡Cantora de muladar!
Yo soy luquete bendito,
Dijo á la rana, el mosquito.
Yo soy ángel de la uva,
Y en los sótanos mas frescos
Ruiseñor de los tudescos,
Sin acicate ni tuba:
Yo estoy siempre en una cuba
Y tú estás siempre en un grito,
Dijo á la rana el mosquito.

La morena que yo adoro
Y mas que á mi vida quiero,
En verano toma el acero
Y en todos tiempos el oro.
Opilóse en conclusion
Y levantóse à tomar
Acero, para gastar
Mi hacienda y su opilacion:
La cuesta de mi bolson

Sube y nunca menos cuesta:
Mala enfermedad es esta,
Si la ingrata que yo adoro,
Y mas que á mi vida quiero
En verano toma el acero
Y en todos tiempos el oro.

Anda por sanarse à si,
Y anda por dejarme en cueros;
Toma acero y muestra aceros
De no dejar blanca en mi:
Mi bolsa peligra aqui
ya en la postrer boqueada,
la suya nunca cerrada
Para chupar el tesoro
De mi florido dinero
Tomando en verano acero
Y en todos tiempos el oro.

Es niña que por tomar
Madruga antes que amanezca
Porque en mi bolsa anochezca.
Que trás esto es su trazar:
De beber se fué á opilar,
Chupando se desopila
Y mis cuartos despavila:
El que la adora es Medoro,
El que no pellejo y cuero:
En verano toma el acero
Y en todos tiempos el oro.



Como un oro, no hay dudar,
Eres, niña, y yo te adoro.
—*Niño, pues soy como el oro,*
Con premio me he de trocar.

—De oro tus cabellos son
Rica ocupacion del viento.

—Pues à sesenta por ciento
Daré cada repelon.
—¿Qué precio habrà que consuele
Oro que rizado mata?
—Como me dé el trueco plata
Dejaré que me repele
—No hay plata para pagar
Prision que vale un tesoro.
—*Niño, pues soy como el oro,*
Con premio me he de trocar.
—¿Tan grande es la estimacion
Del oro? ¿à tanto se estiende?
—Hasta el orozud pretende
Ventajas contra el vellon.
—¿Otro que codicia el alba
Vendes por cosa del suelo?
—Pàgame tú en plata el pelo,
Que yo me quedaré calva.
—Quien lo quisiere comprar
Pierde al amor el decoro.
—*Niño, pues soy como el oro,*
Con premio me he de trocar.

BODAS Y ENTIERROS.



I.

Sevilla 11 de 184...

Compare, me alegraré,
que al recibo de esta carta,
gose usté de igual salú,
que su mare, que Dios haiga:
en compañia de Teresa,

la vendeora é tenazas,
que lo tiene à usté cojío
por mitá de las entrañas.
Ay compare de mi vía!
usté no sabe las ansias,
que paesco, desde el punto,
que usté se largó à Chiclana.

¿Se acuerda usté de Carmela
la gitaniya de marras,
aqueya que fría guñuelos
en Santa María de Grasia
aquella, que me tenía
lo mesmito que unas gachas,
con su porte y su meneo,
y su sandunga y su lábia,
aqueya, caiga usté muerto,
espichó como una rana.

Oiga usté compare y diga,
si tengo rason sobrada,
colgaito de una ensina,
pa bailar la sarabanda.
Estaba yo con el Nene,
apurando cuatro cañas
de Sanlucar, la otra tarde,
junto al puente de Triana,
cuando vino la tía Gancho,
y me dijo: Pepe, anda,
si quieres ver à Carmela,
porque la probe se larga.

Compare, creamelo usté,
pero el buche que pasaba.
entonces por mi gañote,
como si fuese una bala
de cañon, en el estogamo

me abrió un boquete de à vara.
El nene quiso etenerme;
pero yo, que camelaba
à la jembra, con faitigas
negras, trincando la capa,
antes de decir Jesus,
me puse junto à su cama.

. . . .
. . . .

En fin, compare, espichó,
como espichan las gitanas,
llevándose con sus cuerpos,
de sus gachones las almas.

Entonces, mientras vistían
à la difunta de gala,
con los pelos estendíos,
y la corona, y la palma,
dí la güelta, con mis penas,
de su familia á la sala.

Ayí viera usté compare,
como las jembras lloraban,
y los hombres maldesían
de su fortuna tirana!

—Que làstima de prinsesa,
muerta en la flor de sus grasias!:
saltó la prima del Surdo
arañándose la cara.

—Probesita!

—Mala muerte
coja al ladron, sin crianza,

que no se muera de pena,
cuando sepa esta desgracia.

--Ya se murió la alegria
del mundo

--Que no acabara,
hecho peasos, el médico,
que no cura unas tercianas

. . . .

--Señores basta de llanto
gritó la Carrajolana
güeno està lo güeno; pero
la chiquilla era una santa,
y si está en el quinto sielo
no hay pa que erramar mas lágrimas.

—Dice bien Pepa!

--Quién dúa
que tiene razon? Tío Chancela,
meta usté mano à la bota,
que el dolor seca las gaitas

. . . .

Asombrese usté compare!
¿Sabe usté que hizo la taifa
mientras, la probe Carmela
del diablo ó de Dios gozaba?...
Comparito, emborracharse!

Imagine usté las ansias,

que pasé, viendo lo poco
que de mi *chaí* se acordaban!

En fin; compare, acabó
la tia Gancho su mortaja
y nos llamó... ¡Ay compare,
ni Santa Rita de Casia,
mas hermosa paresía,
que mi prenda amortajada!

Una botella de vino
de Jerez, y media hogaza
de pan blanco y una sura (1)
para el dueño de la barca (2)
eran toas las provisiones
de mi prenda idolatrada.

Comparito, el corazon.
se me hace trozos, y el alma,
cuando pienso que en el mundo
no veré mas à mi chaira.
Cuando esto pienso, compare,
y que bajo la guàaña
de la muerte, no he caío
antes de sufrir su falta,
me dirijo à la boega
de mi primo Juan Carpanta
y, trincao de un barril,
no termino mis plegarias,
ni mi yanto por Teresa,
mientras queda al barril, làgrima.

(1) Peseta.
(2) Entre los gitanos creen todavía por tradiccion en las necesidades fisicas de los difuntos, y en la precision de pagar el pasage en el infierno. Confieso que esta costumbre no es la mas generalizada.

II.

Chiclana 20 de Octubre de 184 .....

Compare, à la mesma hora,
que usté me anunció la muerte
de la jembra mas hermosa
que tuvo Sevilla y tiene.
estaba yó con Teresa,
camino de S. Vicente,
pa casarnos, segun manda
Dios y el mundo lo previene.

Compare, mucho he sentío
su desgrasia, pero deje
usté las penas à un lao,
que es justo que ahora se alegre
con mis dichas, como à mí
sus pesares me entristecen.

Iba la luz de mis ojos,
con un vestío seleste,
y una mantilla de punto,
y unas zapatillas verdes,
que era una gloria mirarla,
desde el zapato al copete.

Yo, como usté puée pensarlo,
iba vestío à lo terne,
con botines, capa corta,
y marsiyé de cabetes.
La novia ademas llevaba.
sortijas, coyar, pendientes
y pulseras, que es muy justo,
que lo lusca quien lo tiene.

Señó Pepe, no es posible,
que usté ni siquiea sospeche,
la bulla que ha hecho mi boa,
entre aquestas probes gentes.
Como no me falta un peso,
ni para gastarlo frente,
ayí viera usté la chusma
que, à cualquier parte que fuese,
seguia mi coche... Compare,
lo menos cincuenta veces,
abrí la faja y pagué
mas vino, que vino tienen
las bodegas de Jerez,
Valdepeñas y Tembleque.

Paso compare en silensio,
las bendisiones y asperges,
que sufren los probes novios
cuando se casan: parese
que anda el diab'o en el negosio,
segun bendisiones llueven.

Salimos pues de la iglesia,
y entre amigos y parientes,
si diez y ocho no entramos
en mi coche, entramos veinte:
la tía Roña, Cascarriñas,
el Tiñoso, Juan No-teme,
la novia, el pare, el padrino
la madrina, y otros nenes,
que hase tiempo que en presiyo
reservado un sitio tienen.
Como el coche se acababa
y chorreaba la gente
todavía, mandó el bato,
que al pescante se subiesen
los chavales, de manera,

que al fin solo diez y siete
quedamos dentro del coche,
que fué milagro patente.

Los chiclaneros, que nunca
vieron con ojos alegres,
que à cargar con la mas guapa
chiclanera yo viniese,
comiéndose de coraje
las ensías con los dientes
toda su tirria mostraron
al ver mi triunfo solene.

—Mira que escuchumisao
và el novio! (decian.)

—No tiene
dos adarmes de sustancia.

—Mala boda.

—Que se queje
Teresa à Ponsio Pilato,
si la nues la sale verde.

—Y la novia?—Probecita!
Como hay Jesus, que la quiere
mal quien la vistio!

—Qué risa!
Si entre rosas y claveles
lleva quince!

—Y tres coyares!

—Y dos pares de pendientes!

—Y sortijas de abalorios,
en los diez dedos!...

—Y un peine
de cuerno, y otro de concha,
y otro de piedras!

—Tío Retes,
¿Sàbe usté cuantas personas
van en el coche?...

—Nó.

—Veinte
por lo menos.

—Jesucristo!
ni las sardinas arenques!»...

Hasta aquí llegó la chusma
con sus insultos; mas créen
que se dió por satisfecha?...
Pues se engaña quien lo piense.
Con pitos, flautas, cencerros,
esquilones y almireses,
tal baraunda formaron,
formaron tal sonsonete,
que sonará en mis oidos,
aunque pasen treinta meses.

Compare llegué al *palacio*
de mi suegro, y aquí tienen,
tras de tantos sinsabores,
prinsipio mi güena suerte.

Como es antigua costumbre,
que naide à turbar se atreve,

los parientes de Teresa,
que avelan muchos parneses,
quién mas, quién menos, toítos
pagaron su contigente

Inútil juzgo desir,
si el vino de pajarete
corrió, si corrió mistela,
si hubo de sobra aguardiente,
con masa frita y guñuelos;
que en los lances como aqueste,
cuanto tiene un hombre gasta,
si no gasta mas que tiene.
Llegó la noche y.... Compare,
ni la Virjen de los Reyes
mas hermosa que Terèsa,
ha sío nunca, ni ser puede.
¡Ay, compare que miráas
me echaba de rechupete!
¡Qué remonona y que salada
que retozona y que alegre!
La cama!—siento compare,
que la franquesa me fuerse
á contar casos y cosas,
que la historia calla siempre.
Sobre un tablado de pino,
pintado al olio de verde,
con siete cuartas de altura
y un espaldar de otras siete,
llenos de flores y gazas
de colores diferentes,
cinco colchones, brindaban
descanso à mi amor reciente.

. . . .
. . . .

Rogué, negó, de roiyas
la adoré, sufrió vaivenes,
y .. amaneció: los padrinos
nos dieron el aguardiente,
y esta compare es la hora,
y este dia hace dos meses,
que los trapos de Teresa
están de un clavo pendientes. (1)

Compare, si de mi afecto
tiene dúa, si usté quiere
que yó le esplique mi dicha
en dos pinceladas, eche
la vista al pié de esta carta,
donde amorosos encienden,
dos corazones de almagra,
llamas de palo campeche.

Con esto y con desearle
consuelo à sus padeceres,
compadre, acabo mi carta
y hasta mas ver—De usté siempre.
M. M. de Santa Ana.

TORRIJOS.



Sobre potros andaluces
de la casta de Varela,
de limpio casco, de cuello
corto; y de sangre sin mezcla,
tordos, negros y atigrados,

(1) Esto necesita esplicacion. Es fija costumbre entre los jitanos que la ropas de novias han de ponerse á la espectacion de vecinos y amigos al dia siguiente del casamiento.

castaños, blancos y perlas,
con lujosos aparejos
de floja y carmesí seda;
con una mano en las bridas
y otra mano en la cadera
y con el cuerpo á las ancas
de una graciosa morena:
á la feria de Torrijos,
uno y otro dia fiesta
mientras dura la otoñada,
van los mozos de mi tierra.

No supongan los lectores,
que á tan celebrada hacienda (1)
concurren los traficantes
en vacas, potros y ovejas,
ni allí comercian chalanes,
ni allí gitanas se encuentran,
que vendan buenas venturas,
ni malas venturas vendan,
ni hay jugadores de embite,
fulleros de cuatro suelas;
allí à lo que se concurre,
por mas que raro parezca,
es á rezar, á pesarse
con trigo, maiz ú avena, (2)
à comer, comprar estampas,
y à tocar las castañuelas.
Los señores de Torrijos,
es decir, los de la tierra
que dió nombre al Santo Cristo

(1) La hermita del Santo Cristo de Torrijos está anexa á una hermosa hacienda del campo propia del Baron de Hoz.

(2) Es original esta costumbre. En Torrijos hay una enorme balanza donde los devotos se colocan, entregando por via de limosna al Santo Cristo que se venera en la hermita, el equivalente de su peso en trigo y otras semillas semejantes.

que en la hermita se venera,
arriendan todos los años,
al mejor postor, la cera,
la semilla y las limosnas
todas, que al señor ofrescan.

Gentes de à pié y de à caballo,
noble y de baja ralea,
grandes, chicos y medianos,
con dinero y sin moneda,
tontos y sabios, calzados
y descalzos, segun sea
la romería voluntaria,
ó en virtud de una promesa.
todos gritan, todos gozan,
todos corren, todos llevan
la fé en el alma, y la bota
entre el alma ó la conciencia.

Los mozos aficionados
á lucir sus buenas piernas,
ó las piernas de sus jacos
con aparejos de seda,
atraviesan el camino
de Triana, con sus prendas
à las ancas, y el caballo
al trote al paso ó sin rienda.

Mozas hay de rompe y raja
que ir prefieren en carretas
ceñidas de cañas verdes
de espejos y colchas viejas.
Dos grandes y mansos bueyes,
coronadas sus cabezas
con frontispicios de espartos
cintajos y lentejuelas
tiran con cansado paso,

de aquellas casas con ruedas.
No fué el arca de Noé
depósito de mas fieras,
ni de Babel en la torre
prodigiosa, hubo mas lenguas,
que lenguas y fieras hay
chuzonas y desenvueltas
entre las colchas y cañas
de una adornada carreta.
¡Que es ver la bulla que traen
con cuernos y panderetas!
¡Que es oir su gresca y risa,
y sus gritos y sus quejas,
y sus tiernas seguidillas,
y sus sentidas playeras!
mujer hay que no ha comido
en cinco dias ni espera
comer los cinco siguiente,
y canta que se las pela,
y critica á sus amigas,
y á sus amigos requiebra,
y sufre y paga con gusto
su parte en la concurrencia,
aunque la noche inmediata
tenga por cama una estera.

Imposible es describir,
con esactitud, la escena
que el camino de Torrijos
à todas horas presenta.
Allí el honrado artesano
y su familia se mezclan,
con el zafio macareno,
y la uraña mondonguera:
allí un cura y su sobrina,
y un asturiano que lleva
en un cesto las viandas,

para entretener las muelas,
se confunden, mal su grado,
con un sacristan sin renta.
y el monacillo su hijo,
y su costilla la hostiera:
allí junto á un mequetrefe
de ensortijada melena,
espolin fusta y futraque,
levanta sus dos orejas,
un burro cano y sarnoso
que en destempladas cadencias
parece que le saluda,
mirando su estampa mesma
allí en fin, todos à una,
cantan, gritan, sudan, penan,
preguntan, responden, fuman,
y, en pisando la pradera,
juegan, y saltan y corren
hasta que á la hermita llegan.

II.

—Candelaria, trinca el gallo
y tuersele la cabeza....
—Vamos à Torrijos?

—Vamos.

—Cuando?—

—Mañana.....
—Tía Pepa,
¿sabe usté que mi marío
mañana al campo me yeva?...

—Y que importa à las vecinas
que estemos ó no de fiesta?...

—Calla hombre! ¿Te parese,
que no rabiará de perlas
la prima del tabernero,
cuando la envidiosa sepa,
que voy à Torrijos?....

—Pero
lo primerito Candelas,
es preparar la comía...
Anda, vé y pon en la cesta
peros castañas y nueces,
sardinas gordas y frescas.
chorizos pan y alcaparras
y aceytunas de la reyna.
Que no se olvíe la bota,
por que si falta en la gresca
la sangre de Jesucristo,
no và este cura à la feria.—

. . . .

—Chulundri, pon à mi tordo
la siya y manta de muestras
y una almoada á las ancas
que và à Torrijos mi prenda.

—Arriba cuerpo salao!
Bien por las mozas morenas!
Echa un brazo à mi cintura
y trinca el pañuelo é sea,
sujeto á la baticola,
con la mano que te resta.
¡Que bien te sienta Conchilla
esa torsía peineta,

y ese pañuelo de espuma,
y ese coyar con mas perlas
que hay en tu boca, salero,
chiquita como una almendra!
¿Qué bien dice á tu presona,
jacarandosa y morena.
el vestío color de rosa
con faralares de à tersia,
y con las medias caladas
las zapatillas de sea!
¡Mira cual se junde el puente
de Triana à tu presencia!
¡Concha, contigo hasta el fin
de la vida y de las ferias.--

. . . .

--Marcos, vamos à Torrijos?...

—No, mi bien, que la monea
anda escasa, y un barbero,
si à los peligros se jecha,
pronto encuentra la bacía,
basía por dentro y por fuera.

--Con que me llevas?....

--No.

—Marcos, sobre tu cabeza
ya verás los resultaos....

Estas y otras conferencias
semejantes, que aun calladas
adivinarse pudieran,
en vísperas de Torrijos,
perturban la paz doméstica.

Pero llega al Santuario,
La comparsa vocinglera
de hombres, mujeres y niños,
y allí terminan sus penas.
Asentada està la hermita
sobre una florida vega,
y entre olivos seculares,
que sombra y à poyo prestan,
à las mesas de aguardiente,
de aleluyas y de almendras.

Llegar y besar el Santo,
llama un refran de mi tierra
al *llegué, ví y he vencido*
tan celebrado de, Cesar,
mas segun es la oracion
de las gentes macarenas,
alta, tierna y compendiosa,
no han llegado cuando vesan.

Pronto à la súplica ardiente
al señor de cielo tierra,
suceden las seguidillas
bailadas con castañuelas.

Presto un devoto inspirado
por una bota arrobeña,
con la que amenaza al cielo
hasta que ve las estrellas,
canta, grita ó se columpia,
baila, salta ó se revuelca.
Aquí un padre de familia
parte un trozo de ternera
asado, entre su muger,
sus chiquillos y su suegra.

Allí dos majos sentados

junto al tronco de una higuera,
disputan sobre los años,
y los remos de sus yeguas.
Mas allá, bajo un olivo,
se miran, juntos y aprietan
media docena de mozos,
y de mozas otra media.
Uno toca la guitarra,
dos sacuden la talega
de los pecados, el resto,
tendido sobre la yerva,
con gritos y con palmadas
acompaña à la vigüela.

—Bien por Currilla.

—Lentones,
dá á los zapatos con fuerza!
—Ay yayay!
—Por la tuya!

—Venga ese chisme.

—Alza perra!...

—Vaya otra copla conmigo..

—Contigo, al infierno Pepa.

—Canta, Juan.

—Venga la bota
para remojar la letra.

«En la guerra de amores
el buen capitan,
estiende las guerrillas

antes de avanzar.
Porque arriesgada
en la guerra de amores
es la emboscada.

—Bien por la copla!
—Juanillo,
esos cantares me petan.

—Vaya la segunda!

—Vayan
si es preciso hasta cincuenta.

Quien llevar solicite
de amor la Palma,
gaste poco cariño
muchas palabras.
Porque las hembras
mas que cariño, quieren
palabras buenas.

Cuando mas regocijados,
unos cantan y otros echan
al aire las pantorrillas,
y algunas veces las piernas,
gritos y ayes lastimeros
ponen término à la fiesta.

—La guardia!

—Socorro!

—Quietos!

—Mi capa!

—Qué se asesinan.

Y el pueblo
que por un momento tiembla,
y corre, y grita, y parece
muerto de susto, se entrega
de nuevo á nuevos cantares,
mientras pasa una escalera
con un hombre asesinado,
y preso, y detrás de aquella,
el asesino y sus hijos,
que lloran que se las pelan.

Todo en el mísero mundo
tiene fin; la noche llega
y el concurso desparece
delante de las tinieblas.

Los devotos y devotas
de todas fachas y fechas,
unos de rezar cansados
y otros cansados de fiestas,
quién con la capa arrastrando,
quién con vacilantes piernas,
quién triste, quién placentero,
dàn á Sevilla la vuelta.

Entre aullidos femeniles
y hombrunas impertinencias.
y cencerros y tambores
y pitos y castañuelas,
tambien vuelven á Sevilla,
con sus dueños, las carretas.
Ya cantan *las habas berdes*;
ya á los que pasan desprecian;

ya en fin gritando y riendo,
al son de las panderetas,
entonan sucios cantares,
grato solo á sus *orejas*.

El ruido de la gente
que se apiña y se codea,
y se pega y se maltrata,
por ver pasar las carretas;
los gritos de los que venden;
el crujir de las cadenas
del puente que se estremece
bajo el peso de las ruedas;
los que vàn y los que vienen
y el olor á pez y à brea,
que despiden los achones,
que alumbran tan rara escena,
dan al puente de Triana,
en ocasiones cual estas,
los honores de un infierno,
fundado sobre la tierra.
Y con su prenda à las ancas,
y una estampa en la cabeza,
y media arroba de vino
entre el cuello y las calcetas,
cruzan contentos el puente
los majos, à la carrera,
entre columnas de gente
de á pié, coches y carretas.



A Calderon.

Hay una antigua capilla
Pobre por su antigüedad,
Negra por su oscuridad,
Revocada por *la villa*:
Donde se lee en un rincon,
Mas que con ojos con manos,
—Aqui los restos humanos
de don Pedro Calderon.—

I.

Ave osada cuyas plumas
Vistieron de cien colores
Con sus matices las flores,
Con su nieve las espumas.
A cuyos ojos el sol
Prestó luz y atrevimiento,
Y á cuyas alas dió viento
Tu noble aliento español.
A quien la tierra dió sombra,
Y la fortuna dió calma,
A quien un rayo dió el alma,
Y el universo una alfombra.
Aguila para volar
Reina del cielo naciste,
Fenix al mundo saliste
Para vivir y cantar.

Aguila fué tu osadia,
Que con su atrevido vuelo
Subió arrebatada al cielo
A beber la luz del dia.
Fenix fueron tus cantares,
Pues al nacer y al morir
Solo se hicieron oir
Al calor de sus hogares.
Aguila tus ojos son,
Y fenix es tu garganta,
Es fenix la voz que canta,
Y àguila la inspiracion.
Si el àguila ojos te dà,
Te dà el fénix melodía,
Para tu luz y armonía
Ni ojos, ni oidos habrá.
Mas por desgracia ó fortuna
Ya tu garganta està seca,
Y allá en tu pupila hueca
No queda mirada alguna.
Duerme en paz en tu rincon,
Donde levantó tu gloria
Una cruz à la memoria
De don Pedro Calderon.
Que si un màrmol reclamó
Tu grandeza y te le dieron,
Segun lo que le escondieron
Parece que les pesó.
Yaces en un templo, sí,
Pero en tan bajo lugar,
Que pareces aguardar
Hora en que huirte de allí.
Mucho te guardan del sol,
Temeràn que te ennegrezca!...
O tal vez no le merezca
Tu ingenio y nombre Español.
En vez de tan vil lugar

Si fueras un potentado,
Sepulcro te hubieran dado
Delante del mismo altar.
Porque el magnate altanero
Le dan virtud y oraciones
El oro de sus blasones,
Y su fortuna primero.
Mas duerme tranquilo ha.
En ese rincon inmundo
Para sarcasmo del mundo
Te basta tu nombre à tí.
Que imbécil ó descuidada
La malignidad del hombre
Dejó olvidado tu nombre
Sobre el sello de tu nada.



Sombra ultrajada, perdona
Si tu sueño interrumpí,
Que mi atrevimiento abona
Lo poco que soy en mi,
Lo mucho que es tu corona.
Mis ojos te quieren ver,
Pero cuando mas te miran,
Mas imposible ha de ser.
¡Su lumbre van á perder
Ojos que por tí deliran!
Mis ojos ven tu laurel,
Y ver quisieran tu alma,
Que es martirio bien cruel
Desesperado al pie dél
Suspirar por una palma.

Mas si nada he de poder,
Digno Calderon, de tí,
Si el que à llorar venga aquí
Grande como tú ha de ser,
A tu vez llora por mí,
Que menos no he de volver.
Pues tu osada inspiracion
Eterna quedó en la historia,
Duerme en paz en tu rincon,
Donde levantó tu gloria
Una cruz... triste memoria
De Don Pedro Calderon.

Zorrilla.

DESPEDIDA DE UN TRISTE.

Yo zoy el que en otro tiempo,
con mas poér y fortuna,
zarrimaba à tus ventanas
tan solo por verte, Curra.
Yo zoy el esventurao
que en mità e la noche oscura
venía elante tus puertas
à cantá y à darte múzica.
Aquel que siego damores.
zin jasé caso e la yuvia
pazaba la noche entera
velando tu jermosura.
El que, en fin, limpió tu calle
de ezos amantes de chusma
porque te oyó ecí una ves
«eza gente me repuna.»
Yo lo jize; yo fuí solo
el que, con escrasia mucha,

pa merecete mejó
corrió tantaz aventuras.
El que por tu cauza estuvo.
con tóos en abierta lucha,
y el que mil veses echó
à tus plantas zu fortuna.
Y tantas penas y olores,
tantos trabajoz y angustias,
entonces yo los trocaba
por una sonrisa tuya.
Pero entonces no penzé
que jueras como hoy, tan... surda,
ni que diñaras lo mio.
ejàndome á mi en ayunas.
Entonses yo no creía
en que volaban las brujas,
pero ya lo voy creyendo
y tambien que tú eres una.
¿Qué haz hecho de mi zuspiros?
¿taz olvidao cuando mustia
me jurabaz en la reja
no jaserme trampas nunca?
¡Jay. . vàrgame Dios!... Entonses
estaba yo tan ascuras
que no puë figurarme
que azí mengañaras, Curra.
Ahora que te conojo
y ya no me quea dua
e que e tan estremo amó
jasiendo estuvites burla:
ahora que zé tus mañas
y tambien tu ezenvoltura,
y que erez y ziempre has zio
mala jembra y peor chula,
bien pudiera en ezagravio
agarrate por la nuca
y pegate á la paer

lo mesmo que una aleluya.
Bien pudiera haserte ahora
aprendé, con una zurra,
el móo de tratá la gente
que lleva intensiones puras...
Pero no tengas cudiao;
no tengas mico à mi furia...
¿estas?... porque lo que quiero
es zolo espresiarte, Curra.
Espresiarte.... haz ¿entendio?
no tacoquines ni aturdas
porque en verdá, tu no tienes
deste lanse toa la culpa.
No, niña; la tengo yo...
por la luz que noz alumbra,
¡yo!... por que puze los ojos
en tan pobre criatura.
Anda con Dios, y el te de
la recompensa mas justa....
la que tan zolo meresen
las jembras que zon astutas.
Anda con Dios, macarena,
y sigue metiendo buya,
que al cabo tú pararàs
como paran otras muchas,
que yo pa ziempre me najo
à buscá mejor fortuna
y jamàs golveré à verte...
azí un divel me confunda.

Na mas que un favó te pio
en grasia e tanta cordura....
y es que no mientes mi nombre
ni tacuerdez e mí nunca.

RUBÍ.

DE LOS ROMANCES DEL CID

Non me culpedes si he fecho
Mi justicia y mi deber,
Magüer que siendo pequeño
Me nombraste por jüez.
Entre todos me escogistes
Por demas madura sien,
Porque ficiese derecho
De lo fecho mal y bien.
Non fagais desaguisado
Sí al robador enforqué,
Que en homes este delíto
No causa ninguna prez.
Como de veras me pago,
De las burlas non curé,
Que él que pugna por la honra
Enemigo della fué.
Atended que la justicia,
En burlas y en veras, fué
Vara tan firme y derecha
Que non se pudo torcer.
Verdad, entre burla y juego,
Como es fija de la fé
Es peña que al agua y viento
Para siempre està de un ser.
Miémbràseme que mi abuelo,
En buen siglo su alma esté,
Muchas veces me decia
Aquesto que agora oireis.
«El home en sus mancebías
Siempre deberia aprender
A facer siempre derecho
Cuando en mas burla esté.»
Así fice esta vegada,

Yo cuido que fice bien,
Que sigo un abuelo honrado
Que nadie se quejo dél.—
Esto decia Rodrigo,
Afinojado ante el rey,
Delante los que juzgaba
Antes de los años diez.

Anónimo.

UN AMOR EN TRES JORNADAS.



PRIMER MES.

Sea mi alma lo que usté quiera:
(dijo à su chula un torero.)
Arrepuraiyamente
tengo yo, cariño, un genio
mas dulse que un alfeñique...
Si à usté dà golpe el jaleo,
escuaérnese, mi reyna,
hasta que yo diga, güeno.
Quiée usté una saya?—La prata.
Una peineta?...: el dinero
que pa eso este gachon
lo aviyela y no es gayego.
Ni el que usté mire à un güen moso,
con ojos saragateros,
me importa seís marandises...
Lo dicho, dicho: mi genio
es mas suave que una malva
y usté manda y yo obeesco.»

SEGUNDO MES.

—Aspasio, mi prenda, aspasio,
tome en el peir risueño.
Otra saya?—Vaya en gracia.
Otra peineta?—Con tiento...
¿Sabe usté si é pesos duros
tengo cosecha, salero?...
Y despues, pà que la taifa (1)
ande royendo mis güesos,
sobre si ¡gasto ó no gasto,
sobre si tomo ó si dejo!—
La verdá, luz é mi ojos,
güeno se estará lo güeno,
mas me jasc poca grasia,
que ande usté siempre é bureo,
dando à los puros, jariya, (2)
y á mi presoniya, selos!»

TERCER MES.

—Hasta aquí yegó y nà ma:
güeso fuera ó carne aentro,
que ni gusto é templar gaitas,
ni este mi Bendito genio
se acomoa fasilmente,
à tanta groma y jaleo
como ese cuerpo le píe...
Si á usté la priva mi dueño,
una peineta cáa dia,
y un güen vistío càa creo,
y un quiribó (3) càa minuto
que la aquere (4) chicoleos,

(1) Reunion de pillos.
(2) Dando conversacion á los viejos ó tontos.
(3) Mozo.
(4) Biga.

güsque otro moso mu blanco,
porque este moso mu negro
por la puerta và à la caye,
si que hayga chispita é mieo.
que güelva pa atràs la cara
hasta el vaye de los muertos.»

M. M. DE SANTA ANA.

ROMANCE.



Riéndose està el raton
En el umbral de su cueva.
Del caracol ganapan
Que và con su casa à cuestas;
Y viendo como arrastrando
Por su corcova la lleva,
Muy camello de poquito,
Le dijo de esta manera:
—¿Dime, cornudo, vecino
De un cuerno, en que te hospedas,
Qué callo de pié trazó
Una alcoba tan estrecha?
Tú vives emparedado
Sin castigo ó penitencia,
Y hecho chirrion de tu casa
Las mudas y las trasiegas.
Vestirse de un edificio
Invencion de sastre es nueva,
Tú, albañil enjerto en sangre,
Te vistes y te aposentas.
El vivir un lobanillo
Es de podre y de materia,
Y nunca salir de casa

De persona muy enferma.
Verruga andante pareces
Que ha producido la tierra,
Muy preciado de que solo
Tú todo un palacio llenas;
Si te viniese algun huésped,
¿Qué aposento le aparejas.
Tú que en la mano de un gato
Por no admitirle te encierras?
Yo te llevaré à la corte
En donde no te defienda
De tercera parte, ó huésped,
Tu casilla tan estrecha
¿No te fuera mas descanso
Andarte por estas selvas,
Y en estos agujerillos
Tener tu cama y tu mesa?
Riéndose estàn de tí
Los lagartos en las peñas,
Los pàjaros en los nidos,
Las ranas en las acequias.
Si esa casa es tu mortaja,
De buena cosa te precias,
Pues vives en ataud
Donde es forzoso que mueras.
De una fàbrica presumes
Que Vitrubio no la entienda,
Y si vale un caracol,
En dos ninguno la precia:
Y citar puedo à Vitrubio,
Porque soy raton de letras,
Que en casa de un arquitecto
Comi á Vignola una nesga.
Sacar los cuernos al sol
Ningun marido lo aprueba,
Aunque de ellos coma, y tú
Muy en ayunas los muestras.

Diràs que me caza el gato
Con todas estas arenjas;
¿Y á tí no te echan la uña
Los viernes y las cuaresmas?
¿No te guisan y te comen
Entre abadejo y lentejas?
¿Y hay despues de estar guisado
Alfiler que no te prenda?
Pero de matraca baste,
Que yo espero gran respuesta,
Y aunque soy mas cortesano
Me he de correr mas apriesa.

QUEVEDO.

OTRO.

Si yo gobernàra el mundo
(No le dé Dios tal desdicha)
¡Qué presto le vieran todos,
Vuelto lo debajo arriba!
Solo anduvieran hermosas
Y ninguna pediria,
Ni con ellas anduvieran
Cuñada, suegra, ni tia:
Mandàra soltar las feas
Los miércoles de ceniza,
Y aun pienso que fuera justo
El hacerla de ellas mismas.
A barbado ceceoso
Le hiciera poner basquiñas,
Que si un lanudo, cecea,
¿Qué hará doña catalina?
A los que pretenden gordas
Con flacas castigaria

Que no es bien se pretenda
Espíritu ni botija.
A todo hombre pequeñito
Pusiera tasa en la vida
Por dar descanso à su alma
De haber estado en cuclillas.
A los que son langarutos
Pusiera en lugar de vigas
Todos los dias del corpus
Con los toldos de la villa.
Desterrarà à los doctores
Que cuando recetan libran,
Pues le dan al purgatorio
Las almas á purga vista.
Libres con los miserables
A los ladrones haria,
Para dar dia de trabajo
A quien guardó tantos dias.
Impusiera los millones
En gentes se años se quitan,
A maravedí por año,
Que no fuera poca risa.
Mandàra enterrar en coches
Mugeres aborrecidas.
Que hay mugeres que por ir
En coche se moririan.
Castigára el mentiroso
Si en verdades lo cogia
Que en los que mentir profesan
Las verdades son mentiras.
Con los pésames à viudos
Diera yo patas arriba,
Que pésames vienen mal
En ocasiones de dicha.
Aquí dió fin mi gobierno
A menos que otro me pidan.

ROMANCERO GENERAL.

A UNA NEGRITA

PROTEGIDA POR LA DUQUESA DE ALBA.

En vano, inocente niña,
Cuando viniste á la tierra
Tu tierno cutis la noche
Vistió de sus sombras negras.
Y en vez del cabello ondeado
Que sobre la nieve ostentan
De su garganta y sus hombros
Las graciosas Europeas;
A ti de crespas vedijas
Ensortijó la cabeza,
Que el ébano de tu cuello
A coronar jamas llegan.
¿A que la risa en tus làbios
Y en tus ojos la viveza,
Y la gentil travesura
Con que la vista recreas:
Para arrancarte y traerte
De las áridas arenas
De la Livia á estos paises,
Entre gentes tan diversas?
Alli vivió tu familia,
Alli crecer tu debieras,
Y alli en la flor de tus años
Tus dulces amores fueran.
Todo se trocó: los hombres
Lo ajitan todo en la tierra:
Ellos á la tuya un dia
La esclavitud y la guerra
Llevaron, la sed del oro,
Peste fatal; su violencia

Hace que los padres viles
Sus míseros hijos vendan.
¡Berbara Europa!... Tú empero
Desenfadada y contenta
Con dulce gracejo ries,
Y festiva traveseas.
¿Como asi? ¿Piadoso el cielo
Se dolió de tu inocencia
Quando te miró en el mundo
De todo amparo desierta,
Y te concedió à ti sola
Lo que á tantos otros niega,
El olvidar sus desdichas,
Y alguna vez no saberlas?--
¿Yo desdichada? No, huesped,
Contemplame bien, contempla
Mi fortuna, y en envidia
Trocarás esas querellas.
Esclava fuí, ya soy libre.
La mano que me sustenta
Miró con horror mi ultraje,
Y quebrantó mis cadenas.
La misma que tantas almas
Esclavizó à su belleza,
Y cuyos ojos si miran
No hay corazon que no venzan
Pátria, familia y cariños
Me robó la suerte adversa;
Cariños familia y pátria
Todo lo he encontrado en ella.
Mira el maternal esmero
Con que ampara mi flaqueza,
Y la incansable ternura
Con que mi ventura anhela.
Cuando risueña me llama,
Cuando consigo me lleva,
Cuando en su falda me halaga,

Cuando amorosa me besa,
Tal hay que trocara entonces
Por mi humildad su soberbia,
Y por mi atezada sombra
Sus bellos colores diera.
Escusa pues de decirme
Que desdichada me crea:
¿Yo desdichada? No hay nadie
Que pueda serlo à par de ella.—
¡Oh bien hayan tus palabras!
¿Con que no siempre se cierran
Del poderoso en el templo
A la humanidad las puertas?
Crece, dulce criatura,
Vive, y monumento seas
Donde de tu amable dueño
Las alabanzas se estiendan.
Monumento mas hermoso
Que el que à la vista presentan
Los soberbios obeliscos,
Las piràmides eternas.
Asi tal vez arrancada
Vi de la materna cepa
Con la agitacion del cierso
La vid delicada y tierna:
Y á los firmes pies llevada
De la palma que descuella,
Levantando por los aires
Su bellísima cabeza;
Alli piedad, alli asilo,
Alli dulce arrimo encuentra,
Alli sus vástagos crecen
Y su verdor se despliega.
Ella al generoso apoyo
Con lazo amante se estrecha;
Y el viento dando en sus hojas
Himnos de alabanzas suena. (QUINTANA.)

AL COMBATE DE TRAFALGAR.

No dá con fàcil mano
El destino à los héroes y naciones
Gloria y poder: la triunfadora Roma,
Aquella à cuyo imperio
Se rindió en silenciòsa servidumbre
Obediente y postrado un hemisferio;
¡Cuàntas veces gimió rota y vencida
Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!
Vedla ante Aníbal sostenerse apenas:
Sangre itàlica inunda las arenas
Del Tesin, Trebia y Trasimeno ondoso.
Y las madres romanas,
Como infausto cometa y espantoso,
Ven acercarse al vencedor de canas.
¿Quien le arrojó de allı? ¿Quien hácia el solio
Que Dido fundó un tiempo, sacudía
La nube que amagaba al capitolio?
¿Quien con funesto estrago
En los campos de zama el cetro rompe
Con que leyes dió al mar la gran Cartago?

La constancia: ella sola es el escudo
Donde el cuchillo agudo
La adversidad embota; ella convierte
En deleite el dolor, la ruina en gloria;
Ella fija el dudoso torbellino
De la fortuna, y manda la victoria;
Para el pueblo magnánimo no hay suerte.
¡Ó España! ¡Ó patria! el luto que te cubre
Muestre en tan grave afan tu amarga pena;

Pero espera tambien, y con sublime
Frente de vil abatimiento agena,
La alta Gades contempla y sus murallas
Besadas por las olas,
Que asombradas aun y enrojecidas
Tiéndense allí por las sonantes playas,
Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el Breton en el soberbio alcàzar
Que corona su indómito navío;
«Y ufano con su gloria y poderío,
Allí estàn, esclamó: volved los ojos,
Compañeros, allí: nuevos despojos
Ya vuestra invicta mano
Va á conseguir en los endebles pinos
Que España apresta en su defensa en vano.
Libre de esclavitud no sea ninguno:
Hijos somos nosotros de Neptuno,
¡Y ellos osan cercar el Océano!
Acordaos de Abukir: solo un momento
Llegar, vencer y devorarlos sea;
Dadme ese triunfo, y de laurel ceñido
Que el opulento Tàmesis me vea.»

Dijo, y tiende la vela: ellos le siguen,
Abriendo el mar con sus nadantes proras
Del viento y de las ondas vencedoras:
Mientras que firme el español los mira,
Y despreciando su arrogancia fiera,
El noble pecho palpitando en ira,
Con impávida frente los espera.
¡Ira justa! ¡ardor santo! Esos crueles,
Bajo las alas de la paz seguros,
Son los que nuestra sangre derramaron
Por vil codicia à la amistad perjuros:
Esos los que à perpetua tiranía
Condenaron el mar, los que hermanaron

Del poder la insolencia y la soberbia
Con la rapacidad y alevosía:
Esos .... La noche con su negro manto
Envuelve el mundo; sombras espantosas
En torno de los mástiles, vagando,
Estragos, muerte anuncian, y acrecientan
La pavorosa espectacion: el dia
Abre el campo al furor, y horrendo Marte
Con clamores de guerra hinche la esfera,
Y levanta en los aires su estandarte.

Responde à esta señal el hueco bronce
Con mortal estampido, el eco truena,
Y por el mar llevándose bramando
Hasta en las costas de Africa resuena,
Vuelan movidas de rencor las naves
Con naves á encontrar: menos violentas
Despide el polo austral sierras de yelo,
Que con su mole inmensa y resonante
Por las fáciles ondas se deslizan,
Y al audaz navegante atemorizan:
Ni con estruendo igual turban el cielo
Las negras tempestades,
Cuando por bóreas y éureo embrabecídas
A su furiosa guerra y duro encuentro
Hacen del orbe estremecerse el centro.

Tres veces fiero el insular se abanza,
Creyendo en su pujanza
Romper de nuestra escuadra el fuerte muro:
Tres veces rechazado
Por el hispano esfuerzo ya dudosa
Ve la victoria que esperó seguro.
¿Quien su despecho pintará y su saña
Cuando aquel pabellon antes tan fiero
Miró invencible el pabellon de España?
No hay saber, no hay valor, solo ya fia

Su fortuna al poder: dobla sus naves,
Y las redobla, en desigual pelea,
De popa à proa, en uno y otro lado
Cada Español navío
De mil rayos y mil es contrastado;
Y el, con igual aliento
Que recibe la muerte, asi la envia.
No, si cien voces yo, si lenguas ciento
Me diese el cielo à numerar bastàra
Las ínclitas hazañas de aquel dia:
El humo al sol se las robaba entonces,
Pero la fama les dirá en su trompa,
Las artes en sus mármoles y bronces.

Llega el momento en fin, tiende la muerte
Su mano horrible y pàlida, y señala
Víctimas grandes: el valiente Alcedo,
Castaños, Móyua, intrépidos perecen:
Vosotros dos tambien, honor eterno
De Bética y Guipúzcoa (1)... ¡Ah! si el destino
Supiese perdonar! ¿Cómo à aplacarle
La oliva no bastó que unió Minerva
A los lauros de Marte en vuestra frente?
¿Qué à vuestra ilustre indagadora mente
Pudo ocultar el mundo ó las estrellas?
De vuestras sàbias huellas
Llenos están de América los mares,
Las Cycladas lo estàn: viuda la pàtria
De tantos héroes que enlutada llora,
Pide á su corazon lágrimas nuevas,
Que á vuestro acerbo fin derrame ahora.
¡Ah! ¡viviérais los dos! y en vez del llanto,
Del dolorido canto,
Que mi fúnebre acento hoy os consagra,
Pudiera yo contraponer el pecho

(1) D. Dionisio Alcalá Galiano y D. Cosme Churruca.

Al golpe atroz y recibir la herida:
Diera à la patria asi mi inútil vida,
¡Y vivierais los dos! Y ella orgullosa
Con vuestra luz y espíritu valiente
Al àrduo porvenir hiciera frente
De rayos coronada y victoriosa.

No empero sín venganza y sin estrago,
Generoso escuadron, allí caiste:
Tambien brotando à rios
La sangre inglesa inunda sus navios;
Tambien Albion pasmada
Los montes de cadáveres contempla,
Horrendo peso à su soberbia armada;
Tambien Nelson allí... Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte à tu postrer suspiro:
Ingles te aborreci, y héroe te admiro.
¡O golpe! ¡O suerte! El Tàmesis aguarda
De las naves cautivas
El confuso tropel, y ya en idea
Goza el aplauso y los sonores vivas
Que al vencedor se dàn. ¡Oh suerte! El puerto
Solo le verà entrar pàlido y yerto;
Ejemplo grande à la arrogancia humana,
Digno holocausto á la afliccion hispana.

Asi el furor de Marte
Impele el brazo de la Parca y siega
Vidas sin fin: lanzado por la rabia
Cunde el fuego voraz, las tablas arden;
Un volcan encendido
Es cada buque; por los aires vagos
Se alza y retumba el hórrido estallido,
Y los sepulta el mar. ¿Hay mas estragos?
Si, que el cielo ominoso á tal porfia
Manda à los aquilones inclementes,

Separar los feroces combatientes,
Y en borrascosa noche hundir el dia.
Lo manda, ellos crueles,
Azotando las ondas con sus alas,
Se arrojan à los míseros bajeles.
Al nuevo asalto, al sin igual combate
Fallece el àrbol trémulo, y se abate;
Hiéndese la armazon, el Océano
Por el roto entrepuente entra bramando;
Y moribundo el español esclama:
«¡Ah! pereciese yo, pero lidiando!

En tan atroz conflicto
Allà en las nubes la gloriosa frente
Asonaban los fuertes campeones,
Que armados del tridente y del acero
Al pabellon Ibero
Hicieron humillarse las naciones.
Lauria y Tobar se vian.
Avilés, y Bazan, que saludando,
A los héroes de Hesperia que morian;
«Venid entre nosotros, les decia;
Venid entre los bravos que imitàsteis.
Ya el premio hermoso del valor ganasteis
Ya à vuestro ejemplo de constancia armada
España, concitando sus guerreros,
Magnànima se apresta à nuevas lides:
Volved la vista à la ciudad de Alcides:
Gravina, Escaño, y Alba, Cisneros,
Y otros ciento alli estan, firme coluna,
Dulce esperanza à nuestro patrio suelo:
Venid, volad al cielo,
Y sed astros de esfuerzo y de fortuna.»

DEL MISMO.

BARCELONA.

AL REGENTE.

Libre, opulenta, con su industria ufana,
comtempló ayer el sol, entre neblinas,
la PERLA CATALANA;
y allí do fué contemplará mañana
negro monton de ensangrentadas ruinas!
E. FLORENTINO SANZ.

Duermes?...el viento rudo
deshojando una flor de tu corona
rompe el silencio mudo...
salve! yo te saludo,
patria de los valientes, *Barcelona!*

—

Aun no la sombra afea
tu alzada sien con funeral tristura,
ni el rojo rayo ondea;
el alba te clarea
y el huracan rodando te murmura.

—

Bello jardin de flores
que el viento acaba en su pujante brío,
el sol te dà colores
y acrecen tus verdores
las transparentes lluvias del rocío.

—

Del viento al blando arrullo
tus rosas desenvuelven su hermosura
rasgando su capullo;
las ojas con murmullo

se columpian al aire en tu espesura.

—

Chispas de sol, sangrientas,
por tí difunden su brillante gualda
y, alzando en sus tormentas
sus ondas turbulentas,
el mal encorva la gigante espalda.

—

¡Oh! que la luz del dia,
al desatar sus lànguidos albores,
la niebla ahuyenta impía
que và ciñendo umbría
tu engalanado pabellon de flores!

—

¡Oh! que el fatal destino
que en torno de tu frente centellea
pasando en su camino,
acalle el torbellino
que con horrible estruendo te rodea!

—

Tú estàs resplandeciente
con el àureo laurel de la victoria,
guerrera prepotente;
sublime està tu frente
con palmas cien de inmarcesible gloria

—

Tu voz enroquecida
el entusiasmo alienta de tus hijos,
la tierra estremecida
sobre tu frente erguida
los ojos tiene con espanto fijos...

—

Qué importa que obcecado
bàrbaro sitiador, en su insolencia,
pida tu sangre, airado?...
no es su valor menguado
todavia mas ruin que su impotencia?

—

Mas... ah! bronco retumba
el bronce... en sangre la estension se tiñe!..
furioso el viento zumba!...
abierta està la tumba
que un pueblo inmenso rebramando ciñe.

—

Abierta, oh! sí!... los ojos
al estampido horrísono tornados,
contemplan con enojos
los míseros despojos,
sobre *su sien* clavàndose aterrados...

—

Barcelona està ardiendo!
parda su mole aterrador sombrea
el huracan, mugiendo,
la niebla revolviendo
que á la luz de un incendio se clarea!...

—

Venció, venció el tirano,
desdichada heroina!...—Rechazaste
su imperio soberano
y... al fin, bajo su mano,
con inútil rencor, te desplomaste!

—

¡Y yó que te cantaba
gigantesca y luciente como el dia.
y al sol que fulguraba
tu nombre levantaba,
inspirada ¡la ardiente fantasía!...

—

En dónde estàn tus flores?
dónde la luz de tu brillante esfera?—
Pensil de los amores,
pasaron los albores
de tu hermosa y fecunda primavera.

—

En dónde está *Barcino*?
por qué, tan fiera arrebató su pompa
la mano del destino?
¡hundióla el torbellino
al rudo son de la guerrera trompa!

—

Levàntate, Castilla!
blande sañuda la potente lanza
que fulminando brilla,
desplega en tu mancilla,
al sangriento pendon de la venganza!

—

Por que asi temerosa
à mis acentos de furor respondes
y, lànguida y llorosa,
en servidumbre odiosa
la sien augusta con silencio escondes?

—

Osado el estrangero
los lauros de tu frente deshojara,
y ese rayo postrero
no ha sido, no, el primero
con que tus lauros y tu frente hollára.

—

Despierta, noble España;
los ojos vuelve à tu brillante espejo
y ven ardiendo en saña
à contemplar su hazaña
de tu esplendor al último reflejo!

—

¡Oh patria de los reyes!
¡O patria de los heroes belicosa
Postrada ya y sin leyes,
ni eres patria de reyes,
ni patria de los héroes generosa.

—

Los siglos retronando

vinieron sobre ti con la tormenta
sus nubes agolpando
y.... pasarán hollando.
tu abandonada túnica sangrienta!!

—

. . . .

Y vos ciego caudillo
á quien alzó à su cumbre la fortuna
con fascinante brillo
desde el hogar sencillo
do tuvo asiento vuestra humilde cuna.

—

Dormid, dormid sereno
sobre tumbas y escombros asentado:
dormid de asombro ageno
mientras, de angustia lleno.
llora *ese pueblo* su destino airado.

—

De el á la par rugia
el *solemne* cañon; su acento fiero
rodaba en lucha impía
y, con sangre, acrecia
el noble ardor del Catalan Guerrero.

—

Dormid; sordo el torrente
con espantoso estruendo retumbando,
en su carrera birviente
se lanzarà insolente,
vuestro sueño en las sombras arrullando

—

Dormid ¡viven los cielos!
que el oro vil que vuestra sien corona
tras ímprobos desvelos,
no atizarà *sus celos*,
hosco bombardeador de *Barcelona*!

—

Ella lidiando ardientes.

al desplegar sus rojos pabellones,
os asustó imponente,
y alzó inmortal su frente
al son de los pujantes aquilones.

—

Ella, con faz severa,
sobre el poder tirano desplomada
en lid Sangrienta fiera,
à sus héroes pidiera
eterno asiento en la inmortal morada.

—

Y allá en su tumba fria,
con ronco acento al evocar sus manes,
llamára en su porfía
à la batalla impía
la prez de sus valientes catalanes.

—

Si injusta la victoria
no coronó su esfuerzo generoso,
el templo de la gloria
les abrirá la historia,
brindando à su alma celestial reposo.

—

Y alli la sombra adusta
de su cobarde y bárbaro asesino,
junto à su sombra augusta,
la torva frente injusta
inclinarà à la voz de su destino.

—

Y vive Dios que hermosa
mi noble patria al levantarse entonce
no acatarà medrosa
la indigna ley *forzosa*
del crudo yerro y del potente bronce.

—

Que el tiempo en su carrera
vendrà á elevarla á su sobervia cumbre,

y en su sien altanera
el sol que ardiendo impera
lanzára al viento su radiante lumbre.

—

Soldado! vuestra frente
brilla con el laurel de la victoria!
y no habrà quíen intente
arrebatar ardiente
tan negro lauro de insultante gloria?.

—

Por que cuando hostigada
tronó la rebelion con rudo espanto,
en vez de alzar la espada,
no dejasteis la hollada
cima de *ese poder.... que os cuesta tanto*?

—

Menos valdon cayera
à vuestra hundida frente en las edades,
mayor honra os cupiera....
mas digna hazaña fuera
que reducir à escombros las ciudades!

—

Señor! cuando la España
mueva por fin los indolentes brazos
en su tremenda saña,
quebràndose cual caña
vuestro *cetro de hierro* en mil pedazos;

—

Cuando, de orgullo ageno,
oigais clamar en la infernal pelea
con ronca voz de trueno,
de horror y espanto lleno:
«Donde està *el destructor*?....maldito sea!»

—

Qué le direis al mundo
si un asilo os concede en la amargura?
¡Vos, que el rayo iracundo

vibràrais furibundo
de *ese pueblo* en la luenga desventura!!

—

Temblad! llegó el instante....
quién tremola el perdon de la venganza
que, en su ira fulminante,
à paso de jigante
con fuego eterno centellando avanza

—

Barcelona!... sedienta
de aquella sangre en que beber le plugo,
se lanza turbulenta
y... manchará de afrenta
la coronada sien de su verdugo!!!

TRES AÑOS DESPUES.

Los que odiàsteis *al hombre* en su fortuna,
viendo, entre escombros, su altivez triunfante;
apagad el rencor, ya no hay ninguna
sombra de aquel poder!—Cayó el gigante,

—

Las nieblas de Albion préstanle abrigo...
¡ahóguete el corazon, rencor villano!
El soberbio opresor, fué un enemigo...
¡que *el proscrito infeliz* sea un HERMANO!

FRANCISCO CEA.

Á SEVILLA.

. . . .

Pero qué nueva voz, qué inmenso acento,
por el hendido vendabal cruzando,
se levanta asombroso al firmamento
y en su confin se pierde resonando?
Qué rayo es ese que colora el viento?
Qué eterno resplandor, límpido y blando,
en la infinita inmensidad se estiende
al ronco son que por los aires hiende?

—

De la alta sierra en la empinada cumbre
brota la luz en trasparente llama;
vasto raudal de soberana lumbre
sobre mi frente su esplendor derrama...—
El sol ardiendo en la imperial techumbre,
por su tendido azul se desparrama...
todo brilla en redor!...cielo, horizontes,
rios, llanuras, piélagos y montes.

—

En blanca nube de arrebol, pomposa,
génio radiante de inmortal ventura,
la oscuridad lanzando pavorosa
huella la sien de la tormenta impura.
Asi en Oriente, descollando hermosa
con blando rayo entre la sombra oscura,
alegre el alba su semblanza ostenta
y la honda bruma destellando ahuyenta.

—

El solo, augusta su cerviz levanta

al empíreo ascendiendo, prepotente.
Quién es?—Ante su lumbre sacrosanta
doblan los siglos la espantada frente.
Ya fija inmenso la soberbia planta
en la mansion de Dios omnipotente,
y el ancho viento en confusion cruzando
canta su gloria el luminoso bando.

—

¡Oh tu deidad, que rutilante subes
la nada hollando del mezquino suelo,
y alzas tu sien entre esmaltadas nubes,
de tu alba faz resplandeciente velo!
Que al himno de los cándidos querubes,
con nueva luz iluminando al cielo,
muestras, audaz con su esplendor gigante,
el puro sol de tu inmortal semblante.

—

Quien eres, di?—La ostentacion rebosa
en tu argentina frente coronada;
con noble orgullo tu presencia hermosa
grande se eleva en magestad bañada.
En tu alma sien la tempestad rabiosa
la huella ha impreso, al resbalar lanzada,
y aun á traves del rozagante manto
vierten tus ojos silencioso llanto

—

Por qué en sus pliegues con fatal tristura
el rostro altivo sepultando velas?
Por qué con negras sombras de amargura
ante mi vista ardiente te revelas?
¡Ay! yo te miro. En tu ascension, la altura
rauda surcando, mi afliccion consuelas
porque, aunque henchida en mísero quebranto.
Dios te sonrie ante tu imperio santo.

—

Sí, sí. Tú eres el ángel resplandente
que de la patria agonizante, un dia

te levantaste en vuelo sorprendente
cortando enhiesto la region vacía.
Y tú inmortal, con brazo armipotente
la ruda lanza estremeciendo impía,
abriste à España el eternal camino
que à tanta gloria preparó el destino.

—

Por ti en Lepanto, escelsa triunfadora
se alzó brillante, de esplendor ornada:
por ti en Bailen, ardiente vencedora,
vistió en laurél su frente desdorada,
por ti en Sevilla, en su ardimiento, agora
hirió los vientos retronando airada
y à aquellas palmas que à su sien ceñia
unió otras tantas palmas su osadía.

—

Sube, sube á la par del torbellino
que en tremebundo estruendo se abalanza;
la poderosa mano del destino
las torbas sombras de tu frente lanza.
Quién mas grande que tú, génio divino?
A quién más gloria en su actitud le alcanza?
Santa deidad! ¡espléndido querube!
Sube á la par de la tormenta, sube!

—

. . . .

Un piélago de luz resplandeciente
el ancho espacio trasparente inunda;
Allí de Dios el trono omipotente
se alza arrogante en magestad profunda.
Muge à sus pies el infernal torrente
vertiendo al orco su coriente inmunda
y del arcangel resonando el canto
sofoca inmenso su rujiente espanto.

—

Un querub se levanta, y, de su asiento

sobre la erguida cumbre, en melodia
pueblan la inmensidad del firmamento
con blanda voz de insólida armonia.
El coro de los àngeles atento
en raudales de gloria se estasía,
y el sol, la tierra, el barbaro insolente
oyen temblando su cancion potente:

—

«Ha brillado una aurora, el genio dice,
un nuevo sol nuestro horizonte alumbra,
el lábio eterno su esplendor bendice:
astro ninguno ante su albor se encumbra.
Por el, señor, la tempestad deshice
que, brotando en relàmpagos, deslumbra
y que, su niebla bárbara esparciendo,
turbaba al mundo con impulso horrendo.»

—

«Otra heróica Sagunto, otra Numancia
la antigua Iberia despertando mira
y à coronar su intrépida constancia
mi mano pulsa la vibrante lira.
¡Yo canto al orbe su ínclita arrogancia
al rudo fuego que la mente inspira!
¡Yo ante *ese mundo* con pavor la nombro!
¡El me escucha, *Señor*, con santo asombro!

—

«¡Gloria à los bravos que venciendo ardientes
hasta el cénit levantan sus blasones
ornando en gloria las soberbias frentes
entre el ronco zumbar de los cañones!
Que, en su valor magnànimo, impotentes,
tremolando sus bélicos pendones,
al furor mas indómito resisten
y al plomo, al bronce y su violencia embisten!»

—

«Vuele la fama; alumbre sus altares

el astro de las glorias españolas,
alza, oh Hesperia la faz!--Ya de los mares
el sol sacude las brillantes olas.
De augusta gloria eternos luminares,
ricos de honor *con su heroismo á solas*,
tus hijos siempre, en las revueltas lides,
los nietos son de los antiguos Cides.»

—

«Con generosa sangre salpicado
el campo ibero à producir se presta;
cada español, Señor, es un soldado:
brilla el laurel sobre su frente enhiesta.
En vano el tiempo, en su inclemencia, airado,
hirió al rodar su coronada testa:
él, con desden, *envaneció* su frente....
¡Cada español, señor, es un valiente!»

—

«Guerra! gritó una voz en la montaña;
Pelayo al viento el pabellon tendia,
la fé en su corazon, ardiendo en saña,
corrió à las armas la nacion bravía.
Fecunda en héroes la creyente España
luchó feroz contra la raza impia
y, cual torrente audaz que se desploma,
cayó sobre las haces de Mahoma.....

—

Cuando no alzó su formidable acento
por defender su religion sagrada?
Cuando faltó à su pecho el ardimiento?
Cuando su frente se inclinó domada?
Lleno de orgullo el grande pensamiento,
su apoyo el cielo, su blason la espada,
siempre el pueblo español, nunca vencido,
hizo sonar su cóncavo rujido.

—

«Mil y mil nombres de inmortal memoria,
al ostentar su invicta fortaleza,

en su heróico afanar, lego á la historia,
brillantes con esplendida grandeza;
Y al son de los aplausos de su gloria
los siglos enhiestando su cabeza,
sus recuerdos al mundo proclamaron
y el polvo de sus plantas adoraron.»

—

«Señor, un nombre mas pide la fama
para incrustarle en su divino templo;
un nombre mas el universo aclama,
que en letras de oro aparecer contemplo.
Del patriotismo la gigante llama
él solo anima con glorioso ejemplo,
y ante ese nombre ¡Dios! ante ese nombre
tiembla espantado el corazon del hombre!»

—

«¡Un laurel á Sevilla! ¡ay! ¡cuan fulgente,
cuan hermosa entre escombros se levanta,
y al rayo de la luna transparente
sobre sus ruinas dominando canta!
No es esa la inmortal?-Su sangre hirviente
en hondo lago, rebullendo, espanta....
Crugió el broquel, en su violencia bota,
cayó la lanza fulminando rota.»

—

«Y entre el crespon del manto pavoroso
que el firmamento, lúgubre, sombrea,
entre el mústio silencio cavernoso
que, en sombra hundido, la creacion rodea;
Un acento vibrando temeroso
al pié del pabellon que, rojo, ondea,
cuenta al mundo su orgullo, su denuedo,
y llena el corazon de frio miedo.»

—

«¡Ah del palacio aurífero del dia!
¡Ah de la gran morada fulgurante!
¡Génios de paz que en la region sombría

tendeis la luz en vuelo deslumbrante!
Dios en su gloria á vuestro umbral me envia;
abrid, abrid las puertas de diamante!
y ¡arda en torrentes de divina lumbre
del almo cielo la argentada cumbre!»

—

«Venid, venid arcàngeles gloriosso,
del rubio sol con la fulgente pompa
y mezclad vuestros cantos poderosos
al grave son de la robusta trompa.
Oiga el señor sus sones deleitosos
y en màgica armonia el viento rompa
en oriental fulgor bañando, ardiente,
de esa deidad la ensangrentada frente.»

—

«Esa frente que el lauro señorea
con eterno verdor brillando el alma;
que el rubor criminal no, inmundo, afea
turbando rudo su solemne calma:
esa frente que, insigne, se clarea
en alta luz con victoriosa palma
y que, entre nubes de esplendor divino,
triunfa de las tormentas del destino.»

—

«Qué escucho!—En el horror de su inclemencia
ruje iracundo el orco resonante
agolpando con súbita violencia
las sombras de su abismo fulminante.
¡Hé aqui el último grito de impotencia
que lanza ardiendo el bàratro estallante!
¡Hé aqui, Sevilla, tu mayor victoria!
¡Hé aqui el mas digno canto de tu gloria!»

—

Dijo el querub; las célicas alturas
se iluminan al punto en viva llama;
à los pies del señor, en ondas puras,
el sacrosanto incienso se derrama.

Do estan las tempestades? las oscuras
tinieblas donde estan?» el orco brama;
y, presentes el éter, el infierno,
llega el ángel de España ante el eterno.

—

En trasparente nube arrodillado
con ojo audaz la inmensidad sondea;
el cielo le contempla enagenado
y en su semblanza augusta se recrea
«Gloria al sublime arcángel fortunado!»
Cantando el coro ardiente le rodea;
y vertiendo á raudales su dulzura,
mueve el Señor su carro en el altura,

—

«Númen de salvacion! vuelve á mi España;
á esa España católica y valiente
que con bélico ardor, brotando en saña,
tantas coronas conquistó á su frente.
Que nunca al yugo y VOLUNTAD ESTRAÑA
su cara libertad rinda impotente!
y ¡alumbre con eternos resplandores
la ley, la religion de sus mayores!»

—

«Vé, y estendiendo con pujante brio
en raudo vuelo las potentes alas,
huella el campo esplendente del vacio,
del grande cielo las brillantes salas.
Tú que el hispano, inmenso poderío
con voz de muerte por do quier *propalas,*
toma ese lauro que en mi frente brilla,
y orna con él la frente de Sevilla!»

—

El sol paró su curso; anonadada
tembló la inmensidad del firmamento;
sobre el trono imperial brillando alzada
la patria enseña se levanta al viento....
Ante el Dios venerando arrodillada

alza la gloria su solemne acento
y, el arpa de los àngeles pulsando,
de *Hispalis* canta el nombre memorando.

DEL MISMO.

A LAS MUGERES QUE AMÈ.

SONETO.

¡Corazones de piedra encrudecidos,
de *hiel*, de *sangre*, y de *dolor* sedientos,
para verme espirar entre tormentos
del *súcio* lodo terrenal salidos!
Escuchad mis postreros alaridos,
aunque os aduerma el son de mis lamentos.....
Maldiciones seran ¡ay! mis acentos,
arrancadas del pecho entre gemidos!...
Que os retuerza el pesar con honda herida,
que sintais, como siento, ánsias vehementes
vuestra esperanza al contemplar perdida!....
Y hasta agotar de la afliccion las fuentes,
por el áspera senda de la vida
¡que os tengais que arrastrar....como serpientes!

DEL MISMO.

Á LA INVENCION DE LA IMPRENTA.

¿Serà que siempre la ambicion sangrienta,
O del solio el poder pronuncie solo
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino lábio, hijos de Apolo?
¿No os dà rubor? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria
¿Seràn tal vez del nombre à quien daría
Eterno oprobio ó maldicion la historia?
¡Oh! despertad: el humillado acento
Con magestad no usada,
Suba à las nubes penetrando el viento:
Y sí quereis que el universo os crea
Dignos del làuro en que ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

No los aromas del loor se vieron
Vilmente degradados
Asi en la antigüedad: siempre las aras
De la invencion sublime,
Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivífica mies descubre al suelo,
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste tambien, tú que allà un dia
Cuerpo à la voz y al pensamiento diste,
Y trazàndola en letras detuviste

La palabra veloz que antes huia?

Sin tí se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban,
Tú fuiste: el pensamiento.
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenia.
Tendió las alas, y arribó à la altura.
De do escuchar la edad que antes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡Oh gloriosa ventura!
Goza, Genio inmortal,goza tú solo
Del himno de alabanza, y los honores
Que à tu invencion magnífica se deben:
Contémplala brillar; y cual si sola
A ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, y el Rhin helado
Nacer vió à GUTTEMBERG.–" ¿Con que es en vano
Que el hombre el pensamiento.
Alcanzase escribiéndole à dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento
En letargosa obscuridad se olvida?
No basta un vaso à contener las olas
Del férvido Oceàno,
Ni en solo un libro diletarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano:
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si anatura
Un tipo basta à producir sin cuento
Seres iguales, mi invencion les siga:
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga

Las alas de la luz al desplegarse.“
Dijo, y la Imprenta fue; y en un momento
Vieras la Europa atónita agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.
¡Ay del alcàzar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tirania!
El volcan reventó, y à su porfia
Los soberbios cimientos vacilaron.
¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo,
Que abortó el Dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?

Dura sí: mas su inmenso poderío
Desplomàndose va; pero su ruina
Motrará largamente sus estragos.
Asi torre fortisima domina
La altiva cima de fragosa sierra;
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada,
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Despues abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada
Conserva, aunque ruinosa, todavia
La aterradora faz que antes tenia.
Mas llega el tiempo, y la estremece y cae:
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros; y entre tanto
Es escarnio y baldon de la comarca
La que antes fue su escàndalo y espanto.

Tal fue el lauro primero que las sienes

Ornó de la razon: mientras osada,
Sedienta de saber la intelijencia,
Abarca el universo en su gran vuelo.
Levantase copernico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso,
Que dà à torrentes su esplendor al dia.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar: la Italia ciega
Le dá por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacio.
Y navegan con el impetuosos,
A modo de relampagos huyendo,
Los astros rutilantes: mas lanzando
Veloz el genio de Neuton tras ellos
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grave impulso que sus orbes mueve.

¡Ah! ¿que te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan,
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra
Cabar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
Vuelvete al hombre. Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignacion en sus clamores.—
«¡Con que el mundo moral todo es horrores!
¡Con que la atroz cadena
Que forjó en su furor la tiranía,
De polo à polo inexorable suena,
Y los hombres condena
De la vil servidumbre à la agonía!
Oh! no sea tal.»—Los despotas lo oyeron,
Y el cuchillo y el fuego à la defensa

En su diestra nefaria apercibieron.

¡Oh insensatos! ¿Que haceis? Esas hogueras
Que à devorarme horribles se presentan,
Y en arrancarme á la verdad porfian,
Fanales son que à su esplendor me guian,
Antorchas son que su victoria ostentan
En su amor anhelante
Mi corazon extático la adora,
Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.
No: ni el hierro ni el fuego amenazante
Posible es ya que á vacilar me obliguen.
¿Soy dueño por ventura
De volver el pie atras? Nunca las ondas
Tornan del Tajo à su primera fuente,
Si una vez hácia el mar se arrebataron:
Las sierra, los peñascos su camino
Se cruzan à atajar; pero es en vano,
Que el vencedor destino
Las impele bramando al Océano.

Llegó pues el gran dia,
En que un mortal divino sacudiendo
De entre la mengua universal la frente,
Con voz omnipotente
Dijo à la faz del mundo: El hombre es libre.
Y esta sagrada aclamacion saliendo,
No en los estrechos límites hundida
Se vió de una region; el eco grande
Que inventó Guttemberg la alza en sus alas;
Y en ellas conducida
Se mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,
Ocupar la estension del vago viento;
Y sin que el trono ó su furor asombre;
Por todas partes el valiente grito
Sonar de la razon: Libre es el Hombre.

Libre, si, libre: ¡oh dulce voz! mi pecho
Se dilata escuchándote, y palpita,
Y el númen que me agita
De tu sagrada inspiracion henchido
A la region olimpica se eleva,
Y en sus alas flamigeras me lleva.
¿Donde quedais, mortales,
Que mi canto escuchais? Desde esta cima
Miró al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir, el denso velo
De los siglos romperse, y descubrirse
Cuanto serà: ¡oh placer! No es ya la tierra
Ese planeta misero en que ardieron
La implacable ambicion la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron,
Como la peste y las borrascas huyen
De la afligida zona, que destruyen
Si los vientos del polo aparecieron.
Los hombres todos su igualdad sintieron,
Y á recobrarla las valientes manos
Al fin con fuerza indómita movieron
No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;
Que amor y paz el universo llenan,
Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus àmbitos resuenan.
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los ayres tiende:
Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envia.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran coluna,
El magnífico y bello monumento
Que à mi atónita vista centellea?
No son, no, las piràmides que al viento
Levanta la miseria en la fortuna

Del que renombre entre opresion grangea.
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe à GUTTEMBERG tributa;
Breve homenage à su favor inmenso.
¡Gloria á aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró sobre ella alzando
A la alma inteligencia!
¡Gloria al que en triunfo la verdad llevando
Su influjo eternizó libre y fecundo!
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

QUINTANA.

A D. ANGEL SAAVEDRA.

SONETO.

Tú à quien risueño concedió el destino
(Digna ofrenda à tu ingenio soberano)
Manejar del artista castellano
La dulce lira y el pincel divino.
Vibrando el plectro y animando el lino
Logres. Saavedra, con dichosa mano
Robar las glorias del cantor troyano,
Vencer las gracias del pintor de Urbino.
Lógralo, y logre yo, si mas clemente
Me mira un tiempo la àspera fortuna,
Que ora me niega en blando son loarte.
Tejer nuevas coronas à tu frente,
La esclarecida por tu ilustre cuna,
Ya decorada del laurel de Marte.

J. N. GALLEGO.

LOS HOYUELOS DE LESBIA.

SONETO.

Por la playa de Cádiz arenosa
Iba sin venda Cupidillo un dia,
Cuando al pié de un rosal vió que dormia
Al blando son del mar mi Lesbia hermosa.
Notó pasmado que su tez graciosa
Los reflejos del alba repetía,
Y asi se deslumbró, que no sabía,
Si aquella era mejilla, ó era rosa.
Alargó un dedo el niño entre terrores,
Y en ambes lados le aplicó à la bella,
Formando dos hoyuelos seductores.
¡Ay! que al verla reir, la dulce huella
Del dedo del amor mata de amores!
¡Feliz el que su boca estampe en ella!

Del mismo

A UN NIÑO DE UN AÑO.

SONETO.

Precioso niño, si á templar mi pena
Basta el recuerdo de tan fausto dia,
Y al Cielo sube la plegaria mía
En vez de lira al son de mí cadena;

Dará benigno à tu niñez serena,
Delicias de tu casa y su alegría,
Mas que soñado nectar y ambrosia
De salud y placer la copa llena
Veréte un tiempo manejar brioso
De tu padre el acero, cuando altivo
Batas la hijada al alazan fogoso.
Docto, cual el, seràs ardiente y vivo;
Cual tu madre, gentil, discreto, hermoso:
Cual ambos, bueno, amable, compasivo.

Del mismo.

AL AUGUSTO ENLACE,

Del Sr. D. Fernando Séptimo.

CON D.ª MARIA CRISTINA.



SONETO.

Ya que al rumor de aplausos y alegria
en que el pecho español su aliento apura,
huye por siempre à su caverna oscura
ciega de rabia la discordia impía,
Gozad, Señor, en tan dichoso dia
nuncio veraz un siglo de venturas,
la hermosa perla inestimable y pura
que la ilustre parthenope os envia
Nunca el dulce placer Fernando augusto,
que en vuestra frente generosa brilla,
perturbe del pesar el ceño adusto,
Ya tan placida union deba Castilla
un principe feliz, clemente, justo
à quien doblen dos mundos la rodilla.

Del mismo.

A D. Vicente Lopez,

PINTOR DE CÁMARA.

SONETO.

Si plugo à Cárlos con heróica mano
que à Marte arrebató palmas sin cuento.
alzar del suelo el màgico instrumento,
à que gloria inmortal debe Ticiano:
  Si vió Velazquez de su dicha ufano,
premiar todo un filipo su talento
dando á su efijie en ínclito ornamento
la roja insignia del patron hispano.
  Hoy à despecho de la envidia injusta,
renueva ó Lopez tan feliz destino
de otro gran rey la dignacion augusta.
  Que en favor desusado y peregrino
dá á tus desvelos recompensa justa
y nuevos tímbres al pincel divino.

AL LORD WELINGTON,

En la toma de Badajóz

SONETO.

  A par del grito universal que llena
de gozo y gratitud la esfera hispana,
y del manso, y yà libre Guadiana
al caudaloso Tamesis resuene;

Tu gloria, ó Conde, á la region serena
de la inmortalidad sube, y ufana
se goza en ella la nacion britana;
tiembla y se humilla el vándalo del Sena.
Sigue y despierta el adormido polo
al golpe de tu espada; en la pelea
te envidie Marte y te corone Apolo:
Y si al triple pendon que al aire ondea
osa Alecto amagar; tu nombre solo
prenda de union como de triunfo sea.

EL PUDOR.

Cuando la hermosa Venus
salió de entre las mares,
brilló la luz del dia
mas pura y rutilante.
Entonces de las flores
nació el olor suave,
la pompa de las selvas,
el aura de los valles.
¡Cuàn bella resplandece
la Diosa! cuán fragantes
donde los ojos fija
nardos y rosas nacen.
Al amoroso fuego
que en sus miradas arde
naturaleza toda
se anima y se complace.
Cercaban bulliciosos
su carro de corales

amores y placeres,
la risa y el donaire.
Abre el escelso olimpo
sus puertas de diamante,
y el alto consistorio
à recibirla sale.
De contemplarla ansiosos
los dioses inmortales
las tímidas palomas
detienen en los aires.
Estaba Citerea
sin velos que ocultasen
à la admirada turba
sus formas celestiales:
Y viendo cómo observa
con dilijente exàmen
su pecho alabastrino
su delicado talle;
Bajó los garzos ojos
con actitud cobarde,
y el carmin de sus labios
enrojeció el semblante.
De este ademan de Venus
nació el pudor amable
dando à su rostro bello
espléndido realce.
¡Pudor, Pudor divino,
de la inocencia esmalte
qué gracias, qué embelesos
te deben las beldades.

J. N. Gallego.



ODA.

A la bendicion de banderas de la M. N. de Valencia en 16 de Setiembre de 1821.

Qué insólita alegria?
¿Qué falange marcial? qué grato acento
De bélica armonía?
¿Qué faustos vivas siento?
¿Qué de palmas sin fin ajita el viento?
Corred, hijas hermosas,
Del Turia y de sus màrgenes amenas
Guirnaldas olorosas
Traedme à manos llenas
De frescos amarantos y azucenas.
Que no los batallones
Soberbios son del déspota que un dia
Domeñó cien naciones
Y con audacia impía
La madre España encadenar creia.
Hermano, amigo, esposo,
Veréis entre ellos plàcida esperanza
Del comunal reposo:
Formad festiva danza,
Resuene el aire en himno de alabanza.
¿Veis cual se ostenta ufano
su porte altivo y su ademan guerrero?
¿Veis en la fuerte mano
Con grato reverbero
Doblar la luz del sol el limpio acero?
¡Cómo la insignia vuela,

Labor y ofrenda de gentil matrona! (1)
La insignia que no anhela
Destrozos de Belona,
Ni de laurel sangriento se corona.
  Pacífica bandera
En solo un ramo de modesta encina
Cifrar su dicha espera,
Y al templo se encamina,
Pidiendo humilde bendicion divina.
  Alli con santo celo
Doblando ante el altar desnuda frente,
Al Dios de tierra y cielo
Alza la armada gente
Sus tiernos votos, su oracion ferviente.
  No palmas de victoria
Implora de los santos tutelares;
Sino mas dulce gloria
Bajo los patrios lares,
Guardando en paz los cívicos hogares.
  Juran, sí, los primeros
Verter su sangre por el libro amado,
De los hispanos fueros
Depósito sagrado,
Al fulgor de mil bombas promulgado:
  Que en él aun mas brillante
El solio Ibero indestructible dura;
Y en sello de diamante
Perpétua se asegura
La fé de Recaredo ilesa y pura.
  Juranlo y de repente
Al fiel concurso músicas festivas
Lo anuncian, é impaciente
Las bóvedas altivas
Del templo atruena en redoblados vivas.
  ¡Plegue à Dios que cumplido

(1) La Exma. Sra. Marquesa de Fuente Sol.

Por tiempo largo y próspero se vea
su anhelo, y el erguido
Pendon que el viento ondea,
Símbolo eterno de concordia sea.

DEL MISMO.

A LA TERMINACION DE LA GUERRA CIVIL EN ESPAÑA.

SONETO.

Qué inusitada aclamacion festiva
Convierte en gozo de mi patria el duelo?
¿Porqué de mar à mar con grande vuelo
Suena sin fin centuplicado el viva?
La paz! sí ¿no la veis de fresca oliva
La sien ornada descender del cielo
En su diestra ajitar cándido velo
Y ahuyentar la discordia vengativa.
¡Oh momento feliz! su horrible tea
De la nacion magnánima española
Maldita siempre y execrada sea.
Y anuncie el blanco lino que hoy tremola
Y que en la cifra de Isabel campea
Un grito, un pensamiento, un alma sola.

DEL MISMO.



ELEGIA.

Al sonante bramido
Del piélago feroz que el viento ensaña
Lanzando atras del Turia la corriente;
En medio al denegrido
Cerco de nubes que de Sirio empaña
Cual velo funeral la roja frente;
Cuando el càrabo oscuro
Ayes despide entre la breña inculta,
Y á tardo paso soñoliento Arturo
En el mar de occidente se sepulta;
A los mustios reflejos
Con que en las hondas alteradas tiembla
De moribunda luna el rayo frio,
Daré del mundo y de los hombres lejos
Libre rienda al dolor del pecho mio.

Sí; que al mortal á quien del hado el ceño
A infortunios sin término condena,
Sobre su cuello mísero cargando
De uno en otro eslabon larga cadena;
No en jardin halagüeño
Ni al puro ambiente de apacible aurora
Soltar conviene el lastimero canto
Con que al cielo importuna.
Solitario arenal, sangrienta luna
Y embravecidas olas acompañen
Sus lamentos fatídicos; Oh lira,
Que escenas solo de afliccion recuerdas:
Lira que ven mis ojos con espanto,
Y à recorrer tus cuerdas

Mi ya trémula mano se resiste!
Ven, lira del dolor: Piedad no existe!

¡No existe, y vivo yo!.... ¡No existe aquella
Gentil, discreta, incomparable amiga,
Cuya presencia sola
El tropel de mis penas disipaba!
¡Cuàndo en tal hermosura alma tan bella
De la corte española
Mas digno fué y espléndido ornamento!
Y aquel màgico acento
Enmudeció por siempre, que llenaba
De inefable dulzura el alma mia!
¿Y qué? fortuna impía,
Ni su postrer adios oir me dejas?
¿Ni de su esposo amado
Templar el llanto y las amargas quejas?
¿Ni el estéril consuelo
De acompañar hasta el sepulcro helado
Sus pàlidos despojos?
¡Ay! Derramen sin duelo
Sangre mi corazon, llanto mis ojos.

Por qué, por qué à la tumba
Insaciable de víctimas, tu amigo
Antes que tú no descendió, Señora?
¿Por qué al menos contigo
La memoria fatal no te llevaste
Que es un tormento irresistible ahora?
¿Qué màrmol hay que pueda
En tan acerba angustia los aciagos
Recuerdos resistir del bien perdido?
Aun resuena en mi oido
El espantoso obus lanzando estragos,
Cuando mis ojos àvidos te vieron
Por la primera vez. Cien bombas fueron
A tu arribo marcial salva triunfante

Con inmóvil semblante
Escucho amedrentado el son horrendo
De los globos mortíferos en torno
Del leño fràgil á tus piés cayendo,
Y el agua que à su empuje se encumbraba
Y hasta las altas grímpolas saltaba.

El dulce soplo de Favonio en tanto
Las velas hinche del bajel lijero,
Sin que salude con festivo canto
La suspirada costa el marinero.
Ardiendo de la patria en fuego santo,
Insensible al horror del bronce fiero
Fijar te miro impávida y serena
La planta breve en la menuda arena.
«¡Salve ó Deidad!» del gaditano muro
Grita la muchedumbre alborozada:
«¡Salve ó Deidad!» de gozo enagenada.
La ruidosa marina,
Que à tí se agolpa y el batel rodea,
Levanta al cielo el aclamar sonoro
Como al aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citerea.

Absortas contemplaron
El fuego de tus ojos
Las bellas ninfas de la bella Gades:
Absortas te envidiaron
El pié donoso y la megilla pura,
El vivo esmalte de tus labios rojos,
El albo seno y la gentil cintura.
Yo te miraba atónito: no empero
Sentí en el alma el pasador agudo
De bastarda pasion, que á dicha pudo
Del honor y el deber la ley severa
Ser à mi pecho impenetrable escudo.
¿Mas quién el homenage

De afecto noble, de amistad sincera
Cual yo te tributó, cuando el tesoro
De tu divino ingenio descubria,
Que en cuerpo tan gallardo relucia
Como rico brillante en joya de oro?

¡Cuàntas ¡ay! qué apacibles
Horas en dulces pláticas pasadas
Bétis me viera de tu voz pendiente!
¡Cuántas en las calladas
Florestas de Aranjuez el eco blando
Detuvo el paso à la tranquila fuente;
Ya el primor ensalzando
Que al fragante clavel las hojas riza
Y la ancha cola del pavon matiza;
Ya la vària fortuna
Del cetro godo y del laurel romano;
O el poder sobrehumano
Que de un soplo derroca
Del alto solio al triunfador de Jena,
Y con duras amarras le encadena,
Como al antiguo Encélado, á una roca!

Pero otro don magnífico, sublime,
Mas alto que el ingenio y la hermosura
Debistes al Criador, vivaz destello
De su lumbre inmortal, alma ternura.
¿Cuándo, cuándo al gemido
Negó del infeliz oro tu mano,
Ayes tu corazon? El escondido
Volcan que decoroso
Tu noble aspecto revelaba apenas,
Un infortunio, un rasgo generoso,
Un sacrificio heróico, hervir hacia.
Entonces agitado
Tu rostro angelical resplandecia
De mas purpúreo rosicler cubierto:

Del seno relevado
La estraña conmocion, el entreabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos
Que entre los anchos párpados brillaban,
Las làgrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban;
El gesto, el ademan, los mal seguros
Acentos, la espresion.... ah, nunca, nunca
Tan insigne modelo
De astro feliz, de inspiracion divina
Mostró Casandra en los dardánios muros
Ni en las lides olímpicas Corina.

Y solo al santo fuego
De un pecho tan magnánimo pudiera
Deber tu amigo el aire que respira.
Solo á tu blando ruego
La amistad se vistiera
Máscara y formas del amor su hermano.
¿Quién sino tú, Señora,
Dejando inquieta la mullida pluma
Antes que el frio tàlamo la Aurora,
Entrar osàra en la mansion del crímen?
¿Quién sino tú del duro carcelero
Menos al son del oro empedernido
Que al eco de los míseros que gimen,
Quisiera el ceño soportar? Perdona,
Cara Piedad, que mi indiscreta musa
Publique al mundo tan heróico egemplo,
Y que mi gratitud cuelgue en el templo
De la santa amistad digna corona.

En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumia,
Cuando sordo á mis quejas

Rayaba apenas en las altas rejas
El perezoso albor del nuevo dia.
De planta cautelosa
Insólito rumor hiere mi oido;
Los vacilantes ojos
Clavo en la ruda puerta estremecido
Del súbito crujir de sus cerrojos;
Y el repugnante gesto
Del fiero alcaide mi atencion escita,
Que hácia mi sin cesar la mano agita
Con labio mudo y sonreir funesto.
Salto del lecho, y sígole azorado,
Cruzando los revueltos corredores
De aquella triste y lóbrega caverna
Hasta un breve recinto iluminado
De moribunda y fúnebre linterna.

Y á par que por oculto
Tránsito desparece
Como vision fantástica el Cervero,
De nuevo estraño bulto,
Sombra confusa que se acerca y crece,
La angustia dobla de mi horror primero
¿Más cual mi asombro fué cuando improvisa
A la pálida luz mi vista errante
Los bellos rasgos de Piedad divisa
Entre los pliegues del cendal flotante?
¿Porqué, porqué benigna,
Clamé bañado en llanto de alborozo.
Osas pisar, Señora,
Esta morada indigna
Que tu respeto y tu virtud desdora?
¡Ah! si à la fuerza del inmenso gozo
Del placer celestial que al alma oprime
Hoy á tus plantas espirar consigo,
Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.

A este oscuro aposento
No à que de pena ó de placer espires
La voz de la amistad mis pasos guía,
Sino à esforzar tu desmayado aliento
Contra los golpes de la suerte impía.
Su cuello al susto y la congoja doble
El que del crímen en su pecho sienta
El punzante aguijon, que al alma noble
Do la inocencia plàcida se anida,
Ni el peso de los grillos la atormenta,
Ni al son de los cerrojos se intimida.
Recobra, amigo caro,
La esperanza marchita
Y el digno esfuerzo del varon constante.
Pronto serà que el astro rutilante
Que jamás estas bóvedas visita,
De la calumnia vil triunfar te vea:
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.

Seràlo, 'sí; lo juro:
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
Vaticinio tan próspero desmiente,
No me hará de fortuna el torvo ceño
Fruncir las cejas ni arrugar la frente,
Que el dichoso mortal à quien risueño
Mira el destino.... No acabe: à deshora
La aciaga voz del carcelero escucho,
Diciendo: «Es tarde: baste ya, señora.»—
¡Adios! ¡adios! Del vulgo malicioso
Que al despuntar el sol sacude el sueño
Temo el labio mordaz: á dios te queda.—
Aguarda Adios!...“ y en soledad sumido
Oigo! ay de mi! del caracol torcido
Barrer las gradas la crugiente seda.

¡O digno, ó generoso
Dechado de amistad! O alegre dia!

¿Y en dónde estàs, en dónde,
Angel consolador, duquesa amada,
Que no te mueve ya la angustia mia?
¡Gran Dios! ¡y ni responde
De su esposo infeliz al caro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte à raudales!
¡Ni de su triste huérfana el lamento
Con ambos brazos al sepulcro asida
Ablanda sus entrañas maternales!
¡O dulces prendas de su amor! Almàrmol
En valde importunais: hará el rocío
Del venidero abril que al campo vuelva
La verde pompa que abrasó el estío;
Mas no espereis que el túmulo sombrío
La devorada victima devuelva,
Ni à sus profundos huecos
Otra respuesta oir que sordos ecos.

En él de bronce y oro,
Ínclito vate, entallaràn cinceles
Vuestro heróico blason, entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles...
¡Inútil afanan! la sien ceñida
De adelfa y mirto, pulsarà tu mano
La dolorosa citara moviendo
Con sus blandas querellas
El orbe todo à compasion.... En vano!
Resonarán con ellas
Mis gemidos simpàticos, y el coro
De cuantos cisnes tu infortunio inspiran
Alzar podrà á su gloria
Noble trofeo en canto peregrino,
Mas !ah! ¿podrá su lira
Forzar las puertas del Eden divino?
¿Y el diente ensangrentado
Del àspid arrancar en tí clavado?

A mas alto poder, mísero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirige
Que entre sollozos lúgubres exhalas;
Y al ser inmenso que los orbes rige,
En las ràpidas alas
De ferviente oracion remonta el vuelo,
Yo elevaré contigo
Mis tiernos votos: y al gemir de aquella,
Que en mis brazos creció, càndida niña,
Trasunto vivo de tu esposa bella,
Darà benigno el cielo
Paz à su madre, à tu afliccion consuelo.
Sí, que hasta el solio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazon le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
De balsámico incienso en vaga nube.

Del mismo.

Plegaria á la Virjen.

SONETO.

Dulce consuelo del linaje humano,
Madre escelsa de Dios, sacra Lucina,
Humillado à tus piés la frente inclina
Con ardiente fervor el pueblo hispano.
Si nunca vierte làgrimas en vano
El que se acoje à tu piedad divina,

Vuelve, señora, al lecho de Cristina
Los bellos ojos, la piadosa mano.
Muévate de Fernando la agonía
Que en zozobra fatal pregunta, espera,
Teme, alienta, vacila, desconfía,
De su pesar los plazos acelera
Y antes que su fulgor esconda el dia
Agite el viento la feliz bandera.

DEL MISMO

ODA.

A la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, en cinco de Julio de 1807.

Tú, de virtudes mil, de ilustres hechos
Fecundo manantial, á quien tributan
Su vida alegre los heróicos pechos;
Patria, deidad augusta,
Mi númen es tu amor: su hermoso fuego
Que hoy las cenizas de Sagunto inflama;
El que arrojó la chispa abrasadora,
(Baldon y estrago de la gente mora)
Que aun brilla desde el Cántabro hasta Alhama
Haz que pase á mi voz. Sublime el eco
Del éter vago los espacios llene
Tus glorias celebrando,
Y atràs el mar Atlàntico dejando,
Hasta el remoto Patagon resuene.
De alli no lejos las britanas proas
Miró el indio pacífico asombrado
Sus playas invadir, y furibundo
Al hijo de Albion que encadenado

Ansia por ver à su tridente el mundo,
Cual lobo hambriento en indefenso aprisco,
Entrar, correr, talar. Montevideo,
Que ya amarrada à su cadena gime,
Con espanto en sus muros vé orgullosos
Tremolar sus pendones anhelando
Lanzar del hombro el peso que le oprime
Mientras la rienda à su ambicion soltando,
La rica poblacion (1) domar intenta
Que de Solis el rio
En su ribera occidental retrata
Cuando à la mar con noble señorío
Rinde anchuroso su raudal de plata.
¡Cuàn presta! ¡ó Dios! la ejecucion corona
Las empresas del mal El anglo altivo
Tiempo ni afan perdona
Vése en las playas las inmensas naves
Presurosa ocupar la insana gente
De muertes mil cargada
Y en pos hender la ràpida corriente.
Yà la soberbia armada,
Batiendo al aire la ondeante lona
Vuela, se acerca, y à la corva orilla
Saltan las tropas: ostentoso brilla
El padre de la luz, y à los reflejos
Con que los altos capiteles dora,
La sed de la ambicion su paz colora
Del àvido insular. Asi de lejos
Mira el Tigre feróz la ansiada presa
Y con sangrientos ojos la devora
Alzase en tanto colosal matrona
De una alta sierra en fragosa la cumbre,
La América del Sud: vese cercada
De inmensos rayos de encendida lumbre

(1) Buenos--Aires.

Y en noble ceño y magestad bañada
No ya frívolas plumas,
Sino pesado yelmo rutilante
Ornan su rostro fiero;
Al lado luce triunfador escudo,
Y en vez del hacha tosca, ó dardo rudo
Arde en su diestra refulgente acero.
La vista fija en la ciudad; y entonces,
Terrible golpe en el broquel sonante
Dió con el pomo; y al fragor de guerra,
Con que herido el metal gime y restalla:
Retiembla la alta sierra
Y el ronco hervir de los volcanes calla.
«Españoles, clamó, cuando atrevido,
«Vuestros lares amaga
«El opresor del mar, á quien estrecho
«Viene el orbe ¿Será que en blando lecho
«Descuidados yazgais, ó en torpe olvido?
¿«O acaso echando à la ignominia el sello
«Daréis al yugo el indomado cuello?
«¿Dó mis Incas están? ¿A dónde es ido
«El imperio de Cuzco? ¿quién brioso
«Domeñó su poder? ¿No fué trofeo
«Del castellano esfuerzo poderoso?
«¿Y ahora vosotros, sucesion valiente
«De Pizarro y Almagro, envilecidos
«Ante el Britano humillaréis la frente?
«¿Cederá el español? ¡Oh! Nunca sea
«Que América infeliz con hierros viles
«Al carro de su triunfo atar se vea!
«No, jamás se verá que en noble saña
«Siento inflamarse ya los fuertes pechos
«De los hijos magnànimos de España
«De la patria à la voz. Caigan deshechos
«Y á cenizas y polvos reducidos
«Templos y torres y robustos techos;
«Primero que rendidos

«El mundo os vea al ambicioso Isleño
«Ni la Ciudad al enemigo abierta
«Sin reforzado adarve y bastiones
«El brío arredre del héróico empeño
«Cuando la fama alígera os aclame
«Por lejanas legiones
«Nueva Numancia occidental la llame,
«Mostrando à las atónitas naciones
«Que no hay mas firmes muros
«Que un ánimo constante y pechos duros.»
Dijo, y cual suena en la estacion de Tauro
De volador enjambre numeroso
El sordo susurrar así incesante
Bélico afan en la Ciudad se escucha,
Que sin que el fuego del Breton la espante
Se apresta osada à la tremenda lucha.
Ya doce mil guerreros
De mortíferos bronces precedidos
En contra suya con furor se avanza
Y los limpios aceros
Del rayo lucen de Titan heridos:
Ya sus columnas à las anchas calles
Intrépidas se lanzan:
Por montes y por valles
Del militar clamor retumba el eco
Y el trémulo batir del parche hueco.
Tràbase ya la desigual contienda
Y del fiero enemigo el paso ataja
Sañudo el español. Cruza silvando
El plomo inexorable, se recrea
Sus víctimas la parca contemplando:
Crece la confusion: al cielo sube
El humo denso en pavorosa nube;
Y al bronco estruendo del cañon britano,
Que muertes ciento y destruccion vomita
Impávido el esfuerzo castellano
Lluvias le arroja de letal metralla.

No hay ceder, no hay ciar. De nuevo estalla
Retumbante el metal del anglo fiero,
Que el horizonte atruena,
Mas el valiente ibero
Ni el ruido escucha, ni al estrago atiende,
Que en grandes almas que el honor enciende
Mas alto el grito de la patria suena.
Suena: y el pecho del esclavo inflama
Y es un guerrero ya. Los moradores
Invictos héroes son. ¡Cuàl multiplican
La ciega rabia y bélicos furores
Las artes de dañar! Inmensas trabes
Y lumbre, y peñas por los aires bajan
Sobre el mísero inglés: profundo foso,
Y alta trinchera su furor atajan.
El en tanto rabioso
Redobla el fuego y el teson; mas truenan
En daño suyo horrísonos cañones
Rios de sangre de Albion vertiendo,
Desplómanse los fuertes torreones
Con roncos estallidos:
Y al espantoso estruendo
Con que sobre él los techos se derrumban
Se oyen bramar los vientos comprimidos,
Y hasta en las cuevas de los Andes zumban.
   Tiende la noche el pavoroso velo
Cubriendo tanto horror. Do quier se escucha
Del soldado infeliz alto alarido
Que con la muerte irrevocable lucha.
Ay! Cuán despavorido
Tan fiero estrago entre tinieblas mira
El britano adalid (1) deshecho en llanto!
De su domada hueste
Los restos junta el mísero y suspira
Cuando à doblar su espanto

(1) Withelok̃e.

Derrama el alba su fulgor celeste
Volviendo el rostro à la terrible escena.
Aquí y allí confuso
Monton de sus guerreros destrozados
Rotas armas y cuerpos hacinados
Mira, y la plaza de su sangre llena,
Míralo y se horroriza:
Y el abatido ardor buscando en vano
De su fiereza brava
El pelo se le eriza;
Abandona el baston la yerta mano
Y un asombro glacial sus miembros traba.
¡América triunfo! ¿No veis cuàl brilla
Tremolando en su diestra el estandarte
De las escelsas torres de Castilla?
Ve el pueblo valeroso
Sitiado al sitiador: del fiero Marte
Depone el rayo, y al olimpo eleva
Clamor de triunfo en himno placentero.
Muéstrase entonces el caudillo ibero (1)
Al britano que atónito enmudece,
Y de la salva América las playas
Dejar le ordena: el Anglo le obedece,
A las naves temblando
Los restos suben del vencido bando;
Y cual suele medrosa
La garza huir del sacre furibundo,
Asi la escuadra huyendo presurosa
Surca espantada el piélago profundo.
Lauros, palmas traed y ornad, iberos,
La frente al vencedor. De la victoria
En brazos vuele su brillante hazaña
Al templo de la gloria
Feliz anuncio sea
De nuevos triunfos al señor de España,

(1) Liniers.

Y en letras de oro en su padron se vea;
Y vosotros de Tajo
Canoros cisnes, cuya voz divina
Cuando en ardor patriótico se enciende
El blando son del agua cristalina,
Y el coro de las Nàyades suspende;
Vuestra lira sonora
De la rama inmortal dispensadora
Al cielo alzando tan heróico brio
Las altas glorias de la Hesperia cante
Y en sus alas levante
Vuestro armónico acento el rudo mio.

Del mismo.

En las honras celebradas en Cádiz en 1812 por los patriotas asesinados en Madrid el 2 de Mayo de 1808.

HIMNO.

En este infausto dia,
recuerdo à tanto agravio,
suspiros brote el labio,
venganza el corazon:
Y suban nuestros ayes
del céfiro en las alas,
al silvo de las balas,
y al trueno del cañon.

Miradnos sacros, manes,

gemir en triste coro,
la faz bañada en lloro,
y el alma en odio y hiel.
Mas sangre en vez de llanto
se os debe por tributo,
y en vez de adelfa y luto,
trofeos y laurel.

¡Quién ay! del negro dia
que hoy dobla nuestras penas,
las bàrbaras escenas
renueva sin terror?
Erízase el cabello,
se agolpa el llanto ardiente,
y el pecho hervir se siente
en cólera y furor.

¡O colmo de la infamia!
no osando los malvados
lidiar con desarmados
en lucha desigual;
Mintiendo en el semblante
su rabia vengativa,
cubrieron con la oliva
su pérfido puñal.

No paz con los tiranos,
que es muerte solapada:
afilan mas la espada
brindando su amistad.
Mirad losi nfelices
¡cuàl gimen entre horrores!
mirad à los traidores
gozarse en su maldad!

Quien vió la sangre y ropas
sembradas por el suelo,

que esprese el desconsuelo
que el alma le enlutó.
   Los aires ensordecen
las víctimas que gimen:
à tan horrendo crímen
su luz el sol perdió.

Cautivo aquel recinto
nos grita al alto egemplo:
él es de España el templo.
él es el patrio altar.
   Y el lauro del que al Sena
los vàndalos ahuyente,
en voto reverente
sus aras debe honrar.

¿Qué vale que hoy nos vean
los mares gaditanos
cercar con ayes vanos
fingido panteon?
   Formemos de pendones
en mas dichosos dias,
à sus cenizas frias.
mas digno pavellon.

En tanto à sus verdugos
persiga en triste sueño
del prado madrileño
espectro aterrador:
   Sangrienta el agua beban,
sangriento el cielo miren;
y en sangre al cabo espiren
por hierro vengador.

Del mismo

EL DIA DOS DE MAYO.

ELEGIA.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
Profundas penas en silencio gime,
No desdeñes mi voz: letal beleño
Presta à mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da à mi pincel fatídicos colores,
Con que el TREMENDO DIA
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mia,
Y escàndalo y terror al orbe sea,
¡Dia de execracion! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno:
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrà atajar? Junto al sepulcro frio,
Al pàlido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve que le oculta el llanto:
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el leon guerrero
Lanza à sus piés rugido lastimero.

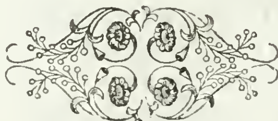
¡Ay! que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destruccion Mántua afligida!
Yo ví, yo ví su juventud florida!
Correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
En quien su honor y su defensa fia,
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolacion habrà que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno,
Rueda allà rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el jóven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote nacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En valde, en valde gime
De los duros satélites en torno
La triste madre, la afligida esposa
Con doliente clamor: la pavorosa
Fatal descarga suena
Que á luto y llanto eterno las condena.
¡Cuànta escena de muerte! ¡Cuànto estrago!
¡Cuàntos ayes do quier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz" ¡Ah! ¿qué te hice?
Exclama el triste en làgrimas deshecho,

«Mi pan y mi masion partí contigo;
«Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
«Templé tu sed, y me llamé tu amigo:
«¿Y hora pagar podràs nuestro hospedage
«Síncero, franco, sin doblez ni engaño
«Con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!
El monstruo infame à sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando *¡fuego!*
Tinto en su sangre el desgraciado espira.
Y en tanto ¿dó se esconden,
Dó están, oh cara Patria, tus soldados
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por gefes sin honor, que haciendo alarde
De su perfidia y dolo
A merced de los vàndalos te dejan,
Como entre hierros el leon, forcejan
Con inútil afan. Vosotros solo,
Fuerte DAOIZ, intrépido VELARDE,
Que osando resistir el gran torrente
Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre Musa
Jamas el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allà del alto asiento
A que la accion magnánima os eleva,
El himno oid, que à vuestro nombre entona,
Mientras la fama alígera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona,
Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolacion sus plazas cubre;
Y al àspero silvar de ardientes balas,
Y al ronco son de los preñados bronces
Nuevo fragor y estrépito sucede.

¿Oís como rompiendo
De moradores tímidos las puertas
Caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen
Bramando los atroces foragidos
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cual se despliegan
Penetrando en los hondos aposentos
De sangre, y oro, y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece à su sangrienta espada.
Aquí matando al dueño se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada;
La familia asolada
Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro
Suelta, à otro lado, la madeja de oro,
Mústio el dulce carmin de su mejilla
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro
De su verdugo ante los piés se humilla
Tímida vírgen de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfange damasquino,
Hiende su cuello el bàrbaro asesino.
¡Horrible atrocidad! ¡treguas, ó Musa,
Que ya la voz rehusa
Embargada en suspiros mi garganta!
Y en ignominia tanta
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya entorno suena
De Palas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros ostiga.

Ya el duro peto y el arnes brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su rujinoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo,
Y al grito heróico que en los aires zumba
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duera.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico son la régia frente,
Y del Patron valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza
¡Corre gritando al mar, ¡Guerra y venganza!
  Vosotras, ó infelices
Sombras de aquellos que la infiel cuchilla
Robó à sus lares, y en fugaz gemido
Cruzais los anchos campos de Castilla;
La heróica España, en tanto que al bandido,
Que á fuego y sangre de insolencia ciego
Brindó felicidad, à sangre y fuego
Le retribuye el don, sabrà piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padron cruento
De oprobio y mengua, que perpetuo dure,
La vil traicion del déspota se lea:
Y altar eterno sea
Donde todo español al monstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda,
Y à cien generaciones se difunda.

DEL MISMO.



EPIGRAMAS

DE

D. Juan Martinez Villergas.

Peineros he conocido
De tan raro proceder
Que venden á una muger
Lo que han comprado al marido.

—

Tanto quisieron tirar
Del coche del rey Fernando
Los realistas de un lugar,
Qué segura de volcar
Iba la reina temblando.
«¡Alto!» Fernando esclamó;
Mas como iban desbocados
Y nadie le obedeció
Gritóles con rabia «¡SOOO!!!!»
Y se quedaron clavados.

—

Se acabó de confesar
La sobrina del vicario,
Y empezó contrita à orar
Al pie del confesonario.
Y aun el padre repetia
«La castidad te interesa»
A tiempo que ella decia:

«Me pesa, Señor, me pesa.»

—

Mi vecina no adivina
Como el carbonero medra,
Cuando sabe mi vecina
Que en vez de carbon de encina
Nos vende carbon de piedra.

—

Viendo un niño pregunté
¿Es de vd. señora Luisa?
Y ella respondió con prisa
Muy política «y de usté.»

—

Un escritor de esta edad,
Que es un pedazo de atun,
Decia con gravedad:
Yo escribo para el comun....
Y era la pura verdad.

—

Allà camina D. Juan
En rebañar hombre ducho;
¿Por qué no le colgaran?
Porque ha arrebañado mucho.

—

De aduana principal
Quiso ser Vista D. Diego,
Y al hacer el memorial
Puso: «fulano de tal»
Y entre paréntesis «ciego.»

—

Al dar un ministro audiencia
Dice á todo pretendiente:
«Ya le tengo à vd. presente,»
Y no miente su escelencia.

—

Una viuda y un cesante
Fueron por la bula juntos:

No hizo mas el despachante
Que mirarlos el semblante,
Y se las dió de difuntos.

—

Al dar en la cama un beso
Dijo un ciego á su muger
¡Chica! ¿te das colorete?
Y besaba la pared.

—

Ardiendo un marido en celos
De coraje se arrancó
Un gran puñado de pelos
Y en el brasero lo echó.
La mujer lo vió encendido
Y urgó con sumo cuidado
Diciendo ¿que habrá caido
Que huele à cuerno quemado?

—

Viven muchos casquivanos
En *ciudad* y con buen porte
Solo por ser *ciudadanos*:
¡Cuàntos andan por la corte
Que siempre serán *villanos*!

—

«Aqui los restos estàn
De la casta Doña Bruna»
Decia cierto letrero
A la puerta de la inclusa;
Y oyendo yo un batallon,
De chicos metiendo bulla,
Dije: «Si estos son los restos
¿Cuàl serà toda la suma?»

—

Juana, no lo dudes, terca;;
Tienes *buen lejos* à fé;
Sin embargo, yo bien sé
Que tienes mejor *el cerca*.

Varias personas cenaban
Con afan desordenado,
Y à una tajada miraban
Que habiendo sola quedado
Por cortedad respetaban.
Uno la luz apagó
Para atraparla con modos:
Su mano al plato llevó.
Y halló las manos de todos,
Pero la tajada no.

—

Mi marido, doña Inés,
Es gran hombre, y guapo chico.—
¿Es marqués, baron ó qué es?—
Aun ignoro si es marqués,
Pero varon, certifico.

—

Buey à D. Roque llamé
Por una equivocacion;
Mas dije, perdone usté,
Al notar mi indiscrecion,
Y el respondió: «no hay de que»

—

Los diez tomos, vive Dios
Que ha publicado Quirós
Con notas y suplementos.
Como los diez mandamientos
Pueden reducirse à dos.

—

El domingo Ramos dieron
En Santa Cruz en rabiar
Baltasara y Baltasar
Porque palmas no vendieron.
Iban á darse de palos
Y dije yo: buenas almas,
Como habeis de vender palmas
Si estan los tiempos tan malos!!!

—

Hay de Madrid á Toledo
Doce leguas, ¿no es así?
Luego tambien habrà doce
Desde Toledo à Madrid.

—

Donde Tomas brilla mas
Es en los versos, Calisto;
Y lo peor que yo he visto
Son los versos de Tomàs,

—

Por no sé que callejuela
Cierta embarazada entró:
«Atràs» dijo un centinela—
¿Por qué? «Atrás, la replicó,
Yo esos misterios ocultos
Tambien ignoro, y lo siento;
Pero me ha dicho el sargento
Que nadie pase con bultos.»

—

Hablando con maestria
De las formas de gobierno
Un fabulista moderno,
Defiende la monarquia,
Ocurrencias inmortales
Tiene el ingenioso autor;
Pero ninguna mejor
Que ponerla entre animales.

—

Sin cuidar cierto gorrero
De ortográficos aliños
Plantó el siguiente letrero:
Aqui hay gorros para niños
Hechos con gusto y esmero.

—

La beata santurrona
Que en el entresuelo habita,

Tiene, segun malas lenguas.
El amante en las boardillas;
Y ella dice: tal me embargan
Las oraciones divinas,
Que paso dias y noches
Entregada al que està arriba.

A escribir con Calderon
Pone Bruton cualquier cosa,
Y le gana en mi opinion;
Porque el señor de Bruton
Tiene una letra preciosa.

Diz que ronca esta Lucia
Prima donna del teatro,
Y en su casa mas de cuatro
Pasan la noche y el dia:
Si es bella nadie lo estrañe
Porque el destino feroz
Podrá quitarla la voz,
Pero no quien la acompañe.

Por un beso D. Ventura
Tres duros á Inés pagó.
¿Qué espera vd criatura?
Dijo Ines, y él respondió
¿Qué, no dá usté añadidura?

El dia que se casó
Con Celedonio Nemesia
En el umbral de la iglesia
Con un cuerno tropezo.
Al punto le levantó;
Tentóla Dios ó el demonio
Por dàrsele à Celedonio,
Y al soltarle de sus garras
Dijo: ahí te entrego esas arras

En señal de matrimonio.

—

Un abogado de aquellos
Que ni aun de sí fian ellos
Dijo à su cliente: ó te salvo
O arràncame los cabellos;
Y el abogado era calvo.

—

Supe ayer que cicatero
Y ansioso de ver metal
Iba á mudarse al portal
De la bolsa mi barbero.
Y le animé con ardid
Porque juzgó que sería
Digna muestra una vacia
De la bolsa de Madrid.

—

Niña se juzga Maria
Y treinta otoños aparba;
Y hace bien por vida mia
Supuesto que todavía
No tiene pelo de barbas.

—

Una beata ofreció
A Sta. Agueda sus pechos
Que entre dos platos mandó;
La Sta. que los tomó
Con ademanes desechos,
Dijo: ¿que es lo que me dan?
Arrojàrselo á los gatos
¿Y para que los querran?
La contestó el sacristan,
Si esto es... nada entre dos platos.

—

Si à los mansos, dijo Rosa,
Dios dà en el Cielo reposo
¡Ay qué gloria tan hermosa

Tendrá mi difunto esposo!

--

Tanto aunque el amor me abrasa
Las primadas escatimo,
Que si para ir à tu casa
Tengo de pasar por primo,
No quiero verte, Colasa,

--

Cierto escultor no afamado
Pero de genio trabieso
Hizo un S. Anton de yeso
Poniendo su cerdo al lado.
Y entrambos en un renglon
Esplicó, prudente à cuerdo
Cuàl de los dos era el cerdo,
Y cuàl de ellos S. Anton.

--

Tu tez, Geroma, es carcoma,
No tienes dientes ni muelas,
Eres calva, tuerta y roma
Y hoy te han entrado viruelas;
!Buena quedarás Geroma!

--

Una comedia empecé
Que se acabó en el fogon
Cuando supe que Bruton
Mandaba en el comité;
Porque tiene, este es un hecho,
La órbita izquierda cerrada,
Y por el ojo derecho
Creo que no le entra nada.

De su marido cruel
Quejábase doña Eustaquia
Y dijo una amiga fiel
¿Quieres defenderte de él?
Estudia la tauromàquia.

—

Siempre soltero Vicente
Soñaba que se casaba;
Y aunque lo hizo felizmente
Cuentan que al dia siguiente,
Soñó que se diborciaba.

—

Viendo sembrar à José
Pregunté ¿qué es lo que se echa?
«Cuernos» dijo, y le dejé
Diciendo «me alegraré
Tenga vd. buena cosecha.»

—

¡La cosa estalla! esclamó
Un ministro sin conciencia:
Y un cesante que le oyó,
«Que bueno fuera, añadió,
Que estallara su ecselencia.»

—

Puso Juan la firma entera
En un documento falso
Por llenar la faltriquera,
Y à poco no va al cadalso.
Bien se acreditó de bobo;
Pues la esperiencia confirma
Que à justificar el robo
Basta con *la media firma*.

—

Viendo un entierro el caribe
De un centinela inesperto,
Gritó á lo lejos... ¿quien vive?
Y contestaron... un muerto.

—

Bramó el gato de una viuda
En Enero, y el porqué
Preguntó su niña aguda;
La madre dijo: no sé,

Dolor de muelas sin duda.
Quejóse ella cierto dia
De la viudez sin cautela
Y su niña que la oia
Dijo triste: madre mia
¿La duele à usté alguna muela?

—

Mostrando un duro un impío
Avaro que Dios confunda.
Dije: ¿es de Isabel segunda?
Y respondió: no, que es mio.

—

Cuando Polonia del ruso
Fué presa bàrbaramente,
El buen Miró (D. Clemente)
Un poema la compuso.
Mas quedó tan mal parada,
Que el mismo autor anunció:
«Polonia sacrificada
Por D. Clemente Miró.»

—

¿Està en su camisa Anton
Para andar tan estirado?
-No señor-¿Por qué razon?
-Porque el pueblo la ha robado
Si alguna vez hace quiebra
Que à venderla le precisa,
Póngasela de culebra
Y asi estarà en su camisa.

—

Una mosa como un trompo
A un hombre chato pisó
Que á voz en grito saltó
¡Alza ó el alma te rompo
Y ella con airosa calma
Dijo sin cambiar matices:
«Tiene usté pocas narices

Para romperme à mi el alma.»

—

¿Con que el soldado Pascual
Se queja en un memorial
De sus gefes mequetrefes?
No dudo que salga mal.
-¿Pues qué dice el general?
—Que pase à informe à los gefes.

—

Como el pozo de Facundo
Hay un poeta embeleco,
Estremadamente *seco*,
Y casi nada *profundo*.

—

Dicen que Julia repara
Si pintan à D. Matias,
Como si no se pintara
La Julia todos los dias.

—

Juez de *derecho un jibado*?
Pues bastante hemos hablado.

—

Partieron de una estocada
La barba y nariz à Irene,
Y no esta desconsolada,
Pues asi dice que tiene
La cara muy bien cortada.

—

De *viejo* veràs morir
Lo *nuevo* que ves nacer,
Viejo será el porvenir,
Todo habrá de *envejecer*.
Menos dos cosas Facundo
Que señalarte me atrevo
La primera el *nuevo mundo*,
La segunda el *café nuevo*.

—

Un *calvo* que llaman Gil
Tiene en sus dramas, soy franco,
En cada pàjina un mil
Salidas de pie de banco.
Y en él no estan permitidas;
Pues son cosas encontradas
El tener malas salidas
Quien tiene buenas entradas.

—

Al *traductor* mentecato,
Al incansable, al trabieso
Distinguido literato,
Juzgan escritor de peso.
Y yo llego á presumir
Que su peso es colosal,
Pues él basta para hundir
El teatro nacional.

—

¿Conque la mocita Paca
Está enferma? ¡Cristo padre!
¿Pues qué estraño mal la ataca?
–A mal de madre lo achaca?
Y en efecto es mal... de madre.

—

Mozo! ¡*medio de cebada*!
Clamó Bruton cierto dia
Entrando en la orchateria
¿Que espera usté camarada?
Y el mozo como suspenso
¡Señor, contestó, discurro
Que es vd. muy grande burro
Para estar à medio pienso.

—

¿Por qué en vez de seducir
Muchas mozas han de dar
Sus pechos en encubrir?

Es claro, por no sacar
Los trapos á relucir.

—

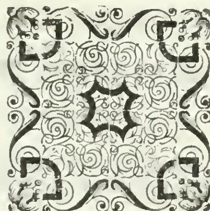
En un comité inesperto
Que ya no conoce la gente,
Ninguno vé claramente
Y el gefe de ellos es tuerto.
No logra imponer la ley
Por el mérito que encierra
Sino porque en toda tierra
De ciegos el tuerto es rey,

—

Siempre levita há gastado
Con solapas D. Julian,
Y hoy con solapa ha estrenado
Un chaleco y un gaban,
¡Oh que hombre tan solapado!

—

¿Y mi racion de tocino?
Clamó un granadero atroz,
Y su sargento ladino
Dijo: ahi está gran endino,
Tras ese grano de arroz.



AL PARTIR.

SONETO.

¡Perla del mar! ¡Estrella de occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo,
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.
¡Voy á partir!.... La chusma diligente
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.
A Dios, patria feliz! Edén querido!
Do quier que el hado en su furor me impela
Tu dulce nombre alhagara mi oido.
¡Ay! que ya cruje la turjente vela,
El ancla se alza el buque estremecido
Las olas corta y silenciosa vuela.

Gertrudis G. de Avellaneda.

A LA MUERTE

DEL CELEBRE POETA CUBANO

D. JOSÉ MARIA HEREDIA.

«Le poéte est semblable aux oiseaux de passage
Qui ne batisent point leur nid sur le rivage.»

Lamartine.

Voz pavorosa en funeral lamento
Desde los mares de mi patria vuela

A las playas de Iberia, y tristemente
En son confuso la dilata el viento:
El dulce canto en mi garganta hiela
Y muerto deja mi entusiasmo ardiente.

Ay! que esa voz doliente
Con que su pena América denota
Y en estas playas lanza el Oceano,
Murió, pronuncia, el férvido patriota,
Murió, repite,el trovador cubano,
Y un eco triste en lotananza gime
¡Murió! el cantor del Niágara sublime!

Y es verdad? y es verdad?...la muerte impia
Apagar pudo con su soplo helado
El generoso corazon del vate
Dó tanto fuego de entusiasmo ardia?
¿No ya en amor se enciende, ni ajitado
De la santa virtud al nombre late?
Ay! cual cede el embate
Del aquilon sañoso el roble erguido
Asi en la fuerza de su edad lozana
Fué por el fallo del destino herido:
Astro eclipsado en su primer mañana
Se sepultó en las sombras de la muerte,
Y en luto Cuba su placer convierte.

Patria! numen feliz! ¡nombre divino?
¡Idolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino...,
¿Quien cantará tus brisas y tus palmas
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?
Ostenta, si, tu duelo,
Que en ti rodó su venturosa cuna,
Por tí clamaba en el destierro impio,
Y hoy condena la pérfida fortuna

A suelo estraño su cadaver frio,
Dó tus arroyos ¡ay! con su murmullo
No darán á su sueño blando arrullo.
¡Silencio! de sus hados la fiereza
No recordemos en la tumba helada
Que le defiende de la injusta suerte:
Ya reclinó su lánguida cabeza,
De genio y desventuras abrumada,
En el inmóvil seno de la muerte.
¿Que importa al polvo inerte
Que torna á su elemento primitivo
Ser en este lugar ó en otro hollado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?...
Que el vulgo de los hombres asombrado
Tiemble al alzar la eternidad su velo,
Mas la patria del genio está en el cielo.

Alli jamás las tempestades braman
Ni roba al sol su luz la noche oscura,
Ni se conoce de la tierra el lloro:
Alli el amor y la virtud proclaman
Espíritus vestidos de luz pura
Que cantan el Hosanna en arpas de oro.
Alli el raudal sonoro
Sin cesar corre de aguas misteriosas
Para apagar la sed que enciende el alma
Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas
Jámas el mundo satisface ó calma:
¡Alli tiene el Señor su regio asiento
Y tendido á sus pies el firmamento!

¿Y qué al dejar la vida deja el hombre?
El amor inconstante, la esperanza
Engañosa vision que le estravia:
Tal vez la gloria, bello y vano nombre
Que con desvelos y dolor alcanza:
El mentido poder la amistad fria,

Y el venidero dia,
Cual el que espira breve y pasajero,
Al abismo corriendo del olvido:
El placer cual relàmpago lijero
De tempestades y pavor seguido:
Grandes proyectos que medita à solas,
Cimientos ¡ay! sobre agitadas olas!

De verte ufano en el umbral del mundo
El àngel de la hermosa poesia
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
Y hora lanzas, Heredia, el barro inmnndo
Que tu sublime espíritu oprimia,
Y en alas vuelas de tu genio ardiente.
No mas, no mas lamente
Destino tal nuestra ternura ciega,
Ni la importuna queja al cielo suba.
¡Murió! à la tierra su despojo entrega,
Su espiritu al señor, su gloria à Cuba:
Que el genio como el sol llega à su ocaso,
Mas deja un rastro fúljido su paso

De la misma.

A UN NIÑO DORMIDO.

Duerme tranquilo, inocente,
En el maternal regazo,
Y deja que admire atenta
Tú delicioso descanso.

¡Cual brilla tu frente pura
Entre los rizos dorados

Que en leves ondas descienden
A tu cuello de alabastro!

Pende con dulce abandono
A un lado tu diestra mano,
Y la otra de la mejilla
El peso sostiene blando.

Con razon tu tierna madre
Con afanoso conato
Por tí vela, y te recata
Cual su tesoro el avaro:

Que eres mas bello que el dia
Que entre nacar y amaranto
Aparece en el oriente
De luces vertiendo rayos.

¡Como reposa tranquilo!
¡Parece de nieve un ampo!
Mirad que vaga sonrisa
Mueve el carmin de sus labios.

Tal vez sueñe de su madre
Recibir el beso caro;
Tal vez á un angel sonria
Entre las nubes velado.

Duerme, duerme, y que te alagen
Esos ensueños tan gratos
Que à robarte su embeleso
Se apresta el tiempo tirano.

Volando pasan los dias,
Veloces huyen los años.
A la fresca primavera
Sucede el seco verano,

Y en pos suya se aproxima
El invierno adusto, helado,
Que marchita cuanto toca
Con su descarnada mano.

Ese pecho tan hermoso
Cuyo cutis nacarado
Eleva el latir lijero,
Y brilla cual limpio lago;

Del viento de las pasiones
Será bien presto agitado,
Y sus olas turbulentas
En ti mismo haràn estrago.

Entonces ¡ay; tan tranquilo
No resà, no, tu descanso,
Ni al blando seno materno
Le pédiràs dulce amparo.

Entonces ¡ay! el orgullo,
El amor y sus engaños,
La ambicion y la codicia,
El temor y el sobresalto.

Seràn los àngeles puros
Que velaràn à tu lado,
Reproduciendo en tus sueños,
De tu existencia los cuadros.

Y luego ¡ay! ante tu vista
Cubierta por velo opaco
Se eclipsarà la esperanza,
Al lucir el desengaño.

Y veràs llegar el tedio
De la sociedad en brazos,

Y del caliz de la vida
Gustaràs el dejo amargo.

Mas silencio! no se aleje
A tan fúnebres presagios
El angel que te sonrie
Mientras tu duermes soñando.

Duerme, si, pobre inocente,
Prolonga tu sueño grato,
Por los Angeles mecido,
Por las brisas arrullado.

DE LA MISMA.

A MI MADRE.

EL PRIMER DIA DEL AÑO.

Detente, Aquilon silvoso
Plega un momento tus alas,
No mas impelas las nubes
Ni estremezcas las montañas,
Ni del àrbol ya desnudo
Destroces las secas ramas,
Ni del arroyo tranquilo
Turbes las ondas de plata.
No mas en el mar airado
Levantes negras oleadas,
Ni arrastres cual leve pluma
La nave que incierta vaga.
Tu ràudo curso suspende
Y el insano furor calma,

Que un mensage de ternura
Voy à entregar à tus alas.
  Y despues rápido vuela
A la orilla perfumada
Que con sus ondas fecundas
El Betis risueño baña.
  ¡Allí respira el objeto
De mi cariño entusiasta!
¡Allí mi amiga indulgente!
Allí mi madre adorada!
  El talismàn de mi vida
El faro de mi esperanza,
La fuerza que me sostiene,
Y el abrigo que me ampara!
  Llévala los puros votos
Que por ella forma el alma,
Y los amantes suspiros
Que el corazon le consagra.
  Llévala tiernas caricias,
Llévala dulces palabras,
La esperanza que enagena
Y los recuerdos que halagan.
  Vuela, Aquilon, presuroso.
Y en un batir de tus alas
La distancia salva odiosa
Que de mi bien me separa.
  Mas al llegar à su lado
Depón la violenta saña,
Mitiga los soplos frios
Y el fuerte rugido acalla.
  Toma los hàlitos puros
De las balsàmicas auras,
Y si flores no encontrares
Con que perfumes tus alas.
  Toma de su puro aliento
La suavisima fragancia.
Vuela Aquilon, y no temas

Con ninguna equivocarla.
  Si ves hermosa matrona
Erguida como la palma,
Frente pura, grave paso,
La mirada dulce y blanda;
  Que consuela al infelice,
Y á los débiles ampara,
Que al que calumnian defiende
Y proteje al que maltratan;
  ¡Es ella! Aquilon ¡es ella!
Llega abatido à sus plantas,
Con respeto la saluda
Y cariñoso la halaga.
  Si ves en el templo augusto
Orando al pie de las aras
Una figura apacible
Con negros tules velada,
  Si entre el velo trasparente
En sus hermosas pestañas
Furtíva làgrima observas
Que su fervor te declara,
  Si oyes salir de sus labios
Bendiciones y plegarias,
Y por su esposo y sus hijos
Implorar de Dios la gracia:
  Si la ves ¡ay! ofrecerse
(¡Ella pura, casta y santa!)
Si la justicia del cielo
Una victima demanda....,
  ¡Es ella! mi dulce madre ¡
El puerto de mis borrascas!
El àngel que me custodia!
El corazon que me ama!

—

Vuela presuroso,

Ràudo Aquilon, vuela
Allá dó la suerte
Seguirte me veda.
 Del Betis saluda
La orilla risueña
Y no enamorado
Tu vuelo suspendas.
 Llega dó te envia
mi fina terneza
Y à mí dulce madre
Mis votos presenta:
 Mis votos amantes,
Mis caricias tiernas,
Mis gratas memorias,
Mis tristes querellas.
 Y dila que el año
que hoy nuevo comienza
Me encuentra llorosa
Gimiendo su ausencia.

DELA MISMA.

A GERONCIO.

Cosas pretenden de mí,
Bien contrarias en verdad,
Mi médico, mis amigos,
Y los que me quieren mal.
Dice el doctor: Señor mio,
Si usted ha de Pelechar
Conviene mudar de vida,
Que la que lleva es fatal.
Débiles los nervios, débil
Estómago y vientre està:
¿Pues qué piensa que resulte

De tanta debilidad?
Si come no hay digestion
Si ayuna crece su mal,
A la obstruccion sigue el flato
Y al tiriton el sudar:
Vida nueva, que si en esta
Dura dos meses no mas,
Las tres facultades juntas
No le han de saber curar.
No traduzca, no interprete,
No escriba versos jamas,
Frailes y musas le tienen
Hecho un trasgo de hospital:
Y esos papeles y libros,
Que tan mal humor le dan,
Tírelos al pozo, y vayan
Plauto y Moreto detràs.
Salga de Madrid, no esté
Metido en su mechinal,
Ni espere à que le derrita
El ardor canicular:
La distraccion, la alegría
Rústica le curaràn;
Mucho burro, muchos baños,
Y mucho no trabajar.
En tanto que esta sentencia
Fulmina la facultad,
Mis amigos me las mullen
En junta particular.
Dicen: ¡O si Moratin
No fuese tan haragan,
Si de su modorra eterna
Quisiera resucitar!
Él ha sabido adquirír
La estimacion general;
Aplauso y envidia escita
Cuanto llega á publicar.

Le murmuran; pero nadie
Camina por donde él va:
Nadie acierta con aquella
Difícil facilidad;
Y si él quisiera escribir
Tres cuadernillos no mas,
¿La caterva de pedantes
A donde fuera á parar?
¿Qué se hiciera tanto insulso
Compilador ganapan,
Que de francés en gabacho
Traducen el pliego a real?
¿Tanto hablador, que á su arbitrio
Méritos rebaja y dà,
Tiranizando las tiendas
De Perez y Mayoral?
No señor, quien ha tenido
La culpa de este desman?
Si escuchàra un buen consejo,
Lo pudiera remediar,
Tomasen la providencia
De meterle en un zaguan,
Con su candil, su tintero,
Pluma, y papel, y cerrar:
Y alli, con racion escasa
De queso, agua fresca y pan,
Escribiese cada dia
Lo que fuese regular.
¿Emporcaste un pliego? Lindo:
Almuerza y vuelve al telar:
Come, si llenaste cuatro,
Cena, si acabaste ya.
¿Quieres tocino? Veamos
Si està correjido el plan.
¿Quieres pesetas? Pues daca
El *drama sentimental*,
Por cada escena dos duros

Y un panecillo te dan,
Por cada *pequeña pieza*
Un *Vale dinero*, y mas
Y de este modo, en un año
Pudiéramos aumentar
De los cómicos hambrientos
El esprimido caudal.
Esto dicen mis amigos
(Reniego de su amistad)
Mi suegro, si le tuviera,
No dijera cosa igual.
Esto dicen, y en un corro
Siete varas mas allá,
Don Mauricio, Don Senen,
Don Cristobal, Don Beltran,
Y otros quince literatos
Que infestan la capital.
Presumidos, ya se entiende,
Doctos á no poder mas;
Dicen: Moratin cayó,
Bien lo pueden olear,
No chista ni se rebulle,
Ya nos ha dejado en paz.
Su *Baron* no vale nada:
No hay enredo allí ni sal,
Ni carácteres. ni versos,
Ni lenguage, ni...—Es verdad;
Dice don Tiburcio: ayer
Me aseguró don Cleofas,
En casa de la condesa
Viuda de Madagascar,
Que es traduccion muy mal hecha
De un drama antiguo aleman...
—Sí, traduccion, traduccion,
Chillan todos à la par:
Traduccion... ¿Pues él por dónde
Ha de saber inventar?

No señor, es traduccion.
Si él no tiene habilidad,
Si él no sabe, si él no ha sido
De nuestro corro jamàs,
Si nunca nos ha traido
Sus piezas à examinar;
¿Que ha de saber?—¡Pobre diablo!
Esclama don Bonifaz;
Si yo quisiera decir
Lo que... pero bueno està.
—¡Oiga! ¿Pues qué ha sido? Vaya,
Díganos usted...—No tal,
No; yo le estimo y no quiero
Que por mí le falte el pan.
Yo soy muy sensible: soy
Filósofo, y tengo ya
Escritos catorce tomos
Que tratan de humanidad,
Beneficencia suaves
Vinculos de afecto y paz;
Todo almívares, y todo
Deliquios de amor social;
Pero es cierto que....--Si ustedes
Me prometieran callar,
Yo les contàra....—Si diga
Usted nadie lo sabrá:
Diga usted,—Pues bien: el caso
Es que ese cisne inmortal,
Ese dramático insigne
Ni es autor ni lo serà,
No sabe escribir, no sabe
Siquiera deletrear.
Imprime los que no es suyo,
Todo es hurtado, y.... ¿Que mas?
Sus comedias celebradas,
Que tanta guerra nos dan,
Son obra de un religioso

De aqui de la soledad.
Dióselas para leerlas
(Nunca el Fraile hiciera tal)
No se las quiso volver,
Murióse el fraile, y andar...
Digo, ¿me esplico?--En efecto,
Grita la turba mordaz.
Son del Fraile. Rateria
Hurto, robo,claro está.»
Geroncio, mira si puede
Haber confusion igual:
Ni se que hacer, ni confio
En lo que hiciere acertar.
Si he de seguir los consejos
Que mi curador me da,
Si he de vivir, no conviene
Que pida à mis nervios mas
Confundir á tanto necio
Vocinglero pertinaz,
Que en la cartilla del gusto
No pasó del *cristus, a*;
Componer obras, que piden
Estudio, tranquilidad
Robustez, y el corazon
Libre de todo pesar,
No es empresa para mí:
Tú, Geroncio, tu me da
Consejo. ¿Como supiste
Imponer, aturrullar,
Y adquirir fama de docto
Sin hacer nada jamas?
Tú, maldito de las musas,
Que lleno de gravedad,
De todo lo que no entiendes
Te pones à disertar;
¿Como sin abrir un libro,
Por esas calles te và

Haciéndote el corifeo
De los grajos del lugar,
Y con ellos tragas, brindas
Y engordas como un bajà,
Y duermes tranquilo, y nadie
Sospecha tu necedad?
Dime si podre adquirir
Ese don particular:
Dame una leccion siquiera
De impostor y charlatan:
Y veràs como al instante
Hago con todos la paz,
Y olvido lo que aprendi,
Para lucir y medrar.

Moratin

EL COCHE EN VENTA.

Quiero contarte
Que don Miguel
Aquel pesado
Que viste ayer,
Me està moliendo
Mas ha de un mes,
Sin ser posible
Zafarme de él,
Para que compre
(Malhaya, amen)
Sus dos candongas
Y su cupé
Esta mañana
Salí à las diez
A ver à Clori
(No lo acerté)
Horas menguadas
Debe de haber.
Ibame aprisa
Hácia la Red,
Y en una esquina
Me le encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,
Los argumentos
Que toleré,
El martilleo
De somaten,

Y las mentiras
De tres en tres.
--Y, no hay remedio,
Ello á de ser:
Porque, amiguito,
Mirado bien
Sale de valde.
parece inglés:
La caja es cosa
Digna de un rey.
¡Que bien colgada!
¡Que solidez!
Otra mas cuca
No la vereis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y á los dos meses
Llegó á ofrecer
El marquesito
De Mirabel
(Sobre la suma
Que yo solté
Catorce duros
Para beber
A un chalan cojo
Aragones,
Que vive al lado
De la merced.
Son dos alhajas:
No hay que temer,
Fuertes, seguras,
De buena ley.
Con que domingo
Puede à las seis
Ir á mi casa:
Yo os dejaré
Las señas.... Pero.....
¿Teneis papel?
—No tengo nada,
Ni es menester;
Dejadme vivo,
Sayon cruel.
Si ya os he dicho
Que no gasteis
Saliva y tiempo.
Si no ha de ser.
Si por no hallaros
Segunda vez,
Solo, sin capa,
Me fuera á pie,
Hasta la turca
Jerusalen
—¿Y te parece
Que le auyenté?
Nunca un pelmazo
Llega á entender,
Lo que no cuadra
Con su interés.
Quise cansarle;
Me equivoqué.
Sigo mi trote,
Sigue tambien,
Suelto de lengua,
Agil de pies;
Siempre à la oreja
Como un lebrel.
Lloviendo estaba
Y á buen llover,
Calles y plazas
Atravesé
Charcos, arroyos...
Voy á torcer

Por la bajada
De San Cines,
Hallo un entierro
De mucho tren;
Muerto y parientes
Atropellé.
El, por seguirme,
Dió tal vaiven
A un reculillo.
Que sin poder
Valerse, al suelo
Cayó con él.
Tanta del fraile
La rabia fué,
Tal cachetina
Siguió despues,
Que malferido,
Zurrado bien.
Allí entre el lodo
Me le dejé.

DEL MISMO.

EL NEGRERO.

Tiempos corremos muy crudos,
pero adelante, velera;
no temas, que doce nudos
se come la corredera.
Hiende las aguas salobres
sin buscar puertos ni calas;
pon, si no bastan los sobres
en los botalones alas.
Estas playas deja solas
con sus escollos y bancos,
mientras impotentes olas
van azotando tus fiancos.
De negros està el collado
que da gusto:
á un tiburon regalado
ha de ser que le triture
el primero que murmure
de mi caràcter adusto.

Con mis hombres de proa y mi corage
no temo tempestades, ni motines,
ni que vengan con brio al abordaje
contra mi bergantin tres bergantines.

—

No en vano bergantin fiero
te puse el nombre de *Hiena*,
antes que del astillero
saliese de Cartagena.
Muy codicioso te mira
de ti prendado el ingles;
veràs con que miedo vira
si le encaras el baupres.
Porque los hijos de Albion
de dorados aladares,
mientras tengas tu un cañon,
no avasallaràn los mares,
A la voz de *zafarrancho*
marineros,
es mio solo el marancho,
porque en sangrientas porfias
lo limpian mis baterias
de corsarios y cruceros!

Con mis hombres de proa y mi corage
no temo tempestades ni motines,
ni que vengan conmigo al abordaje
contra mi bergantin tres bergantines

—

El combate nunca empeño,
mas si el contrario me acosa,
à cañonazos le enseño

que eres, Hiena, valerosa,
Aunque tenga fuerza mucha,
no hay quien contigo se mida,
que eres tan brava en la lucha
como veloz en la huida,
Y mil veces de despojos
y de sangrientas astillas
han sembrado mis enojos
los mares de las antillas
Jamas mi buque zozobra;
matelotes
diestro tengo en la maniobra
que es el agua su elemento,
y de las olas y el viento
menosprecian los azotes.

Con mis hombres de proa y mi corage
no temo tempestades, ni motines,
ni que vengan con brio al abordaje
contra mi bergantin tres bergantines.

—

Si alguna vez esos perros
que de sus playas arranco
romper intentan los hierros
conque les amarra el blanco,
la rabia en mi rostro brilla,
y apenas fuerzan la puerta
y trepan por la escotilla
para ganar la cubierta,
ayudado de mis bravos
y del puñal de mi cinto,
hiriendo y matando esclavos
dejo el puente en sangre tinto.
Y luego en las vergas pongo
la cabeza

del vil Carvalí ó del Congo,
y asi sus perros hermanos
de mis brios inhumanos
saben baluar la fiereza.

Con mis hombres de proa y mi coraje
no temo tempestades, ni motines,
ni que vengan con brio al abordaje
contra mi bergantin, tres bergantines.

—

Si me asaltan tiempos malos.
los maldigo y no los temo;
sin miedo pico los palos,
pero al picarlos blasfemo.
Bebo ron, tabaco masco,
y dejo en banda el timon,
y asi conjuro el chubasco
solo con tabaco y ron,
Yo al mar que rabioso brama
jamàs he pedido treguas
ni en el canal de Bahama,
ni en el golfo de las Yeguas,
El cordonazo jamas
me da miedo,
ni me hace volver atras;
echo ternos y echo votos
cuando los menos devotos
quizas rezaran un credo.

Con mis hombres de proa y mi coraje
no temo tempestades, ni motines,
ni que vengan con brio al abordage
contra mi bergantin tres bergantines.

—

Para alimentar el vicio

es preciso tener oro;
por esto yo lo codicio,
Por esto yo lo atesoro.
Por el oro solamente
desde que naci navego,
y la mar reto valiente,
y con mi existencia juego.
Que al llegar su último tercio,
puesto en Madrid ó en la Habana,
el lucro de este comercio,
que llaman de carne humana,
me dará suposicion,
seré un rey;
sin tenerla, la razon
me darán aduladores;
tendré títulos y honores
y mas fuerza que la ley,

Con mís hombres de proa y mi corage
no temo tempestades, ni motines,
ni que vengan con brio al abordage
contra mi bergantin tres bergantines.

—

Navegamos à bolina,
Hiena mia; de babor
el viento viene y te inclina
por la parte de estribor.
¡Bien toman todas las velas!
¡Bien picas. hermosa, el viento!
¿à quien cuando tu te encelas,
no ganas el barlobento?
Tiempos corremos muy crudos,
pero adelante, lijera,
no temas, que doce nudos
se traga la corredera

¡De negros està el collado
que dá gusto!
¡este sí que es buen ganado!
se venderà con usura...
¡qué hermosa musculatura!
¡qué físico tan robusto!

No lo perderé, no; tengo corage
y mi tripulacion no es de alfeñique,
y si alguno me reta al abordage
cañones sobran para echarlo á pique

RIBOT.

Himno guerrero

DEL POLACO

¡Guerra, guerra sin tregua, valientes¡
¡à las armas!.... ¿no ois el tambor?
¿la corneta no ois? ella os llama....
¡guerra! ¡guerra! cartucho al cañon.

Cuando alienta el tirano las hordas
que enarbolan su enseña fatal,
es forzoso que muerda el cartucho
el que quiera cual libre triunfar.
No cual antes se espantan los siervos
al oiros gritar libertad;
es ya fuerza encontrarnos luchando,
y luchando morir ó matar.

Basta ya de soberbias patadas,

simulacros que inutiles son;
en el campo se sirve á la patria,
en el campo se muestra el valor.
En el campo se prueba al esclavo
que en apoyo de nuestra razon
algo mas que palabras tenemos.
si, tenemos fusil y teson.

Hiende el aire la aguda corneta
y su son nos arrastra á la lid;
como buitres la presa rompamos;
fuego eterno retizne el fusil.
No mas vaina que carne al acero;
no mas treguas; matar ó morir,
es mas libre el que tiene sus armas
mas teñidas en sangre servil.

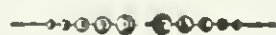
¡Sus, valientes! ó muerte ó victoria;
ya se acerca el contrario; sus, sus;
unos ú otros, ó el siervo ó el libre
que mañana no vea la luz.
Del vencido los ayes ofusque
el fragor del cañon y el obus;
ni pidamos cuartel, ni lo demos;
nuestro triunfo ha de ser su ataud.

Sangre corra y horror, y esterminio,
muerte siempre, clemencia jamás;
es malvado él que indulta à malvados,
crímen es, no virtud, su piedad.
Si algun dia es forzoso, Polonia,
tu cerviz sucumbiendo doblar,
cuantos siervos desgarres primero,
tantos menos verdugos tendras.

¡Guerra, guerra sin tregua, valientes!
¡à las armas! ¿no ois el tambor?

¿la corneta no ois? ella os llama...
¡guerra! ¡guerra! cartucho el cañon

EL JAQUE.



Tibio el sol, en occidente
su llama trémula hundia,
y con celajes de grana
velaba su faz rojiza.
No quedaba de su hoguera
sino una luz blanquecina
que débil el horizonte
de su confin despedia,
y lánguida en las arenas
del falaz Guadalmedina
dibujando falsamente
los objetos, se tendia.
Cerró la noche y despues
asomó entre la neblina
la luna pálida y triste
reflejando en la campiña
sus moribundos destellos
que lánguidos se perdian,—
Quedó desierta la playa
el *Espigon*, la *Cortina*,
y solo allà en el *Campillo*
entre las sombras se vian
apiñados platicando
de tunos una cuadrilla.
No hay ningun hombre de bien;
todos son gente de chispa;

y como dice el refran
toda gente sin camisa.
Hay ladrones, gariteros,
hay gente de la marina,
tramposos, pillos, fulleros,
chulos y contrabandistas,
y entre ellos tambien se cuenta
el jaque de Andalucia.—

Alli estan como ellos mismos
sentados junto la ermita
donde há tiempo se venera
el Cristo de Zamarrilla.—
Cada cual cuenta animoso
las hazañas de aquel dia,
las milagrosas empresas,
las estafas peregrinas
que sin conciencia cargaron
del projimo en las costillas,
y se rien, y se aplauden
y otras nuevas se meditan.—
En medio de aquella zambra
callado permanecia
el jaqueton andaluz
la prez de la pillería,
tan valiente como él solo,
encerrado en sus patillas,
escuchando con desden
aquella gente perdida
que se alababa de cosas
tan tribiales y mezquinas
que por su poco valor
nombrarse no merecian.
Asi estuvo indiferente
escuchando valentias,
y mirando de reojo
perdonándoles la vida,

hasta que al fin uno de ellos
en ademan de homicida
tiràndole un monterazo
le sacó de sus casillas.

—¿Qué tienes, Diego Jímenez,
que estás hecho un alcornoque?
—Muchas ganaz é llenà
un sementerio con hombrez,
que azí isparan monterasos
y que, como tú, dan cozes
—Vamos que serà algo menos
—Ni menoz ni maz, ya lo oyez;
librate, Juan, si me amozco
te llene el cuerpo de azotes,
ó que te saque el bautizmo
de un tiron por los talones.
—Terrible estàs, Diego.
—Y mucho;
que boy à *diñar* un *bote*
en la *fila* aunque zea à cristo
zi al alguno pienza esta noche
pizame el bulto; ¿lo entiendes?
—Si que te entiendo: péro, hombre,
estàs tan zerio ..¿que tienes?
—Juaniyo, ya me conoses.
—¿Tienes zueño?
—No jeñó.
—Tercianas?
—No.
—Màldamores?
—¡Ay Juaniyo!—dijo el jaque
sacando de los pulmones
un muy ardiente suspiro.
—Eso tengo, y esta noche
no va à quear en el sielo
en cuanto suenen las dose

ni zantos, ni querubines,
ni angelitos, ni angelotes.
—Pues quién tacri biya el almá?
—La *Curriya Perdigones*.
ese escuerzo sin refago
que por dame en los bigotes
se casó pó la mañana
sin ecime *ozte ni mozte*,
y esta noche ez el boorrio.
—¿Pero con quién?
—Con Blas Lopez.
—¿Con Blas Lopez el torero?
—Si zéñó, con ese probe.
—Y qué intentas?
—¿Yo? vengame
aunque le peze á Zan Cosme.
—Y cómo te haz é vengà?
—¡Juaniyo! ya me conoses.
Ya sabes tú que en isiendo
Jimenez ¡ole con ole!,
ze lleva etras tos los mares
y ze le humiyan los montes.
—Es verdá.
—Pues quieo robala,
y quieo tambien á Blas Lopez
envialo à comé joyin
à los infiesnos de un golpe.
—Aspasio con lo que piensas
y mira bien que Blaz Lopez
le pinta un *jabeque* al zol
si en la *chichi* ze le pone.
—No importa; que yo me almuerso
como Lopez treinta hombres,
si tiro é mi saca-buches,
escupo, y me cuadro; ¿lo oyes?
—¿Y cómo lo vas á hacé?
—De una manera que azombre.

Ya zabes tú que acostumbra
ese hombre toas las noches
zalir à ver el *ganao*
en cuanto suenan las dose.
y despues que lo revisa
se güelve, y por los tablones
paza el rio; necesito
pa que salga bien conforme
la operasion y mis planes
de vozotros diez ó dose.
¿Os convenis?
—Pero ¿y que
hemos de hacé con Blas Lopez
—Una friolera. Esperale
Al fin é los callejones,
y al pasà, sale cualquiera
le dà *mulé y pater-noster.*

Entonces de la cuadrilla
se alzaron vagos rumores
preguntando por lo bajo
de aquella vida el importe,
hasta que dijo Juanillo:
—Pero, Diego, no conoses
que estando de fiesta y boa
tal vez no zaldrà esta noche?
—¿Y por qué no, *esgalichao*
¿lo he dicho yo? *ora por nobis*
lo tiene por penitencia
y zabeis que Blas Lopez
en este punto es cristiano,
—Es verdà.
—Pues bueno.
—Entonses,
¿quién le và à *diñá mulé*?
—¡Cualisquiera quinse oblones
como un zol le entrego al punto

al que le aferre el cogote.
--No ay mas que hablá, yo me encargo.
--Que se quée *sentaó* del golpe.
--Sí queará *espirrabao*
por el Cristo que noz oye.
--Lo que quea lo haré yo
en cuanto suenen las dose

Dijo; y terciando la capa
y recogiendo el estoque
se salió de la cuadrilla,
y entre las calles perdióse.

—

Triste y sola està la calle
que de *Los mármoles* llaman,
capaz de asustar al miedo
si el miedo por ella pasa.
Es una calle sombría
que ni es estrecha ni es ancha,
pero en cambio es mas que todas
jibosa, torcida y larga.--
Cerca està la media noche,
y los vecinos descansan,
porque ni luz ni otra cosa
asoma por las ventanas;
y rejas, y miradores,
y puertas estàn cerradas.
De una casa solamente
sale rumor, algazara,
y de tal modo el bullicio
con el silencio contrasta,
como si fuera un entierro
con violines y guitarras.
Aqui se descansa y duerme,
allí se canta la caña

aquí soleda, y silencio,
allí se rompen las tabas
con la *cachucha*, el *bolero*,
y sin tino se embriagan;
Y asi los unos durmiendo
y los otros de jarana,
sin querer y sin pensar
el mundo á la vez retratan;
pues en tanto que unos duermen
ó velan, piensan ó rabian,
otros cantan, beben, gritan,
gozan, sudan y danzan,

En esto dieron las doce
en una torre cercana,
y poco despues la puerta
de la casa en que cantaban
se abrió crujiendo, y salió
un hombre envuelto en su capa.
--Adios Blas,--dijo una moza
que se asomó á ventana.
--Que güelvas pronto, mi via,
por que te espero con ansia.
--Currilla, al instante güelvo.
--Que no te olvies, si pasas
por los tablones, el rio,
que ay mala gente.
--Descansa,
que llevo aqui mi trabuco...
A Dios.
--El contigo vaya.--
Y por la calle adelante
siguió Blas Lopez su marcha:
siguió tambien la funcion,
el estruendo y la algazara,
el ruido de castañuelas,
el baile, el vino y las cañas.

Siguieron tambien su música
las destempladas guitarras,
y las voces del festejo
que hasta la calle llegaban.
Unos gritan: ¡Salero!—Otros,
Juaniya, ¿por qué no cantas?—
Otros, ¡vino!—Otros, ¡dale!—
Otros ¡Curra! ¡que me matas!—
Y algunas veces salian
todas juntas las palabras,
formando con sus acentos
estravagante algazara.
—¡Bien zeñó!
—Ahí van zardinas.
—¡Oh!!
—Otra cañita, mi alma.
—Está bien en eza mano.
—¡Juaniya, bien!
—¡Vino!
—¡Vaya!
—¡Otra vuelta!
—¡Alza!
—Ya está.
—Hasta que se hunda la casa.
—Vaya una ronda, zeñores.
—¿Vaya la espuela?
—Pues vaya.—
Y con tales alborotos,
con tales dichos y zambra,
no pudieron escuchar,
aunque á muy corta distancia:
el estallido de un tiro
ni el ¡*ay*! que alzaron las ansias
de alguno que sobre el polvo
quedó con cuerpo y sin alma—
En tanto el festin seguia
y con mas furia las cañas,

y las voces, y el estruendo,
y las palabras profanas,
cuando detras de una esquina
un hombre, que en ella estaba
esperando largo rato,
salió terciando la capa
sobre el hombro, y recatando
con el embozo la cara.
--«Ya estarà en el otro mundo,»
murmuró el hombre fantasma.
--Ea! valor, tuya es la noche;
¡no esperes mas! ¿à qué aguardas?
Y con esto se acercó
á la puerta de la casa,
donde estaba à la sazon
el baile, y toco la aldaba
--¿Quién es?
--Yo.
--Eres tú, Blas?
--Sí.
--Pues toma la yave, mi alma.--
Y à la calle la arrojaron
desde una angosta ventana.
El hombre la recogió
con aparente cachaza,
abrió con ella la puerta,
y sin saber por qué causa
dejó la llave metida
por defuera en la cerraja.--
Subió con paso inseguro
la escalera de la casa.
atravesó un corredor
y al fin se puso en la sala
donde estaba al parecer
el objeto que buscaba.
Al verle, todos quedaron
cual si vieran un fantasma,

sin accion, sin movimiento,
como si fueran estàtuas.
Dejaron el pie en el aire
las parejas que bailaban,
callaron á un mismo tiempo
las mal sonantes guitarras,
y la ruda algarabia
de aquellos que alborotaban,
y las canciones quedaron
ahogadas en la garganta.
--Compae, ¿quién ez usté
y qué busca en esta casa?
Dijo uno desde un rincon,
de los de mas mala facha.
—Yo zoy, contestó al momento,
Diego Jimenez, de Málaga,
que viene con el trabuco
á daros *mulé*, canaya!
—¡Ajuera! gritaron todos;
tiralo por la ventana!
—No haràn tal, porque lez ejo
como yesca laz entrañas.--
Y en esto tiró el embozo
y al suelo despues la capa,
y descubrió no iba solo,
pues llevaba en su compaña
un trabuco naranjero,
dos puñales, dos navajas
y dos pares de pistolas
asidas à la canana.
—¡Ay daquel que se menee!
(dijo sonando las armas.)
¡Ay daquel que escupa, ó mire!
¡Jesucristo! mal lo paza!
que le he de sacar las tripas
y ahorcalo con la mas larga.
—¡A la calle!!!

—¡*Sonsoniche*!
—Pues qué busca usté en mi casa?
" dijo la novia saliendo
debajo una canasta."
—A usté la busco, mala hembra!
sin vergüensa y sin palabra.
¿Quién le manda à usté casarse
espresiando mi calaña?
¿No sabe usté que Jimenez
es una fiera, so plasta?
—¿Y no sabe usté, Jimenez,
que me casé esta mañana
porqué....
—¿Por qué, so pelona?
—Porque me dió la real gana.
—¡Ay Dios mio! ¡que julepe
va à yavaze esta muchacha!
—Márchase usté, so espantajo,
que parece usté una tranca,
—Usté una mómia parese
con esa cara tan làsia,
—Vàyase usté, mala sombra,
al instantico é mi casa,
porque vendrà mi *mario*
y le saldrà á usté à la cara,
—¿Qué ha é vení ¡Ay... *malos mengues*
le tajelen las entrañas!
Póngase usté bien con Dioz
ó póngase usté la saya
y véngaze usté conmigo..,
vamos, presto, zin tardansa.
—¿Quién, yo?
—Sí, usté.
—No pué sé
ni lo uno ni lo otro, ¡mandria!
—Pues quién ze opone
—¡Nozotros!!!

gritaron los de la zambra,
apurada la paciencia
con tantas balandronadas.
—Vosotros, malas gayinas
se me os venis à las barbas
Pues rezar cincuenta creos
y encomendaros el alma.
—¡De esta zuerte!—Y todos juntos
hàcia Diego se adelantan,
y al irle ya á acometer
y á hacerle el pellejo rajas.
Blas Lopez apareció
en la puerta de la sala.
—¿Qué es esto?—dijo acercàndose
hácia el tumulto.
—¿Qué paza?
Y al verle Diego Jimenez
tiró en el suelo las armas,
y tapó con una mano
lo que pudo de la cara,
y con la otra hizo la cruz
y à Lopez en fin demanda.
—Yo pio por el nombre
é la virgen zoberana,
que te güelvas, sombra triste,
el otro mundo à la estancia,
y que ejez aquí à Jimenez
que siga teniendo calma...
ziquiera por los cuartillos
de Valdepeñas y Màlaga
que echamoz en otro tiempo
en la tienda de Colasa.
—¿Està usté *matagarnó*?
le dijo Lopez con rabia,
¿ó es usté, compare mio,
el que ha dispuesto la hasaña
e que al salir esta noche

entre dose me mataran
que si no es por mi trabnco
acaso no lo contara?
—¿Con que estàs vivo, Blas Lopez?
—Vivo estoy en cuerpo y alma.
—Pue, zeñó, yo no sé mas
que lo que tu me relatas,
Con qué, pasà güena noche,
ivertirse, hasta mañana.
—Espera! repuso Lopez
asiéndole de la capa,
¿A qué à has *subío* tú aquí?
—Por... ya lo sabràs mañana.
—No; ahora mismo.
—Pues hombre,
haz é sabé que pasaba
por la calle á una eligencia,
sentí que habia jarana
y subí...¡por estas cruses!
à oir cantar una caña.
—¡Qué miente!—gritaron todos.
—¡Señor! ¡por santa Escolàstica.
—Quién te abrió la puerta?
—Yo.—
dijo la novia asustada—
por que fingió que eras tú,
y le eché por la ventana
la yave, y subió hasta aqui
pa insultà à los é la sala.
—¿Esas tenemos, compae?
—Blas Lopez, ez una chansa.
—¿Es una chanza? ¡pues toma!
y le tiró una puñalada
que le dejó las narices
por toda la vida chatas.
—¡Ay Blas Lopez! ¡tiene uste
muy poquísima criansa!

dijo Diego incorporándose
y sacudiendo la capa.—
Pero mañana habrá luz...
¡ya nos veremos mañana!
—¡Pues toma por esta noche
y le asentó una descarga
de moquetes tan bien dados
que le hizo rodar la sala.
—¡Dios mio!! zacame pronto
de entre esta gente tan basta,
que si no van à morir,
y el matalos me da lástima
—No hay de qué—contestó Lopez:
vaz à zalir y sin gana.—
Y à una seña le cercó
aquella gente sin alma,
y le alzaron todos juntos
como al que llevan en andas,
y despues dierón con él
à una voz por la ventana.

Quiso volar el buen Diego,
bero no encontró las alas,
y tuvo por precision
que bajar con mala gana
de cabeza hasta la calle,
y diz que cuando bajaba
medio ahogado iba diciendo
«¡YA NOS VEREMOS MAÑANA!»

Rubi



LA TUMBA Y LA ROSA.

Traduccion de V. Hugo.

Dice la tumba à la rosa,
—¡Qué haces tú, preciada flor,
Del llanto que el alba hermosa
Vierte en tu cáliz de amor?»—

Y la rosa le responde.
—«¿Qué haces, di, tumba sombría,
De lo que tu seno esconde
Y devora cada dia?

Yo perfumes doy al suelo
Con el llanto matinal.»—
—¡Y yo un alma mando al cielo
De cada cuerpo mortal!»—

Avellaneda

La Serenata.

Todo en sosiego reposa,
Reinan silencio y quietud
Y à la reja de una hermosa
Resuena acorde un laud.
Cuelga la luna del cielo
Cual làmpara circular,
Y al traves del negro velo

Se ve su lumbre rielar,
Solo el céfiro murmura
Acariciando à la flor,
Mientras canta con ternura
El insomne trovador.

—

Ingrata señora
De un alma rendida,
No acabe mi vida
Tu fiero desdén.
El llanto que vierto
Mi vista oscurece,
Mi tez palidece
Marchita mi sien.

Mil veces mi pena
Te dijo mi canto,
Mil veces mi llanto
Miraste brotar:
Mas ¡ay! ni escuchaste
Mi trova doliente,
Ni el lloro ferviente
Quisiste secar.

¿Por qué asi desprecias,
Hermosa, la llama
De un pecho que inflama
Tu pura beldad?
¿Es ¡ay! tan pequeña?
¿Tan poco te ofresco
Que solo merezco
Desdén y crueldad?

Un alma te rindo
Que encierra un tesoro

Mas noble que el oro
De precio mayor:
Pues es de ilusiones
Hermosas, radiantes,
De sueños brillantes
De gloria y de amor.

Un tesoro, amada,
Que nunca se agota,
Tesoro que brota
De genio inmortal:
Tesoro mas digno
De virgen belleza,
Pues dá la riqueza
De un mundo ideal.

A pechos vulgares
Dà el oro fortuna
Y al vate en la cuna
Le vierte ilusion.
Para él son los cielos
Los campos, las flores,
Para él los amores
Mas fúlgidos son.

Si luce la luna,
Si cantan las aves,
Si aromas suaves
Despide la flor;
Si clara y sonora
Resbala la fuente
Con plata luciente
Sulcando el verdor:

Si brilla cuajado
Nocturno rocío,
Si en ondas del rio

Refleja la luz;
  Si tiene la aurora
Benignos albores,
El sol resplandores,
La noche capuz;

  Si silvan los vientos,
Si el mar se enfurece,
Si al mundo estremece
Feroz tempestad....
  ¡Todo es para el vate!
Su genio inspirado
Hermosa ha creado
La estéril verdad.

  Ven, llega ¡oh amada!
Y enlaza en mi frente
Al lauro esplendente
Los mirtos de amor:
  Y reina en un alma
Que vale un tesoro,
Mas noble que el oro,
De precio mayor.»

—

  Suspenso su canto deja
Un momento el trovador,
Porque percibe en la reja
Ligerísimo rumor.
  En ella clava los ojos
Con amorosa ansiedad
Y aguarda puesto de hinojos,
A su adorada beldad.
  Ya distingue sus pisadas,
Ya á la reja se llegó....
¡Oh placer! con sus miradas

Las tinieblas disipó.
  Ya la contempla y bendice
El trovador su laud,
«¡Dichoso mi canto! dice,
Dichosa ya mi inquietud!
  Por fin ablandó mi ruego,
Dueño hermoso, tu rigor,
Y templar quieres el fuego
De mi delirante amor.
      Ten, amada!
    Tu hermosura,
    Mi ventura
    Cantaré:
    Y á los siglos
    Tu memoria
    Con mi gloria
    Dejaré.»
  ¡Oh sorpresa! en el instante
Una risa se escuchó
Y con desden insultante
La tirana prorrumpió.
  «Su tesoro de ilusiones
Guarde en buen hora el doncel,
Que desprecio sus canciones
Sus amores y laurel.
  En el mundo donde vivo
Tanta gloria inutil es,
Y yo un don mas positivo
Pretendo ver à mis pies.»
  Cual caminante espantado
Por súbita tempestad
Queda inmoble el desdichado
Y se burla la beldad.
  Que al mirar su vista inquieta
Le dice con irrision:
—¿Qué habeis perdido poeta?
Y el responde—una ilusion!

—¿Y tal pérdida deplora,
(Ella dice) como un mal,
El que tantas atesora
En todo un mundo ideal?
—Ay! le responde el cuitado,
Con trémula y triste voz,
Cuando una vos ha dejado
Otra nos sigue veloz.

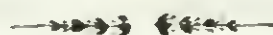
—

Silencio profundo ya reina en la calle;
La hermosa tirana su reja cerró,
Y yo fatigada de largo desvelo
Al sueño demando su dulce favor.
Mas ¡ay! que en la mente mil tristes ideas
Se agolpan y cruzan en grito veloz,
Y mientras me ajito buscando reposo
Un débil acento de nuevo sonó:
Escucho y conozco del vate infelice
Allà en la lontananza la trémula voz,
Y tal me parece que un eco importuno
Divulga en su canto mi triste opinion.
«Es ¡ay! el poeta
Un ser peregrino
Que sigue el camino
Sin sombra ni flor.
Sueño es su esperanza,
Su dicha ilusoria,
Mentira su gloria,
Verdad.... su dolor!!»



D. JUAN DE LANUZA.

JUSTICIA MAYOR DE ARAGON.



LEYENDA.

I.

Teman los privados, teman
de los tronos los reflejos,
porque alumbran desde lejos
pero de muy cerca queman,
Y el que con ansiedad terca
busca del rey las privanzas,
se rodea de asechanzas
y de peligros se cerca.
Antonio Perez, valido
de la augusta magestad,
cuya férrea voluntad
jamàs el llanto ha torcido:
ministro de un rey que brilla
como nunca brilló un rey,
pues el orbe impone ley
con los tercios de Castilla;
envidias escita, y luego
con su privanza provoca
las calumnias que en la boca
tiene siempre el palaciego.
Terribles sus brios son,
pero Felipe segundo,
de caràcter iracundo
y acerado corazon,

con solo un dedo le abruma
si, sobre él un dedo sienta,
y como un soplo si alienta
le deshace como espuma.
Entre soberbios tapices
pasó ayer horas de gozo,
y hoy cuenta en un calabozo
sus instantes infelices.
Cual reo de estado preso,
le aguarda muy dura suerte:
pero el temor à la muerte
su ingenio aguza travieso.
Desde su lóbrega estancia
pronta evasion se procura,
y burla su travesura
de todos la vigilancia.
Calatayud le dá asilo.
mas su suerte es tan ingrata.
que ni en sagrado Zapata
quiere dejarle tranquilo.
Zapata gentes levanta
pagadas à sus espensas,
mas vanas son sus ofensas
que sus càlculos quebranta.
Juan de Luna, que es señor
de Purroy, de donde saca
cuarenta hombres con que ataca
al despiadado agresor.
Preso dos dias despues,
y à Zaragoza llevado,
en la càrcel visitado
Perez de los nobles es;
y bien pronto su elocuencia
y su estilo cortesano
del pueblo zaragozano
le dán la benevolencia.
De Bearne con la primera

mantuvo un trato fatal,
y por esto al tribunal
del santo oficio le pesa
en la manifestacion
verle, pues es su deseo
en las mazmorras al reo
hundir de la inquisicion.
Del infeliz se apoderan
los crueles inquisidores,
que apacentar sus furores
en el desdichado esperan.
El pueblo indignado brama,
y de venganza sediento,
se arma luego y turbulento
á Antonio Perez reclama.
A manera de turbion
ó de mar que el viento irrita,
feroz murmura y se agita,
y amagos sus gritos son.
Cuesta al Santo Oficio cara
su crueldad inoportuna,
que el pueblo se desayuna
con la sangre de Almenara.
Los inquisidores huyen
al invadir sus hogares.
las mil turbas populares
que cuanto tocan destruyen,
y que cobran desarrollo.
y que hierven afanosas.
cual las olas borrascosas
al rededor de un escollo.
Los inquisidores ceden
del pueblo à las exijencias,
porque temen su violencias,
y resistirlas no pueden.
Mas no por esto abandonan
los temerarios su empresa,

que aunque perdieron la presa
recuperarla ambicionan.
El tumulto se aplacó,
y mientras del campo dueño,
todo el pueblo tomó sueño
sobre el laurel que alcanzó;
imprudentes magistrados
de nuevo à Perez prendieron,
y al tribunal le volvieron
de su escolta acompañados.
Gil de Mesa, que el primero
esta triste nueva supo,
aparece con un grupo
de zaragozanos fiero,
que le escucha con afan,
y se embravece à su voz,
como el piélago al feroz
impulso de un huracan.
En la voz del orador
furor y venganza bebe
toda la sangrienta plebe,
que forma un sordo rumor,
una algaravía ingrata,
un murmullo que dá miedo,
y del arco de Toledo
la bóveda lo dilata.
Nadie à contener alcanza
el ímpetu de la gente
que, á manera de un torrente,
hácia la càrcel avanza,
y al llegar «no mas traidores»
và gritando furibunda,
y en muy poco tiempo munda
el àtrio y los corredores,
Ninguno la puerta atranca
de la càrcel, resistencia
nadie opone à la violencia

que de ella à Perez arranca.
Puesto el preso en libertad,
es vitoreado, y despues
bajo el pabellon francés
vá á buscar seguridad;
pues temiendo otra refriega
en su patria, pide al cielo
le conceda estraño suelo
la paz que el natal le niega.
Que del furor se emancipe
del rey desea Aragon,
mas ¡ay! ¡cuán terribles son
las venganzas de Felipe!

II

Es Felipe segundo rey altivo
cuya mirada al mas valiente arredra,
implacable en sus ódios, vengativo,
de alma de hierro y corazon de piedra.
Odia á Perez de muerte, y fugitivo
sabe que en Francia junto al trono medra,
do està seguro que de un rey de España
no ha de alcanzarle la tremenda saña.

Sonríese el monarca castellano
y su sonrisa amarga hiel contiene,
la distancia quisiera con su mano
estrechar que le aparta del Pirene
«Hienda, dice, la trompa el aire vano;
grito de guerra todo el mundo atruene,
y ¡ay de aquel que no doble la rodilla
delante de los tercios de Castilla!»

Llama al de Vargas, general preclaro,
cuya armadura como indica el mote,
de un esgüizaro fué, de gloria avaro,

que osó oponerse de su lanza al bote.
Mas de una vez hizo pagar muy caro
su obstinado teson al hugonote,
con cuya sangre, que encendió la rabia,
logró teñir las dunas de Batavia.

«Vargas, le dice el rey, mis intenciones
revela con tu espada á los franceses,
acaricien sus brisas mis pendones.
y refleje su sol en mis arneses.
Abra paso Aragon á mis leones,
ó regaré sus pueblos y sus mieses
con sangre del rebelde ó altanero,
que ose á mis leyes oponer su fuero.

Sé bien que de Aragon en los estados.
segun los fueros del pais, no pueden
penetrar mis intrépidos soldados,..
¿mas qué importa que fueros se lo veden?
Ellos penetraràn, son denodados;
los fueros todos bajo el hierro ceden,
y solo, mientras ciña la diadema,
fuero ha de ser mi voluntad suprema.»

Dice, y bien pronto la guerrera trompa
asorda de Castilla los confines.
y se despliega belicosa pompa
al estruendo de cajas y clarines.
No hay fila ni muralla que no rompa,
mandada por sus bravos paladines,
aquella tropa que à la voz de guerra
hace temblar y retemblar la tierra.

El aire de penachos se salpica,
y do quier se enarbola una bandera.
y se fatiga el sol con tanta pica
do sus rayos de fuego reverbera.

En el blanco pavon se multiplica
de tanto peto y fúlgida cimera
Con que brillan formando pelotones
dos mil caballos, doce mil peones.

Marchan, y en tanto la terrible nueva
en alas vuela de la rauda fama,
y el descontento à Zaragoza lleva,
y súbito furor do quier derrama.
Despechada la plebe se subleva,
y don Diego de Heredia airado esclama:
«huelle el rey en buen hora nuestros pechos,
mas guàrdese de hollar nuestros derechos.»

Es por su daño de Aragon Justicia
Juan de Lanuza, jóven arrogante,
à quien la suerte apareció propicia
pues en cada beldad le dió una amante.
Mas la suerte que agora le acaricia
le mostrarà ceñudo su semblante
que la fortuna tiene un mismo falso,
y al lado del placer pone el cadalso.

¡Desdichado doncel! ¿sin esperiencia,
podrà sobrellevar el grave cargo
que de él ecsige madurez, prudencia;
meditacion contínua, ecsàmen largo?
Ya de espinas se eriza su ecsistencia;
se encuentra el triste en un conflicto amargo,
y en la terrible situacion que cruza
naufragará tal vez.... ¡pobre Lanuza!

Vé delante la espesa polvoreda
de un numeroso ejército que avanza;
detras la plebe desbandada queda
con su brio y anàrquica pujanza.
¿Cómo podrà salir de esta vereda?

para evitar la funeral venganza
con que amaga la cólera del trono
del populacho espónese al encono.

¿Correrá de la guerra los azares,
sin mas soldados que una turba loca,
ó se opondrà á las hordas populares
cuya terrible indignacion provoca?
Donde quiera vé escollos à millares,
y sin saber que decidir, convoca
en momentos tan tristes y apurados
à los lugartenientes y letrados.

Bien pronto el grave son de una campana
va sus ecos sembrando en el espacio,
y el pueblo todo en penetrar se afana
de la diputacion en el palacio.
En la sala cubierta de oro y grana
entraron los jurados muy despacio,
de gramallas magníficos vestidos
y por Miguel Santangel presididos.

De Santangel en pos y los jurados
los diputados vienen, y en seguida
el Justicia, asesores y letrados,
y un sin fin de otra gente esclarecida.
Ambitos del salon tan dilatados
no à concurrencia bastan tan crecida,
é imponen los semblantes y los trages
de tantos distinguidos personages.

Todos toman asiento, y solamente
de pié queda en cada àngulo un masero,
que aumenta de aquel acto lo imponente
con su semblante inmóvil y severo.
De Felipe el retrato ve la gente
del salon colocado en el testero,

quien con gesto feroz y horrible traza
al Justicia parece que amenaza.

Son de las artes soberanos dones
las frangas de las rojas colgaduras,
y salpican los altos artesones
caprichosos dibujos y molduras.
Las efigies de reyes y varones,
célebres por sus hechos y aventuras,
puestos allí cual páginas de historia,
del concurso egercitan la memoria.

Se levanta de pronto la asamblea,
y el Justicia mayor manda al notario
que con sonora voz el fuero lea,
que declarar muy pronto es necesario.
«Fuerza es que el fuero respetado sea»
dice à gritos el pueblo temerario,
sin advertir que el rey, terror de Europa.
si no tiene razones, tiene tropa.

Leido el fuero intrépido levanta
micer Bardaxí su altanera frente,
y con su voz y su espresion que encanta
del salon llena el espacioso ambiente.
Ve que es grande el peligro y no le espanta
que tiene un corazon independiente,
y cual allí se espresa, se espresàra
con el rey ó el verdugo cara á cara.

«No nuestros fueros conculcar dejemos,
esclama el orador; aragoneses,
¿de un déspota feroz consentiremos
que nos sojuzgue cual cobardes reos?
No, rey Felipe, no; pereceremos
retando de la suerte los reveses;
te serviràn cadàveres de alfombra

tu pendon solo á tumbas darà sombra.

¿Quién del fuero à tus gentes ha eximido?
¿estrangeros no son los castellanos?
¡temerarios, atràs! habeis mentido,
faltado à vuestros pactos cual villanos.
¿Mas respeto creeis que os es debido
que à los de Cataluña y valencianos
al pié de cuyas barras triunfadoras
ha luchado Aragon á todas horas?

Alguno acaso en el salon me escucha
que de circunspeccion haciendo alarde
quiere evitar por desigual la lucha...
ese tal no es prudente, que es cobarde.
¿Porque la fuerza de Castilla es mucha.
es justo que los fueros no nos guarde?
¡ira de Dios! egercitos y reyes
han de acatar nuestras sagradas leyes.

Es valeroso, intrépido el contrario;
do quier que el aire sus banderas mece,
se convierten los campos en osario,
y la tierra postrada se estremece.
Hallaré la derrota temerario,
mas esta idea mi entusiasmo acrece,
que mas vale morir en lid sangrienta,
que silenciosos devorar la afrenta.

¡Al arma, pues, valientes! ya retumba
el parche del contrario que se arroja
contra la libertad y se derrumba,
y el libro santo de la ley deshoja.
¿A nuestros fueros quieres abrir la tumba?
¿de nuestros privilegios nos despojas?
la libertad del bravo no se entierra
sino con él...¡al arma! ¡guerra! ¡guerra!»

Atruena al punto aclamacion inmensa
todo el salon y el edificio entero,
y un prolongado aplauso recompensa
del orador el patriotismo austero.
De los doctores el conclave piensa
que debe resistir, segun el fuero
el Justicia à las huestes esforzadas
que se acercan á marchas redobladas.

Esta declaracion que de alegría
al turbulento populacho embriaga,
que en su ferocidad solo confia,
como eléctrica chispa se propaga.
Fogoso vuela el pueblo à la armeria,
y allí se agolpa la terrible plaga
y de los mas reconditos retrates.
los arcabuces saca y coseletes.

Mientras tanto los bravos de Castilla,
que son todos soldados veteranos,
cubren del Ebro la feraz orilla
y los erguidos muros ven cercanos.
¿Su estandarte glorioso quien humilla?
fieras son los soldados castellanos,
y los de la ciudad van à su encuentro,
en vez de estar parapetados dentro.

III.

Era una tarde muy fria.
lluviosa, de temporal,
y con su aliento glacial
calles y plazas heria
arreciado vendabal.

Pero en vano el viento brama,
en vano el cielo à torrentes
lluvia y mas lluvia derrama;

el entusiasmo à las gentes
al campo del Toro llama.

Do quier el clarin resuena,
po quier el bridon galopa;
el timbal el aire atruena,
y pronto el campo se llena
de caballos y de tropa.

La ansia de gloria arrebata
à los soberbios donceles;
con sus gorras de escarlata
y brillan en sus corceles
con coseletes de plata.

Se oye á lo lejos sonar
una banda militar;
palpitan los corazones,
y empiézanse á uniformar
los informes pelotones.

En medio de un escuadron
y nuve de polvo espesa
el Justicia en un troton
llega y despliega un pendon
que es enseña aragonesa.

Le acompañan diputados
y algunos lugartenientes,
consejeros afamados,
y vergueros, y jurados,
y capitanes valientes.

Le cubre tupida malla,
y en él fija la atencion
todo el ejército calla,
y él da el grito de batalla

«San Jorge por Aragon»

«¡San Jorje por Aragon!»
grita el pueblo con afan,
¡voz de patria y religion!
mil ecos diciendo van
«San Jorge por Aragon.»

—

Y todos al momento
se aprestan à la liza,
mientras el raudo viento
el estandarte riza,
Y de combate hambriento
hàcia ellos se desliza
intrépido y ufano
el bravo castellano.

Las gentes, que bravías
las breñas elevadas
del Ribagorza frias
habitan siempre heladas
sigue en compañias
à otras mal formadas,
que ostentan como el premio
el mote de su gremio.

Lanzones muy mohosos
los labradores ruines
enristran orgullosos
montados en rocines.
Ni entienden los ruidosos
timbales y clarines
si retirada tocan
ó si á luchar provocan.

Enseñan seis cañones

las tropas muy ufanas,
pero sin municiones
son tales armas vanas.
Son muchos los peones
que llevan partesanas
y picas y machetes
á falta de mosquetes.

Ninguno allí obedece
la voz de quien le manda;
el desconcierto crece
y todo se desbanda.
El campo aquel parece
una acosada banda
de pàjaros chillones
que va en mil direcciones.

¿A do infeliz camina
tan desmandada gente?
¿faltando disciplina
qué vale ser valiente?
Próxima està su ruina,
y pagarà imprudente
la turba aragonesa
su temeraria empresa,

Los gefes ofendidos
lo que han de hacer consultan;
no son obedecidos
y casi les insultan.
Y todos convenidos
desertan y se ocultan;
mas à sus partidarios
temen que á los contrarios.

Juan de Lanuza siente
que se halla abandonado,

y pronto se arrepiente
de haberse sublevado.
El jóven es valiente,
pero en tan triste estado
tan solo pronta huida
puede salvar su vida.

Muy triste congeturas
formando va el Justicia,
y llora desventuras
que debe à su impericia.
De Utebo en las llanuras
una ocasion propicia
para evadirse acecha,
y la halla y la aprovecha.

Hizo á D. Juan de Luna
una seña lijera,
sin que persona alguna
comprenderla pudiera.
Huyeron, la fortuna
protegió su carrera
y Epila les dió asilo
benéfico y tranquilo.

Los pocos que blasonan
de firmes en sus puestos
por fin los abandonan
vertiendo mil denuestos.
Y todos se acantonan
en las montañas prestos,
sembrando en todas partes
pertrechos y estandartes.

Y mientras vá huyendo
de la ciudad Augusta,
entra en ella el tremendo

Vargas que tanto asusta.
Y leyes imponiendo,
dice con voz robusta:
«Acate todo el mundo
à Felipe segundo »

IV.

A Calatayud pasó
el Justicia desde Epila,
y à Zaragoza volvió
sabiendo estaba tranquila.
¡Harto terrible es la suerte
del desdichado mancebo!
¿porque no encontró la muerte
en las llanuras de Utebo?
?Porqué la vida salvar
en Mozalbarba le plugo?
¡triste! la quiso guardar
sin duda para el verdugo.
No sabe el desventurado
à dó funeral alcanza
de un rey que se halla agraviado
la inexorable venganza,
Ninguna culpa destroza
su inmaculada conciencia,
y regresa à Zaragoza
seguro de su inocencia.
Sale un dia del palacio
para oir misa de doce,
y quiere hablarle rehacio
un hombre que no conoce.
Le aguardaba rato hacia
en el patio, do afectaba
estampas que en él habia
mirar... mas no las miraba,
Llamábase Juan Velasco;

era seca su figura;
daba repugnancia y asco
su siniestra catadura.
Mostachos asaz, poblados
casi cubrian su boca
cual cubre zarza en collados
la ancha grieta de una roca.
—¿Qué me quereis? preguntó
Lanuza—en nombre del rey
que os deis preso.—Como!.... ¡yo!
—Vos, señor.—Eso no es ley.
—Es ley lo que el rey ordena
—Si ordena lo que ley es
—Mal esta comision me suena....
la ventilareis despues.
—Mas decidme ¿quien sois vos?
—No hay peligro en contestar;
Velasco soy....—¡Vive Dios!
¡alcaide de Almuñecar!
¿sobre mi jurisdicion
sabeis que no hay quien egerza?
—Síempre el rey tiene razon,
—Sí, porque tiene la fuerza.
—En fin, D. Juan, abreviemos....
—Abreviemos: id con Dios.
—Con Dios y tambien con vos.
—Conmigo no.—lo veremos
Hace Velasco al momento
una seña à los soldados,
que en gran número al intento
tienen muy cerca apostados.
—Qué! ¡preso puedo yo ser!
la noble víctima esclama,
¡así abusa del poder
un rey que justo se llama!
Queda preso el afligido,
y sácanle por la puerta

del Angel, cuàl á un bandido,
con toda esperanza muerta.
Enciérranle donde Vargas
tiene el rico alojamiento.
y allí pasa horas amargas
solo con su pensamiento.
Y luego le trasladaron
á casa de Bobadilla,
donde le notificaron
que el monarca de Castilla
decretó su infausta muerte,
y le hicieron resignar
con los golpes de la suerte
que Dios le queria dar.
Al entrar su confesor,
él le dijo:--¡Padre mio!
¡mi muerte no os causa horror?
¡es un homicidio impio!
¡Asesinato infernal!
sin oirme me condena
el rey á la ultima pena,
á la pena capital...
Es Felipe harto severo;
yo me porté cual debi;
porque me mandaba el fuera
resistir, le resistí.
Si del rey en la balanza
pesan poco mis razones,
el Dios del cielo, que alcanza
hasta juzgar intenciones,
sabe que no he sido ingrato
à la magestad real,
que un deber, no un desecato,
es origen de mi mal.-
Quiso el religioso en vano
suministrarle un consuelo,
mostràndole soberano

su porvenir en el cielo.
El infeliz no le oia,
que abismado en su dolor,
de contínuo repetía.
«!morir tan joven Señor'»
una mano le cogió
el confesor. y le dijo:
«¿siempre habeis sido buen hijo,
don Juan? ¿es verdad que no?
Honra á tus padres, Dios dice,
y en esta tierra de engaño,
viviras muy largos años
¿A vuestra madre infelice
jàmas habeis ofendido?
decidme ¿la larga vida
al buen hijo prometida
creeis haber merecido?
—¡Callad, buen padre callad!
el desdichado responde
y el rostro llorando esconde.
¡silencio, por caridad!
Duerman hoy mis pensamientos,
dejadles en su letargo,
y no vuelvan mas amargo
mi fin los remordimientos.
En mi pecho como aceros
hoy vuestras palabras entran
y en el alma se concentran
mis pasados desafueros.—
Asi contrito el doncel
recordaba las mil veces
que à beber vasos de hiel
dió á su madre hasta las heces
sus juegos, sus amorios,
sus desmanes recordaba.
y espiacion de sus desvios
la muerte consideraba.

Dióle esta idea denuedo;
serenóse su semblante,
y resignado y sin miedo
aguardó el postrer instante.

V.

Zaragoza un inmenso despoblado
para las tropas castellanas era;
jámas estuvo el pueblo tan callado,
ni reinó tal espanto donde quiera.
De tal suerte està el cielo encapotado
y es tan profunda la inquietud que impera,
que hace ya rato que ha rayado el dia,
y parece de noche todavía.

Mas esta calma lóbrega estremece
que de enojada plebe el desconcierto,
que en quietud tan monótona parece
sepulcro la ciudad de un pueblo muerto.
Todo un aspecto militar ofrece;
de soldados el Coso está cubierto;
ni ostenta una beldad su esbelto talle,
ni un paisano transita por la calle.

De las patrullas luego el imponente
grave rumor de pasos entrecorta
un coche que camina lentamente
y hasta à su misma escolta deja absorta.
Muéstrase en él un jóven que valiente
oye la voz de un fraile que le exhorta,
y con su faz magnànima revela
que ni teme la muerte ni la anhela.

¡Tan jóven y morir! ¡desventurado!
¡como esta idea su cerebro muerde!
le sonreia un porvenir dorado,

y era feliz en una edad tan verde.
Toda esperanza al fin se ha disipado,
mas por esto su denuedo pierde,
que cuando el cuello à la cuchilla doble
su modo de morir dirà que es noble.

Va delante del coche un pregonero,
que añade mas tristeza á la tristeza;
de cuando en cuando pàrase altanero,
y dice con selvàtica aspereza.
«A don Juan de Lanuza, justiciero
manda el rey se le corte la cabeza,
que sus bienes al fisco luego pasen,
y sus castillos todos que se arrasen.»

Al llegar al patíbulo, que erguido
á manera del sirte se levanta
al fraile abraza el martir compungido,
y el corazon mas duro se quebranta.
De luto enteramente va vestido,
y con rostro sereno y firme planta
las gradas del cadalso va ganando
y su espíritu al cielo encomendando.

Y mientras se prepara sanguinaria
tan repugnante escena y tan impía,
el cuadro como antorcha funeraria
alumbran los crepúsculos del dia,
El infeliz dirige su plegaria
à la Madre de Dios, Virgen Maria,
y à la voz del verdugo la inclemencia
dió fin à su oracion y á su existencia.

A la infelice victima se arrima
el verdugo feroz cual buitre hambriento,
y en la sed de riquezas que le anima
de su traje despójale sangriento.

Mas esto causa al capitan tal grima
que frustra del verdugo el rudo intento.
dando un golpe tan recio al atrevido
que le hace prorrumpir en un mugido.

La rabia de los fieros habitantes
tan ilegal egecucion escita;
bien traducen sus pàlidos semblantes
el despecho feroz que les irrita.
Todos van por las calles como errantes,
y es tal el frenesí que les agita,
que al parecer va hiriendo el pueblo entero
el golpe que al Justicia hirió primero.

Mas no cual los chacales del desierto
el que mandó decapitar al vivo,
en los despojos cébase del muerto;
manda erijirle un cenotafio áltivo.
El cuerpo puesto en ataud abierto
rezos arranca al pueblo compasivo,
y la cabeza càrdena y sangrienta
entre las manos lívidas ostenta.

Y en tanto que la piedra del olvido
sobre sus restos míseros caía,
su madre con su hermano muy querido
lanzada ¡ay triste! de su hogar huia,
Y mientras un asilo reducido,
donde ocultar sus làgrimas espia,
en Bardullur sus torres y su casa
de órden del rey el castellano arrasa.

VI

Tanto horror pide venganza;
de Dios la suprema ley
hasta à los tronos alcanza,

é igual peso en su balanza
tiene el siervo y el rey.

El monarca castellano
ve la sombra de Lanuza
con la cabeza en la mano,
que ante sus pupilas cruza
siempre diciendo «tirano »

Y el tirano está sumido
en el lecho del dolor,
y aunque no lanza un gemido,
causa angustia, causa horror
con su gesto retorcido.

Los ojos frecuentemente
con afan penoso cierra.....
¡en vano! siempre presente
ve el espectro que le aterra.
pues clavado està en su mente.

Sobre el pecho gravitar
siente un peso como peña;
no le deja respirar,
y en sacudirlo se empeña,
y no lo puede lograr.

La mano mover intenta
para rechazar sangrienta
la fantasma que le embiste,
y la mano se resiste
y su alvedrío violenta.

¡un rey de tanto heroismo
un rey que habria à los pies
de cualquier otro un abismo
hoy obedecido no es

ni siquiera de sí mismo!

No puede hablar y hablar quiere;
su lengua paralizada
ni una palabra profiere.
que si alguna empieza, muere
antes de ser pronunciada.

Próximo en fin à espirar,
frio casi como yelo,
aun se esforzaba en hablar,
y Dios le quiso otorgar
en su agonía un consuelo.

—Padre, dijo al confesor.
en este momento estremo
mi contricion, mi dolor
desvien de mi el furor
con que amaga el Juez supremo.

¿D. Juan! ¡me sigues en pos!...
tiembla el lábio si te nombra.....
¿riegas con sangre la Alfombra?.....
¡en el camino de Dios
no me interpongas tu sombra!!!

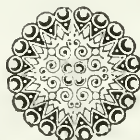
Mas malos que mi intencion
mis consejeros han sido,
á su impío corazon
tú, don Juan muerte has debido
y servidumbre Aragon.»—

Los palaciegos malvados
que rodeaban su lecho
quedaron avergonzados,
pero el rey sintió en su pecho
los pesares embotados

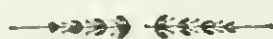
poco duró su agonia;
pronto se rompió del todo
la cadena que le unía
à este vil mundo de un dia,
do hasta los reyes son lodo.

Mas hasta el postrer instante
tuvo un espectro delante
con la cabeza en la mano,
y oyó una voz incesante
que le llamaba «tirano.»

A. Ribot.



ODA.



A S. A. LA SERMA. SEÑORA INFANTA

DOÑA MARIA LUISA FERNANDA,

en su presentacion en la Iglesia Metropolitana

DESPUES DE SU FAUSTO ALUMBRAMIENTO,

CON MOTIVO

de haber interpuesto su alta mediacion

CON SU AUGUSTA HERMANA,

para que vuelvan á Sevilla los deportados á la Isla de Cuba, de resultas de los lamentables sucesos del 13 de Mayo de 1848.

¿Por qué en la altiva torre
El regocijo pulsa
Los címbalos sonoros? ¿Por qué corre
En alegre tropel el pueblo ansioso?
Qué poderoso móvil hoy lo impulsa
Festivo y afanoso
Hácia las puertas del morisco alcàzar?
Porque las auras llenas
De la música el eco armonioso
Que en réjia marcha compasado suena?
Y quien arrancar pudo
De los àvidos pechos los clamores

Que forman en los aires voladores
Retumbante saludo. .?
Crece el sublime estruendo... Es ella...!
es ella...!
La escelsa infanta bella,
De la española corte
Joya preciosa, refuljente estrella,
De las artes sosten, del triste norte'
Bulle cándida risa
En su purpurea boca
De àmbar y perlas celestial tesoro,
Y ufano al cuello alabastrino toca
En ricas trensas su cabello de oro.
Libre del trance amargo
Que su frente nubló vuelven las rosas
Al gracioso semblante
De gozo puro y de placer radiante.
Flores, flores, traed à la hermosura...
Flores que alfombren su feliz carrera...
Al par que contemplando su ventura
De la apiñada muchedumbre en *vivas*
Sube el aplauso à la celeste esfera.
Ved cuàn afable al popular concurso
Con apacible rostro corresponde,
Que su dicha retrata,
Y en magestuoso curso,
A los vítores grata,
En la sacra basílica penetra
Y del supremo rey la gracia impetra.
Es ella....! al dulce lado
Tierna princesa, que la luz del dia
Vió en Híspalis no ha mucho.
Los que en la misma cuna
Nacieron por fortuna
Contemplan con extàtica alegria,
Y ven en sus facciones infantiles,
Albas como el holan que las rodea,

Tersas como el marfil que el Asia cría,
Brillar la luz febea,
Y en sus vagos perfiles
De su madre la gracia encantadora
Que atractivos sin número atesora,
Y el mismo corazon ven en su seno
De indecible ternura y virtud lleno.
¿Qué preciosos favores
Para don de la cándida Isabela
Pides postrada en el grandioso templo?
Que fiel imite el maternal ejemplo;
El conjunto de rasgos seductores,
Que tu alma revela,
Y encontrará el florígero sendero
Que conduce entre claros resplandores
De la virtud al santuario austero.
¿Quieres prosperidad para ese ángel
Que hoy cifra tu delicia placentero...?
Mira... la espesa y ondeänte nube
Que en sutil espiral al cielo sube
Y las bóvedas cóncavas perfuma,
Del incienso formando aérea espuma,
Lleva en vapor ligero
Al empíreo la unánime plegaria.
Tendrásla, sí, que en ademan sumiso
Ruega por su salud un pueblo entero!
La tendràs... la tendrás, que al cielo plugo
Propicio ser con quien ardiente abriga
El noble fuego de sin par clemencia...
Sí, cuàl es tu inmortal benevolencia
El infortunio diga
Y su renombre eternizar consiga.
Cuàndo del infeliz al ¡ay! doliente
Sorda fuiste, Señora?
Nunca: tu alma incomparable siente
Las cuitas propias y el dolor amargo
Del que afligido tu socorro implora.

Yo ví en tus ojos compasivo llanto,
Conmocion en tu pecho, en tus palabras
De la bondad el seductor encanto
En el funesto dia
Que del mísero Sanz la vida heróica
Entre fatal zozobra te pedia.
Aun me parece oirte de Isidoro
Al sucesor ilustre respondiendo,
Que en santa exhortacion te conmovía:
—«Ah! si el cetro en mis manos empuñara.
La suspirada gracia otorgaria!
Mas el terrible fallo suspendiendo,
De mi benigna hermana al regio oido
Volando irà mi ruego enternecido.»
Hoy tu ejida bendice
Al son de la cadena,
Y divierte su pena
Ensalzando tu nombre el infelice.
Tambien del deudo caro
Solícita al afan sus quejas oyes,
Y de sólida gloria el pecho avaro,
De sus votos insigne mensajera,
A su dolor concedes fuerte amparo,
Y al trono acudes, y con voz sincera
Así interpretas su congoja fiera:
—«De la civil contienda los rigores
Mitiga, dulce hermana;
Difunde tus favores
En las tristes familias que pronuncian
Del bien ausente el nombre idolatrado
Ante su sombra vana...
No son traidores, no, no son traidores,
Los que ahogando en su pecho la ira insana
Al despedirse de la patria orilla
Cual hispanos leäles caballeros
Brindaron sus aceros
A su reina y al trono de Castilla.

Vuelve la vista à Cuba... desolado
Quien de una madre el beso regalado
Echa de menos en su negra suerte;
Quien lejos ¡ay! del amoroso lado
De una esposa infeliz llama à la muerte.
Flébiles, mudos, miran
Retirarse las ondas y envidiosos
Por las riberas béticas suspiran.
No me importune el duelo,
Los ayes dolorosos
No mi gozo acibaren:
Nadie suspire en el hermoso suelo
Donde madre ser hoy me diera el cielo,
(Paréceme escucharlo... el dulce cuadro,
Que tan el vivo vé mi fantasía
No borre nunca realidad sombría)
--»Como el tuyo mi pecho el bien desea;
Sí, responde Isabel, ¿lo quieres?... Sea.--
Ya la envidiable fama
De princesa magnànima se estiende
Del Mundo Nuevo á la apartada zona,
Que el astro de piedad que tu alma inflama
El anchuroso espacio veloz hiende
Y allí su lumbre celestial derrama.
Himnos de gloria el infeliz entona
Que tu brazo salvó del infortunio
Y tu virtud atónito pregona.
--¡Salud, princesa augusta!--
El desterrado mísero repite,
Tú de la suerte adusta
Templar supiste los acerbos males
Con la desgracia compasiva y justa...
Por ti, clama el esposo,
Las placidas delicias conyugales
El bálsamo seràn de mis heridas
En seguro reposo
Entre las prendas de mi amor queridas.

Salud! prorrumpe el hijo
Que entre sus brazos tiernos se figura
A su padre estrechar, que con prolijo
Afan lloró su ausencia y suerte dura.
¡Salud! salud! murmura
En solemne rugido el mar sonante,
Y el grito de ¡salud! allá lejano
Resuena el Oceano
Con sus esquóreas bocas
Cuando se rompe en las marmóreas rocas.
  Puede la parca impía,
Puede el tiempo voraz los gratos dones
Robar de la fortuna la alegría
Los tronos y el poder de las naciones;
Mas ¿qué basta à sumir en el olvido,
Alma virtud, los tiernos corazones
En que labras benéfica tu nido?
  Con puertas de diamantes y àureos gonces
Guarda en su templo impàvida Memoria
En mármoles y en bronces
Tus altos hechos, tu perenne gloria.
  Asi, bella señora,
El pueblo grato tu mansion rodea
Y tu dicha desea
Y de Dios para ti la dicha implora;
Y si el infausto dia
Llega en que de Sevilla el suelo dejes
Y de sus muros plácidos te alejes,
Tendràs en cada pecho sevillano
Un altar à tu nombre soberano.

JUAN J. BUENO.

Adios al Verano.

SONETO.

Adios, dulce estacion; ya mis dolores
En ti no encuentran esperanza alguna;
Huye con tu belleza y tu fortuna,
Con tus noches de musicas y amores.
Huyan tu limpio cielo y sus primores,
Que plácida retrata la laguna;
Tu sol ardiente, tu tranquila luna,
Y esa tu alfombra de encendidas flores.
¿Qué à mí tus galas ni el aroma tierno
Que por los aires con tu aliento envías
Si no consuelas mi dolor eterno?
Mejor hermanan con las penas mías
Las tristes horas del pasado invierno,
Sus largas noches y lluviosos dias.

Las flores secas.

¡Ay dulces prendas por mi mal halladas!
¡Dulces y alegres cuando Dios queria!
¡Juntas estais en la memoria mía,
Y en mi muerte con ella conjuradas!
GARCILASO

¡Secas ya! ¡Todo acabó!
La gracia que os adornó
Ya no es mas que polvo inerte:
¡Tambien su mano la muerte

Sobre vosotras pasó!
¿Quién me dijera algun dia,
En mis horas de alegria,
Que tan pronto ¡ay sin ventura!
Con làgrimas de amargura
Estas hojas regaría?
¡Pobres flores! ¡cuàl sus huellas
Imprimió el tiempo sobre ellas!
¡Ay recuerdo doloroso!
¡Tambien era yo dichoso
Cuando erais vosotras bellas!
Feliz el alma al guardaros
Olvidaba el tiempo leve,
Y al venir hoy à besaros,
Frescas pensaba encontraros,
Tal le ha parecido breve.
¡Ah! ¡no le medía, oh flores,
Por esos dias amargos
Que mataron mis amores,
Lentos como mis dolores,
Como mis afanes largos!
Mira esas flores, mi amor,
Otro tiempo tan bonitas;
Ya han perdido su color,
Y aunque secas y marchitas
Conservan siempre su olor,
Que le guardan regalado,
Esas hojas secas ya,
Como el corazon llagado
Recuerdos del bien pasado
Que nunca mas volverà.
¡Nunca!! ¡Y en eterno afan
Nuestros dias pasarán,
Y en amargo desconsuelo;
Y en vanos vueltos al cielo
Nuestros ojos llorarán!
¡Pobre niña! Flor temprana,

Pintada, fresca y galana,
Orgullo del verde prado;
¡Qué pronto el sol se ha nublado
De tu primera mañana!
¡Oh! me ahoga mi afliccion;
Y de su estrecha prision
Quebrantando los cerrojos,
Saliendo van por los ojos
Pedazos del corazon.
Hoy que la suerte desata
Contra tus sueños de plata
Todo su rigor impío,
Tengo valor para el mío,
Pero tu dolor me mata.
Que aumenta del alma el duelo
Verte sufrir, y mirar,
Para eterno desconsuelo,
Tus claros ojos de cielo
Turbios de tanto llorar.
Juntarse ve con horror,
Por mi desdichado amor,
En tus floridos abriles,
Tus làgrimas infantiles
A tu llanto de dolor.
¡Por mi culpa!! ¡Y algun día
Me acusàras con razon!!
¡Perdóname, vida mia,
Perdona; yo te queria
Con todo mi corazon!
¡Ay! ¡Que no hay pena mas dura
Para el alma, ni amargura
Como hallar por todo fruto
Eternas horas de luto
En cambio de su ternura!
¿Lloras, corazon? ¿por qué?
¿Porqué en tal trance nos vemos?
¿Porqué calumnian tu fé

Pues esa tu suerte fué,
Corazon mio, lloremos.
Si es tu obligacion callar
Y, aunque te ahogue, ocultar
Tu apasionado latir,
¿Que tienes ya que pedir,
Ni qué puedes esperar?
Pues el hondo càliz lleno
Tienes en los làbios ya,
Apura todo el veneno;
Mas cumple tu como bueno
Que en eso tu orgullo està,
Si, bien se yo que darías
Tu vida entera por ella
Y si dichosa la hacias,
Tu muerte bendecirias
Y besarias su huella.
Sí, lo sé; pues qué ¿no siento
Ese batallar violento
Con que en el pecho te agitas,
Y cada vez mas irritas
Tu devorador tormento!
¿Pero à que esa lucha, di,
Si al cabo rendido cedes?
¿A que fatigarte asi,
Si desenclavar no puedes
Ese amor que vive en tí?
¿Aqué tanto batallar
Contra tu fortuna avara
Deja à los ojos llorar,
Que es inútil tu afanar
Cuando te vende la cara.
Llora, si, tienes razon:
Y si al mirar tu afliccion,
Haciendo de fuerza alarde,
Hay quien te llame cobarde,
Que te pruebe, corazon.

!Ojalà¡ Tal te acosó
La suerte que te tocó.
Que al que tan mal te quisiera,
Que mil pedazos te hiciera,
Le bendiciera yo.
Sí, corazon mio, sí,
La hemos perdido: ¡tan bella!
Mas no importa, sigue así:
Tú no la amabas por tí,
Tú la adorabas por ella.
Si el huracán se abalanza.
Y al fondo del precipicio
Tus dulces ensueños lanza,
Aun te queda una esperanza
Para el postrer sacrificio.
Que en tan obstinada guerra,
De una alma partida en dos
El porvenir no se cierra:
Si las separa la tierra,
Hay un cielo y hay un Dios.

DEL MISMO.

A CRISTO

EN LA CRUZ.



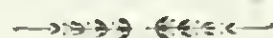
Soneto.

A la asombrada tierra en anchas gotas
Llega la sangre que à su bien destinas,
Y humilde en ese leño te reclinas,
Tú que la tempestad riges y azotas;

Las nobles palmas por los clavos
Coronado de bàrbaras espinas,
La frente ilustre ante tu hechura inclinas,
Y en tu propia bondad tu acero embotas.
¡Perdon, mi Dios! y templa tus enojos
Viendo à los hombres, que en su imbécil saña
Sobre tu sien pusieron los abrojos
Y entre tus manos la irrisoria caña,
Levantar hoy los espantados ojos
Con torpe miedo à contemplar su hazaña.

Del Mismo.

RECUERDOS.



¡Fértiles prados de la pàtria mia,
Ricos de flores, de alamedas llenos;
Valles frondosos de apacible sombra,
Campos amenos!
¡Suelo querido, dó entre paz y dichas
Dias felices para mí corrieron!
¿Dónde estàn, dime, tan hermosas horas?
¿Dónde se fueron?
¿Dónde tus bosques de azahar que al aire
Tienden sus ramos esparciendo olores?
¿Dónde tus fuentes que al invierno mismo
Visten de flores?
¿Dónde tu brisa que al pasar ligera
Templa de julio las ardientes calmas?
¿Dónde su aliento que con blando arrullo
Mece tus palmas?
¡Ya solo queda para mí de tantas
Tiernas memorias el murmullo vano!
¡Dulce gemido que del arpa herida
Suena lejano!

Ese tu cielo, descuidado niño,
Alta la frente, despejada y pura,
Vióme en las vegas que con limpias ondas
Baña el Segura.
Aun me parece que su sol contemplo
Ir tramontando la lejana cumbre,
Roja vibrando en sus postreros rayos
Vivida lumbre.
Víale hundirse, y mis miradas luego
Acia la luna que tras él venia,
Niño inocente, sin saber la causa
Tristes volvia.
Fijos los ojos, suspendido, absorto,
Viéndola hermosa blanquear los llanos,
Sobre mi pecho con amor cruzaba
Ambas las manos.
Mi alma sentia al admirar su marcha,
Siempre seguida de la blanca estrella,
Mil pensamientos cual su luz tranquilos,
Vagos como ellas.
Ora en los brazos del dormir que ansioso,
Tierno guarda el maternal anhelo,
Leves cruzaban mi dormida mente
Sueños del cielo
Ora sumido en infantil asombro,
Lleno del ansia que el dormir aleja,
Cerca del fuego del hogar oia
Rancia conseja.
¡Ay dulces horas, cuanto dulces breves!
¡Cuan presto al fondo de la nada huyeron!
¡Cuan presto llenas de amargura y luto
Otras vinieron!
¡Madre del alma, cuyo amante beso,
Dulce, inefable, me halagara un dia!
Ya nunca à verte volveran mis ojos...
¡Ay, madre mia!
Ya de mirarte, venerable anciano,

Nunca á mis ojos volverá el consuelo:
Noble tu alma, entre las almas justas
Vive en el cielo.
Fué, padre mio, tu tranquila muerte,
Fin de una vida de virtudes llena,
De un dia claro, despejado, limpio,
Noche serena.
Nunca mis làbios besarán filiales,
¡Triste certeza que mi llaga encona!
La que ceñias de cabellos blancos
Santa corona.
¡Nunca! ¿Quién sabe? Mí sufrir me cansa
Tal vez muy pronto à su rigor sucumba:
Tal vez muy pronto de la tuya al lado
se alce otra tumba.
¿Qué hallé en la senda del vivir, Fortuna?
Sueños; ¡ay! sueños, que veloz arruinas:
Flores acaso; mas por cada rosa
¡Cuàntas espinas'
Tal vez mis sienes de la ansiada gloria
Frescas las hojas del laurel sintieron;
Frescas venian, y al tocar mi frente
Secas murieron.
Ya no te basta, corazon herido,
Esa corona que tus sueños era;
Ya no te guía la del arte, hermosa,
Santa lumbrera.
Una luz pura, cual la estrella blanca
Que alta en los cielos rutilante gira
Viste á lo lejos, y à su encuentro fuistes;
Era tu Elvira.
Bella y altiva, pero niña tierna;
Rosa galana del florido suelo;
Blanca paloma de amoroso arrullo;
Angel del cielo.
¡Cómo la amaste, corazon, y cuànto!
¡Ay! la ternura que inundó tu vida,

Era en un mundo material y seco
Planta perdida.
¿Qué fué aquel cielo que à tocar llegaste
Y hoy de tí lejos sin piedad se lanza?
¿Qué tus soñadas ilusiones bellas?
¿Qué tu esperanza?
Nube ligera que deshizo el viento;
Flor delicada que secó el estío;
Pobre arroyuelo, cuyas claras aguas
Tràgase el rio.
¿Y aun entre angustias tu llorar reprimes?
Deja esa lucha donde nunca vences:
Llora, sí, llora, y de tu tierno llanto
No te avergüences.
¿Qué nos importa que nos mire el mundo?
Sufre sus burlas con orgullo y calma:
Tiene flaquezas en su vida el hombre
Que honran al alma.
Otros del arpa las vibrantes cuerdas
Pulsen y canten el poder, la gloria,
Llanto, y dolores, y ternura siempre,
Esa es tu historia,
Y ¡ay del que nunca en sus enjutos ojos
Ese rocío celestial sintiera!
Làstima tenle, que en su pecho abriga
Alma de fiera.
Llora, si, llora que nos mire el mundo;
Sufre sus burlas con orgullo y calma:
Tiene flaquezas en su vida el hombre
Que honran al alma.

Del Mismo.

Una noche en la Alhambra.



MEDITACION.

I.

¡Silencio y soledad! Todo en el suelo
Calla y reposa; el llanto y los placeres.
Bajo el azul del granadino cielo,
Noche de bendicion ¡qué hermosa eres!
A tu sombra dulcísima, tranquila,
Ese murmullo de la clara fuente,
Que bulle y salta de la blanca pila
¡Como refresca el corazon doliente!
Tu dulce brisa que el jardin oréa,
Vuela, el aroma de la flor llevando;
Blandamente los àrboles menéa
Entre sus blancas hojas suspir ndo.
Y al respirar tu embalsamadoa aliento
Inciertas oigo entre las brumas frias
Vibrar y huir, perdiéndose en el viento,
Cien maquinas lejanas armonías.
¿Es del arcángel el sonoro vuelo?
¿Es el eco del mundo que retumba?
¿Es que suspira el adormido cielo,
O que se queja la olvidada tumba?
¡Quien lo sabe? Tal vez los que murieron
Asomados al borde de la huesa,
El mundo de miseria en que vivieron
A tràvés miran de su sombra espesa.
Una lágrima acaso de amargura

Ardiente su)e hasta sus ojos yertos,
Y no envidian del vivo la ventura
Desde sus tumbas cóncavas los muertos.
Quizá la sombra de Alamar errante
Por ese alcàzar asombrada vuela
Al ver la enseña de la cruz flotante
Sobre la antigua torre de la Vela.
«¿Que es del danzar entre el alegre ruido
«Del canto y los metálicos lelíes,
«Al pie del arrayan entretejido
«Con guirnaldas de rosas y alelíes?
«¿Qué se hicieron los sabios del Oriente?
«¿Qué se hicieron las huestes granadinas?
«¿Era vencible tan guerrera gente?
«¿Qué lanza atravesó sus jacerinas?»
Y ni un sonido su tormento templa;
Solo el viento en los àmbitos suspira;
Donde las lunas vió, la cruz contempla;
Donde antes el *Coram* la *Biblia* mira.
Y corre y gime, y à sus hijos llama,
Y cuanto escucha y ve su mente ofusca,
Y sus miradas àvidas derrama
Sin encontrar lo que anhelante busca.
Y los lugares con horror dejando
Que conquistó su triunfadora espada,
Vuelve à la tumba con dolor gritando:
«¡Ay, mi cielo español! ay, mi Granada!»
Alli do un día contempló luciente
La mancion de los Césares el Lacio
Levanta acaso la empolvada frente
La noble sombra del valiente Heracio.
Y al llevar sus pisadas silenciosas
Al Capitolio, que humilló el destíno,
Busca en vano las hace victoriosas,
Padron glorioso del valor latino.
Y gime, y llora con dolor profundo
Al ver á Roma tan de si olvidada:

La antigua Roma,, emperatriz del mundo,
Bajo el yugo levítico postrada.
   Los ilustres blasones despedaza
Que conquistó sobre el cortado puente,
Y al contemplar su envilecida raza
Hunde otra vez la avergonzada frente.
   Genio infernal en el Pirene alzado
Sus ojos abre en desdichado dia,
Y à los nevados picos asomado
Feroz los tiende por la patria mia.
   De paz y gloria el porvenir dichoso
Que aguarda à España su rencor provoca,
Y su anatema lanza, y pavoroso
Repitiéndose và de roca en roca.
   «El recio son de la animada trompa
«Escuche España con espanto mudo;
«Truene el cañon, y que los aires rompa
«Del ronco batallar el choque rudo,
   «Los arados en lanzas y en arneses
«Tus irritados hijos trocaron:
«Con sangre humana creceràn tus mieses;
«Con sangre humana amasaràs tu pan.»
   Dijo; y alzando fúnebre alarido
La discordia fanàtica corria:
Del cañon de Arlaban el estampido
El cañon de Luchana respondia.
   Y allà en la hora en que el mortal sosiega
El militar estrépito retumba,
Y vibrador y resonante llega
De nuestros padres á la hueca tumba
   Y alzàndose en su fúnebre recinto
Gimen al ver desde su frio lecho
En española sangre el suelo tinto
Desde la mar cantàbrica al estrecho.
   No hay duda, no: los hombres que pasaron
Por permision de Dios vuelven al mundo
A ver la nada que inmortal juzgaron,

Y humildes lloran con dolor profundo.
  Y entonces es cuando en los aires suena
Hondo gemido que doliente gira
De la esclava Sion à Santa Elena,
De las ruinas de Itàlica à Palmira.
  Y ¡quién sabe! Mil veces ¿no pensamos
Ver una sombra deslizarse incierta,
Y si es delirio del soñar dudamos,
O realidad de la razon despierta?
  Quizà su paso entre la noche oscura
No es ilusion que nuestra mente encierra;
Es que una mano abrió su sepultura;
Es que gritó una voz: «Sal de la tierra;
  «Sal, y del hombre por su Dios maldito
«La dulce calma y el dormir ahuyenta,
«Y la imàgen feroz de su delito
«En tremenda vision le representa.»
  Llega, y le hiela con su mano fria,
Y del cobarde corazon escucha
El hondo relatir y la agonia,
Con la que el triste jadeante lucha.
  En tanto el justo en su tranquilo lech(
De bellos íris lo futuro tiñe:
Baja la calma à su inocente pecho,
Y con sueños de paz su frente ciñe.
  Sí, noche, tú eres grande, tú eres bella,
Por mas que intente disputarlo el dia:
No trueques, no, por tu menor estrella
Su rutilante sol y su alegria.
  Si él hace alarde de su lumbre pura,
Ostenta, ó noche, tu blason tambien;
Recuerda al mundo que à tu sombra oscura
El hombre Dios apareció en Belen:
  Que le viste de arcàngeles cercado
De vida y gracia derramar la luz,
Y alzar entre el Eterno y el pecado
Como enseña de paz la santa cruz.

II.

Sí, noche, sí tú eres grande
Con tu silenciosa pompa,
Y ese tu manto magnífico
Que mil luceros tachonan.
Entre esos hombres que bullen,
Y se agitan y se acosan,
Y van en monton pasando
Con algazara espantosa.
Hay almas puras, ardientes,
Centellas abrasadoras,
A la tierra desprendidas
De la divina aureöla.
Esas á la luz del sol
Sufren en silencio y lloran....
¡Triste del que un alma igual
Dentro de su pecho esconda!
Ante los hombres sin fe
Sonríe tal vez su boca,
Mientras que en horrible calma
Su amargo llanto devora.
Sí, porque el mundo desprecia
A aquel que soñando goza,
Y porque no los comprende
De sus delirios se mofa.
Y altanero le escarnece.
Y ni aun compasion le otorga,
Y *pobre loco* le llama
Con sonrisa desdeñosa,
Su nido asi la amargura
En su corazon ahonda,
Como el buitre carnicero
El suyo cava en la roca.

Pero cuando el mundo yace
En inaccion perezosa,
El artista entusiasmado
Vaga entre sueños de gloria;
Y espíritu todo entonces,
Deja las humanas formas,
Y hasta el cielo le arrebata
La inspiracion creädora.
Y recorriendo con ànsia
Una region, y otra, y otra,
Por sendas desconocidas
A los que en la tierra moran.
Torrentes de luz vadea,
Y sus ojos la soportan,
Y en el mundo de los àngeles
La osada planta coloca.
Y allí alcanzando una idea,
Y adivinando las otras,
A través del porvenir
Grande y creador se arroja:
Que las adivina allí,
Como en la selva sombrosa
De las flores que no ve
Siente el regalado aroma.
Así entre sueños sublimes
Del alma adivinadora
Vió su *Quijote* Cervantes,
Vió Rafael su *Madonna*;
Y asi, à asombrar à los siglos,
De entre tus espesas sombras,
Salió *un Pasmo de Sicilia*,
Un pintor de su deshonra.

EPÍGRAMAS

DE

D. HIPÓLITO MUNARRIS.

A D. Martin de Villava
cierto deudor insolvente
de la manera siguiente
con la verdad engañaba;
Ayer me llevó el mancebo
los cien duros: crea ustéd
que jamàs le pagaré,
D. Martin, lo que le debo.

—

D. Calisto de Bolaños
hablaba à D. Juan de Soma
de una procesion que en Roma
salia cada cien años.
Esa fiesta que encareces,
díjole D. Juan la has visto?
y respondió D. Calisto:
vaya! mas de treinta veces!

—

Diga usted à D. Roque Pruna,
gefe del observatorio,

que quiere doña Ana Osorio
ver el eclipse de luna.
Llegais tarde, señorita,
porque el eclipse acabó.
—En diciéndoselo yo
dispondrà que se repita.

——

Llevaba la tia Mónica
desde la aldea al cortijo
una récua de jumentos
con sendas cargas de trigo.
Cuatro estudiantes alegres
que cruzaban el camino,
vaya con Dios, la dijeron,
la madre de los borricos;
y la vieja contestóles:
andad con Dios, hijos mios.

——

El quinto Mariano Cuesta
se hallaba de escucha, oculto;
y dando el quien vive á un bulto,
gefe de dia! contesta.
—Alto allá, ó hago un desmoche.
Cabo de guardia, un espia.
tunante! gefe de dia
y son las diez de la noche!

——

D. Filiberto Castaño
envió á D. Juan Martin
dos higos de su jardin,
notables por su tamaño.
Al hacer entrega Bruno
del encargo que traia,
dijo comídose habia
de los dos higos, el uno.
—Pero ven acá, enemigo,
cómo has podido comerte...

--mire, señor, de esta suerte:»
y se comió el otro higo.

—

Sobre un botijo de barro
puso un solemne zamarro
para dormir la cabeza,
y sintiendo su dureza
llenó de lana el cacharro.

—

Para que un eco fingiese
en un chasco proyectado,
don Juan La Hera à un criado
previno que repitiese
cada palabra que oyese
oculto tras de un vallado.
Reunidos en la pradera
los convidados por él,
gritó don Juan de la Hera:
estàs... ahí... Rafael...?
Aquí estoy; repuso aquel:
empieze usted cuando quiera.

—

Veinte gallegos cuitados
quejàronse en Miraflores
de que por dos malhechores
habian sido robados.
—Pero grandisimos bolos,
como dos hombres pudieron...
—Ah señor Juez! porque vieron
Que ibamos los veinte solos.

—

Porqué, Prudencio Becerra,
dijo cierto soberano
à un militar cortesano,
nunca habeis ido á la guerra?
Porque es tal á vos mi ley,
Señor, que asi Dios me asista,

sufrir no puedo à mi vista
los enemigos del rey.

—

Despiertan à un vizcaino
que roncaba à toda prueba,
dàndole la triste nueva
de que un infame asesino
à su padre en un camino
acaba de dar la muerte;
y responde de esta suerte
volviéndose al otro lado:
mucho seré desgraciado
mañana cuando despierte!

—

Agua bendita ofrecía
à Leonor un cortesano
que al cuello una cruz lucía,
y esclamó: mas bien querría
la sortija que la mano.
Tambien yo de mas valor
encuentro, por ser mas fino,
dijo agarrando Leonor
la cruz del comendador,
el cabestro, que el pollino

—

Un sujeto acaudalado,
sócio de una fuerte casa,
de su mujer doña Blasa
tuvo un hijo deseado.
Y habiéndole presentado
segun costumbre que habia,
la fé que firmar debia,
puso en ella distraido:
«Padre del recien nacido,
Marcos Alba y compañia.»

—

La senda de este repecho

ataja para Almaguer:
el que no sepa leer
siga el camino derecho.

—

Persiguiendo con enojo
à un criado que tenia,
de un golpe contra un cerrojo
saltóse don Luis el ojo
único con que veía.
Y esclamando con terror::
perdí el ojo, santo cielo!
contestóle Salvador:
no se ha perdido, señor,
que le estoy viendo en el suelo.

—

Pàgame el derecho luego
del vino de esa jarrilla
díjole un guarda à un labriego.
—Y si á pagarlo me niego?
—No lo entraràs en la villa,
—Pues no pagaré un comino
y lo entraré á tu despecho.
Mira: y bebiéndose el vino
el astuto campesino,
lo entró sin pagar derecho.

—

Qué hacias? dijo Beltran
à su sirviente Retaco:
—nada, señor.—Y tú, Paco?
—yo estaba ayudando à Juan.

—

A favor de una zanja, y al abrigo
de un denso matorral que la cubría,
Emboscó un capitan su compañia
à fin de sorprender al enemigo.
Diz que llevaba al parecer consigo
un labriego visoño todavia;

que en materia de guerra no podia
De otra cosa servir que de testigo.
La vanguardia enemiga verse deja;
Por azar, de un fusil vàsele el fuego
Y sintiendo à dos dedos de la oreja
Pasar la bala, el infeliz labriego,
Salió gritando apresuradamente:
¡Salvajes, no tirar, que hay aqui gente!

—

Don Juan de Abades y Hermida,
por burla ó por distraccion
miraba en cierta ocasion
á una vieja presumida.
—¿Por qué me mirais, Abades,
con ahinco tan marcado?
—Porque soy aficionado
á estudiar antigüedades.

—

En un parador ó venta,
à su dueño el tio Juan
pidió dos huevos el Rey
que volvia de cazar.
—Cuànto se os debe, buen hombre?
—Catorce duros, no mas.
—Mucho escasea ese género
cuando á tal precio lo dais.
—Lo que es de huevos, Señor
no hay escasez en verdad;
pero hay escasez de reyes
que vengan aqui à almorzar.

—

D. Luis Masa y Valledor
y don Bruno de Alvarado
se habian desafiado
por cierto lance de honor.
—De los dos amigo Masa,
ha de quedar aqui uno.

—Pues quedese usté, D. Bruno,
que yo me vuelvo á mi casa.

—

A un ladron que cierta noche
salió à robarle el dinero,
asomando el naranjero
por la ventana del coche,
Díjole D. Casimiro
dando al trabuco un revés:
¡aparta bestia! no ves
que puede salir el tiro.

—

Decia un gran trapalon:
ver al toro los ginetes
y salir como cohetes,
fué todo una misma accion.
Al saltar el malecon
cuatro vinieron al suelo;
por señas que à Don Marcelo
se le cayó el peluquin.
—Si no le gasta, Fermin.
—Pues bien: se le cayó el pelo.

—

Quejarse à veces solia
el asturiano Manuel
que en cierta casa servia,
de que toda fechuria
se le achacasen à él
Una vez que se anunció
el parto de la señora,
el buen Manuel esclamó:
si diràn tambien ahora
que tengo la culpa yo!

—

Quejàndose cierto dia
de la barriga Leonor,
contestóle don Melchor:

juntela usté con la mia.

—

—Quéjome à vos, señor juez,
de que el maestro Colaso,
ya venga ó no venga al caso,
dase à reir cada vez
que por su tienda yo paso.
—Pues yo tambien, señor mio,
me quejo de que Don Pio
esté sin cesar alerta
para pasar por mi puerta
cada vez que yo me rio.

—

Cierto ruidoso desliz
cuyo nombre no revelo,
al tiro de un aprendiz
lo comparaba mi abuelo;
porque apuntando hàcia el suelo
viene à dar en la nariz?

—

Un joven de sacedon,
solemnisimo avestruz
que habia visto en la cruz
estrenar una funcion,
dijo en cierta reunion:
Vaya una drama especial!
qué bién Luna se ha lucido!
—Vamos: y el verso que tal?
y respondió muy formal;
.....esta noche no ha salido.

—

A tendidas, Enriqueta,
la gran prisa y poca maña
con que has dado en ser coqueta,
eres como la Gaceta
que miente pero no engaña.

—

A un Gefe de policia
torpe y azas majadero,
preguntole el Rey un dia
si algo averiguado habia
del misterioso estrangero.
--Podeislo señor dudar?
con mi celoso interés
y mi astucia singular
he logrado averiguar....
que no se sabe quien es.

—

¡Quién hubiera presagiado
la muerte del buen Garrido,
à pesar de haber tenido
tres médicos à su lado!
No estraño, repuso Andrés,
que tal cosa sucediera:
¿cómo quereis que venciera
uno solo contra tres?

—

Necesario considero,
dijo un tronado elegante,
mandar poner al instante
otro forro à este sombrero.
Yo que cumplidos ahorro,
contestóle Peñalver,
juzgo debierais poner
otro sombrero à ese forro.

—

A sus amigos decia
cierto gefe ignoranton
de quien la destitucion
el rey decretado habia:
«Su magestad me ha elevado,
«si este decreto no miente,
«de liso y mero Intendente
«à Intendente exonerado.»

Un cortador se quejaba
de que no se consumía
la vaca que cada día
para el público mataba.
Eso pronto se remedia
contestó el alcalde Luna:
si no se despacha una
que solo se mate media.

—

La doncella Nicanora
que la antesala cruzaba
vió que un hombre se llevaba
cierto chal de su señora.
Y pidiéndole razon
con notable desenfado
de quien se lo habia dado
dijo al al astuto ladron.
es un riquisimo chal
que á la condesa he traido,
y que comprar no ha querido
porque ya tiene otro igual.

—

Decíale à un quinto Herrera:
ese terror importuno
que tu miedo te exajera,
lo tendràs la vez primera;
mas la siguiente ninguno.
Y el quinto le respondió:
pues bien: convencido yo
de tu observacion profunda
me batiré la segunda;
pero la primera no.

—

Cierto cura predícando
la ignorante condicion
de los hombres, al sermon
dió término preguntando

En tu ignorancia profunda
¿cual de vosotros podria
revelar de quien seria
esa calavera inmunda?
Yo padre contestó un loco.
tú, dices? repuso el cura:
tal vez tu inocencia pura
ilumine el Dios que invoco.
Revelanos, pues al punto
de quien fué la calavera.
Padre! con voz lastimera
dijo el loco: de un difunto!

—

Formando causa verbal
por un robo de dinero,
díjo al sarjento primero
el Ayudante fiscal.
Cuente usted bien los ochavos,
y preste mucha atencion
á cada declaracion
para ir atando cabos.
Señor, esclamó Merino,
soldado de escasa frente:
por Dios, tenga usted presente
que yo soy cabo interino.

—

Tengo mas vergüenza yo.
dijo à Luisa una ramera,
que toda tu casta entera;
y Luisa le respondió:
A tu vergüenza mi boca
dà la palma en esta lucha,
pues debe conservar mucha
quien ha gastado tan poca

—

Prefiriendo un oficial
à un amigo cierto dia

la prisa con que comia,
dijole en tono f rmal:
Cuando á entrar voy de faccion,
à mi asistente Luis Gil
mando cargar el fusil
con el pan y la racion.
De tal modo prevenido
me apunta à la boca! y luego,
dandole la voz de fuego,
dispara, y pum!! ya he comido.

—

En una tienda vacía
qué vendeis? preguntó Curro:
y el hombre que dentro habia,
picado de la ironía,
gritó ¡cabezas de burro!
Entonces el consabido
replicó: bien se demuestra
el lucro que habeis tenido;
pues que de todo el surtido
solo ha quedado la vuestra.

—

Riñendo una vez en un duelo
un andaluz fanfarron
y el castellano Marcelo,
cayó el andaluz al suelo
con una grave lesion.
Y habiendo querido en vano
ponerse de pié en seguida
dijo alargando la mano
levantame, castellano.
y te perdóno la vida.

—

Dijo el estudiante Moras:
mirad si aplicado soy:
de las veinte y cuatro estoy
sobre los libros diez horas.

Y era verdad segun fama;
porque diez horas dormia,
y arrinconados tenia
los libros bajo la cama.

—

Con don Salvador Sorroche
Diaz en lando paseaba;
y este que el tiro guiaba
hubo de bolcar el coche.
--Lo hice, Don Salvador.
como un solemne camueso.
--que dice usté? nada de eso:
que lo buelque otro mejor.

—

De otro modo.

Cierto asturiano cochero
de nombre tomó Sorroche,
dijo en tono lastimero:
este es el caso primero
de haber volcado yo un coche.
¿Porqué esclamó Don Guillen,
tomais tan gran pesadumbre?
lo habeis volcado tambien,
que parece, voto á quien,
que lo teneis de costumbre.

——

Tíreles usted, Quiros,
una granada real.
--No alcanza, mi general.
--Pues tíreles usted dos.

——

Con dos duros que junté,
dijo Faustino á don Luis,
hice un viaje à Paris
y con ellos regresé.
—Economia es à fé,

cuanta cabe viajando.
Iria usted mendigando
limosna por el camino.
Y replicóle Faustino:
pues no que la iria dando.

—

—¿Dos piojos dice usté?
no puede ser eso, Bruno;
y si acaso tengo alguno
casualidad es à fé.
—Pues digo, señor Abades,
y perdone la franqueza
que tiene usted la cabeza
llena de casualidades.

—

Diga usté à Don Jorge Llanos
que quiere verlo Rubí.
—A cuál de ellos? porque así
se llaman los dos hermanos.
—Al que llegó de Milan.
—Es que los dos han llegado.
—Al que està de ellos casado
—Es que uno y otro lo están.
Voto al chapiro, al cabron!
dijo airado el caballero.
y contestóle el portero:
es que ambos à dos lo son.

—

Ahi està el facultativo,
dijo Pedro; y Don Eloy
respondió: dile que estoy
enfermo y que no recibo.

—

Viendo desde su balcon
llevar un reo à la muerte,
dijo un sàbio de esta suerte
al condenado ladron:

Hoy por tu moderacion,
misero, al cadalso vas;
porque en el mundo en que estàs,
mal que les pese à los buenos,
al ladron que roba menos
ahorca el que roba mas.

—

Para un terno Inés Valiente
pidió à un loco le escribiera
tres números cualesquiera
que saliesen fijamente.
La pluma tomando aquel
tres número escribió;
hecho lo cual, se tragó
seguidamènte el papel.
—Es asunto concluido
volved mañana à estas horas,
y los números, señora,
fijamente habràn salido.

—

En una teatral funcion
de alegórico argumento
dijo el gracioso, un momento
antes de alzarse el telon:
No le es posible salir
à la doncella Salud
que hace el papel de virtud,
por que acaba de parir.

—

Un libertino que marido era
de Rufina, sin límites celosa,
Un cajon y una epistola amorosa
envió à su querida Baldomera.
Si à tu regreso junto à mi estuviera
dijo al criado, por azar, mi esposa,
La respuesta darasme de mi diosa
Cual recado de algun hombre fuera.

Volvió Pedro; y delante de Rufina
la razon el grandisimo pelmazo
dióle de esta manera peregrina.
Vuestro amigo el de calle de Suazo
que hoy mísmo estrenará la papalina,
y que sígue mejor de su embarazo.

—Puesto que sois vos y él
uno de otro copia fiel,
para no daros mal rato
sacaré vuestro retrato
copiando el de Don Miguel.
Corriente; en eso quedamos;
replicó don Juan Muñoz,
pero no olvide usted, Ramos,
que solo nos distingamos
en el metal de la voz.

Un sugeto à fray Rodrigo
confesóle el gran pecado
de que habia deseado
à la muger de un amigo.
—Y proseguís dando abrigo
a ese loco devaneo?
—Ya, padre, no la deseo,
contestóle el pecador;
porque, gracias al señor,
hace un mes que la poseo.

Doña Ruperta Castillo
que en toda conversacion
usaba de la espresion
«està usted?» por estrivillo,
Dijo un dia en la Merced
al confesor fray Eloy:
acúsome de que estoy
embarazada. «¿està usted?»

ROMANCES

CABALLERESCOS É HISTÓRICOS

SOBRE

Don Pedro el Cruel.

I.

Yo me estaba allà en Coimbra
Que yo me la hube ganado,
Cuando me vinieron cartas
Del rey don Pedro mi hermano
Que fuese à ver los torneos
Que à Sevilla se han armado.
Yo maestre sin ventura,
Yo maestre desdichado,
Tomarà trece de mula,
Veinte y cinco de caballo,
Todos con cadenas de oro
Y jubones de brocado:
Jornadas de quince dias
En ocho la habia andado,
A la pasada de un rio,
Pasàndole por el vado,
Cayó mi mula conmigo,
Perdí mi puñal dorado,
Ahogàraseme un page
De los mios mas privados,
Criado era en mi sala

Y de mi muy regalado.
Con todas estas desdichas
A Sevilla hube llegado,
A la puerta Macarena
Encontréme un ordenado,
Órdenado de evangelio,
Que misa no habia cantado:
--Manténgate Dios, maestre,
Maestre, bien seais llegado,
Hoy te ha nacido un hijo,
Hoy cumples veinte y un años.
Si te pluguiese, maestre,
Volvamos à baptizallo,
Que yo seria el padrino,
Tú, maestre, el ahijado.—
Allí hablàra el maestre.
Bien oireis lo que ha hablado:
—No me lo mandeis, señor,
Padre no querais mandallo,
Que voy à ver qué me quiere
El rey don Pedro mi hermano.—
Dí de espuelas á mi mula
En Sevilla me hube entrado;
De que no ví tela puesta
Ni ví caballero armado,
Partirme para el alcázar
Del rey don Pedro mi hermano.
En entrando por las puertas,
Las puertas me habian cerrado,
Quitáronmela la mi espada,
La que yo traia al lado,
Quitàronme mi compaña,
La que me habia acompañado.
Los mios de que esto vieron
De traicion me han avisado,
Que me saliese por fuera,
Que ellos me pondrian en salvo.

Yo como estaba sin culpa
De nada hube curado,
Fuíme para el aposento
Del rey don Pedro mi hermano:
--Manténgaos Dios, el buen rey
Y á todos de cabo á cabo.
--En mal hora vengais, maestre,
Maestre, mal seais llegado:
Nunca nos venís à ver
Sino una vez en el año,
Y esa que venís, maestre,
Es por fuerza ó por mandato.
Vuestra cabeza, maestre,
Mandada está en aguinaldo.
--¿Porqué es aqueso, buen rey?
Nunca hice desaguisado,
Ni os deje yo en la lid,
Ni con moros peleando.
--Venid acá, mís porteros;
Hàgase lo que he mandado.--
Aun no lo hubo bien dicho
La cabeza le han cortado:
A doña Maria de Padilla
En un plato la han enviado,
Que asi hablaba con ella
Cual si viva hubiera estado.
Las palabras que le dice
Desta suerte está hablando:
--Asi pagareis, traidor,
Lo de antaño y lo de ogaño,
Y el mal consejo que diste
Al rey don Pedro tu hermano.--
Asióla por los cabellos,
Echósela à un alano,
El alano es del maestre,
Púsola sobre un estrado,
Y à los ahullidos que daba

Atronó todo el palacio,
Allí demandàra el rey:
—¿Quién hace mal á ese alano.—
Allí respondieron todos
A los cuales ha pesado:
—Con la cabeza lo ha
Del maestre vuestro hermano.—
Allí hablarà una su tia
Que tia era de entrambos;
—¡Cuàn mal lo mirastes, rey!
Rey, ¡qué mal lo habeis mirado!
Por una mala muger
Habeis muerto un tal hermano.—
Aun no lo habia bien dicho,
Cuando ya le habia pesado.
Fuése para doña María,
Desta suerte le ha hablado:
—Prendedla, mis caballeros,
Ponédmela á buen recaudo,
Yo la daré tal castigo
Que á todos sea sonado.—
En cárceles muy oscuras
Allí la habia aprisionado;
El m`smo le dá à comer,
El mismo con la su mano:
No se la fia á ninguno
Sino á un page que ha criado.

—

Doña Blanca está en Sidonia
Contando su historia amarga:
A una dueña se la cuenta
Que en la prision la acompaña.
—De Borbon, dice, soy hija,
De Càrlos delfin cuñada,
Y el rey de la flor de liz

Pone en su escudo mis armas.
De Francia vino à Castilla,
¡Nunca dejara yo á Francia!
Y al tiempo que la dejé
El alma al cuerpo dejára.
Pero si pueden desdichas
Venir á ser heredadas,
Segun desgraciada soy,
Hija soy de la desgracia.
Caséme en Valladolid
Con don Pedro rey de España;
El semblante tiene hermoso,
Los hechos de tigre hircana.
Dióme el si no el corazon,
Alevosa es su palabra;
Rey que la palabra miente
¿Qué mal habrà que no haga?
Posesion tomé en la mano,
Mas no la tomé en el alma
Porque se la dió primero
A otra mas dichosa dama,
A una tal doña Maria
Que de Padilla se llama,
Y deja su mesma esposa
Por una manceba falsa.
Por consejo de los grandes
Le ví una vez en mi casa,
Ocho dias estuvo en ella
Cien mil ha que della falta.
Caséme en un dia aciago,
Martes fué por la mañana,
Y el miercoles enviudaron
El tálamo y la esperanza.
Dile una cinta á D. Pedro
De mil diamantes sembrada,
Pensando enlazar con ella
Lo que amor bastardo enlaza:

Entrególa á un hechicero
De la hebrea sangre ingrata,
Hizo parecer culebras
Las que eran prendas del alma
Y en este punto acabaron
La fortuna y mi esperanza.

III.

En un oscuro retrete
Adonde del sol los rayos
No llegan porque lo impiden
Las paredes del palacio,
Contemplando en sus desdichas
Está una Blanca que es blanco
Adonde tiran los tiros
Que arroja un rey inhumano.
Y entre las lóbregas redes
Que por balcones dorados
Le sirven á la que un tiempo
No hacia de balcones caso,
Con el eco que las voces
Le arrojan de cuando en cuando
Como si viviente fuera,
Así se está razonando:
—¡Que breves son los contentos!
Que ofrece à sus aliados
Aqueste mundo caduco
Todo de espinas cercado!
Los pesares, las tristezas,
Los males y los trabajos
¡Qué largos y qué sin fin
A quien lo ha esperimentado!
Ayer reinando me ví
Con gloria, pompa y estado,
Y hoy para que me consuele
Apenas tengo un vasallo.
Ayer el mundo era poco,

Y hoy le miro tan sobrado,
Que en este retrete oscuro
La muerte estoy aguardando.
Tragedia fué mi reinar,
Y asi reiné en el teatro;
Mas ya del reino desnuda
¿Porqué me entré en vestuario?
Moneda estimada he sido,
Y ya tan poquito valgo
Que soy blanca, que es moneda
De quien se hace menos caso.
Ya se marchitó mi flor,
Ya se volvió el lirio càrdeno,
Porque el sol del rey me ha herido
Con sus muy ardientes rayos.

IV.

Doña Maria Padilla,
No os mostreis tan triste vos,
Que si me casé dos veces
Hícelo por vuestra pro,
Y por hacer menosprecio
À esa Blanca de Borbon,
Que à Medinasidonia envió
À que me labre un perdon,
Será el color de su sangre,
De làgrimas la labor.
Tal perdon, doña Maria,
Yo lo haré hacer para vos.
Llamó luego à Iñigo Ortiz,
Un escelente varon,
Díjole fuese à Medina
A dar fin à tal labor.
Respondiera Iñigo Portiz:
—Aquesto no lo haré yo,
Que quien mata à su señora
Face aleve á su señor.—

El rey daquesto enojado
A su cámara se entró
Y à un ballestero de maza
El rey su ordenanza dió.
Aqueste vino á la reina
Y hallóla en oracion.
Cuando vido al ballestero
La su triste muerte vió.
Aquel le dijo:—Señora,
El rey acá me envió
A que ordeneis vuestra alma
Con aquel que la crió,
Que vuestra hora es llegada,
No puedo alargalla yo.
—Amigo, dijo la reina,
Mi muerte os perdono yo:
Si el rey mi señor lo manda
Hàgase lo que ordenó.
Confesion no se me niegue,
Porque pida á Dios perdon.—
Con lagrimas y gemidos
Al macero enterneció,
Y con voz flaca, temblando
Esto à decir comenzó:
—¡O Francia, mi noble tierra!
¡O mi sangre de Borbon!
Hoy cumplo dezisiete años
Y en los deziocho voy;
El rey no me ha conocido
Con las virjenes me voy.
Castilla, di, ¿que te hice?
Yo no te hice traicion,
Las coronas que me diste
De sangre y suspiros son
Mas otra terné en el cielo
Que serà de mas valor.—
Y dichas estas palabras

El macero la hirió:
Los sesos de su cabeza
Por la sala los sembró.

V.

Dia fué muy aciago,
¡Ay, que el alma me lo daba!
Cuando partí de mi reino
Y del Alhambra mi casa
Con trecientos de mis moros;
Todos eran de mi guarda
Y entre ellos uno escogido
Que don Enriz se llamaba:
Hijo es de Ozmin el bravo,
Muy aventajada lanza,
El que prendió à los infantes
En la vega de Granada.
Yo tomé todas mis joyas
Para al rey don Pedro dallas,
Y llegando á una villa
Que Veana se nombraba,
Y à Gutierre de Toledo
En ella me encomendàra:
Roguéle que me llevase
Donde el rey don Pedro estaba:
Al prior le plació dello
Y al rey me presentàra,
Dijo:— Dios te salve, el rey,
Y ensalce corona y fama;
Yo me pongo en la tu mano,
Ruegóte que ella me vala,
Que mi hermano Mahomad
Se me ha entrado por Granada.
Si tú me vales, el rey,
Siempre yo te daré parias
Respondiòle el rey don Pedro,
Mostràndole alegre cara:

—Seais bien venido, rey,
Reposad en la mi casa,
Que la ayuda que es posible
Jamàs os serà negada —
Mandàronme aposentar
En una buena posada;
Don García de Toledo
A cenar me convidàra.
Estando con él comiendo
Entró mucha gente armada
A mí y à mis caballeros,
Los que estaban à la tabla,
Nos prenden con desmesura
Y las joyas nos quitaban.
A mí y á todos los mios
Meten en la Taranaza,
Y luego dende à dos dias
Un martes en la mañana,
Sacaróame sobre un asno
Con mi ropa de escarlata
A un campo que se decía
El campo de la Tablada
Allí vino el rey don Pedro
En un caballo, con lanza
Treinta y siete buenos moros
Que vinieron de Granada
Hizo luego hacer pedazos,
A ninguno perdonàra,
Y llegando al rey Bermejo
Dióle una mortal lanzada,
Diciendo:—Toma alevoso.
Que jamàs se me olvidàra
Que hice una pleitesía
Con el rey de Aragon mala
Por ti, do perdí el castillo
De Ariza y su comarca.—
Respondierale el rey moro

En su lengua estas palabras:
—Rey D. Pedro, rey don Pedro,
Hecho has corta cabalgada.

VI

Mahomad rey de Granada,
A Sevilla habia llegado
Con cincuenta caballeros
Que lo venian guardando:
Muchas joyas trae el moro
Para ese rey castellano:
Don Pedro era el cruel
El que tenia el reinado.
Viénele à pedir ayuda
Que el rey se la habia mandado,
Que tiene guerra con moros,
De él quiere ser ayudado.
Mandàralo el rey prender,
Llévanlo muy maltratado,
Tomóle lo que traia
Y à Tablada lo han llevado,
Donde al rey moro y los suyos
A las cañas han jugado:
El rey como es tan cruel
De crueldad habia usado;
Tiróle al moro una lanza
Él propio con la su mano,
Pasóle de parte à parte,
Lo que à rey no era dado
El rey moro en alta voz
En aràbigo ha hablado,
Dijo:—¿Óh que torpe triunfo,
Rey Pedro, habeisos ganado
En matar á mi sin causa
Con sed que te habia cegado
De mi sangre y mis tesoros,

Que tu me habias tomado!--
Tambien matarà á los suyos
Que ninguno habia dejado,
Todos mueren à las cañas:
Que el rey lo habia mandado.

VII

Los fieros cuerpos revueltos
Entre los robustos brazos
Estan el cruel don Pedro
Y don Enrique su hermano.
No son abrazos de amor
Los que los dos se estan dando,
Que el uno tiene una daga
Y otro un puñal acerado,
El rey tiene à Enrique estrecho
Y Enrique al rey apretado,
Uno en cólera encendido,
Y otro de ràbia abrasado;
Y en aquesta fiera lucha
Solo un test go se ha hallado,
Page de espada de Enrique
Que de afuera mira el caso.
Despues de luchar vencidos,
¡O suceso desgiaciado!
Ambos vinieron al sue'o,
Y Enrique cayó debajo.
Viendo el page à su señora
En tan peligroso caso,
Por detras al rey se allega
Reciamente de él tirando.
Diciendo:— No quito rey
Ni pongo rey de mi mano,
Pero hago lo que debo
Al oficio de criado.—
Y dió con el rey de espaldas

Y Enrique vino á loalto
Hiriendo con un puñal
En el pecho del rey falso.
Donde á vueltas de la sangre,
El vital hilo cortando,
Salió el alma mas cruel
Que vívió en pecho cristiano.

VIII

A los pies de don Enrique
Yace muerto el rey don Pedro.
Mas que por su valentía
Por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
El pié le puso en el cuello,
Que aun allí no està seguro
De aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos.
Y de tal suerte riñeron
Que fuera Caìn el vivo
A no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos
A compasion y contento
Mezclados unos con otros
Corren a ver el suceso:
Y los de Enrique,
Cantan, repican y gritan
Viva Enrique; y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su rey muerto.
Unos dicen que fué justo,
Otros dicen que mal hecho,
Que el rey no es cruel si nace
En tiempo que importa serlo.
Y que no es razon que el vulgo
Con el rey entre á consejo

A ver si casos tan graves
Han sido bien ó mal hechos;
Y que los yerros de amor
Son tan dorados y bellos
Cuanto la hermosa Padilla
Ha quedado por ejemplo,
Que nadie verà sus ojos
Que no tenga al rey por cuerdo,
Mientras como otro Rodrigo
No puso fuego à su reino.
Y los de Enrique, etc.
Los que con ànimos viles
O por lisonja ó por miedo,
Siendo del bando vencido
Al vencedor siguen luego,
Valiente llaman à Enrique,
Y à Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto
La tragedia del maestre,
La muerte del hijo tierno.
La prision de doña Blanca.
Sirven de infame proceso,
Algunos pocos leales
Dan voces pidiendo al cielo
Justicia, pidiendo al rey.
Y mientras que dicen esto
Los de Enrique, etc.
Llora la hermosa Padilla
El desdichado suceso,
Como esclava del rey vivo
Y como viuda del muerto.
¡Ay Pedro! que muerte infame
Te han dado malos consejos,
Confianzas engañosas,
Y atrevidos pensamientos.
Salió corriendo á la tienda

Y vió con triste silencio
Llevar cubierto su esposo
De sangre y de paños negros,
Y que en otra parte à Enrique
Le dan con aplauso el cetro:
Campanas tocan los unos,
Y los otros instrumentos:
Y los de Enrique, etc,
Como acrecienta el dolor
La envidia del bien ageno,
Y el ver à los enemigos
Con favorable suceso,
Asi la triste señora
Llora y se deshace viendo
Cubierto à Pedro de sangre,
Y à Enrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano,
Sin tener culpa el cabello,
Y mezclando perlas y oro
De oro y perlas cubrió el cuello:
Quiso decir *Pedro*, à voces,
Villanos, vive en mi pecho;
Mas poco le aprovechó,
Y mientras lo està diciendo,
Los de Enrique, etc,
Rasgó las tocas mostrando
El blanco pecho en cubierto,
Como si fuera cristal
Por donde se viera Pedro:
No la vieron los contrarios
Y violà envidioso el cielo,
De ver en tan poca nieve
Un elemento de fuego.
Desmayóse ya vencida
Del poderoso tormento,
Cubriendo los bellos ojos
Muerte, amor, silencio y sueño,

Entre tanto el campo todo
Aquí y allí van corriendo
Vencedores y vencidos,
Soldados y caballeros:
Y los de Enrique
Cantan, repican y gritan
Viva Enrique; y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su rey muerto.

ANÓNIMO.

LA INOCENCIA

á Anita, de cinco años.

En su capullo encerradas
duermen las modestas flores
sin sufrir por recatadas
de las abejas jaspeadas
los aguijones roedores.

Mas luego que en el vergel
abren su càliz de fuego,
la abeja se clava en él,
y la flor pierde su miel
para perderse ella luego.

En el vergel de la vida
tú tambien, niña querida,
sin riesgo puedes domir,
que nadie te puede herir

en tu candor guarecida.

Y en tanto que la maldad
y la doblez y el orgullo
infestan la sociedad,
tú te abrigas con tu edad
cual la flor con su capullo.

¡Dichosa tú, niña hermosa,
que entre las farsas y engaños
de esta sociedad mohosa.
tienes para ser dichosa
un corazon de cinco años!

Sin desengaño austero
que rasgue el disfraz del mundo.
hasta juzgas verdadero
el llanto del heredero
à los pies del moribundo.

Esperanzas mil y mil
te sonrien sin cesar;
son las flores de tu abril
que juntas van á formar
de tu inocencia un pensil.

¡Oh! ¡quién esa fé tuviera,
esa ilusion, esa nube.
que te remonta à otra esfera,
do solo engañado sube
el inocente que espera!

En mis sueños de alhelí
tambien, cual tu ves, yo vi
un gran porvenir que avanza,
sin saber que un *no* ó un *si*
puede matar la esperanza.

Tambien, cual yo ví veràs
un porvenir à lo lejos;
se acercarà mas y mas.
te bañaràn sus reflejos....
y nunca lo alcanzaràs.

Y cansada de esperar,
de ver que es fantasma vana
la que te viene á alhagar.
no te podràs engañar
con los goces de mañana.

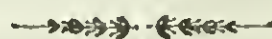
Que mañanas de pesares
con monótono desliz,
cual las olas en los mares
veràs llegar à millares,
sin hallar una feliz.

En esta tierra aterida
suplica al cielo, querida,
que tu tierna edad dilate,
y que solo te arrebate
la inocencia con la vida.

Que al menos si place al cielo
negarte felicidad
en esta tierra de yelo,
te deje corrido el velo
con que cubre esta verdad.

RIBOT.

MI CASA.



Composicion dedicada á mi amigo D. Manuel Juan Diana.

Juan, yo vivo, á fe de Juan,
Qué Juan me llamo tambien.
En el portal de belen
Y en la manzana de Adan.

Y por si aun hay mamarrachos
Que desconozcan la ruta,
Calle de àrboles sin fruta.
Y casa de vacas machos.

Como el andar por el suelo
Es tan bajo y terrenal
Vivo en cuarto principal
Esto es, bajando del Cielo.

Húmeda obscura y en falso
Una escalera se ofrece
Que en lo estrecha me parece
La escalera del cadalso:

De alta desafia al sol
Su construccion á la moda,
No será de concha toda,
Pero si de caracol,

Los pasos no estan escasos
Tan malos à la verdad
Que sin ser mi voluntad
Ando siempre en malos pasos.

Aunque la razon me tasa
La estension de este capítulo.
Pues debo, segun el titulo,
Circunscribirme à mi casa:

Perdone la brevedad
Mi flujo de describir;
Porque antes quiero decir
Algo de la vecindad.

Tengo para mas trabajo
Dos cuartos bajos, y os digo
Que muy de veras maldigo
Los pícaros cuartos bajos.

No pudo el hado severo
Darme tormento mayor
Que en el uno un herrador
Y en el otro un cerrajero.

Por que los oigo ¡caramba!
Mientras sudo en una copla
El uno, sopla que sopla,
Y el otro, zumba que tamba.

Responden al retintin
En el cuarto principal
Donde vive un infernal
Maestro de violin.

Es inteligente y diestro,
Hace los trinos jugando;

Mas de rabia estoy trinando
Con los trinos del maestro:

Y aunque aturde los oidos
El reñirle no esta bien:
Pues al cabo su sosten
Se le dan los sostenidos.

Del segundo es mi vecino
Una viuda, y desafio
A que lo es del Monte Pio,
Pues parece una sardina.

Tiene cargadas, de espaldas,
Dos hijas y ambas á dos
Tan feas que, vive Dios,
Parecen grajos con faldas

No sé quien cose ó quien borda,
Sé que el sufrimiento apuran.
Pues como solo procuran
Engañar al sursum-corda

A todos tienen tan hartos
Cànticos, bailes y truenos
Que ellas solas hacen buenos
A los de los otros cuartos,

Pero no mas digresion,
Vamos à cosas mas ciertas
Que ya estamos à las puertas
De mi humilde habitacion

En las cuales bien se advierte
Que no debemos parar,
Porque en ellas es estar
A las puertas de la muerte.

Entrad y salga quien salga
Que el *cuarto* que veis al paso
No està por Dios tan escaso
Que *dos ochavos* no valga.

Y el que juzgue mi aposento
Estremadamente malo
Que me lleve algun regalo
Tendrà buen *recibimiento*.

Lo que es la cocina, peco
Si se la llego á ofrecer,
Porque la puede esconder
En el bolso del chaleco.

Hablando con rigorismo,
Constituyen la espetera
Un cucharon de madera
Y un tenedor de lo mismo.

Solo mueble servidor
A quien con fatigas baldo,
Porque en mi casa hasta el caldo
Se come con tenedor.

Un almirez quiere en vano
Disimular que es de cobre;
Y està manco, pues el pobre
No tiene mas que una mano.

Tengo una cazuela sola,
Un puchero hecho pedazos,
Un fogon sin fogonazos
Con chimenea española.

Y harto de verla me pesa
Os lo juro por el sol,

Que aunque soy muy español.
Mas la quisiera francesa.

Tambien hay un cuarto al lado
Que nada acierto à decirle,
Y escusado es describirle,
Por ser él muy *escusado.*

Mas de mi pobre morada,
Si bien en ello se piensa,
Lo mas limpio es la despensa,
Como que dentro no hay nada.

Acaso es dura esta soba,
Sin duda es loco mi empeño;
Pero por si causa sueño
Zapémonos en la alcoba.

La cama no està colgada
Que aunque haya mas de sufrir
Antes que *ahorcada* morir
Quiere morir *arrastrada.*

Jergon no le ví jamàs,
Por colchon hay cualquier cosa,
Por almohada una baldosa,
Y una sábana no mas:

Con unos ojos que espanta,
Tan màrtir de noche y dia,
Que mas que sàbana mia
Parece sàbana santa.

Para castigo de malos
Se hizo la manta fatal,
Pues mas que la manta tal
Vale una manta de palos.

Las vidrieras como soy
Yo mismo las he forjado
De cristal elaborado
En las fábricas de *Alcoy*.

Hay cortinas con florones
Que adornàndolas estàn:
Grandes rasgos no tendràn
Pero si grandes rasgones.

Aunque siempre voy con gala
Desde la cama á la mesa
Aqui pasar me interesa
Desde la alcoba á la sala.

Y no porque me deleita
Cuanto encierra, nada de eso,
La pintura es puro yeso
Y las alfombras de pleita,

Y cuanto hallemos al paso
Tan trabucado se topa
Que tiene el cielo de estopa
En lugar de cielo raso.

Hay un candil, mueble vil,
Colgado en un agugero
Tan ondo que el mundo entero
Puede arder en mi candil.

Y una ventana cercana
Tan grande sobremanera,
Que puedo echar cuando quiera
La casa por la ventana.

No es la tapia de alabastro;
Pero està llena à fe mia

De cuadros, de pedreria
Por no decir que del **Rastro**,

Herrera està con esplin
A Churriguera escupiendo,
Y Calderon sacudiendo
Cachetes á Moratin.

Hay una Vírgen de palo
Pendiente de un hilo agudo,
Y pegada con engrudo
La vida del hombre malo.

Un cristo de oja de lata,
Que harto me dà que sentir;
Pues bien quisiera decir:
Ojo al cristo que es de plata.

Pero el grupo nunca visto
En tal paupérrimo enjambre,
Es junto el cuadro del hambre
La cena de Jesucristo.

Y de esta alhaja tan buena
No me desharé en la vida,
Pues si nos falta comida
Justo es que tengamos cena.

Mi desgracia ó mi fortuna
Entre tanto mueble viejo
Me dió tambien un espejo
Anochecido y *sin luna.*

Cóncabo està como un barco
Y no es de *Artú* la invencion
Ni de *Tulio Ciceron*
Pues se olvidaron del *Marco.*

Està roto, y lo prefiero
Que asi presenta, no es broma,
Dos cuerpos à quien se asoma,
Que es mas que de cuerpo entero.

Por los vientos azotado
Tan tímido y singular,
Que no hace mas que temblar
Y eso que no està *azogado.*

Por detras de este embeleco
Hay papeles, papeletas,
Calendarios y targetas
Una bula y no de Meco.

Y aun los billetes atranco
Del Instituto y Museo
Que aunque alhagan mi deseo
Mas los quisiera de Banco.

Hay una mesa despues
Tullida, de media anqueta,
Y una silla de banqueta
Con dos brazos y tres pies.

Tengo para distraccion
Papel, regla, lapicero,
Y un asombroso tintero
Fabricado en Alcorcon.

Tan mísero y desgraciado
En este mundo maldito:
Que sin maldito delito
Le tengo siempre *emplumado.*

Y aunque à tales aflicciones
La miseria le redujo

Pudo tener gran influjo
En la cuestion de *algodones*.

La tinta es agua y no pinta,
Y asi tan raro producto
Le sabreis por buen conducto
Pero no de *buena tinta*.

–

Puedo pintaros si quiero
Mas de lo que queda atras:
Pero todo lo demas
Me lo dejo en el tintero.

J. M. VILLERGAS.

MUERA MARTA Y MUERA HARTA



CUENTO.

I.

El año no se cuantos (algo estraña
serà la cita, pero si no yerro,
Y hago mas tolerable la patraña
Que tan sin gracia en relatar me encierro)
En la primera capital de España,

Y en el primer portal, calle del Perro.
Vivia con su hija Segismunda
La señora mayor doña Facunda.

Niña era aquella digna de la palma;
Tierna edad, pelo negro, blanca mano.
Capaz de à un muerto arrebatar la calma,
Era de esos remedios que inhumano
Para eternal condenacion del alma
Me receta el doctor cuando estoy sano.
Robaba con mirar los corazones
Y con hablar sacaba los doblones.

Si no miente la historia era de fijo
Matusalen del siglo la segunda,
Roma, enana, de talle tan prolijo
Que era mas que muger, tambor con funda.
Era un bombo, era un càntaro, un botijo;
Y por fin era tal doña Facunda
Que por el corpachon si mal no encaja
Pudiérase llamar doña Tenaja.

Un tal cual amueblado gabinete
Tiene Doña Facunda à mucha gala,
Que á un lado da á la alcoba y al retrete
Y linda por el otro con la sala:
Mas basta no se diga que es juguete
Viendo cuanto mi pluma se resbala,
Y á mas que en narracion tan peregrina
No hace falta el fogon ni la cocina.

Ni alcoba, corredor, recibimiento,
Retrete ó sala al caso necesito:
Ni la despensa en fin, ni otro aposento
Claro ú oscuro, grande ó pequeñito,
Para la inteligencia de mi cuento
A la imaginacion importa un pito;

Por lo cual es preciso se sugete
Solamente à acechar el gabinete.

Cerca de la vidriera fiel suspira,
Cose y mira la niña á la otra acera.
El coser y el mirar se que os admira;
Mas no entro en discusion, crea cualquiera
Que ni mira ni cose ó cose y mira,
Segismunda pegada á la vidriera,
Y que está en el sofà sobre una funda
Roncando sin dormir doña Facunda.

Se oyó una tos hàcia la calle, bronca,
Y Segismunda sin pueriles miedos
Pues ronca su mamà, casi destronca
La vidriera arrimando cuatro dedos.
Mamá que hace que ronca, mas no ronca,
Dijo al ver la señal; me da tres bledos,
Y aun roncando añadió con doble ahinco
No saldras hija mia hasta las cinco.

Sobre las tres y media apuntaria
La muerta mano, inmovil, importuna,
De un próximo reló, cuando queria
Segismunda corrieran, no una á una
Sino à pares las horas, no entendia
Que en sabiendo el reló que la fortuna
Al alma de pesares desagravia
El maldito de Dios corre que rabia.

Mas cuando al alma tiene fatigada
Tristes recuerdos de dolor profundos,
O se espera de instantes la llegada
En gloria amor ó bienestar fecundos
Suele marcar la péndola pausada
Eras de golpe á golpe por segundos;
Y esto no lo tengais por cosas nimias

Pues hay eras que pasan de vendimias.

Con esa calma que juzgarse debe
Medio círculo anduvo el minutero
Para Doña Facunda un soplo breve,
Para la Segismunda un año entero.
«Las cuatro son mamà, que se la lleve
A paseo el doctor manda severo»
Dijo, y la madre al escuchar su pico
Abrió los ojos y arrugó el hocico.

A las cinco saldré, la vieja ardilla
Fiera repuso ¡proceder ingrato
Para quien en zozobras se acribilla!
Oyó la Segismunda el desacato
Y asomó un lagrimon à su mejilla
Que corrió resbalando hasta el zapato
Y la madre saltó con aire jaque
¿Tienes hija querida algun achaque?

—No por cierto.—Sı tal, no tengo duda
Serà algun quebradero de cabeza;
Es que esta sociedad es peliaguda
Creo que amor en el bautismo empieza.
Cuando yo era soltera Dios y ayuda
Necesitaba el diablo en su fiereza
Para tentarnos, era mucho orgullo.
Y dijo una verdad de Pero Grullo.

—Dime lo que te duele.—Nada, nada
—Por tu semblante tu afliccion colijo.
—Es que tengo de estar tan encerrada
Unas ànsias aqui en el entresijo.....
—«En mi tiempo fue cosa desusada
Tan rara enfermedad» la madre dijo;
«Cosas mas hondas eran nuestro orgullo.»
Y dijo otra verdad de Pero Grullo.

Cambió luego de tono, convencida
De arrancar el secreto de este modo,
Levantó la cabeza adormecida
Y cargó todo el cuerpo sobre el codo;
Vamos, repuso afable hija querida
Pues soy tu madre, cuéntamelo todo.
Tu bien me importa, sábelo el eterno.
¿Quieres hacerme abuela, ó darme yerno?

La Segismunda à quien tan duro rato
Tiene sobremanera displicente
Cobrando fuerzas al acento grato
De la madre, jamàs tan complaciente,
«Mamà, dijo con timido recato,
En cuanto à lo del yerno es evidente,
De lo demás, con tales evidencías
Puede Vd. inferir las consecuencias.

Un jóven por quien hoy vivo penando
Me habló de amor, me dice soy hermosa,
Que por mí el infeliz està rabiando,
Que arde su corazon, y tanta cosa
De no dormir, de estar siempre rondando,
Que fué à lo sumo condicion forzosa
Dar de mi autoridad buenos indicios
Recompensando su hoja de servicios.

Justamente premiado ha sido el mozo
Saltó la madre ufana al instante;
Mas quien tal hoja tiene que es tu gozo
¿Fué meritorio síempre, ó es cesante?
Todo mi gozo se cayó en un pozo
Dijo la chica y añadió... no obstante
Yo le perdonaré cualquier pecado
Con tal de que no sea jubilado.

—Y has hablado con él?—Un solo dia

—¿Cómo se llama, dí, por Sta. Eulójia?
—D. Evaristo Ortega, madre mia
Jóven bello sin par.—¡Cuánto le elojia!
¿Y que estudia?--No se si teologia.
--¿Cómo?-No, ya me acuerdo, Phatológia
--¿Te respeta y no falta en un tilde!
--Como que me tutea, es muy humilde.

Y hemos trocado pelo, vivaracha
Dijo la chica en tono zalamero.
Dejó la madre su tumbona facha
¡Pelo! esclamando con semblante austero,
Miró con gran cuidado à la muchacha
Por si hallaba señal de mal agüero
Pues sabia muy bien que en casos tales
Suelen ir juntos pelos y señales.

¿Hija que has hecho?--Si me lo ha exigido
--Me gusta la exigencia ¡qué canario!
--Es necesario, madre, está admitido
Lo demas es capricho estrafalario.--
Yo tambien, franco soy, he presumido
Que el pelo es en mi cuento necesario
Y siendo necesario no consiento
Que deje de tener pelos el cuento.

Luego dijo mamà: yo me consumo
Cuydado que el honor me comprometas,
El tal D. Evaristo es al lo sumo
Un picaron pues ando en tales tretas.
¿Como? saltó la niña, antes presumo
Que debe de tener muchas pesetas.
¿Si? respondió mamà, pues està vísto
Que es un santo varon D. Evaristo.

De cuanto llevo dicho ya no hay nada,
Lijera le injurié ¡cuànto me pesa!

Hàblale sin temor y si te agrada,
Tràele à mi casa, siéntale á mi mesa:
Dàmele à conocer, hija adorada,
Dàmele à conocer que me interesa:
Quiero su amiga ser, hacerle un mimo,
Llamarle yerno y sobre todo primo.

--

Dejó de hablar aqui Doña Facunda,
Vistióse muy contenta y muy afable:
Recogió la costura Segismunda
Con una prontitud inimitable;
Se agarraron del brazo con profunda
Satisfaccion, con gozo inesplicable,
Y tomaron ansiosas de trabajo
Con gran silencio la escalera abajo.

II.

Por llegar à paseo las primeras
Bien quisieran volverse golondrinas
Hija y madre, que marchan muy de veras,
Sin reparar en gentes ni en bolinas
Cruzando arroyos y trocando aceras
Volviendo calles, revolviendo esquinas
Y corriendo y sudando à todo trapo
Con la cabal velocidad de sapo.

Tras ellas emboscado en su capote
Va un hombre recatado y macilento,
Que en todo las imita el monigote

Si à paso lento van, vá à paso lento,
Cuando las ve trotar, camina al trote,
Y en fin, tambien las sigue el movimiento
Que parece en sus idas y venidas
La sombra de hija y madre refundidas.

Debe saber cualquiera ó inferírlo
Que el hombre que las sigue y nunca llega
Es Evarísto Ortega, y referírlo
Por eso està demas, nadie lo niega:
Pero nadie sabrà sin yo decirlo
Mas circunstancias de Evaristo Ortega;
Por eso los que ya le conocemos
Diremos *C* por *B* lo que sabemos..

Es un calaberon que Dios consiente,
Pues no debe decirse que Dios guarde;
Coco de los maridos, imprudente,
Terror de las doncellas por quien arde:
Con los hombres cobardes muy valiente,
Con los que son valientes muy cobarde;
Fogoso cual ninguno en sus pasiones
Y de las mas perversas intenciones.

Que se pasa las noches y los dias
Mintiendo no diré, pero engañando:
Que merced al dinero y sus porfias
Y su labia infernal, se està jactando
De consumado haber cien fechorias,
Y cuando tras la chica està mostrando
Una tenacidad tan importuna
Tal vez tramando va, la ciento y una.

Y no falta en la corte quien presume
Que tiene pacto el tal con el Demonio
Y si sus picardias reasume
No ha de incurrir en falso testimonio.

Yo sin que se las cuente ó se las sume
Lo creo aunque me traten de bolonio,
Y aunque para las gentes mas cartujas
Ha pasado ya el tiempo de las brujas.

Volvió la cara al ruido que notaba
Segismunda, y halló su chico rojo,
Y como vió que un ojo la guiñaba
Ella le contestó guiñando otro ojo.
Y luego haciendo gestos le indicaba
Que era llegado el tiempo del arrojo
Asi como quien dice sin cuidado
«Fuera temores, éntrala Corchado.»

Llegose él, que era osado en cuanto cabe
Y dijo "abuela, como vd, no ignora,
Quien no se alaba ya, no hay quien le alabe,
Por eso yo me alabo desde ahora.
Que guapo mozo soy harto se sabe
Y en fin, cuando la digo à vd. señora
Que soy un ciudadano muy cumplido,
Mire vd. si estaré bien convencido.»

¿Y á qué esa inútil gerigonza? airada
La vieja respondió como indigesta.
¿Inútil? dijo Ortega ¡qué bobada!
Se lo voy à decir nada me cuesta,
Sin andarme en repulgos de empanada;
Para que vea vd, que aunque molesta
La digresion que sus orejas tronza,
Nada tiene de inútil gerigonza,

Se que su hija de vd. su amor me apoda
Ella me hace tilí, me pone ciego,
Conque hoy tronamos ó mañana hay boda,
O que arda Troya, ó apagar el fuego.
Dígame vd. desde hoy, «no me acomoda,»

O sírvase mandar que desde luego
Preparen à mi amor triunfales arcos
En la gran cofradia de San Marcos.

Aaaaah! dijo la mamà: Oh!/! dijo el novio
—¿Conque es vd...?-Yo soy, nada me alegra
Dijeron para si: ella «¿es muy obvio
Que su suegra he de ser? ¡fortuna negra!»
Y él: «¡Mi suegra esta tia! ¿No es oprobio
Tener un hombre este baul por suegra?
Mas en paz, que el reñir es desatino,
Pian pian siguieron su camino.

Ya la calle del Càrmen concluida
Casi llevaban; pero vió al descuido
Un café la mamà y asi en seguida
Dijo «qué mala estoy, me dà un vaido,
Este flato me va à quitar la vida,
Curadme el flato por Dios lo pido»
Y entraron todos á curar el flato
En la taberna de Gaspar Amato (1).

Pida vd. Segismunda, dijo Ortega
—¿Yo? naranja del tiempo ¿y vd. madre?
—A mi cosa del tiempo no me pega
Sino helado, aunque el pecho me taladre.
Toma helado que el novio te lo ruega
—No estrañe vd. mamá que no me cuadre,
Porque con este tiempo tan impio
Aun de mentarlo siento escalofrio

Y respondió la madre ¡que respetes
Tanto la frialdad! ¡Vaya un respeto!

(1) Taberna llamo á este café y es por antifrasis; pues sabe cualquiera que lo mas delicado, lo mas limpio, lo mas relamido y lo mas soplado de la corte es el café de Gaspar Amato.

Para que se resfrien mis molletes
Necesito que el cuerpo esté repleto
De un diluvio de horchata y de sorbetes,
Y dijo Ortega para su coleto:
¿De horchata y de sorbetes un diluvio?
Vaya que esta muger es un Vesubio.

¡Mozo Ortega gritó medio perplejo
De ver mofarse el mozo á la sordina,
Que son muy mal mandados y no dejo
Lo causa de estrañar que nadie atina,
Parecen todos jueces de un consejo
De subordinacion y disciplina....
Vino el mozo por fin refunfuñando
Y dijo ¿que ha de ser? ¡pronto, volando¡

Aunque gastan Ortega está conforme
Con la grata ocasion de hacer caricias
A su prenda, la suma mas enorme
Pagarà por gozar tales delicias.
Debió de ser el gasto muy disforme,
Porque si son exactas mis noticias
Tuvieron que venir para la vieja
Tres mozos cada cual con su bandeja.

Bebe la vieja que por no mirarla
Bien quisieran los dos volver la grupa;
La tarea no es cosa de dejarla
Yasi no es de temer que alguno escupa.
Los amantes charla que te charla,
Doña Facunda chupa que te chupa:
Ellos erre que erre atolondrados,
Y ella dale que dale á sus helados.

Mucho me temo que la vieja lleve
Concentrado el calor de todo el orbe
Pues aunque lo que toma es pura nieve

Presúmese que hierve, y sopla y sorbe.
El soplar y el sorber se que os embebe,
Que por estraño la atencion absorbe
Pero ¿hay copla ó no la hay? si ha de haber copla
Es forzoso decir que sorbe y sopla.

Luego al ir á pagar si mal no entiendo
Sin dinero se halló D. Evaristo
A parte llamó un mozo que creyendo
Recompensado ser corrió muy listo
«Esto me pasa amigo ¡trance horrendo!
Dijo Ortega «perdóneme por Cristo
Que voy á casa y vuelvo diré poco,
En lo que se persigna un cura loco.

No puede ser, le respondió el tunante
Necesito una prenda ó el dinero.
«Pero si voy y vuelvo en el instante
Contestó el apurado caballero,
Y el mozo respondió con mal semblante
Usted tendrà razon, lo considero
Pero no me convencen sus razones
Tiene usted que dejar los pantalones.

«¿Los pantalones hombre? pierdo el seso
—Si-¿Quiere vd. el fràc?-No- Suerte impia!
¿Y el chaleco y el fraque? Nada de eso.
—Hombre ya que aburrirme es su mania
Le dejaré el capote aunque es esceso.-
Y à sus súplicas vanas repetia
El mozo con perversas intenciones:
«No señor, han de ser los pantalones.»

Quiso Ortega escapar; pero el maldito
Mozo, llama à otros dos, la turba llega;
Todos tienen zapatos de corinto
Y cada cual un puntillon le pega:

Y llorando su suerte à voz en grito
Tuvo por fin el desdichado Ortega
Cediendo á tan horribles puntillones
Que aflojar y tres mas los pantalones.

Y en su cabeza urdiendo algun embuste
Salió con el capote arrebujado
Diciendo, «me engañaba en el ajuste,
Cuando gusten vds. ya he pagado.»
Respondieron las dos, «cuando vd. guste.»
Y gustaron los tres por de contado,
Mas como el sol se hundia en Occidente
Irse à casa juzgaron conveniente.

Llegaron à la puerta; mas no solo
La descripcion que en ellas me eternizo:
Quien guste darles coche, no sea bobo,
Preséntelos quien quiere un pasadizo,
Digan unos volando, otros en globo,
Que yo, que soy como mi padre me hizo,
Diré que en esto el tiempo se malgasta,
Que sé que ellos llegaron, y esto basta.

Se la antojó á la vieja el desacato
De no subir à pié, mejor creyendo
Ir en hombros del yerno mentecato,
Y en ambos mozos se encaró diciendo:
¡Ay que me vuelve el condenado flato!
¡Curadme el flato que me estoy muriendo!
Afloja el cinturon, afloja, afloja....
Y fingió la maldita una congoja.

Tentado estubo ya D. Evaristo
Por romper con la vieja y con la moza;
Pero miró à su dama y... ya no insisto,
Dice, y en ciego obedecer se goza.
¡Oh! ¿que habia de hacer, por Jesucristo,

Cuando amor en el pecho le retoza?
D. Evaristo se plantó en cuclillas
Y cargo con la vieja en las costillas.

Al último escalon el pobre llega
Y tropezó y cayó Doña Facunda
Y Segismunda y él ¿quién no reniega?
Era la obscuridad triste, profunda.
Doña Facunda se abrazaba à Ortega,
Ortega se abrazaba à Segismunda,
Y casi hasta el primer escaloncillo
Los tres rodaron hechos un ovillo.

Mas quiso la fortuna que llegasen
Todos abajo sin lesion alguna,
Y sin que unos en otros reparasen
Se alzaron bendiciendo à la fortuna;
Pero como aun acongojada hallasen
A la vieja, Evaristo dijo: ¡Ah tuna!
Y dos pellizcos le arrimó, de encargo,
Que la hicieron volver de su letargo.

Y en ademanes luego muy esquivos
Dijo: no puedo mas, vaya delante,
Mas como ella de apoyo los mas vivos
Deseos les mostrara suplicante,
Resolvieron al fin caritativos
Subirla entre la novia y el amante,
Cada cual agarrándola de un anca
Y empujando à manera de palanca.

Meditaron, quisieron, trabajaron,
Accedieron, tentaron y rompieron,
Zozobraron, gimieron, se esforzaron,
Anduvieron, treparon, se metieron,
Llegaron, y corrieron, descansaron,
Gruñeron y rabiaron y rieron,

Juntando asi cansancio, calma, prisa,
Pena, dolor, angustia, llanto, y risa,

Quitese ustéd el capote, al pobre amante
Dijeron; mas sacar no fuera justo
Trapos á relucir, él arrogante
Negóse, y ambas con semblante adusto
Saltaron: vaya un gusto estravagante,
Y él dijo: cada cual tiene su gusto:
Cierto refran en cuanto à gustos malos
Dice que hay gustos que requieren palos

Séntàronse al brasero, y aqui empieza
Jesus à padecer: uno trinando
De lo que conquistar una belleza
A su pobre bolsillo và costando,
La vieja ponderando su pobreza
Y con ruin intencion enumerando
Todo cuanto conoce que la falta
Con lo cual Evaristo està que salta.

Toda muger á su marido impia
Suele engañar con vueltas y revueltas;
Mas cuando enviudan todas à porfia
Dicen encareciéndole resueltas
¡Oh! cuando mi fulano me vivia!!!
Y andan asi con su fulano à vueltas,
Que es ver desenterrar à cada paso
Al que ellas dieron sepultura acaso.

Asi con ceño tétrico, iracundo,
Doña Facunda dice zalamera
Finjiendo un sentimiento muy profundo;
Un tiempo fué mi suerte lisonjera,
¡Cunado mi Ambrosio andaba por el mundo
Algo decir á la verdad quisiera
De lo que pudo ser un don Ambrosio

Mas no me ocurre consonante en *osío.*

Y la ocurrencia siento que me prive
De poder añadir cosas muy buenas
Como por el asunto se concibe;
Mas vuelvo à mis rídiculas escenas,
Vuelvo á la que pidiendo se desvive
Y al que entre sí la dice: no me truenas,
No te harà mi atencion el caldo gordo
Que vivo en la ocasion calle del sordo.

Si él habla del adorno ó del afeite
Ella dice: eso es bueno para un conde
Si de alguna funcion de algun deleite
No se divierte porque no hay en donde;
Si la habla de las luces, no hay aceite
Si del brasero, luego le responde;
Pronto nos quedaremos sin brasero
Que no hay para pagar al carbonero.

Si él habla de la estera, no hay esteras;
Si de males, se muere sin doctores;
Si de costura, no son costureras
Por no haber telas para sus labores:
Dice si se la mientan las tigeras
Que ni siquiera encuentra amoladores
Y él salta; por la cosa que mas amo,
No sé como no vienen al reclamo.

Y aun la vieja añadió por S. Antonio
Que en mi casa no tengo un sacramento.
¡Los sacramentos, vieja del demonio,
Yo se los diera para su tormento
Desde la estrema-uncion al matrimonio!
Dijo Ortega, y salió del aposento
Y el portante tomó con furia loca
Echando pestes por aquella boca.

Estupefacta está doña Facunda
Llanto amoroso Segismunda vierte
Y á los balcones corre Seguismunda
Para gritarle ¿cuando vuelvo à verte?
Temiendo el que la casa se le hunda
Sale veloz diciendo: ha sido suerte
Aun cuando reparar no se en pelillos
Que mi amor no me vea en calzoncillos.

Pero no bien salió cuando en seguida
De tres ladrones vióse rodeado,
Al balcon asomóse su querida
Y en trance le encontró tan apurado.
¡El capote, gritaron, ó la vida!
Y optó por lo primero y el menguado
Quedó en paños menores en presencia
De su dama à la luna de Valencia.

En viendola esclamó ¡dadme el capote
Y os convido à castañas, y dijeron:
¿A castañas? pegarle en el cogote
Un sendo zurriagazo y le embistieron
Cada cual levantando un buen garrote;
Y Ortega echó à correr y le siguieron
Cebando en él sus iracundas sañas
Y gritando al pegar ¡toma castañas!

Vá el mísero luciendo los faldones
Por calles y plazuelas ¡qué sofoco!
Muchos abren, por verle los balcones,
Y él vuela que el correr se le hace poco
Y la gente le sigue à borbotones
Gritando, ¡allà và el loco! ¡allà và el loco!
Paró cansado ya de tanto agravio
Frunció las cejas y esclamó ¡yo rabio!

Dejaron todos su murmullo ingrato;

Mucho sin duda estiman lo que valen,
Pues ni tras el raton el vivo gato,
Ni galgo tras la liebre que le salen,
Ni el recluta cuando oye el ¡que te mato!
Ni en fin los diablos que á correr se igualen
Con la gente que à Ortega rodeaba
Cuando oyeron decirle que rabiaba.

No lo estrañeis que la cobarde accion
Nada tiene de estraña à la verdad,
Que eso de aglomerarse en peloton
Por saciar una ruin curiosidad,
Y gritar y gritar sin ton ni son
En contra ó pro de alguna necedad,
Y huir á los asomos de una lid,
Es propio de la gente de Madrid.

Otra vez y otras cien el pueblo al verlo
El primitivo guirigay empieza;
Sufre Ortega el bochorno sin temerlo
Porque juzga imposible se le venza:
Que el pobre ya doctor, sin pretenderlo,
A fuerza de infortunios y vergüenza,
Puede curarlos aplicando sabio
El antídoto fàcil de «yo rabio».

Mas luego de un portal salióle un listo
Perro de presa que acechaba astuto
Y al trasero faldon, voto va Cristo,
Lanzóse con tal furia el fiero bruto:
Que sin miedo à las coces de Evaristo
Ni respeto à la voz de ¡tuto! ¡tuto!
Hincó, tiró, rasgó las enagüillas
Y el santo se quedó sin cortinillas.

A Barrabás con modos iracundos
Dió gracias en llegando á su morada;

Un repique sonó de seis segundos,
¡Quien!!..respondió una voz hueca y cascada
Que pareció salir de los profundos.
Dijo Ortega: ¡el demonio! y á su entrada
Se halló un espectro que repuso fiero:
«Pase vd. adelante, compañero.»

Tembló al ver tal fenómeno delante
Ortega y triste y pálido se puso:
Estaba en decidirse vacilante
Y colérico el diablo le repuso
¿Quieres mi amigo ser? entra al instante,
Y Ortega contestó: no lo rehuso;
¿Mas como puedes de alguien ser amigo
Si te llama la gente el enemigo?

—¿Enemigo me juzgas, majadero?
Asi has tenido hoy lances tan impios.
Lo que quiere tu Dios es lo que quiero,
Lo demas son infames desvarios.
Sigue de hoy mas por infernal sendero
Los preceptos de Dios que son los mios,
Dijo el diablo con bàrbaro coraje,
Y el mundo vil te rendirà homenage:

¿Por qué te dió las piernas?--Para andar
—¿Y para qué los ojos?—Para ver.
—¿Y al ave plumas?—Fué para volar,
¿Corazon...?—Para amar y aborrecer,
--Y el pecado al crear si no es pecar
¿Qué otro objeto, qué fin pudo tener?
Quien con el mundo el bien y el mal creó
Crímen, vicio y maldad autorizó.

Que ese Dios, de sus obras orgulloso,
No quiere inútil ver lo que ha creado;
Por eso el que obra mal es venturoso,

Por eso el que obra bien es desdichado.
Basta ya, dijo Ortega presuroso;
Tu amigo soy, mas ¿quedaré vengado?
Sí, contestó el demonio, y no replico;
Pon una circular y abur Perico.

Anduvo Satanàs y Ortega en pos
Hasta el despacho con prudente fé,
Y una gran circular entre los dos
Pusieron de este modo que diré:
Doña Facunda Tal, ruega por Dios
Que mañana á su casa lleve usté,
A tal hora, si no le viene mal,
Tal ó tal cantidad de tal ó tal.

--

Estendieron volando sus recetas
Y cada cual á su destino avanza
Sin gastar cumplimientos ni etiquetas:
Evaristo anheloso de venganza
A repartir corriendo papeletas.
Su amigo con diabólica pujanza
Hizo un hoyo en el suelo con los cuernos
Y lanzóse por él à los infiernos.

III.

Que hay sueños es verdad, locura fuera
Negar lo que negar ninguno pudo:
Unos suelen soñar à la ligera,
Otros cuyos soñar no es tan agudo,

De un sueño pasan una noche entera
Y cuentan lo que sueñan, y yo dudo
Si los que sueños en contar se empeñan
Sueñan cuando refieren lo que sueñan.

Yo no recuerdo un sueño ¿Quién exije
Tanta y tanta noticia à una alma muerta?
Mi cabeza con eso no transije,
Cuando en la almohada cae, no la despierta
Ni la pena mayor que à un hombre aflige,
Ni la ambicion que á todos tiene alerta,
Ni el pensar en la cosa que idolatro,
Ni el ruido de un cañon de à venticuatro.

Muchos hablan del sueño con empeño
Tan solo por hablar, hay quien porfia
Que repetimos por la noche en sueño
Las cosas que nos pasan por el dia:
Esto en otros serà muy alhagüeño;
Pero à ser cierto en mi lo sentiria,
Que fuera atroz, callando hazañas nobles,
Tener que confesar pecados dobles.

Los sueños sueños son... ¿me lo tacharon?
No me culpen à mi si les enfada,
Que és, ya que tan sin tiempo repararon,
De Calderon la gran Perogrullada.
Direis que para hablar de si soñaron
Hija y madre, me muero con la entrada:
Mas quien discurra asi, digame el poste:
¿He de entrar sin decir oste ni moste?

Hija y madre en sus cosas han soñado,
Que aun que yo no lo se me lo figuro;
Sueño que ora se fija en lo pasado
Ora avanza profeta à lo futuro.
Yo creo que à menudo han despertado

Diciendo al menor ruido, es bien seguro,
Una: gran Dios ¿serà ese mi consuelo?
Y otra: serà el manà que cae del cielo?

Ni acertaré tal vez por carambola
Como las dos el sueño abandonaron.
Si á sus cuidados despertó una sola
O si las dos à un tiempo despertaron.
Solo escuché de quien contó esta bola
Que à duo la cabeza levantaron
Al notar que á su puerta hay quien aplique
Dos retumbantes golpes y un repique.

Agradeciera entonces una tunda
Mas que el ruido fatal que la despierta
La Segismunda, y á mi ver se funda
Porque de frio va quedarse yerta,
Resuelve el fin vestirse Segismunda;
Mas como oyó que à la maldita puerta
Volvieron á llamar con mucha prisa
Echó à andar punto menos que en camisa.

Al oir repicar bajó corriendo,
Y otro repique al punto redoblaron,
Siguieron tres repiques con estruendo,
Y otro repique asi que descansaron;
Antes de abrir sonó un repique horrendo
¿Quien? dijo, con repique contestaron.
Nuevo repique por que no replique,
Y al abrirles la puerta otro repique.

«¿Doña Facunda vive aqui?» dijeron
Una porcion de gentes agolpadas,
Y de rondon en casa se metieron
Todas ellas con género cargadas.
Dos burreros entonces acudieron
Con burras y medidas preparadas.

Señorita, decian en tal caso,
¿Cómo diablos se baja vd. sin vaso?

¿Qué vaso ni qué alforja? ¿estan bebidas
Estas gentes? saltó, y ellos de veras
Pidiéronle por veces repetidas;
Pero à fin de evitar vanas quimeras,
Ordeñando llenaron las medidas
Subieron con furor las escaleras;
Y aunque pararles se pensó la boba,
Se zamparon los dos hasta la alcoba.

¿Para quien es la leche? prorrumpieron
Por todo atropellando los borricos.
«Para nadie» las damas respondieron,
«¿Para quien es?» clamaron como micos,
Y al repetir que «para nadie» fueron
Las medidas volando á los hocicos
Teniendo que beber las infelices
Por boca, orejas, ojos y narices.

Y viéronse cercadas, voto à san,
Antes de castigar la hazaña vil,
De ocho aceiteros que cargados van.
Y un tocinero con un gran pernil,
Un tendero con un seron de pan,
Carpintero, plomero y albañil,
Colchonero, huevera... en conclusion,
Saca-muelas y sastre y comadron.

Los que cargados van, son cosas claras
Andan de su fatiga descansando:
Los oficiales con horribles caras,
Andan por sus quehaceres preguntando:
Va el colchonero preparando varas,
El sastre y saca--muelas empuñando
Cada cual su herramienta los malditos.

Y el comadron alzando los manguitos.

Desmayóse la vieja ¡qué martirio!
Viendo tan sempiterna algaravia,
Aunque lo agradeció pues en delirio
¡*Muera Marta y muera harta*! repetia
Vànse à marchar derechos como un cirio
Todos diciendo al par «Es mucha cria»
Pero ¿cómo demonios iran fuera,
Si està recien cargada la escalera?

Que aguadores la suben, no rebajo,
Y carboneros ocho ó diez pearas,
Veinte estereros entran con trabajo
Un royo cada cual de ochenta varas.
Diez mozos de café cuelan por bajo
Té, dulces y sorbete en alquitaras.
Y ¡para conseguir hueco mas ancho
Van diciendo al trepar «fuera que mancho»

Acuden à la enferma pero en vano
Que cuando en si volvió dijo angustiada
«Quiero hacer testamento, un escribano»
Se anunció de un escriba la llegada,
Y entró el perro de presa infiel alano,
Y como la encontró tan apurada
«Llamemos al doctor» dijo severo,
«Que ya solo la falta el cachetero.

¡Cachetero no soy! con voz perruna,
Dijo el médico entrando, ese es el hambre
De curas y monagos.—Por fortuna
Un viejo respondió como un alambre:
Ni cachetero son ni media luna,
Son los que al muerto quitan la colambre
Y aun à los vivos añadió el buen viejo
Que hasta los vivos dejan sin pellejo.

¡Confesion! ¡venga un cura! replicó,
La vieja ya muy cerca de espirar:
Buscarle Segismuuda procuró,
Por cima de la gente osó trepar,
De cabeza en cabeza resbaló,
Hasta la puerta consiguió bajar,
Y un coche al propio tiempo vió acudir,
Que estaba convidàndola à subir.

«Señorita la dijo un embozado,
Ahi teneis si gustais mi carretela»
Ella aceptó, que urjente es su recado
Y con urjencia despacharle anhela.
Subió, y el embozado apresurado
Subió tambien, cerró la puertezuela,
Y el coche, con impàvido canguelo,
Se las tocó desempedrando el suelo.

¡Evaristo! clamó como indijesta
Cuando al osado incógnito hubo visto.
¡Hombre cruel! ¿qué es ya lo que te resta?
Suéltame! suéltame! por Jesucristo!!!
Y dando la callada por respuesta,
Entre sus brazos la estrujó Evaristo,
Y un beso la plantó como una pascua
Que la puso los làbios hechos ascua.

Voy por el cura, dijo, que inhumana
La hora fatal de mi horfandad barrunto,
Y respondió Evaristo: buena gana,
¿Lo ves? zanjado tienes el asunto.
Miró la Segismunda à la ventana,
Y vió marchar hacia su casa al punto,
Un demonio en figura de camello
Con sotana, bonete y alzacuello.

¿Y despues?—Y despues, esa es la suerte,

Y vió como à su Dios iba llevando
Un bien cebado clerigote fuerte,
Y cien hombres con hachas alumbrando.
Todos con el aspecto de la muerte
Circundaban á Dios, todos marchando
Al paso que marcaba acompasada
Lúgubre y penetrante campanada.

¿Y despues?—Y despues has despachado,
Mira, y volvió á mirar en el momento,
Y oyó rezar en son refunfuñado,
Y vió otro cura triste y macilento
Y el farol de la uncion à su costado,
Y cuatro hombres detras con paso lento
Que llevaban en hombros una caja
Y encima de la caja una mortaja.

¿Y despues?-Y despues ¡cierra esa boca!
La respondió aquel ave de rapiña.
Paró el coche y repuso: no seas loca.
Si has de probar de amor la dulce viña
Esta es mi casa, descansar nos toca
¿Està vd. bobo? contestó la niña,
Y él dijo: pon á mis alcances tasa,
Bobo seré pero me meto en casa,

Bajaron y subieron al instante,
Repicaron, y estàndoles alerta
Un conejo lo mismo que un gigante,
Salió con zagalejo abrir la puerta.
Direis ¡vaya un portero estravagante!
Mas si yo he de contar cosa mas cierta,
No era un conejo, no, con zagalejo:
Era el diablo con cara de conejo.

Y dijo el diablo à tan feliz encuentro
Con voz clarà y lenguaje muy conciso:

Si de la gloria apeteceis el centro
Y la fortuna protejeros quiso
Trayéndoos à mi casa, andad que ahí dentro
Encontrareis la gloria, el paraiso;
Y abur, hasta despues, voy en un vuelo
Que á mi me toca despedir el duelo.

Y envuelto en fuego y dando una esplosion
Mayor que el estampido de un obus
Tornose en aguacil de sopeton
Y desapareció sin tus ni mus.
Entraron los amantes al salon
Y cerróse la puerta, amen Jesus.
De lo que alli pasó, mucho se dijo,
Pero nadie lo sabe à punto fijo.

—

Y ahí un cuento teneis, que aunque no llena
Mi deseo, à la crítica le espongo.
¿Qué no os gusta decís? no me dà pena;
¿Que no se debe leer? ya lo supongo;
¿Haceisle colorin? sea en hora buena;
¿Juzgaisle colorado? no me opongo;
Ya sea colorin ya colorado,
Lo cierto es que mi cuento está acabado.

Del Mismo.

FIN.

ADVERTENCIA

á los señores literatos cuyas producciones embellecen este Album.

Cuando concebimos el pensamiento de publicar este Album, en las cubiertas del Brazo de Dios la única idea que á ello nos impulsó fué la de reunir en un solo libro lo mas selecto de las producciones de nuestros poetas antiguos y modernos guiados por nuestros sentimientos de Españolismo, por consiguiente no titubeamos en dar en el lugar á las producciones de los mas notables literatos de nuestros dias, seguros como lo estamos, de que se serviran dispensárnos el que hayamos entresacado de sus obras las producciones que hemos considerado mas adecuadas al fin que nos propusimos, y nos complacemos en creer que no veran en ello una usurpacion de sus respectivas propiedades, pues repetimos que nuestro unico objeto ha sido generalizar la aficion á nuestra literatura.

INDICE.